

NAPOLEÓN BACCINO
PONCE DE LEÓN

MALUCO

LA NOVELA DE LOS DESCUBRIDORES




ELPERRO
yLARANA

narrativa



MALUCO

La novela de los descubridores

1.ª edición, Fundación Editorial El perro y la rana, 2022

1.ª edición, Editorial Seix Barral, 1990

© Napoleón Baccino Ponce de León

© Fundación Editorial El perro y la rana

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.

Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana

Twitter: @elperroylarana

Diseño de portada y diagramación:

Mónica Piscitelli

Transcriptores:

Morella Cabrera

María Dolores Cervantes

Ingrid Sánchez

Corrector:

Juan Pedro Herraiz

Edición al cuidado de:

Kristel Guirado

Elis Labrador

Alejandro Madero

Hecho el Depósito de Ley

ISBN 978-980-14-5109-9

DC2022001349

MALUCO

La novela de los descubridores

NAPOLEÓN BACCINO PONCE DE LEÓN

Epílogo de Vladimir Acosta

I

En el año de la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo de 1519, yo, Juanillo Ponce, natural de Bustillo del Páramo, en el reino de León, me vine con mi señor, el conde don Juan, a su señorío en Monturque, vecino a Córdoba, la infiel. Y como quiso la suerte que aquel gran señor, el más generoso y amable de los amos, a quien Dios tenga en el Purgatorio, que la lujuria es un pecado menor, muriese a las pocas semanas en los brazos de Eros, por así decirlo, que tan esforzado era en la guerra como en el amor, y no menos animoso pese a sus años, determiné venirme a Sevilla a ejercer mi oficio de truhán y tener así ocasión de probar suerte en las Nuevas Indias descubiertas, ha poco, por el almirante. Y estando en esta ciudad de los reinos de Vuestra Merced, divirtiéndome con mis artes a la chusma marinera por un mendrugo, supe que se preparaba una expedición al Maluco, y decidí probar suerte en ella.

En mala hora me dirigí a la Casa de Contratación y exhibí mi gracia y mi donaire ante los oficiales encargados del reclutamiento de la gente, que, luego de reírse y festejar ruidosamente el relato de mis muchas vicisitudes, decidieron aceptarme como hombre de placer de la flota, no sin antes advertirme que el derrotero (y destino) de la escuadra era un secreto que me sería develado oportunamente.

Como había yo gran necesidad, que desde la muerte de mi señor comía salteado y dormía teniendo al cielo por techo y a la tierra por lecho, convine, a cambio de un adelanto en dineros, en no preguntar por más detalles, convencido que íbamos a donde todos nos haríamos ricos.

¿Cómo podía yo imaginar, Alteza, la negra suerte que nos estaba reservada? Bien dicen que la necesidad tiene cara de he-reje, y, pese a ser yo converso en todo cuanto un hombre puede serlo, a excepción de lo que cortaron y arrojaron a los perros de mi prepucio a siete días de mi nacimiento y que no hay voto capaz de restituirlo, había por esos días de las mismas necesidades que los príncipes y los papas, esto es, de llenar mis tripas de vez en vez, por lo que me di por bien favorecido con lo que los oficiales de la Casa me dieron y alejé de mí toda otra inquietud.

Dime, pues, a gastar lo que había ganado vendiendo mi alma al diablo, que aquel hombre que Vuestra Majestad nos dio por capitán general era el mismo diablo, y con todo era mejor que los otros, y no se comparaba con el que usurpó su gloria con la anuencia de Vuestra Merced; y de esos dineros y de mis artes sobreviví en Sevilla hasta aquel 10 de agosto del año 1500 y 19, en que a bordo de la Trinidad iniciamos aquel loco viaje alrededor del mundo todo.

Y porque otra vez los perros de la necesidad me acosan, ahora en la vejez, perdidas ya mis artes para mover a risa –porque, ¿quién quiere por bufón a un hombre que ha arribado a la parte triste de la edad?–, determiné, antes de morir, dar cuenta a Vuestra Alteza de los muchos prodigios y privaciones que en aquel viaje vimos y pasamos, y el mucho dolor y la gran hambre que sufrimos, junto a las muchas maravillas y placeres que tuvimos; para que Su Majestad sepa y medite en su noble retiro de cómo las ambiciones y caprichos de los príncipes afectan a la vida de quienes andan por el mundo a ciegas, siempre sujetos al arbitrio de los poderosos.

Y si el relato puntual y verdadero de nuestras miserias, relato que en un todo falseó vuestro cronista Pedro Mártir de Anglería para mayor gloria de Su Alteza Imperial, así como de las muchas cosas que aquel sagaz caballero vicentino don Antonio de Pigaffeta calló y enmendó por la misma razón, llegare al corazón de Vuestra Merced, tenga él en cuenta que en Bustillo del Páramo, mi pueblo natal, sufre grande pobreza este Juanillo, bufón de la armada, que hizo con sus gracias tanto por la empresa como el mismo capitán general con su obstinación.

Quizás ello os determine a interceder ante vuestro hijo, nuestro amado Felipe, para que se me restituya la pensión que, por andar por pueblos y plazas indagando nada más que la verdad, se me quitó.

Con ello no solo repararía Su Majestad los muchos daños que su decisión de enviar aquella escuadra al Maluco causó, sino que haría además justicia a esta noble profesión de nos, que es la de hacer reír olvidando nuestros propios dolores para mitigar las penas ajenas; porque ¿qué cosa hay en este mundo más necesaria que los Francesillos, y los Pericos, y este Juanillo de profesión bufón?

* * *

Se acallaron entonces todos los rumores que habían corrido por plazas y tabernas de Sevilla; todas aquellas voces de ira que se alzaron en contra de Vuestra Majestad Imperial enmudecieron frente al hechizo de las grandes velas desplegándose al viento con la facilidad de un sueño.

Por un instante todo pareció detenerse.

El río dejó de correr. El sol de subir en el cielo. Las nubes de pasar.

Los pájaros quedaron suspendidos en el aire quieto.

En la margen opuesta, un pastor y su rebaño semejaban figuras de porcelana.

Las voces se habían ido apagando, una a una, y nadie hacía el menor movimiento.

El tiempo parecía anulado, y quizás hubiéramos quedado así por una eternidad, si una descarga de artillería no hubiera roto el hechizo.

El estampido potente de los cañones de la Trinidad rodó por las calles y plazas de Sevilla y se perdió a lo lejos, llevando a los más remotos pueblos la nueva de nuestra partida.

El trueno espantó a las palomas, que desde todos los patios y torres de la ciudad se lanzaron al vuelo.

Entonces el muelle volvió a animarse. Todas las cosas recuperaron su esencia en la corriente del tiempo, y comenzaron a alejarse.

Se alejaban las madres llorosas, las mujeres solas, los niños y su asombro, los curiosos y su indiferencia.

Se alejaban las torres resplandecientes y las banderas de Vuestra Majestad que flameaban sobre ellas.

Se alejaba la gran catedral, los alcázares, las murallas, las cien torres y campanarios, los tejados de Sevilla la roja.

Todas las cosas se ponían en movimiento y se alejaban de nosotros, que, inmóviles, nos dejábamos robar el mundo que nos pertenecía.

Nadie sabía en verdad adónde iban las cosas que se alejaban de nosotros aquella mañana.

Una nueva descarga de artillería, esta vez de la San Antonio, anunció que la flota partía y, casi al unísono, todas las campanas se echaron a vuelo enloqueciendo el aire con sus voces desiguales y tristes.

El río se desliza ahora bajo las naves y la tierra gira.

Sevilla pasa y se suceden los campos yermos y algún collado. Los olivares polvorientos. La tierra arada. Alguna palma solitaria que se mece al viento. Y otros pueblos.

San Juan de Alfarache en viñas abundosas, asoma ahora a estribor.

Parece desierta, a excepción de unos niños que pescan encaramados a las ruinas de un antiguo puente moro.

Al paso de las naves dejan sus cañas y, de pie sobre uno de los contrafuertes, nos saludan con los brazos en alto.

Permanecen en esa posición hasta que pasa la última de las cinco naves y luego vuelven a sus cañas y se les ve jugar y reírse, despreocupadamente.

En las viñas, en las afueras del pueblo, los hombres, cargados con enormes canastos, se detienen un momento para vernos pasar. En una cuba cercana a un cobertizo, tres mocetones que pisan la uva, sin interrumpir su tarea, levantan los brazos saludando.

De entre las filas se levantan una a una las mujeres, con los ojos puestos en el río, y al instante aquellas figuras de negro con pañuelos blancos que semejan pájaros sobre el surco abierto, vuelven a inclinarse sobre las parras.

Después, otra vez los campos y algún ganado disperso, y más adelante, Gelves la blanca, sobre la banda de estribor.

Pasamos tan cerca a causa de unos bajos que casi podríamos tocar sus paredes y sentir la fragancia de la que están llenas las habitaciones y cargados los armarios.

Las velas mueven el aire quieto y su sombra corre contra los muros y penetra en las estancias.

Era como si las naves se deslizaran por la calle polvorienta, de casas bajas y blancas, con macetas sin flores.

Pero no había nadie allí para saludar nuestro pasaje, a excepción de un grupo de viejos que toman el sol junto a la tapia de un corralón.

Hay una vieja de negro que pela habas amontonando el fruto en su regazo y dejando caer la vaina en un canasto. Su mirada sigue por un instante las naves sin que sus manos interrumpan la tarea.

Hay dos viejos, uno tocado con una gorra de paño berbí y el otro con un sombrero de cordobán descolorido. Están sentados frente a un tablero. Y hay un tercero que dormita, apoyado en la pared. Ninguno de ellos parece percatarse de la presencia de cinco grandes naves pasando a pocos metros de su lugar de descanso.

Casi podríamos rozarlos con solo estirar los brazos pero seríamos incapaces de penetrar en su mundo cerrado, clausurado.

Luego, tras un recodo del río, se pierde Gelves, la blanca.

El viento hincha las velas, la corriente atrapa los navíos y las imágenes de pueblos y yermos se suceden con la rapidez de un sueño.

Coria, rica en palomas, queda atrás sin que nadie se asome a vernos pasar. Solo el arrullo ensordecedor de las palomas, el río que busca el mar, y las negras naves deslizándose como sombras a pleno sol.

Después, La Puebla umbría, en la confluencia del arroyo del Repudio, asomando tímida entre sauces y chopos. Y un perro que corre y que ladra a las naves y un hombre joven que, inmóvil junto a la puerta del casino, contempla el paso de la flota, y luego, el río vacío.

Más adelante son los campos de tierras rojas y polvorientas. Un labrador arando tras los bueyes. Un grupo de esbeltas palmeras meciéndose en la brisa. Un pastor que saluda.

El río se torna más y más sinuoso, corriendo entre colinas y olivares, y Trebujera ventosa asoma a lo lejos entre las salinas.

El viento esparce ahora por la comarca desierta el aroma de las naves.

Las naves huelen a madera recién cepillada, huelen a brea, huelen al cáñamo de los cabos, al lienzo de las velas, al bronce de los herrajes, al cuero que protege los mástiles.

Las bodegas abarrotadas huelen a sacos de harina y a pellejos de vino, a los quesos que llenan las estanterías y comienzan a pudrirse, a los tocinos y jamones que cuelgan de las vigas, a las ristras de ajos y cebollas clavadas a las negras costillas, a miel, a vinagre, a sebo y a cecina.

Huelen también a nuestras ambiciones. Al clavo y la canela. A islas por descubrir. A la sal de los mares por surcar. Y a podredumbre de sueños y pestes y hambrunas que los corrompen.

Se diría que ese tufo malsano nos precede al llegar a Sanlúcar, destino de nuestra primera etapa.

* * *

Sepa Vuestra Majestad que estuvimos veintinueve días en aquel sucio puerto de su reino, sin que ninguna carta, ningún mensaje ni delegado alguno llegara a las naves para darnos ánimos o responder a alguna de las muchas preguntas que por entonces nos hacíamos.

Habíamos zarpado de Sevilla sin los capitanes y, un mes después, los capitanes no aparecían para hacerse cargo de la flota. El sol y la lluvia pudrían los negros maderos, la larga espera corrompía nuestros sueños, y nadie, ni los capitanes, ni los parientes y amigos, ni los vecinos de esta villa, nadie parecía tenernos en cuenta.

Era como si la flota ya se hubiera perdido en algún mar ignorado, sin haberse movido de los muelles de Sanlúcar.

Era como si hubiéramos muerto hace ya mucho tiempo. Como si fuésemos extraños. Extranjeros. Como si padeciésemos de un mal terrible del que temieran contaminarse.

Así nos veían los vecinos de Sanlúcar, que nos castigaron duramente con su indiferencia. Que colgaron del cuello de cada uno de los héroes de Pedro Mártir de Anglería, vuestro cronista, el cencerro de los leprosos, para no confundirnos con el resto de la gente marinera que suele andar por las calles y bodegones de esa villa suya. Bastaba trasponer el umbral de una taberna para que una red de silencio repentino cayera sobre los hombres de don Hernando. En los mercados pagábamos por la peor carne roja o las mezquinas verduras tres veces más de lo que pagaban los otros. En las casas de putas nunca había mujeres disponibles para nosotros, por más que las viéramos, lánguidas y aburridas en el patio, a la espera de clientes que no llegaban. A las naves no se acercaban ni los perros, que despreciaban los restos de nuestras comidas. Era como si tuviéramos peste a bordo.

Muchas veces me pregunté, durante ese mes de espera, qué era lo que nos distinguía de otros extranjeros que merodeaban por Sanlúcar, y la respuesta la obtuve, Señor, muchos meses después.

Estábamos, sí, contaminados, y de un mal más terrible que la peste negra o que la lepra: estábamos infectados de nuestros propios sueños. Y ellos temían el contagio. Saben que el germen de los sueños se propaga con la facilidad de una plaga. Saben que se bebe en los vasos y se come en los platos. Que se deja en las sábanas. Que se pega a las manos. Y que apesta los ojos que miran, y la boca que besa, y los oídos que escuchan, hasta que los ojos no ven, hasta que los oídos no oyen y la boca solo habla mentiras.

Pero ¿acaso no se había propagado ya el mal por los cuatro rincones de tus reinos? ¿Éramos nosotros acaso los únicos infectados? ¿Que nos dejamos seducir por un pregón que hablaba

de oro y especias, pero en el que no se mencionaba la derrota de la escuadra ni la duración de la aventura? ¿Que fuimos más de doscientos y cincuenta los que corrimos a enrolarnos en la loca empresa? ¿Y que aceptamos de buena gana navegar con rumbo desconocido hacia un misterioso destino? Porque, en verdad, ¿qué era para nosotros el Maluco? Solo un nombre. Un nombre extranjero que cada uno adaptaba a sus propios sueños, aferrándose al sortilegio de su extraño sonido pero sin inquirir en su significado, como presintiendo que aquella palabra portuguesa no podía significar otra cosa que loco, porque en verdad eso éramos.

Pero ¿era acaso nuestra locura mayor que la de los capitanes? ¿Tenían necesidad esos señores de ir por más oro? ¿Sabían ellos por ventura adónde conducían a sus hombres? ¿Conocían los capitanes el derrotero de la escuadra?

¿Lo conocía Su Alteza? ¿Sabía Su Alteza adónde enviaba a sus hombres?

Si hombres de tan alto linaje, ricos y poderosos los más de Europa, estaban contagiados de aquel mal que no curaban curas ni barberos, si el mismo obispo de Burgos que se había opuesto a los planes de Colón bendecía ahora la empresa, ¿habíamos de ser nosotros una excepción?

Estábamos locos, sí, como lo estuvo siempre Ruy Faleiro y el capitán don Hernando, como lo estaba Vuestra Majestad Imperial y los altos funcionarios de la Casa y el obispo Fonseca y don Cristobao de Haro, que financió la empresa.

Y como lo estaban quienes calafatearon las naves y quienes las cargaron con tanta comida y baratijas como jamás había llevado flota alguna. Como lo estaban las mujeres que cosieron amorosas las velas y los herreros que moldearon el bronce de los herrajes y los carpinteros que dieron forma a los mástiles entre el asombro de los vecinos y el alboroto de los niños. ¿Y qué de

los que se quedaron aguardando un hijo, un padre, un esposo, un amigo? ¿Sabían ellos de lo que eran partícipes? ¿Lo sabía el leñador que abatió los altos robles de los que nacerían las negras naves? ¿Lo sabían las judías que, entre risas y salmos, se ocupaban en las enormes velas? ¿Sabía el herrero en la penumbra rojiza de su taller el destino de los bronces bruñidos que apilaba en el patio? ¿Imaginaba el carpintero que aquel gran mástil que cepillaba en la calle surcaría otros cielos hasta que la tempestad lo abatiera y después, flotando, llegaría a una playa inexistente para pudrirse al sol y servir de refugio a toda clase de alimañas? ¿Sabía aquella recién casada que perfumaba con membrillos el flamante ajuar si su hombre volvería?

En mi modesta opinión, ni el propio don Hernando sabía adónde íbamos, por más que a todos quisiera engañar hablando de razones de seguridad para mantener oculto el secreto.

Y, sin embargo, aunque éramos muchos los que así pensábamos, allí estábamos aguardando a los capitanes, ansiosos por desplegar las velas al viento, sin cuidarnos de razones, ni de presagios, ni de advertencias.

Ni siquiera aquella absurda espera que nadie acertaba a explicarse había sido capaz de desanimarnos, y no es que fuéramos todos valientes, que yo desde pequeño he sido temeroso y no he cambiado nada de grande, y como Juanillo había otros muchos; cuanto más que había sobrados motivos para andar temblando como un perro apaleado y día a día venían a sumarse nuevas inquietudes. Pero nada fue suficiente como para contrarrestar la fuerza de los locos sueños que impulsaban a cada uno. Nada; y sabed, Alteza, que, como os tengo dicho, no fueron aquellos días fáciles. Los rumores se habían adueñado de vuestra flota y la gobernaban a su antojo, huérfana de jerarquías.

Quien estaba en boca de todos por aquellos días era Ruy Faleiro. Él era quien había escrito el destino de cada uno de

nosotros y de las naves y de los puertos que tocaran y de los mares que atravesaran, convirtiéndolo todo en delgadas líneas que se entrecruzaban formando extraños dibujos, transformándolo todo en pequeños números y complejas fórmulas, que solo él era capaz de descifrar. Y, sin embargo, corrían ahora insistentes rumores de que el cosmógrafo portugués, el autor de la derrota, el responsable de las cartas de marear, no sería de la partida.

Algunos afirmaban que tenía Faleiro fama de astrólogo judiciario, de los que alzan figuras, que un demonio familiar le inspiraba aquella ciencia suya y que gracias a ella había podido ver el trágico fin que le estaba reservado a la escuadra, por lo que se había fingido loco para librarse de ir.

El bachiller Morales, cirujano de la flota, sostenía, en cambio, que Faleiro había estado mentecato desde el principio. Lo sabía por una barragana que dormía con un alto funcionario de la Casa de Contratación por los dineros que este le daba, y con el dicho bachiller por contentamiento. Decía la barragana que decía el alto funcionario que el cosmógrafo había perdido la razón hacía ya tres años cuando, inesperadamente, muriera su pequeña hija de cuatro. Agregaba el bachiller que, a estar por lo que el funcionario decía a la barragana, era el tal Faleiro tan sutil y tan dado a los estudios que, fuese por el rudo golpe, fuese porque Dios así lo quisiese, se había desde entonces despeñado en los abismos de la locura. Tales pruebas había dado de estar fuera de su sano juicio que Vuestra Alteza le había reemplazado en el cargo de Persona Conjunta y Segundo en el Mando, por don Juan de Cartagena. Al saberlo, Faleiro se aposentó por la fuerza en la Casa de Contratación, de donde juró no moverse hasta que se le restituyera el mando de la armada. Y decía Morales que decía la barragana que decía el alto funcionario que era cosa patética verlo deambular el día de nuestra partida por el patio que hasta esa noche había sido bullanguero refugio de aventureros llegados de

los cuatro rincones de Europa y ahora estaba desierto y silencioso, sembrado de restos de comida y pedazos de papel que arrastraba el viento de aquí para allá con un sordo rumor de hojas secas. Envuelto en la negra capa que nunca se quitaba en señal de luto, el cosmógrafo recorría con paso agobiado el gran patio vacío y a cada cañonazo de las naves se desataba en imprecaciones contra el traidor de don Hernando y cuantos se habían aprovechado de sus conocimientos, augurándoles la más negra de las suertes.

Eso se murmuraba de Ruy Faleiro y, aunque por aquellos días no pasaban de ser habladerías, la tardanza de los principales y la falta de noticias eran síntomas de que algo malo estaba ocurriendo. Cuando finalmente llegaron los capitanes, el cosmógrafo no estaba entre ellos. No obstante, toda la empresa siguió descansando en sus planos y mediciones, los que don Hernando reputó por buenos y Vos también.

También daba pábulo a toda clase de rumores el estado de las naves. Martín el Tonelero, un viejo lobo que había acompañado al almirante en dos de sus viajes, decía que los navíos armados por Cristobao de Haro, no eran más que viejos galeones disfrazados. Jura que puede reconocer en la Santiago a una de las naves de los Pinzón. Que las costillas de la Trinidad son más blandas que la manteca. Que una cáscara de nuez supera en bizarría y fortaleza al casco de la Concepción. Que los aparejos de la Victoria son menos confiables que promesas de mujer. Que la arboladura de la San Antonio va a desplomarse con la primera brisa marina.

Pero nada estimula tanto la imaginación de los hombres, alimentando nuestros miedos y nuestras esperanzas, como lo desconocido.

Se habla de la zona perusta donde, según aquel Aristóteles, que todo lo sabía, jamás llueve, y las aguas hierven por el mucho calor, cocinando los maderos y desfondando las naves. Se habla de terribles monstruos marinos que surgen de entre el vapor de

las aguas al sur del cabo de la Esperanza, y que atrapan y trituran los navíos como si fueran de azúcar. Se habla de las criaturas de las antípodas, que viven con la cabeza para abajo. De hombres con un solo ojo en la frente y que no ven más que el futuro. De otros, con un ojo en la nuca para ver el pasado, que son sus esclavos. De mujeres con cabeza de puerco y otras con pezuñas de yegua que andan por las selvas enloqueciendo a los viajeros con sus hermosos cuerpos y sus rostros de vírgenes. Se habla también de los hombres-plantas que tienen un solo y gigantesco pie fijo en el suelo que les impide todo movimiento y así nacen y mueren esperándolo todo de las lluvias y el sol. Y por supuesto también hay mujeres con cuerpo de reptil que se arrastran como las serpientes y hombres que ladran en lugar de hablar, y niños que gobiernan imperios y tratan a los viejos como si fueran niños, y también, ¿por qué no?, ardientes amazonas de un solo pecho que fuerzan a los hombres a satisfacerlas y, en palacios de marfil y jade, reinas que cubren su desnudez con polvo de oro y princesas que defienden su virtud con una fina malla de diamantes tras la que reluce, inalcanzable, el delicado sexo, y luego, en el Maluco, adonde se dice que vamos, el clavo, la pimienta, el azafrán, la canela, para regresar los más ricos, y títulos, gobernaciones, y honores sin cuento.

Y no piense Vuestra Alteza que solo la chusma marinera consume así sus horas, entre sueños y temores, que también los oficiales a bordo participan, y entre los detractores se destaca aquel a quien un destino caprichoso convertiría en el gran usurpador de la gloria reservada a mi amo don Hernando. Ese oscuro hombrecillo, a quien no necesito nombrar porque de sobra conocéis por los honores y presentes con que lo habéis distinguido, era, aunque no lo creáis, uno de los mayores enemigos de la empresa. Decía aquel farsante que la más grande flota que en España fuera armada con destino a las Indias era solo un juguete costoso al servicio de los poderosos, y ponía en el mismo saco al factor

Aranda, a Cristobao de Haro y al obispo Fonseca. ¿Y qué éramos nosotros, con nuestros ridículos sueños e infantiles miedos?: simples marionetas movidas por hilos invisibles, títeres sujetos al arbitrio de unos locos para dar contento a los ricos, para que no falte en la mesa de los poderosos la pimienta con que sazonar la carne, ni el clavo y la canela para aromatizar su vino, mientras nosotros lo bebemos agrio, mientras nuestra agua apesta y andamos peregrinos por mares sin vida y tierras desiertas; y cuando por fin llegáramos al Maluco, entonces se librarían de nosotros. El hambre y los peligros serían sus aliados. No les interesará devolver hombres a sus hogares, porque, una vez alcanzada la meta, cada hombre será un escollo, un peso inútil en las naves construidas para el clavo y la canela.

Así, durante todo ese tiempo en Sanlúcar, abandonados por los capitanes y a solas con nuestro incierto destino, miedos y esperanzas crecían como hongos en el interior de cada hombre y se multiplicaban como ratas, yendo y viniendo por las naves, trepando por los cables, meciéndose en las bodegas y colándose por las noches en el castillo de proa, donde todos fingíamos dormir.

En vano se esforzó entonces tu Juanillo por mantener la cordura con sus canciones y bromas y mil trucos que nunca antes habían fallado y que muchas veces después vería nuevamente fracasar. A medida que pasaban los días se hacía más y más difícil mover a risa a aquellos seres abrumados por el peso de un mañana que no acertaban a descifrar.

Doce hombres sensatos desertaron entonces al amparo de las sombras de la noche, menos densa que nuestras propias dudas. Doce hombres que pudieron volver a sus hogares y a la tierra que les vio nacer. Doce valientes, digo, que fueron capaces de renunciar a sus sueños cuando aún era tiempo.

Los demás nos quedamos aguardando la llegada de los capitanes. Y, cuando éstos llegaron con su despliegue de hierro y oproeles, ya nadie tuvo la fuerza necesaria para marcharse.

* * *

Una densa polvareda denunciaba a lo lejos la marcha del cortejo.

Entre colinas calcinadas por el sol, aquellas figuras tenían algo de insectos, moviéndose impelidos por una voluntad superior. Las armaduras brillaban con matices tornasolados. Las picas y pendones eran como antenas asomando entre el polvo. Hombres y cabalgaduras formaban una indivisible unidad en la que brazos y patas se confundían con movimientos imperceptibles, avanzando en formación.

Aplastado por el paisaje y su desolación, el grupo parecía insignificante.

Doscientos treinta y siete hombres, vistiendo sus armas y con los morriones puestos, pese al intenso calor, aguardaban formados a un lado y otro del puente. Hay tensión en cada rostro. La impaciencia desata más fuerte la furia del sol sobre nuestras cabezas de grifos. Pesan más las armas que agobian los hombros y las espaldas. Duelen los pies. Arden las manos.

El camino se pierde tras una colina muerta. El cortejo desaparece. El paisaje desnudo, bajo aquel derroche de luz, se torna más desolado.

Al cabo de unos minutos que parecen siglos, la columna asoma otra vez, en lo alto del camino. Está a menos de cien metros y las figuras comienzan a dibujarse con nitidez.

Primero, y recortándose contra el cielo blanco, se distingue a don Hernando, igual a un dios. Sus armas que reverberan y la capa de terciopelo verde que cubre sus espaldas y las ancas de

su cabalgadura le dan un aspecto sobrenatural, inhumano. La cabeza asoma nerviosa de su caparazón de hierro. Una mano enfundada en un guante de cota da indicaciones a la columna que le sigue.

A su lado, cuatro jinetes luciendo en los escudos y pendones el fénix de oro sobre campo púrpura de los Cartagena, transportan la litera donde viaja el veedor de la escuadra. Entre pesados terciopelos y recamos de oro se divisa, inmóvil, a don Juan. Cubre su peto con una fina camisa de encajes de Flandes en la que lleva bordada la cruz de Santiago. No hay trazas de fatiga en sus rasgos ni huellas de polvo en sus ropas, pese a lo duro de la marcha.

Detrás suyo, Gaspar de Quesada el Hermoso lleva las piernas forradas en hierro y, bajo los arreos de las armas, el torso desnudo. Tostado por los soles y brillante de sudor, su pecho parece tallado en la más fina de las maderas de Oriente. Tiene de cerca el aspecto de una tabla de Grecia y de lejos parece un árbol en la plenitud de su vigor. Desde la cima vuelve su rostro infantil hacia el cortejo buscando con ojos inquietos a su criado, Luis del Molino, que vestido de negro semeja una sombra avanzando tras él.

Entre los primeros pendones que asoman surge ahora Juan Serrano, pequeño y astuto, con el rostro oculto por un sombrero de ala ancha en la que brillan los cascabeles.

A una señal de don Hernando, la tropa se detiene. Rodeado de la escolta entre picas y pendones que se agitan a sus espaldas, se divisa a don Luis de Mendoza, de frágil aspecto y voz estentórea.

Inmóvil la columna, quieto el aire, interrumpido el silencio; el capitán en su caparazón de hierro contempla la ciudad de casas bajas y, en el puerto, las negras naves.

Después, otra vez en marcha, camino abajo, rumbo a los muelles. La sombra gigantesca del castillo de Medina-Sidonia se proyecta sobre ese tramo apagando el brillo de las armas, de los

trajes, de los arneses, de la piel sudorosa de las cabalgaduras. Pero el alivio para nuestros cansados ojos no dura más que un instante. Cuando salen otra vez a la luz, están a pocos metros de la doble fila en que estamos formados.

Súbitamente, el trepidar de los cascos estalla sobre las losas del puente. El aire se agita. La mañana huele a sudor, a polvo, a hierro, a caballo. Los caudillos pasan casi rozando a los hombres. Los ojos no bastan para retener los mil detalles que se suceden: una brida verde y espumosa, el asta de una pica húmeda por el sudor de una mano, el pomo deslumbrante de una espada, una rodilla de hierro, otra mano aferrada a la montura, unas ancas redondas y lustrosas, una pata bien torneada. Los oídos no alcanzan a distinguir los sonidos que se superponen: el ruido de los cascos, el rechinar de los arneses, el rumor de las escamas de hierro con que se cubren los guerreros, el tintinear de los cascabeles de Juan Serrano, el entrechocar de metales, el murmullo de las sedas, el sonido opaco de los terciopelos, el resoplar de los caballos, las voces de los hombres.

Inmóvil junto a uno de los cabezales del puente, me empeño en descubrir en el rostro de cada uno de los capitanes señales acerca de nuestro incierto destino. Nada me dice el gesto inexpresivo y duro de don Hernando, que pasa arrogante a mi lado y deja tras suyo un penetrante olor a hierro que tarda en expandirse en el aire saturado de aquella mañana. A su lado Juan Serrano, ocultos los ojos bajo el ala del sombrero, y como protegido por el extraño sortilegio de los cascabeles con que la adorna, examina a cada uno, mirando recto a los ojos que se sienten observados sin poder devolver la mirada. Don Juan de Cartagena saluda con leves y graciosos movimientos de su cabeza. Lo precede el aroma de perfumes de Oriente, única nota femenina en medio de aquellos olores acres y ásperos. Hay algo cautivante en su sonrisa, entre tierna y cínica. El rostro macizo e infantil de Gaspar

de Quesada infunde confianza a los hombres. Más atrás, los ojos claros y tímidos de don Luis de Mendoza me inspiran una inexplicable piedad.

El grupo se interna entre las primeras casas de Sanlúcar.

Las calles están desiertas. Las gentes, ocultas tras los postigos, espían el pasaje del cortejo. Por las rendijas que proyectan al interior sombrío delgados rayos de luz blanquecina, se adivinan ojos curiosos y furtivos como los del ciervo. Mudadas tras los visillos, las mujeres observan el desfile de aquellos aventureros a los que temen y admiran en secreto, tan distintos a sus hombres, más dioses que hombres. A su paso, las viejas de negro se persignan y murmuran rezos. El ruido de los cascos retumba en las estancias silenciosas. Don Hernando pasea sus ojos de puerta en puerta y su expresión se hace más dura aún. Serrano avanza al frente y mira inquieto hacia los balcones cerrados. La sonrisa se ha congelado en el rostro de Juan de Cartagena.

A nuestras espaldas, una nueva y más densa polvareda avanza por la llanura hacia el puente. El aire quieto estalla otra vez y es una furiosa mezcla de mugidos y balidos, y alboroto de aves y estrépito de cascos sobre las losas.

Un súbito olor a estiércol fresco invade Sanlúcar. La ciudad entera huele a establo, rota su condición de puerto, liberada del oprimente tufo del mar, avasallada en su identidad por la incontenible invasión de animales y plantas que siguen a la columna.

A gritos y frenéticas carreras de sus cabalgaduras, los jinetes pugnan por dominar esa masa informe que, como un río fuera de cauce, amenaza con desbordarse a ambos lados del camino.

¡Ah, Majestad! ¡Ved allí a las pobres y maternales vacas agolpándose torpemente a la entrada del puente, acosadas por los perros y estrellándose contra los cabezales de mármol en su loca

carrera! Observad cómo corren hacia un lado y otro, dominadas por el pánico, las ovejas todas juntas. No entienden lo que les está pasando, pero el instinto les dice que deben mantenerse unidas. En medio de ellas una cerda de grandes tetas se revuelve furiosa buscando sus lechones. Pastores y ganados corren precipitadamente, como si alguna oscura fuerza los empujara hacia las naves. Tras ellos irrumpen con estrépito las carretas. Hay una cargada con gallinas blancas que asoman temerosas las cabezas por entre los barrotes de las jaulas. Después siguen los limoneros y los naranjos, y hasta olivos de regular tamaño que crecen en barricas. Y almácigos de coles y otras verduras en grandes jardineras. Y tierra. Una tierra negra y suelta que mi amo ha hecho traer de los bosques del norte, en la frontera con el reino de Portugal.

El huerto flotante con que el capitán planea paliar los terribles efectos del escorbuto, pone una nota desusada en aquel paisaje agostado por la sequía.

Al frente de la columna, solitario y taciturno, don Hernando continúa su marcha hacia las naves.

* * *

Hasta muy entrada la tarde de aquel día estuvimos acondicionando los animales y las plantas en los galeones, convertidos por las provisiones de mi amo en verdaderas arcas de Noé. Pero la carga no estuvo completa sino tres días más tarde cuando una gran barcaza descendió por el río irradiando un extraño fulgor. Alertados por los vigías, subimos algunos a la arboladura de los navíos para verla llegar. Era una embarcación chata y ancha, y el brillo que despedía cegaba nuestros ojos, ansiosos por desentrañar sus secretos, que quedaron al descubierto cuando se aparejó a la nave capitana y quedó al abrigo de su sombra. La causa del fulgor aquel estaba en su carga y el reflejo del sol en ella: la componían

miles de espejos de diferentes tamaños y pequeños trozos de vidrio y cuentas de cristalino de varios colores y veinte mil cascabeles de tres suertes y dos mil pulseras de latón y otras dos mil de cobre, más diez mil anzuelos y cuatrocientos cuchillos de Alemania y cincuenta docenas de tijeras, que junto con doscientos bonetes colorados e innumerables piezas de paños de colores, integraban nuestra provisión de mercaderías de trueque o rescate.

Esa sería, Alteza, nuestra moneda corriente en las tierras por descubrir. Ésos eran los dones de nuestra civilización y, a cambio de ellos, obtendríamos los más preciados tesoros que la naturaleza había prodigado a otros pueblos del mundo. Y, cosa bien curiosa, esos espejitos y cascabeles transportados a granel en la barcaza y que nada valían, trastornarían por completo a esos pueblos. Esas cuentas de vidrio y algunas piezas de vistoso paño para los reyes serían muy pronto más poderosas que sus dioses y sus sabios y sus tradiciones. Cualquier cascabel de los miles que llevábamos valdría más que la vida de un hombre y aldeas enteras serían vendidas por un puñado.

Viéndolos, Majestad, habríais dado Vos también la razón a mi señor cuando decía que después de nuestro viaje el mundo ya no sería el mismo.

Eso nos dijo cuando la carga estuvo dispuesta y anunció la partida «de la más grande empresa que el hombre concibiera», dijo.

Así ponía don Hernando fin a la angustiada espera de veintinueve días desde que dejáramos Sevilla.

El sol y la lluvia habían resecado los negros maderos, nuestros mejores sueños comenzaban a oler a rancio como el queso de las bodegas; pero allí estábamos, doscientos treinta y siete hombres felices porque finalmente la flota iba a zarpar.

Y así fue. En la mañana del 20 de septiembre de 1519 nos hicimos a la mar.

Fue un amanecer tenso, con el cielo plumizo y el mar del color del acero. Recuerdo que había un silencio casi sobrenatural, pese a la confusión de voces en distintas lenguas. Gritaban los contra maestres, se agitaban como insectos los hombres, volaban como enloquecidos los pájaros, mugían los ganados, alborotaban las aves, pero sin que mis oídos percibieran sonido alguno. Todo parecía ocurrir como en un viejo grabado, y el color gris, uniforme, que tomaban las cosas bajo la luz de aquel cielo acentuaba aún más el parecido. Porque todo era gris aquella mañana, y apenas ligeras diferencias de tono permitían distinguir una cosa de la otra. Sobre aquel mar dormido en apariencia, pero que aguardaba agazapado al acecho, como una fiera, y bajo aquel cielo amenazante, las naves parecían sombras deslizándose bahía afuera.

A causa de la falta de vientos en la cerrada caleta, fue necesario arrastrar la flota mar adentro remolcándola con chalupas impulsadas a remo. Los galeones, tal vez por el peso de su enorme carga, parecían resistirse a abandonar el puerto y fue grande el esfuerzo que demandó la tarea.

Con las velas recogidas, la arboladura de las naves tenía el triste aspecto de un bosque en invierno. Mástiles y vergas formaban un sinfín de cruces elevándose al cielo por encima de la flota.

Cuando las cinco estuvieron fuera de la bahía se desplegaron las velas que ya no eran blancas como en Sevilla sino grises y parecían flácidas por la falta de viento. No obstante y poco a poco, la escuadra comenzó a moverse por sus propios medios. De pronto, la suave brisa se transformó en vendaval. Negros nubarrones cubrieron el cielo y el mar se encrespó en torno a las naves. Crujieron entonces los mástiles, doblándose como juncos bajo el peso del viento. Gimieron las vergas girando enloquecidas en sus goznes. Estallaron algunas jarcias ya reseca y las velas se hincharon recuperando su blancura. Las negras proas en su loca

carrera desaparecían bajo las olas para emerger triunfales un instante después, chorreando agua por todos sus lados.

Todos miramos entonces hacia la costa que las naves furiosas dejaban atrás. Era negro contra el cielo de un gris azulado, la mole de piedra del castillo del duque. Atrás y a lo lejos, la sierra apenas se distinguía del horizonte por los jirones como de algodón sucio que dejaban algunas nubes bajas en sus cumbres. Junto a la playa, las casas blancas de Sanlúcar parecían perdidas y como desamparadas en medio del sombrío paisaje. Apenas si se divisaba la presencia de algún vecino curioso en los muelles desiertos y, pese al rechazo del que habíamos sido objeto por parte de esa gente, creo yo que todos empezábamos a echarlos de menos. Y a envidiarlos, porque aquella inhóspita ciudad parecía ahora, ante la inmensidad del mar, la más segura y cálida de las madrigueras. De las madrigueras digo, porque éramos como bestias arrancadas por una fuerza irresistible del mundo natural al que pertenecíamos.

A media mañana ya no se divisaba la costa y era tanta la furia del viento que hubo que amainar las velas y poner en facha los navíos. No obstante, impulsados por las olas, avanzábamos a una vertiginosa rapidez en la dirección que don Hernando había señalado. El viento tomaba por detrás a las naves y estas parecían volar, cual imperiales águilas.

—Nunca regresaremos —murmuró una voz a mi lado—. Nunca —repitió.

Con el tiempo yo mismo he llegado a pensar que en verdad era el nuestro un viaje sin retorno. Pero deje Vuestra Alteza la cosa allí, purifique sus narices del muelle aroma de las sedas y terciopelos de su corte, y aspire el perfume incomparable del aire marino saturándolo todo. Cierre Vuestra Majestad don Carlos los ojos a los empolvados secretarios y las rosadas damas que pueblan sus palacios entre mármoles de Italia y tapices de Oriente, y llene sus

reales pupilas con la imagen de cinco negras naves abriéndose paso presurosas hacia los confines del mundo conocido y más allá. Deje que lo penetre el escozor de la sal y el estruendo de las olas, sienta en sus imperiales tripas el incomparable sabor de las náuseas y, en nuestro honor y memoria, no agregue esta noche canela ni clavo al vino, ni pimienta a su carne de buey, ni azafrán a sus guisados de faisán, ni menta, ni jengibre, ni...

II

Y bien, henos aquí, Alteza, flotando a la deriva en algún punto de la línea equinoccial, sobre un bosque de robles saturados de mar.

Curiosa empresa la de su capitán general, a cuya insensatez no escapan ni los antiguos árboles, ni la tierra de España que les dio la vida.

Más de mil altos, robustos, robles, ha puesto Vuestra Majestad a pudrirse bajo esta lluvia que no cesa en este punto del infinito océano.

Vastas y ricas tierras abonadas por otras lluvias y otros soles y por generaciones de hojas y huesos milenarios; arrancadas de su lugar natural por el loco proyecto y puestas a navegar, a la deriva.

Verdadera isla erizada de robles que ya no retoñarán (o tal vez sí), eso es la flota nuestra, sobre este indiferente mar que nada sabe de sueños.

Lo mejor del robledal de Corpes lo tiene la Trinidad, que encierra en sus maderos frustraciones y esperanzas de miles de años.

En la extraña quietud, en la ancestral humedad, en la atmósfera caliente de vahos vegetales y marinos confundidos, estos maderos recobran su memoria y hablan sin hablar de su historia. Hablan los postes y la quilla encerrados entre tablones sacados de las ramas que les dieron vida con hojas y sol, y ahora les oprimen en

una sombría superficie herida de clavos y pernos y estopa y negro alquitrán. Hablan mientras agonizan, incapaces de morir del todo, de hombres como bestias echados a la sombra de su joven fronda, recogidos por las noches, en sus nidos, temerosos como pájaros pero, furiosos cazadores, armados de piedras durante el día. Las costillas de la Trinidad guardan memoria de otros hombres que llegaron un día relucientes de bronce y armados con metales hirientes a los que no detenía la dura madera sazónada en años, hombres que llevaban rojos penachos sobre sus cabezas de águila y hablaban una lengua musical y extraña, similar al rumor de las hojas cuando las agita la brisa leve. No había mujeres entre estos hombres, ni había niños, ni perros. Solo estuvieron una noche y no sintieron miedo. Fueron los primeros hombres que los robles vieron que no tenían miedo; y comenzaron a sentirlo ellos. Así que crecieron más y más fuertes, endurecieron la madera para que el metal de los hombres sin miedo no pudiera penetrarla. Pero fue inútil, aquellos hombres siempre volvían y sus armas eran más afiladas, más que la dureza que los árboles podían alcanzar. Cayeron así muchos y ardieron varios. Y los hombres sin miedo construyeron sus casas para la noche con la madera de aquellos robles.

Pero el bosque crecía. Se hacía más y más espeso para protegerse de los ganados y para ocultarse de los hombres. Cada árbol que nacía y prosperaba creía estar a salvo oculto entre los otros y todos juntos no hacían más que aumentar el bosque que un día llamaría la atención de los constructores de la Trinidad. Pero antes de ese día en que el bosque comenzara a transformarse en isla y soporte de nuestros desventurados destinos, se sucedieron los soles y las lluvias sin cuenta, y también los hombres y las mujeres; como aquellas dos niñas a las que al pie del palo mayor humillaron los condes de Carrión. Toda la noche quedaron, ateridas de frío, hechas jirones las ropas, perdidas las mejores prendas de su virtud y rotas en pedazos sus mejores ilusiones.

El palo mayor con su robusto tronco protegió a aquellas dos niñas que serían tronco de reyes. A la mañana siguiente vino Álvaro Fáñez y en su furia contra los de Carrión por el ultraje que habían hecho a sus primas, trazó con su espada una cruz en el roble, sobre la que juró venganza.

Herido por la espada del castellano, el roble se multiplicó esa tarde y, cuando fueron más de mil sus descendientes de gran porte y un sinnúmero de otros más pequeños, Vuestra Majestad Imperial lo arroja al mar en el que ha de pudrirse con sus hombres y ratas; y la memoria de la tierra, de la lluvia y del sol; y la añoranza de las hojas, de los pájaros y de los ganados.

Aún conserva el mástil de la Trinidad la marca de la ira de Álvaro Fáñez y el aroma de los ricos perfumes con que Jimena despidió a sus hijas en los alcázares de Valencia; aún pugnan con el olor de la resina y con la sal que borra y devora, adheridos para siempre a nuestro palo mayor.

Pero, a qué hablar de los árboles, Majestad, si también el linaje de los hombres hunde desde muy antiguo sus raíces en la tierra y sin embargo, vedlo aquí, flotando sobre estos ayer robustos robles y hoy frágiles maderos, sin vientos que nos impulsen ni rumbos que seguir.

* * *

Dejamos atrás las Canarias y navegamos siguiendo la costa de ese mundo extravagante al que llaman África, cuando nos sorprende una calma chicha y por espacio de casi sesenta días quedan las naves como incrustadas en un mar que se ha fraguado como argamasa.

Entonces los hombres ven en aquel fenómeno una suerte de augurio o advertencia, como si los dioses se opusieran a nuestra temeraria empresa.

Día a día crecen a bordo de la flota el miedo y el descontento, alimentando insensatos planes de rebelión; en la tensa calma se gestan trágicos acontecimientos.

El más inquieto era aquel Juan de Cartagena, primo y hermano de leche del todopoderoso obispo de Burgos. El capitán de la San Antonio no solo es el segundo en el mando sino, además, veedor de la Compañía de Indias. En nombre de los intereses de la misma, exige a don Hernando que le entere de sus planes. Quiere saber por qué este largo rodeo costeano el África si hemos de navegar con rumbo oeste a través del Atlántico.

Pero mi amo permanece sordo a sus reclamos. Rechaza con cajas destempladas a sus enviados y continúa ocultando sus intenciones.

Su actitud exaspera los ánimos, desde el comienzo adversos, de los capitanes castellanos.

La mole negra de la San Antonio permanece inmóvil junto al resto de la flota, pero don Juan desafía abiertamente la autoridad de don Hernando, mi señor.

Al amanecer, cuando en lo alto de los mástiles debe flamear la bandera con las armas del capitán general, en la nave del veedor solo se divisan las de Su Alteza Imperial.

La San Antonio tampoco enciende por las noches las linternas de popa, conforme a las órdenes dadas a los pilotos antes de partir de Sanlúcar. Cada nave debe lucir un número determinado de linternas de acuerdo a su tonelaje y, como la de don Juan es la más grande, debe encender cinco todos los días a la caída del sol; de esta forma pretende don Hernando mantener en todo momento unida a la flota y conocer la posición exacta de cada uno de los bajeles, pues teme una conjura.

Pero desde que hemos quedado atrapados en estas aguas sin vida, don Hernando ignora por las noches el lugar en que se

encuentra la San Antonio y amanece cada mañana con la secreta angustia de descubrir que ha partido.

En la madrugada, cuando el mar sin motivo aparente se agita un instante y alguna onda aislada alcanza el casco de la Trinidad, mi señor pierde el sueño y vela en la oscuridad hasta que llega el alba. Anhelante observa a cada instante el cielo, y cuando las estrellas comienzan a apagarse, deja la litera y sale a cubierta a esperar las primeras claridades que le permitan descubrir la posición de la San Antonio. Impaciente, muchas noches ha tratado de adivinar su silueta por los astros que la arboladura pudiera ocultar a sus ojos, pero son cuatro las naves que rodean a la Trinidad y es imposible distinguir las en las tinieblas; con excepción quizás de la Concepción. La nave de Gaspar de Quesada huele poderosamente a tierra fértil, a bosque umbrío, a huerto soleado y bien regado. Atraídos por su aroma, los pájaros la toman por una isla y vienen durante el día a posarse en su arboladura y a construir sus nidos entre los cordajes.

El temor de don Hernando disminuye en las noches de luna cuando, flotando sobre la bruñida superficie de las aguas, se puede contemplar el perfil de los navíos. Parecen tallados en piedra cuando la luna está en lo más alto del cielo y en marfil cuando asoma su roja faz. Semejan objetos dotados por el platero de un oscuro sentido que a él también se le escapa. Y se queda horas contemplándolos como si quisiera sorprender su secreto.

* * *

Muchas de aquellas noches, desvelado yo también, hice a mi amo silenciosa compañía, que con ser Juanillo muy audaz y concederse ciertas licencias que convienen a su profesión, jamás se atrevió a intentar sacar a aquel hombre de sus cavilaciones nocturnas.

La quietud reinante, el cielo sin nubes, el ligero mecerse de la Trinidad, todo ello infundía a mi espíritu una agradable sensación de bienestar.

Complacíame entonces en adivinar la cercana aunque invisible presencia de la costa por los efluvios que de ella llegaban a la nave.

Durante el día, se divisa a veces una montaña a la que llaman Sierra Leona y que desaparece con las brumas durante muchas jornadas. Es más tangible su existencia en las noches cuando un remedo de brisa trae la certeza de su proximidad vegetal. Puedo oler cómo cambia entonces a medida que transcurren las horas, desde que el sol se pone hasta que asoma otra vez en el horizonte. Su perfume es más intenso cuando cesan las lluvias del crepúsculo. Se atenúa entonces el fuerte tufo del mar y se hace más intenso el suyo. Se diría que huele a hembra, ardiente y aplacada. Es un aroma dulzón e indefinido el que exhala su piel lustrosa, humedecida por las lluvias. Un olor que se vuelve más acre y más caliente a medida que la luna sube en el cielo; y huele a almizcle al filo de la medianoche. Luego en la madrugada, la débil brisa se aquieta y la costa se hace más y más distante. A veces, cuando el sol asoma puedo ver su cima, pero ya no puedo olerla, porque todo lo invade el temible, hediondo olor de las aguas saladas. El suyo es un aroma diferente, viril y agresivo, fuerte como el de un guerrero.

A esa temprana hora, con su incierta luz, es más negro el enorme casco de la San Antonio, y su larga sombra alcanza hasta la popa de nuestra nave.

El capitán se retira entonces, sin ni siquiera darme las buenas noches mientras en las entrañas de roble de la Trinidad la vida vuelve a renacer idéntica cada día.

Son monótonos los días a la espera de vientos. Pasan muy lentamente y se repiten iguales sin que nada ocurra.

Dominados por el hastío los hombres vagan como fantasmas, vacíos de voluntad.

Ya no hay arengas ni promesas capaces de levantar sus ánimos, abrumados por la añoranza.

En esas condiciones, las gracias de vuestro Juanillo hicieron más por la moral de la empresa que la elocuencia y la pasión de los capitanes. El conde del Maluco inventa historias, licenciosas las más, como aquella de la Melibea que después de haber probado el miembro de su padrastro entre las piernas y el de su confesor en la boca, se había restregado contra varias de las altas damas de la corte procurando satisfacer sus ardores; y tan fogosa era, Alteza, que acabó enamorándose de un toro, para lo cual y por hacerse montar había hecho construir un armatoste en el que se colocaba a cuatro patas cubierta con la piel de una ternera y el animal, privado de otro contacto con las de su especie, le introducía el miembro, que era como un hierro candente, apoyándose en aquella descomedida armazón.

¡Vierais, Majestad, a vuestros argonautas, tendidos en cubierta bajo el sol, con los miembros tan erectos bajo los calzones que se diría una nueva escuadra de vigorosos mástiles navegando por obra y gracia de vuestro Juanillo Ponce!

También les placía oír la historia de la duquesa Rosinalda a quien el rey Cacavus de Hungría tenía cercada en su castillo. Todas las mañanas las pasaba la hermosa oculta tras las almenas, viendo morir a sus hombres hasta que, dando por perdida su heredad y temiendo por la vida de sus hijas, ya prometidas con los futuros reyes de Francia y de la Alemania, mandó decir a su enemigo que le ofrecía su hermoso cuerpo a cambio de un tratado que le asegurara la vida de sus niñas y la posesión de sus tierras y castillos. El rey contestó que consideraba desigual el trato, porque ninguna mujer valía tanto. Pero Rosinalda no se dio por vencida y empezó a pasearse desnuda entre las almenas a la

vista del ejército de Hungría. Y enseñaba con tal habilidad sus encantos, que sus apariciones causaban gran confusión entre los sitiadores. Rosinalda se descubría un seno y el combate cesaba. Los hombres de la vanguardia quedaban como petrificados y los que peleaban a la retaguardia corrían, desoyendo las órdenes, al pie de la muralla. Y hasta los encargados de cuidar el campamento, embriagados por el aroma a perfume de Oriente y a leche de aquel seno, abandonaban sus puestos. Otras veces, ocultando su cuerpo tras una almena, Rosinalda enseñaba sus blancas nalgas; y los húngaros se herían entre sí causándose numerosas bajas. Hasta que al tercer día, la duquesa se levantó con gracia la falda de terciopelo rojo y enseñó con desparpajo el sexo. Aquella mata de pelos negros enmarcada en una suerte de tiara de perlas y semicubierta por una tela transparente en la que brillaban diamantes y rubíes, lucía como la más preciada de las joyas. Entonces Cacavus ya no pudo más y mandó decir a la duquesa que levantaría el cerco a cambio de poder gozar de su cuerpo.

Al atardecer, al frente de una imponente comitiva, el rey Cacavus entró en el castillo y fue conducido a la recámara de la duquesa donde le aguardaba el botín.

Pero Rosinalda era mujer virtuosa que había jurado fidelidad a su marido, cruzado en Jerusalem, y estaba dispuesta a cumplir el juramento. Así que se puso carne de pollo bajo las tetas, untó su sexo con grasa de carnero y vistió sus mejores galas. Lucía como una fruta madura con aquel vestido color durazno, pero olía como el diablo. Cacavus al verla se excitó muchísimo, pero como tanta belleza le imponía una suerte de respeto, se quedó inmóvil en la puerta. «Ven por tu recompensa», le dijo Rosinalda con su voz más insinuante. Entonces Cacavus avanzó hacia el lecho, se quitó las armas y arneses, el jubón y las botas, y se arrojó en sus brazos. Pero apenas pegó aquellos sus grandes labios de húngaro entre los pechos de Rosinalda, el hedor le hizo apartarse. Trató de

disimular la repulsión que sentía pues temía herir el orgullo de la duquesa. Trató de sobreponerse porque la calentura aún le duraba. Trató de concentrarse en la imagen de aquel sexo enjoyado que había visto desde el pie de la muralla. Y hacia allí dirigió sus manos. La duquesa le dejó hacer. Permitió que le quitara las enaguas y los calzones. Que sus dedos se entretuvieran jugando con las perlas de la tiara. «¿Te gusta mi joyero?» le decía. Y Cacavus muy excitado, que sí, que sí. «Besa mi joya», le ordenó Rosinalda. Y Cacavus, que se deleitaba en aquello, metió las narices en la mata espesa untada con grasa de carnero. Cuando sintió aquel hedor, ya no pudo seguir. Se levantó. Vistió el jubón, los arneses y las botas. Se cuadró y dijo:

—Señora, Cacavus no tiene derecho a haceros el amor de esta forma. Sois libre y no tenéis nada que darme a cambio.

Entonces Rosinalda, por seguir la burla, ronroneando como una gata, le dijo:

—¡Oh Cacavus, no me dejes ahora! Hazme tuya. Penétrame. Apodérate de mi joya.

—Lo siento, duquesa —dijo el rey—, pero por tu honor y por el mío debo marcharme.

—¿Por mi olor, habéis dicho? —preguntó con aire indignado Rosinalda.

—No, duquesa, por tu honor —replicó Cacavus—. Y salió hecho una tromba, insultando a sus hombres, y se marchó con ellos a todo galope. Nadie se atrevía a preguntarle nada, pero estaban sorprendidos del poco tiempo que había permanecido en la recámara, y se daban cuenta por el mal talante de Cacavus que algo había andado mal.

El rey mandó levantar el campamento y al alba se marcharon de la comarca. Cacavus seguía mudo, pero al pasar por junto al castillo de Rosinalda, exclamó: «¡Por Dios, cómo hieden estas lombardas!», y espoleó su cabalgadura.

El contraamaestre, a instancias de aquel Sánchez de Reina que aún anda errante por los páramos del sur, había prohibido aquellas fábulas mías, que sin embargo tan buena acogida tenían en cortes y salones y aun en claustros y sacristías; pero la gente me perseguía pidiéndome más y el loco de la flota no podía negarse a ello.

Fuera de aquellos momentos de solaz y de algunos alardes de arcabuces con que distraemos nuestro tiempo, el resto del día nos lo pasamos ocupados en el mantenimiento de las naves; tarea tan estéril como la lluvia sobre el mar.

La humedad de la atmósfera y las nieblas marinas aherrumbran los metales e hinchan la madera de las vergas que giran con dificultad sobre sus goznes en los mástiles. Los hongos manchan las velas recogidas, los bronces adquieren una pátina verdosa que los hombres se afanan en quitar por las mañanas pero que vuelve a surgir idéntica cada noche, y hasta el acero de las espadas se torna opaco y ennegrece por mucho empeño que se ponga en su limpieza.

Nuestra presencia y la de los objetos que la hacen posible, se ve permanentemente amenazada. Todos ellos parecen contagiados de una insensata voluntad de retroceso que nos llevará irremediabilmente al desamparo. La madera y el hierro penetrados por la humedad y por el veneno de esta calma rehúsan obediencia. Mástiles, vergas y demás maderos hasta ayer dóciles a la mano del hombre, se hinchan, crecen y se deforman como si quisieran recuperar su condición vegetal. También el bronce de los herrajes y el hierro de los cañones y el acero de las espadas se vuelven rebeldes a nuestras órdenes.

Cada día la lucha contra la voluntad vegetal o mineral del mundo que nos rodea y de los que dependemos, recomienza idéntica.

Cepillando la madera o puliendo los metales las jornadas no se diferencian unas de otras, hasta que se pierde la noción del tiempo transcurrido y nuestra espera parece eterna.

—Ese es vuestro trabajo —dice Francisco Albo—, y tenéis que cumplirlo. No importa si no conduce a nada. Así es la vida en el mar. Además, eso ayuda a no pensar —agrega.

* * *

La lucha por el poder se desató en medio de aquella calma con la violencia de una tempestad. La arrogante nobleza española que Vos sometisteis al arbitrio de un aventurero portugués, intentaría más de una vez librarse del usurpador.

Una mañana, tras muchos días de estar detenidos en estas aguas a la espera de vientos, se presenta en la capitana aquel Juan de Cartagena, primo del obispo de Burgos y veedor de la Compañía de Indias.

¿Qué había impulsado a aquel hombre a embarcarse en una empresa como la nuestra?

No había menester aquel Cartagena de ir por especias al Maluco porque las tenía en su mesa en abundancia, traídas por la ruta de Oriente; ni tenía necesidad de ir por oro a las Indias; ni de agregar nuevas tierras a sus dominios que en sus treinta años de vida no había llegado a recorrerlos todos; ni de aumentar su honra que en la batalla de Alfacar en la que había perdido ambas piernas, se había cubierto de gloria. No era un joven impetuoso como Gaspar de Quesada, ni un mentecato como Ruy Faleiro. Amaba como ninguno la vida muelle del palacio. Gozaba con las sedas y los terciopelos y los oros y los mármoles y los vinos y los manjares suculentos; andaba siempre perfumado como una cortesana y era modelo de gracia y elegancia por la forma en que cuidaba su atuendo. ¿Qué impulsaba pues a aquel hombre tullido, a meterse

a navegante y surcar mares sin nombre, siguiendo una ruta que no conocía y en pos de un destino que ignoraba? Y sin embargo quiso estar en la empresa desde el primer momento, y consiguió finalmente que su pariente, el obispo Fonseca, hombre de gran influencia, aconsejara a Vuestra Majestad que lo nombrara veedor de la Compañía de Indias, sustituyendo a Ruy Faleiro. Mucho se afanó don Juan por conseguir aquel alto cargo, sin imaginar que le sería fatal.

Aquella mañana, sin previo aviso, don Juan se presenta en la Trinidad. Lo acompaña Andrés de San Martín, el cosmógrafo, y cuatro de los diez criados que el veedor lleva a bordo. Ellos son los encargados de subir a Cartagena a la nave, sentado inmóvil en un pesado y lujoso sillón.

Esteban Gómez, el piloto de la capitana, les conduce al alcázar. Bajo la toldilla, con los ojos puestos en unas cartas de marear, se halla don Hernando, metido como siempre en su armadura. Desde que nos abandonaron los vientos, mi amo se ha encerrado en un obstinado mutismo, más impenetrable que el hierro con el que protege su cuerpo de un eventual atentado.

Los criados de don Juan apoyan con sumo cuidado el sillón en cubierta y desaparecen. Andrés de San Martín, de pie a su lado, carraspea. Don Hernando no levanta los ojos.

Cartagena viste fina camisa de Holanda, capa de terciopelo verde, extendida sobre los brazos y el respaldo del sillón, y calzones del mismo paño. El sol reverbera en los alamares y en los broches de oro que cierran los calzones del veedor, allí donde faltan sus piernas. Tiene una mano en la empuñadura de jade de su espada y tamborilea impaciente con los dedos de la otra sobre el brazo del sillón.

San Martín dice algo al oído de Esteban Gómez, quien asiente y se acerca a mi amo. El piloto susurra algo a don Hernando que, sin levantar la vista, responde:

—¿Quién dices que ha venido? ¿El veedor? No recuerdo haberle citado.

Esteban vuelve a susurrar algo al oído de mi señor.

—Y bien —dice este—, si ya está aquí, que hable.

Haciendo visibles esfuerzos por contener su ira, Cartagena dice que ha venido a demandar en nombre de la Compañía de Indias, cuyos intereses representa, la razón de este largo rodeo a causa del cual hemos perdido casi dos preciosos meses de navegación, consumiendo los bastimentos de las naves y el ánimo de los hombres. La calma corrompe el agua de los toneles, pudre los alimentos en las bodegas e infesta el alma de la gente, que solo piensa en volver, dice. Nuestra bebida y nuestra comida y nuestros sueños y expectativas, todo envenenado; todo echado a perder por culpa de la insensata ruta que llevamos. Si de verdad intentamos llegar al Maluco por el oeste, como algunos dicen, ¿por qué navegar hacia el sur añadiendo a los rigores de esta parte del mundo, el peligro que representan las naves portuguesas? ¿Ignoraba acaso el capitán general que el rey de Portugal había enviado bajeles al cabo de Buena Esperanza, con el fin de interceptar el paso de la flota al mar de la India? ¿Íbamos a enfrentarnos acaso a las naves de guerra de López de Sequeira? ¿Ignoraba por ventura mi amo que el virrey de la India tenía una armada harto poderosa, capaz de mandar al fondo del océano a la flota con toda su carga de hombres y mercaderías de rescate? No, mi señor no podía ignorar tal cosa; no él, que había guerreado junto a Diego López de Sequeira. ¿Sería todo una trampa destinada a hacer fracasar esta costosa empresa?, pregunta. Pero él no estaba dispuesto a seguir obedeciendo las órdenes de don Hernando hasta que este le pusiera al tanto de la derrota y los planes de la escuadra. Juntos deberían discutirlos. ¿No había acaso mandado el rey a los oficiales de la Casa de Contratación, con fecha 5 de mayo de 1519, que el capitán general y Faleiro declarasen por escrito la derrota que

se hubiera de llevar y, según ella y con su acuerdo, se formase la instrucción con todos los regimientos de altura que dicho Faleiro diera; mostrándola a los pilotos y entregando a cada uno un traslado autorizado para su observancia? Y sin embargo, nada sabía él ni los demás capitanes y pilotos acerca de la derrota de la armada. Pero no está dispuesto a seguir adelante en esas condiciones, afirma.

Frío, sereno, sin haber levantado ni una vez los ojos de las cartas náuticas en las que trabajaba, el capitán responde asomando apenas la cabeza fuera de su caparazón de metal:

—El señor veedor está, como los demás, obligado a seguirme.

Don Juan enmudece un instante. Inquieto, se acomoda en el sillón apoyándose con ambas manos en los brazos del mismo.

—Seguiros, ¿adónde?

—La real cédula a la que aludís quedó sin efecto en julio. Los planes de la escuadra son secretos. Un secreto entre el rey y yo — responde el capitán mirándolo por primera vez a los ojos.

—Un secreto en el que va la vida de doscientos cincuenta hombres y que compromete los intereses de la Compañía de Indias, a la que represento — replica Cartagena haciendo un visible esfuerzo por dominarse y permanecer tan sereno como su adversario.

—Está el veedor, igual que el resto de los tripulantes, comprometido con la empresa por una capitulación que firmó, ¿cuál es la diferencia entre conocer el derrotero de la escuadra o ignorarlo?

Ante la audaz respuesta don Juan vacila. Las sombras de las jarcias cruzan su rostro de delicadas facciones. Algunas nubes se interponen entre la nave y el sol atenuando un poco el exceso de luz.

—¿No es de hombres sensatos querer saber acerca del destino de la escuadra? Hace muchos días que estamos atrapados

en estas aguas estériles a causa de la falta de vientos, ¿estaba eso también en los planes secretos de la flota? ¿Estaba esto en vuestros planes, capitán? Y ¿qué ocurrirá luego? ¿Cómo saldremos de aquí? ¿Hacia dónde pondremos nuestras proas? Decidlo, capitán, ¿o es que no confiáis en vuestros hombres? ¿O es que solo confiáis en vuestros instrumentos y en la ruta que trazó para Vos Ruy Faleiro? ¿No es sensato acaso lo que se os pide? —insiste don Juan.

Don Hernando parece indeciso. Sabe que hay miedo y descontento entre sus hombres. Conoce en carne propia el terrible efecto de las aguas muertas. Sabe de su lento veneno. No ignora que la locura se apodera pronto de una nave detenida por falta de vientos. Por otra parte, se percata de la natural autoridad que emana de Cartagena, y mentalmente mide sus fuerzas. Tres de las cinco naves obedecerán al veedor; él solo cuenta con Serrano en la pequeña Santiago.

La actitud que tomará nuestro capitán es un completo enigma. ¿Cederá a las amenazas de Cartagena en desmedro de su autoridad, o intentará hacer valer su poder? Si opta por esta última salida, ¿deberemos permanecerle fieles, o pasarnos al lado del veedor? ¿Cuál de ellos resultará vencedor a la postre: el todopoderoso don Juan, o el audaz aventurero don Hernando? Si estalla la lucha, ¿de qué lado estaré? Es la pregunta que se hace todo hombre; porque una cosa es cierta: habrá castigos y represalias para todos los perdedores.

* * *

Hablando de castigos y represalias, déjame preguntarte una vez más, Alteza, por qué tu hijo Felipe que es alto como una torre, se ensaña conmigo que soy del talle de una jofaina. ¿Por qué agita el poderoso bello de los Austrias en contra de este humilde servidor que ningún mal le ha hecho a su casa? Porque es cierto

que Juanillo habla de más y condimenta su discurso con algunas mentirillas para realzar su sabor, pero ¿quién lo toma en serio? ¿Acaso Felipe, que es rubio y zarco como un angelote, seductor como una ninfa y santo como una papisa, presta oídos a los embustes de un trapalón enano y contrahecho? ¿Acaso es digno de él, que es sabio como una corneja, astuto como una raposa e imponente como un león, andar persiguiendo a una comadreja como yo? ¿Que anduve hace tiempo diciendo algunas tonterías para ganarme el pan? Es cierto, pero eran chanzas sin mala intención, inocentes cuchufletas: que en Leganés hay un niño al que llaman Jerónimo y que es hijo bastardo del emperador, que don Carlos lo concibió en el vientre de una lavandera flamenca que tenía a su cargo el aseo de los calzones reales, que quedó preñada porque un día se puso uno de aquellos calzones para saber cómo era ser rey, pero que Su Alteza la amaba porque era dama fogosa y limpia y que el niño así concebido era el preferido de Su Majestad, o que la emperatriz Isabel murió al dar a luz un crío con cabeza de becerro, que también Felipe tenía cabeza de becerro pero los cirujanos reales se la habían arreglado para que pareciese humana, que lo que más trabajo les daba eran los cuernos que volvían a crecerle una y otra vez, que no habían podido arreglarle la mandíbula y por eso tenía cara de vaca, o que don Luis de Quijada era el verdadero padre de Felipe porque los dos eran Quijada, aunque la de Felipe era la mayor. Todos sabían que eran bromas y se reían con ellas, sanamente. Hasta los de la Inquisición, cuando me interrogaron por orden de Felipe, se morían de risa, Alteza, pero cuando se cansaron de divertirse conmigo, se pusieron muy serios y empezaron con lo del viaje. Entonces supe que no me habían apesado por lo de las bromas. Ellos querían saber por qué andaba yo por casas y plazas diciendo que lo de tus cronistas era todo patrañas. Y también por qué vivía preguntando por mis antiguos compañeros de viaje. Que para qué los buscaba. Que por

qué preguntaba por Beatriz, la esposa de mi amo y por qué me hacía llamar conde del Maluco. Y si era verdad que escribía una crónica llena de falsedades para remitírsela al emperador. Y como yo negaba todo y juraba por Dios que es uno y trino, que no había nada de cierto, que el viaje lo había olvidado hacía mucho y que no tenía ningún interés en recordarlo, ellos me decían: eres un judío hijo de puta y te enseñaremos a no mentir. Así estuvimos un rato, ellos insultando y amenazándome y yo jurando por las cenizas de mi padre desconocido, hasta que me arrojaron a un calabozo y no me dieron ni agua en tres días. Al cabo de ese lapso empezaron con los interrogatorios de nuevo. Me hacían las mismas preguntas y yo contestaba las mismas respuestas y me devolvían al mismo calabozo y me negaban la misma agua, excepto unos sorbos que me dejaban beber entre pregunta y respuesta, porque estaba tan débil que no podía ni hablar. El ciclo se repitió idéntico cuatro mil veces hasta que me dijeron que quedaría en libertad si firmaba una declaración. Yo solo pensaba en salvar el pellejo así que sin leer firmé un papel que me alcanzaron. Entonces uno de los jueces o alguaciles o lo que fuese, me dijo con una sonrisa cínica que ya no apareciera a cobrar la pensión que por mis servicios en la armada me dieran, porque según mi propia declaración, yo nunca había participado en expedición alguna al Maluco. Y como yo protesté, me leyó lo que había firmado, y luego una lista de sobrevivientes en la que no aparecía mi nombre. Y que no me quejara, agregó, porque podrían colgarme o exigirme la devolución de cuanto había percibido estos años a fuerza de engaños. Yo no lo podía creer y le pedí que me mostrara la lista. Pero no pude leerla porque mis ojos me traicionaron. Él volvió a hacerlo, y yo a sumar con los dedos: faltaba uno y ese era yo.

Así fue, Alteza, como desapareció de las listas y también de las crónicas el nombre y toda referencia a Juanillo Ponce, conde del Maluco por la gracia de don Hernando, mi señor. Así fue

como me vi privado de mi pensión y de mi identidad. Juanillo era un fantasma. Toda su vida había girado en torno al maldito viaje y de pronto se le negaba toda participación. Por eso destiné mis últimas fuerzas a buscar a los demás sobrevivientes. Necesitaba de su reconocimiento. Y encontré unos pocos. Por ellos supe en qué había venido a parar nuestro glorioso viaje alrededor del mundo todo, pero esa es otra historia que dejo para el final; lo importante ahora es otra cosa. Que ninguno de mis antiguos compañeros de navegación me reconoció. Alguno se mostró cortés, otro compasivo, y no faltó quien respondiera a mis preguntas; pero para todos era un extraño. Amedrentados por los de la Inquisición o quienes fuesen que me juzgaron, se negaron a reconocermme. Así que al verme solo con mi verdad, me dije: no tengo más que a don Carlos. Él tiene que creerme. Él tiene que saber de mí. Su Alteza sabe quién es el conde del Maluco. Don Carlos hará que se me restituya a las listas y se me devuelva la pensión. Y si es muy trabajoso volver a fraguar las listas, al menos recuperaré mis dineros. Y me puse a escribir esta crónica que sigue así:

* * *

Francisco Albo, el contraamaestre de la Trinidad observa ansioso a don Hernando como si quisiera anticiparse a sus órdenes. A su lado, los otros tres oficiales adoptan actitudes disímiles pero igualmente marcadas por la cautela que impone la situación. Esteban Gómez observa a Cartagena. Juan Bautista se mira la punta de los pies. Gonzalo pasea distraídamente la vista por la arboladura y el cielo contra el que se recorta.

Algunos hombres, los más audaces, han ganado los obenques y penoles de las vergas para observar sin obstáculos cuanto ocurre en el alcázar. La Trinidad parece ahora un viejo árbol cargado de pájaros sin vuelo.

Iba a esconderme en la bodega hasta que se le vieran las patas a la sota, cuando sentí la voz aflautada de mi amo, que surgía lenta y aguda de entre el hierro. Se había puesto de pie y brillaba al sol como un ídolo pagano.

—¿No tienes miedo, tullido como eres, de venir aquí a mi nave e incitar a los hombres a la rebelión? —preguntó.

—Os advierto que los cañones de la San Antonio apuntan hacia vuestra nave en este momento, y sin duda tras ellos deberás enfrentar el fuego de los de la Concepción y de la Victoria —dice don Juan, esforzándose por sonreír.

—¿Y qué le dirás a tu rey? ¿Que te alzaste contra su poder? ¿Que desobedeciste mis órdenes? ¿Que me traicionaste? ¿O tal vez que tenías celos, que deseabas todas las riquezas para ti solo, que habías menester de todo el clavo y la canela para tu mesa? Pero no, le dirás, tal vez, que eres un cobarde, que sentiste miedo, que una vez a bordo temiste por tu vida y solo pensaste en regresar. Pues te diré lo que voy a hacer contigo ahora: voy a cortarte la lengua y a colgarte del palo mayor para que todo el mundo vea cómo terminan los traidores. ¡Alguacil, prended a ese hombre!

—¡Capitán...! —dijo Andrés que había permanecido hasta ese momento callado, y pretendía ahora en vano interceder.

—¡No te atreverás! —gritó Cartagena desafiante.

—¡Habrá pena de muerte para el que intente defender a este hombre! —dijo mi amo.

—¡Roque, Joan! —gritó don Juan, llamando a sus criados.

—¡Llebadme a la nave! ¡No seguiré a este loco!

—Ya no tienes nave —replica en un tono afectadamente pausado don Hernando.

El veedor abre la boca para contestar pero esta vez las palabras no sobrepasan la barrera de los dientes, ruedan garganta abajo, parece que se ahoga con ellas. Todas sus facultades están

ahora concentradas en el roce helado del acero que parece quemarle la fina y perfumada piel del cuello.

* * *

Esa noche el capitán me llamó a su cámara. Estaba tendido en la litera con la armadura puesta y a su lado, sentado en el suelo y con las piernas cruzadas, su esclavo Enrique.

Don Hernando lo había traído, siendo niño, de Malaca, y estaba en la flota no solo a su servicio personal sino como intérprete. Mi amo le tenía gran afecto y Enrique le correspondía con la fidelidad de un perro. Él era quien probaba primero la comida que servían a su señor y, por las noches, dormía tirado en el suelo junto a su puerta con un espantoso puñal en la mano. Solo salía a cubierta cuando su amo lo hacía, permaneciendo el resto del tiempo encerrado en la cámara. No faltaba, por supuesto, quien dijera que con don Hernando hacía también las veces de mujer, costumbre, por demás, muy marinera, que el capitán general habría adquirido en sus largos viajes; pero yo, personalmente, nunca lo creí. Don Hernando estaba demasiado preocupado por el futuro como para sentir otra clase de apremios, si casi ni comía. Aquellos rumores, como tantos otros que sobre mi amo circulaban, eran infundados, inspirados quizás en la envidia o en los celos; aunque aquel esclavo sumiso y aceitado, al cabo de dos meses en alta mar resultaba, debo confesárselo, bastante atractivo.

Al entrar, Enrique me miró con recelo, se diría que le molestaba mi presencia. El capitán dijo que no podía dormir y que deseaba escuchar algún romance. De entre todos prefería aquel que narra las aventuras del infante Arnaldos y era capaz de hacérmelo repetir cien veces, interrumpiéndome en cada ocasión para corregir el acento o la entonación que yo daba a determinada palabra.

Me senté, pues, cual amorosa madre a sus pies y comencé a desgranar aquellos versos; él me escuchaba con los ojos entrecerrados. De pronto y sin abrirlos me interrumpió:

—Lo lamento —dijo. Y como yo lo mirara con sorpresa, agregó—: Siento haber tenido que actuar de ese modo, pero no había otro camino.

Yo iba a responderle, pero antes de que lo hiciera me indicó con un gesto que continuara. Al llegar a los versos en que el marinero responde al infante:

*Yo no digo mi canción
sino a quien conmigo va,*

dijo:

—Cartagena es un buen hombre, pero vive en el pasado. Será un lastre que tendré que eliminar —y sus palabras cortaban como el acero.

Ambos nos callamos y él cerró los ojos.

—Dime ese romance una vez más —dijo luego.

Al llegar al final parecía dormido. No se movía y su respiración era profunda. El hierro con que cubría su pecho se movía a un ritmo acompasado. Subía para captar por un instante el reflejo de la lámpara que colgaba del techo de la cámara y enseguida se sumía opaco en las sombras del pequeño recinto; arriba y abajo, una y otra vez, como si tuviera vida propia.

—¿Qué crees que hará Beatriz ahora? —dijo de pronto.

—¿Beatriz, señor? —repuse yo, confuso.

—Mi mujer. ¿Qué crees que hace ahora?

La pregunta me sorprendió.

—No lo sé, señor.

—¿Y el pequeño Rodrigo? ¿Sabes que mi mujer espera un nuevo hijo? Quizás ya nació. Háblame de ellos.

—No los conozco, capitán.

—¿Eres poeta, no? Solo cierra los ojos y dime lo que ves.

Yo vacilé, pero era evidente que aguardaba con ansiedad mis palabras.

—En Sevilla es la hora del alba y...

—No está en Sevilla —me interrumpió—. Pero no importa, sigue.

—Bueno, es la hora del alba y hay un balcón abierto a una plaza desierta y dentro de la estancia, apenas iluminada por la incierta luz del amanecer, una mujer se pasea descalza, con las manos sobre el vientre hinchado como una fruta madura. Junto a su lecho, está la cuna de Rodrigo, que Vos mandasteis construir con la misma madera de la Trinidad y la mujer mece la cuna como las olas mecen la nave, suavemente.

—Me gusta eso —dice él—. ¿Sabes que mi hijo se llama Rodrigo por Faleiro? Éramos muy amigos. Pero después enloqueció y tu rey lo separó de la empresa.

—¿Entonces es cierto lo que dicen?

—¿Qué es lo que dicen?

—Que los cálculos y mediciones de la derrota son obra de un mentecato, señor.

—Él pensó que yo había tenido que ver con la decisión de don Carlos. Pero no fue así. Hubo ciertas presiones. Él era mi amigo.

—Dicen también que es astrólogo judicial.

—Cuando designaron a Cartagena en su lugar, aconsejé que Francisco Faleiro, su hermano, viajara de capitán en una de las naves. Sabía que era la única persona a la que Ruy podría entregar su método secreto.

—Que se fingió loco para no ir, porque su demonio le mostró el fatal destino de la escuadra.

—Yo necesitaba su método de observación de la longitud este-oeste, con los regimientos correspondientes, pero él se negaba a enseñármelo.

—¿En verdad está loco, capitán?

—No tienes por qué preocuparte. Ahora dime, ¿qué es lo que hace ella?

Yo titubeé. Hubiera deseado saber más sobre la derrota y su autor, pero el nuestro era un diálogo de sordos y temía irritar a mi señor de insistir. Así que proseguí con mi historia:

—Ella observa el plácido sueño del pequeño. Piensa que se parece a vos y sonrío. Después camina hasta el balcón y se asoma a contemplar el cielo en el que se extinguen las últimas estrellas. Creo que imagina cinco negras proas cortando presurosas las aguas. Sus ojos se posan en la Trinidad que abre ufana la marcha, y penetran en la cámara donde su esposo vela pensando en ella. Imagina que a su regreso irá con ambos niños a recibirlos. Se ve ansiosa en los muelles mientras las naves entran a puerto embalsamando el aire con el olor de las especias y mientras la comitiva real se prepara para rendirte honores. «Aquel señor es el rey», dice ella a Rodrigo. «¿Dónde está papá?», pregunta el niño. «No lo veo, ¿dónde está?», insiste, mientras la negra mole de la Trinidad se acerca al muelle y la sombra de sus grandes velas corre por sobre la cabeza de cuantos allí aguardan, apagando los brillos de la corona de Su Majestad.

—¿No está su padre allí? —pregunta don Hernando.

Yo me estremezco, asaltado de pronto por un negro presagio.

—¿Por qué no te quitas la armadura, señor? Estarás más cómodo y el sueño llegará más fácilmente —digo.

—No debo. Esta coraza me protege de los hombres.

—¿Sabes que dicen que no hay nada en su interior?

—¿Tú qué crees?

—Creo que en su interior hay un gran hombre.

—Ya ves por qué no puedo quitarme esta coraza —responde, y agrega—: ¿No está su padre allí?

—«¡Allí está!», dice de pronto la madre. Su voz se ahoga en sollozos. El niño grita, agitando ambos brazos. La multitud estalla en muestras de júbilo, y los cañones de la flota hacen pedazos el aire tibio de la mañana —digo.

* * *

A la mañana siguiente se convoca a junta a los capitanes. Cartagena ha sido declarado en rebeldía y arrestado. Será reemplazado en el mando de su nave por Antonio de Coca. El pendón con las armas de don Hernando está izado al tope del palo mayor de la San Antonio. Mi amo acepta la proposición de confiar a don Luis de Mendoza la custodia del veedor. Cualquier nuevo intento será penado con la muerte por decapitación. Todos parecen estar de acuerdo y la junta se disuelve con rara premura; los capitanes se muestran ansiosos por regresar a sus naves.

Es que, momentáneamente, la disputa por el poder ha pasado a segundo plano. La brisa que parece insinuarse ahora reclama toda la atención.

Hay primero como un ligero estremecimiento del aire, quieto durante tantos días. Luego es una casi remota sensación de alivio en la piel. Entonces los sentidos se aguzan. La conciencia se vuelve percepción. Lentamente el mar se hincha y una onda pasa bajo el casco. Hay como un apacible crujir de maderos. Un levísimo vaivén de los mástiles. De la arboladura de la Concepción, varios pájaros se lanzan al vuelo. Los superiores discuten pero sus palabras son máscaras, y ellos velas desplegadas en espera del viento. Hasta el mismo Cartagena, inmóvil en su sillón, distiende las narices, como si quisiera aprehender él también, de ese modo, aquellos primeros signos. Sin embargo,

todos parecen ignorarlos y en silencio cada uno se encamina a su respectiva nave. Un rato más tarde, una brisa fresca y firme se derramaba como miel por las cubiertas paralizándolo a los hombres con su inesperada caricia.

Esa noche la brisa se transformó en fuerte viento.

Como tocados por la mano invisible de algún extraño dios, los maderos de la Trinidad salieron de su sueño de muerte. Todo el antiguo robledal de Corpes recobró la vida. La vieja nave, quieta y silenciosa durante tantos días y sus noches, comenzó a sacudirse y a crujir a lo largo y ancho de toda su estructura. Crujía la quilla y el poste de proa, gemían los tablones del piso y las varillas que a ellos estaban sujetas para formar las costillas de aquel extraño vegetal nacido de la tierra de tu reino. Lloraban las grandes vigas que sostenían la cubierta, teatro de nuestros infortunios. Gritaban los mástiles y aparejos la sed de aventuras que sus hacedores les habían impuesto como destino final.

A la mañana siguiente las velas se hincharon como el vientre de las madres que nos parieron para esta loca empresa, se tensaron las jarcias de tanto tiempo ociosas, y las naves dejaron de ser islas, rebeldes a la voluntad de los pilotos, para abrirse paso entre las olas, con rumbo sur, en la dirección que mi amo habíales señalado.

Nadie, ni el mismo Cartagena, hubiera deseado la tierra ahora, si se le hubiera dado la libertad de hacerlo.

* * *

Una madrugada se pierde de vista la estrella Polar y corre por las entrañas de las naves la noticia de que hemos pasado el Ecuador.

Felizmente y gracias a los dioses –al mío y al de mi madre, y a todos los demás, vivos o muertos– nada ocurrió. Las aguas no hirvieron cocinando los maderos y desfondando las naos como se decía, los abismos no se abrieron tragándose a la escuadra y así, al cabo de cuatro días, vimos dibujarse a lo lejos el cabo de la Buena Esperanza. A los 23° 30' de latitud septentrional abandonamos el rumbo sur y pusimos proa al oeste, hacia la tierra del Verzino, que los portugueses llaman Brasil.

Aquel cambio de rumbo no hizo sino multiplicar nuestra incertidumbre. Nosotros no sabíamos usar una brújula, ni leer regimientos ni cartas de marear, ni teníamos la más remota idea de si el mundo tenía forma de pera, de uva, o de rábano.

Qué era lo que se proponía realmente el capitán, nos preguntábamos. Si nuestro destino era el Maluco, por qué rectificaba ahora el rumbo poniendo proa a las Indias del almirante, nos preguntábamos. Aunque circulaba el rumor de que pretendía llegar al Maluco por el oeste. ¿Seríamos verdaderamente parte de ese loco proyecto?

Los oficiales nada sabían. El capellán se mostraba melancólico y como arrepentido de haber abandonado su tranquila parroquia para embarcarse en esta aventura. El cosmógrafo se encerró en un obstinado mutismo. Todos teníamos miedo, pero el nuestro era un miedo estéril e impotente que nos hacía más dóciles a los caprichos de don Hernando. Y nos dejábamos arrastrar sin oponer resistencia.

* * *

Durante las dos semanas de travesía el viento no cesó de soplar fuerte y ordenado detrás de nuestras popas. Atravesamos el océano con la rapidez de un sueño y solo nos detuvimos una mañana a causa de un espeso banco de niebla.

Mi amo ordenó arriar las velas, ya que temía chocar con algún escollo invisible y, a fuerza de hacer señales con las lámparas, al cabo de dos horas habíamos logrado reunir las cinco naves y amarrarlas entre sí con gruesos cables. Tal vez lo impulsó a ello el temor a que alguna se perdiera en este mar desconocido que la niebla tornaba irreal; o tal vez fue solo por evitar que algunos de los que se oponían a su capitanía, aprovecharan la situación para largarse.

La niebla era tan espesa que los hombres ocupados en la maniobra del amarre apenas se veían las manos y esa situación se prolongó por espacio de varias horas hasta que la ceguera colectiva alteró por completo el orden natural de las cosas.

Es un curioso efecto el de las nieblas prolongadas, Alteza. Muy pronto olvida el hombre sus puntos de referencia cotidianos y queda sumido en el caos. Hasta la sensación de tener el cielo por encima y el mar por debajo llega a alterarse. Nadie puede saber en verdad dónde empieza uno y termina el otro y tampoco es posible saber dónde termina la nave y qué es lo que hay más allá, en el siguiente paso. La complicada geografía de maderos y cabos, que a los pocos días de navegación se vuelve tan familiar, por repetida, que uno anda a través de ella sin ver, casi inconscientemente, recobra en estas condiciones toda la laberíntica esencia de la primera vez. Al cabo de un rato de estar sumergido en la niebla todo conocimiento previo se vuelve inútil. Cualquier tarima, cualquier caja o tina, puede ser tomada por una amurada o viceversa. El castillo de proa puede colocarse a popa o cambiar de lugar durante toda una jornada. Cualquier roce, cualquier tropézón, cualquier sonido, puede sembrar el desconcierto y acabar con el orden que uno creía conocer. Con esa terrible venda en los ojos, hasta los contornos o los límites del propio cuerpo se borran. Todo es incierto, confuso, caótico, inseguro, en medio de esa nube, y sin embargo, quizás a pocos pasos brilla el sol y todo es claro y luminoso como siempre.

Hacía un buen rato que estábamos sumidos en aquella nube, horas tal vez, que hasta la noción del tiempo se pierde, cuando un mocetón de nombre Francisco comenzó a dar voces diciendo que una enorme nave se deslizaba junto a la Trinidad, tan cerca según él, que podríamos tocarla con solo estirar los brazos.

Lo primero que pensamos fue que se trataba de alguno de los barcos de la flota, que había derivado hacia la capitana, y que el choque sería inevitable; por lo que todos los ojos estaban fijos en la dirección en que señalaba Francisco, tratando de descubrir en vano los contornos de aquel navío que él describía para nosotros.

Pero las velas raídas que colgaban de las vergas como flecos grises, entre jirones de niebla del mismo color; y las jarcias y los obenques, sueltos y en desorden, formando una verdadera maraña en torno a los palos; y la arboladura toda que tenía el desolado y lúgubre aspecto de un bosque en invierno; y el casco, que colonizado por toda clase de moluscos y algas, semejaba uno de esos viejos troncos que han flotado por años en el mar; y todos y cada uno de esos detalles que no sabíamos si surgían de la boca de Francisco o de entre la niebla, pero que la mente unía y recomponía, nos llenaron de una inquietud diferente de la primera. Quiero decir que ya no temíamos el choque con una de nuestras naves.

Entonces comenzamos a dar voces y agitar linternas, pero nadie respondía a nuestros gritos ni señales.

—Tal vez una carabela... —dice alguien al cabo de un rato, rompiendo el hechizo que nos mantenía mudos.

—Por lo que dice el muchacho, bien pudiera ser —afirma Martín el Tonelero, que conoce de naves.

Las preguntas se suceden y se confunden.

—¿Pero quiénes?

—¿Portugueses, tal vez?

—Quizás el almirante, intentando todavía llegar a las Indias por el oeste —y el tono es burlón.

—¿Una nave fantasma? He oído de ellas...

—¿No creéis que deberíamos abordarla? Quizás estén en dificultades.

—¿Repleta de oro y especias?

—Podría haber peste allí. Las bodegas llenas de cadáveres pestilentes...

—Si no la detenemos ahora, la perderemos para siempre.

—¡Saltaré yo! —grita Francisco, que parece estar muy cerca de nosotros, pero a quien no podemos ver a causa de la niebla.

—¡Vuelve aquí! —exclama Blas—. Te colgarán por hacer eso.

Nadie contesta.

—¡Vuelve, te digo!

Pasan unos instantes con la lentitud de siglos antes de que escuchemos la voz de Francisco que dice:

—¡Atended, se parece mucho a la Trinidad pero está completamente vacía! No hay nada aquí. ¡Nada! ¿Me oís? Solo madera podrida, cabos corrompidos y bronces enmohecidos. Pero ni una persona, ni una taza, ni una cuchara...

La voz del muchacho se va haciendo más débil y más aguda, como la de un niño.

—¡Es la Trinidad! —está diciendo—. ¡Juro por mi madre que es la Trinidad! ¡Puedo leer la plancha de bronce al pie del palo mayor! ¡Dice que es la Trinidad!

—Se ha vuelto loco —comenta Albo.

—¿Dónde estás? —pregunta Blas que se revuelve sobre sí mismo sin saber hacia dónde encaminar sus pasos—. ¡Francisco! —grita una y otra vez con la desesperación de una madre que ha perdido a su hijo en la multitud—. ¡Francisco, contesta maldito puto!

Pero poco a poco sus gritos se van espaciando, pierden vigor y se extinguen.

—¿Qué está ocurriendo? —pregunta alguien. —¿Qué está ocurriendo?

Pero nadie le responde.

Yo estaba mudo y paralizado por el miedo cuando oí aquel rumor metálico a mis espaldas. Era don Hernando enfundado en su caparazón de hierro. Una pátina verdosa recubría algunas partes de su armadura, y en las que el acero asomaba pulido se condensaba la niebla en minúsculas gotitas. Tenía el aspecto de una de esas grandes y macizas tortugas de los trópicos, parecido que acentuaba una cabeza pequeña y afilada como la de un reptil; pero aun así, al sentir su serena presencia a mi lado, le tomé la mano.

El improvisado grupo se iba disolviendo. Poco a poco y en silencio, cada hombre desaparece a su turno en la niebla.

En silencio quedan vuestras cinco negras naves. Amarradas entre sí como las cuentas de un rosario. Dentro de una nube y en algún punto del infinito océano, meciéndose con su carga de ciegas criaturas. Doscientos y tantos hombres como Vos, no tan Reales ni menos reales. Con sed, con hambre, con sueño, con ilusiones, con miedo. Grandes y pequeños. Ricos y pobres. Poderosos e insignificantes. Capaces de gozar de un buen vino, de una buena hembra, de una mañana de sol y de una comida cualquiera, con o sin especias. Padres, hijos, esposos, novios y solitarios. Amantísimos, infieles, cornudos y gilipollas. Con náuseas, dolor en las tripas y ganas de mear a cada rato y de llorar de vez en cuando. A los que les gusta como a vos follar, rascarse, reír y contar devaneos. Marineros, capitanes, calafates, contra maestres, lombarderos, toneleros, grumetes, criados y qué sé yo. Pero para Vuestra Alteza, nada, una lista más de nombres cuya sola lectura no soportarías por aburrida ya que no puedes imaginarte ni uno. Nombres en una lista y números en un papel. Todos sin rostro, sin manos, sin pies, sin miembro, sin ojos, sin boca,

sin orejas, sin culo, sin olor. Solo nombres y cifras en unos libros de tapas negras que supones que existen, pues os han hablado de ellos, pero que nunca visteis; libros que llevan para Vos, otros nombres y cifras a los que nunca visteis. Y a los que tampoco podéis imaginar. De manera que nosotros, mierda, menos que mierda, que apesta al menos. ¡Pues valiente oficio el de gobernar! Prefiero el mío de truhán. Y aun la marinería, con sus peligros y sus cosas. Prefiero navegar, a pesar del miedo y del hambre y de lo incierto o misterioso del destino de la empresa; conque figuraos si tengo yo alma de mandamás. No señor, yo prefiero ver la cara de las gentes y si no el culo, que lo mismo da; pero lo otro, ni por pienso. Y si hubiera llegado a ser yo conde del Maluco, como quería mi amo que fuera, pues lo habría hecho a disgusto y todo una calamidad. Es que hay oficios, como el vuestro y el mío, que no se aprenden; se nace con ellos dentro. Aunque Vos, Alteza, no sé..., que os he visto ejecutar bromas y cabriolas desde vuestro augusto trono, con un donaire y una desfachatez que serían la envidia de cualquier loco o bufón, incluido el mismísimo Francesillo. ¡Y qué auditorio tenéis! ¡Y qué gracia que les hacéis! Pero dejemos el asunto ahí, que para locos está Juanillo, y para reyes don Carlos, y así ha de ser.

III

El suelo es duro y polvoriento, atravesado por profundas grietas cuyos extremos se pierden en la maraña vegetal que flanquea el sendero. A ambos lados hay flores marchitas y plantas y ramas que parecen arrasadas por un voraz incendio. Las lianas, tan gruesas como nuestros cabos de amarre, penden flácidas y desflecadas. Los tallos trepadores de las enredaderas tejen en torno a los grandes árboles una red similar a la de los obenques. Extraños frutos quemados por el sol se consumen en un silencio como de muerte, solo alterado por algún chillido lejano que parece provenir de las altas copas. La marcha se hace pesada. A la fatiga se suma el calor y la sed. En fila y sin despegar los labios atravesamos el lecho reseco de un arroyo. Nuestros pies se hunden en el mismo barro rojizo en que se pudren los peces.

Una calma sepulcral se ha adueñado de la selva. No se descubre en ella la menor traza de vida.

Al cabo de unos minutos de marcha que nos parecen siglos o quizás milenios, se insinúa un claro en el monte. Una densa columna de humo sobrepasa las copas y se eleva al cielo.

Solo se escucha el pesado batir de las alas de un buitre que sobrevuela el lugar.

Nadie habla.

Continuamos la marcha y al cabo de unos minutos arribamos a un terreno desbrozado de forma más o menos circular, sembrado aquí y allá de negros muñones; restos de antiguos árboles mutilados y quemados por la mano del hombre.

Tu Juanillo observa.

En el centro de ese espacio ganado a la selva hay un pequeño plantío, rodeado de miserables viviendas.

Nada se mueve.

La aldea parece desierta.

Un viento seco levanta remolinos de polvo rojizo.

Mis ojos se posan en el humilde huerto.

Las plantas están marchitas y tienen un color oscuro, entre pardo y ceniza. Las cañas están en su mayoría quebradas bajo el peso de sus propios frutos abortados. Algo se mueve entonces entre el caserío, reclamando mi atención. Es una jauría de perros famélicos, pura piel y huesos, que vagan juntos, con la cabeza gacha. Dos o tres de ellos husmean en vano entre un montón de huesos blanqueados por el sol, bajo la atenta mirada de los demás.

—No parece haber agua aquí—dice el maestre Juan Bautista. Nadie responde.

Él ordena que nos dispersemos en parejas para explorar el lugar. Advirtiendo nuestra presencia, la jauría se interna silenciosa en la selva circundante.

El día anterior habíamos desembarcado en una pequeña isla muy próxima a la costa de aquella bahía que mi amo denominó de Santa Lucía por ser la fecha de esa virgen, nombre que no plugo a los portugueses que le dieron el de Río de Janeiro.

Y pisar tierra y buscar agua fue todo una misma cosa.

Dos meses atrás habíamos completado las reservas en Tenerife, pero el largo período sin vientos que pasamos frente a Sierra Leona y la caprichosa derrota que nos llevó primero al cabo antes de poner proa al oeste, habían agotado nuestra provisión.

De dos tazas al día de un líquido oscuro que olía a cloaca y sabía peor, la ración había bajado a una.

Para nuestra desazón, las patrullas que exploraron los alrededores ese mismo día, regresaron con las pipas vacías. El país soportaba una dura sequía y no había más que barro hediondo en los otrora caudalosos cursos. Así que en este caserío que los vigías habían avistado desde lo alto de las cofas, se cifraron entonces todas nuestras esperanzas; nuestras únicas esperanzas, repito, de quitarnos de la garganta y de las tripas, como una gata en celo aferrada con sus garras, la sed.

Esperanzas, os digo, que parecían desvanecerse ahora, tras un largo y penoso viaje a través de la selva, con el sol volcando toda su furia sobre nosotros, enfundados en nuestros hierros por precaución, sofocados por el calor y atormentados por la sed.

Contemplando aquel lugar que parecía arrasado por el fuego, sentí deseos de ponerme a llorar. Llorar por mi suerte y por la de mis compañeros y por la del capitán y su descabellada empresa, y la de cuantos locos como nosotros hay en el mundo; y así lo hubiera hecho, de no haber oído en ese instante los gritos de Juan Ginovés, reclamando nuestra presencia y dando voces en su incomprensible dialecto.

Todos corrimos hacia él y, uno a uno, fuimos quedando como de piedra, contemplando un miserable pozo en cuyo fondo... en cuyo fondo brillaba... brillaba un agua barrosa que nos llamaba con sus destellos. Uno a uno fuimos cayendo de rodillas en el barro, disputándonos un espacio para mojar nuestros labios en aquel líquido caliente que sabía a sangre y tenía su color, pero que bebimos con fruición.

Aplacada la sed, volvió a dominar la sensación de que nos observaban, y lo mismo sintieron mis compañeros pero no vimos a nadie.

Con los ojos puestos en la espesa cortina vegetal, llenamos varias pipas y emprendimos el regreso a las naves.

La noche caía rápida, súbitamente, sobre la selva agostada, llenando de sombras el estrecho sendero y agigantando el silencio circundante. En todo el trayecto no tropezamos con la más mínima señal de vida; aquello semejaba un teatro desierto, un mundo definitivamente clausurado y muerto.

Al llegar a la playa una enorme luna roja asomaba al fondo de la bahía por sobre las cumbres lejanas.

Esa noche dormimos en cubierta a causa del calor y vimos pequeñas hogueras encenderse en esas montañas aparentemente despobladas.

Era una extraña sensación la de estar allí tendidos sobre unos maderos, en el centro del gran anfiteatro que formaba la bahía circundada de morros, mientras un mundo de seres y cosas desconocidas vigilaba nuestro sueño.

Durante los cuatro días que siguieron regresamos al pozo sin poder tomar contacto con los misteriosos habitantes de la aldea. No obstante, por las noches volvían a surgir de la nada los fuegos.

* * *

Un clima de tensión se había instalado en las naves. La extraña situación tornaba agresivos a los hombres y a cada paso estallaba una discusión o una pelea a puños. Una noche después de la cena, se oye gran confusión de voces a proa: Blas y Martín el Tonelero se las han tomado a golpes y son varios los que intentan separarlos. Pero Blas es fuerte como un caballo y se sacude a quienes se interponen para volver a arrojarse sobre Martín.

La disputa se ha originado en torno a la misteriosa desaparición de Francisco. Sabed, Alteza, que cuando se disipó la niebla

le buscamos, sin hallarle, en todos los recovecos de la nave y que luego hicimos lo mismo en el mar circundante; pero todo fue inútil y el capitán ordenó darle por perdido y continuar. Pues bien, al parecer, Blas, que era amigo inseparable del muchacho, culpa a Martín de lo ocurrido, asegurando que fue la afirmación del tonelero de que estábamos ante una carabela fantasma, posiblemente cargada de oro y especias, lo que lo impulsó a saltar al vacío. Y como el otro se defiende diciendo que Francisco era un gran tonto y que veía visiones, que no había tal nave y que había saltado al mar, pues que se las han tomado a golpes.

Al cabo de un rato de forcejeos durante los cuales no para de gritar, Blas cae extenuado en brazos de quienes tratan de apartarlo de su víctima. Mientras otros socorren a Martín, llevándose a rastras, un hipo furioso y contenido que no tarda en explotar en llanto, sacude el corpachón de Blas. ¿Habéis visto, Alteza, llorar a un hombre de ese porte? Mientras las lágrimas escapan por entre los dedos de las manos con que se cubre el rostro, Blas pierde como por arte de magia su habitual dureza y vuelve a ser el niño indefenso que todos somos en el fondo, y que si se me permite decirlo, también es Vuestra Majestad Imperial don Carlos, aunque la dignidad de su cargo le impida confesarlo (mi consejo es que lloréis alguna vez, enseñad vuestro rostro augusto arrasado en lágrimas ante el Consejo en pleno para que sepan los pueblos que gobernáis, que su rey se duele a veces y se siente tan inerme como el más insignificante de los labriegos o la más despreciada de las putas).

Cuando al cabo de un rato todos se retiran, quedamos Blas y yo solos.

—¿Quieres que hablemos? —le pregunto dulcemente—. No tienes que hacerlo si no lo deseas.

Él asiente con la cabeza. Yo aguardo en silencio, contemplando el cielo más estrellado que haya visto jamás. Ese punteado

de astros de diferente tamaño y brillo, esas manchas como nubes en las que se agrupan por zonas, el nítido dibujo de algunas constelaciones, el oscuro contraste del fondo que le da una profundidad infinita al conjunto; todo ese misterio me sobrecoge y me embriaga, me hace olvidar todas mis fatigas, mis temores y preocupaciones pierden sentido y desaparecen, yo mismo floto fuera de mi cuerpo y por encima de la tierra como transportado en volandas.

—¿Erais grandes amigos, no es así? —digo al cabo de unos minutos.

Blas parece luchar contra el abatimiento que lo domina. Se quita las manos del rostro y sin levantar la mirada responde que no, que ambos eran del mismo pueblo, de la Almunia, en Aragón, y que él, Blas, siendo muchacho, le había protegido alguna vez porque le tenía pena; eso era todo. Francisco no tenía padre, se decía que era hijo de un cura que estuvo a cargo de la parroquia y que se marchó al poco tiempo devorado por la tisis. Su madre tenía una modesta casita de piedra a la vera del camino real y era fama que cuando pasaba un viajero, alertada por la nube de polvo que se divisaba a lo lejos, colocaba los pechos desnudos sobre el alféizar de la ventana para atraer al caminante. Tenían grande fama aquellos pechos. Se hablaba de su tamaño, de su turgencia, del aroma a espliego que despedían, de los pezones gruesos y oscuros, siempre erguidos.

Fuera de la inesperada muerte de un buey, de la falta de lluvia, de las condiciones de la siembra, y de los resultados de la cosecha, el tema obligado en la Almunia eran los pechos de la madre de Francisco. «Dicen que la desvergonzada baña sus pechos a la luz de la luna para darle tersura a su piel». «Anoche hubo escándalo hasta bien entrada la madrugada, recibirá el castigo divino». «Lo que le gusta es que le pasen la lengua durante horas, entonces se ponen como de piedra». «Dicen que de las montañas baja un

lobo a lamérselos, son todas tonterías». «Manan leche con miel, y ambrosía». Durante años, los rumores circulan del mercado al casino, o desde el atrio de la iglesia a los campos. El mismo Blas pasó de muchacho varias noches espiondo aquella ventana, que sin embargo nunca se abrió. Y los hijos se multiplicaban. Tenía una enorme prole gateando entre el polvo a la vera del camino, yendo y viniendo por los alrededores, y haciendo las compras en el pueblo, por ella. Francisco era el mayor. Cuando llegó a la edad en que los niños se agrupan y salen a jugar por los campos, pescando en los arroyos o cazando pájaros, intentó trabar amistad con algunos. Pero fue rechazado. Humillado. Aquellos zagales en la edad del despertar de sus impulsos naturales, bromeaban sobre los pechos de la madre de Francisco, llegaban incluso a pedirle detalles y eso, Alteza, lastimaba al niño. Era un muchacho bajito, de tez tostada y ojos muy grandes y muy negros, siempre desmesuradamente abiertos, como si no saliera de su asombro. Blas le tomó simpatía y en una ocasión en que lo encontró llorando, rodeado de varios de los de su edad que le gritaban obscenidades a la cara a propósito de su madre, susurró a algunos e hizo llorar a otros diciéndoles que se fijaran o en el ladrón de su padre o en la grandísima puta de su hermana y otras cosas parecidas.

Desde aquella vez, no pudo quitarse nunca de encima a Francisco, que lo seguía como una sombra, siempre a distancia, porque él se lo tenía prohibido. Pero cuando le llegó la nueva del pregón de Vuestra Majestad ofreciendo el oro y el moro a quienes quisieran enrolarse en la ambiciosa empresa del capitán, Blas pensó que era la oportunidad, la única que tendría, de sacar a Francisco del pueblo y, si la suerte lo acompañaba, regresaría con dineros suficientes como para llevar al resto de su familia lejos de aquella olla de grillos y trasladarla a un lugar donde ya no se hablara de los pechos de su madre. ¡Los pechos de su madre! Cuando estuvo por primera vez en la casa de Francisco para

informar a aquella mujer de los planes que tenía para su hijo, no pudo evitar, pese a que se lo había propuesto, apartar los ojos de aquellos pechos. Luchó todo lo que pudo, trató de concentrarse en la conversación, pero aquella mujer hablaba poco y entre el olor del humo que llenaba la cocina, él creía percibir el aroma excitante de los pechos, ocultos bajo la camisa de lienzo. Entonces no pudo resistirlo y disimuladamente los buscó con los ojos. Trató de descifrar su forma bajo la tela pero los pliegues se lo impedían. Comenzó a imaginar aquellos dos globos de piel tersa y cálida, sus pezones enhiestos, el valle, sus contornos. Dilató la conversación, buscó aproximarse, intentó el más leve y accidental roce. Estaba como embriagado. Volvió a la casa de Francisco varias veces antes de la partida; cualquier pretexto era bueno. En una ocasión ambos coincidieron al pasar una puerta y, majestuosos, ambos pechos rozaron el torso desnudo de Blas que se sintió atravesado por cien agudas espadas del mejor templado acero toledano. Una noche, en vísperas de la partida, ella lo mandó buscar; quería recomendarle a Francisco, sabía que Blas lo iba a cuidar como a un hijo y quería agradecerle todo lo que ya había hecho por él. Estaban caminando por el sendero a la luz de la luna que plateaba los bosques de los montes vecinos. De pronto ella se detuvo. Parecía emocionada. Dijo que Francisco era el que más quería de sus hijos. Se había forjado muchas ilusiones con él. Había sido feliz entonces, por unos meses. Nunca olvidaría su carita enrojecida por el parto y su boquita abierta, buscando ansiosa sus pezones, Blas creyó llegado el momento. Solo tenía que hacer alguna alusión a sus pechos. O apenas un gesto. Era ahora o nunca. Entonces recordó cuando Francisco lo seguía día y noche como un perro, y fue nunca. Sí, en realidad sí eran amigos, pero él no lo había notado tal vez. Maldita sea, decía, maldita sea, fue mi culpa. Yo traje a ese muchacho a esta empresa de locos. Saltó hacia esa maldita carabela por hacer algo

importante a mis ojos. Y el viejo sucio de Martín viene a decirme que era un tonto, y que por estúpido ha desaparecido.

Francisco no era una lumbrera, eso lo admitía; había un no sé qué de torpe en sus gestos. Pero no era ningún tonto. Ingenuo, sí. Y bastante confundido. Blas había tratado de ayudarlo. Vaya favor le he hecho, decía, y se le llenaban los ojos de lágrimas. Pero no estará más solo a bordo de esa nave fantasma de lo que estuvo siempre en ese pueblo de hienas que es la Almunia. Ni más al garete en un mar de brumas eternas. Y en la Almunia seguirán hablando de los pechos de su madre hasta mucho tiempo después que esta muera. Nadie se acordará de Francisco.

La luna ya se había ocultado y las misteriosas hogueras irradiaban resplandores fantasmales sobre el manto negro de la selva.

Incapaz de imaginar siquiera el aspecto de aquellas criaturas invisibles que las alimentaban hasta el alba, obsesionado por esos enigmáticos signos cuyo mensaje se me escapaba, y perseguido por visiones de aquellos fabulosos pechos de los que hablara Blas, pasé en vela el resto de la noche.

* * *

Al quinto día, don Hernando dispuso por consejo del capellán Pedro de Balderrama que se ofreciera una misa en tierra y se plantara una cruz en el centro de aquel poblado.

Negros nubarrones ensombrecían el cielo y cubrían las cumbres más altas cuando al alba partió la columna. La marcha la abría el cura, todas puntillas y recamos de oro y plata. A su diestra iba Enrique el esclavo, balanceando un «botafumeiro» –así le llamaba mi amo– que embalsamaba los valles con el sagrado olor del incienso; y a su siniestra tu servidor, ataviado cual monaguillo

y portando el libro y el atril. Luego seguía don Hernando igual a un dios, enfundado en su armadura; tras él venía en su lujosa parihuela don Juan, dejando a su paso una estela de finos perfumes de Oriente; luego Gaspar de Quesada el Hermoso; y más atrás Antonio de Coca, seguido por Luis de Mendoza, más pálido que de costumbre. Tres hombres cargaban por el sendero, con gran trabajo, una enorme cruz.

Mientras avanzábamos tronaba, y de vez en cuando la sombra bóveda se iluminaba con la súbita luz de un rayo.

Cuando desembocamos en la explanada, el cielo bajo y amenazante anunciaba lluvia inminente.

Reinaba en la aldea un profundo silencio, y la quietud era total.

Indiferente, don Hernando dio un vistazo e indicó el lugar donde debía plantarse la cruz y levantarse el improvisado altar. Los hombres se dieron en el acto a la tarea y cuando todo estuvo listo, nos hincamos frente al capellán que inició el oficio.

Junto con los primeros latines empezaron a caer las primeras gotas. Al principio eran gruesas y espaciadas, y golpeaban con un rumor sordo las grandes hojas; luego crecieron en intensidad y una cerrada cortina de agua cayó con estrépito sobre la selva.

La lluvia oscurece la púrpura del terciopelo de Cartagena que absorbe agua como una esponja y repiquetea como sobre un cristal en la armadura de don Hernando que, con un gesto casi imperceptible, ordena seguir.

El cura cubre con un paño el cáliz y continúa. Los capitanes permanecen de rodillas, en actitud de recogimiento. Todos los imitamos.

En pocos minutos aquello era un verdadero diluvio. La tierra roja de la explanada se hacía barro bajo nuestras rodillas. El estruendo de la lluvia apagaba la voz del cura. La cruz no se distinguía.

De pronto la misa se interrumpe. El sacerdote parece paralizado por alguna extraña visión. Los capitanes, todavía de rodillas, vuelven la cabeza a uno y otro lado y una mueca, mezcla de asombro y temor, se dibuja en los rostros.

Todas las miradas convergen en la muralla vegetal que circunda la explanada.

Tras la espesa cortina de agua, la selva se ha poblado de mil ojos extraños y furtivos que nos observan sin que podamos verlos; hombres y bestias unidas en el terror, observando desde sus escondites a estos dioses que han llegado del mar en sus cóncavas naves.

La conciencia de ser extraños, ajenos a ese mundo, nos llena de inquietud. Nos confunde. Nos hace desconocidos a nuestros propios ojos.

Nadie sabe qué hacer.

Nadie habla.

Nadie tiene ojos más que para la selva impenetrable que ahora es como la gigantesca cola de un pavo real.

* * *

Ahora decidme, Alteza, quien así os entretiene en vuestro noble y monótono retiro con las gracias, que no las galanuras, de su pluma, ¿no merece una pizca de vuestra cesárea piedad? ¿Es mucho pedir acaso que después de regocijaros con las mil y una calamidades de vuestros desconcertados argonautas, os intereséis un instante por la suerte de quien fue para gloria de tu reinado el primer bufón del orbe todo?

Una sola frase de vuestros imperiales labios devolvería la paz a este vuestro siervo que anda a ciegas por los caminos de Bustillo del Páramo, perseguido por la necesidad que no le da tregua, sin más báculo en su vejez que su delgada sombra. Una sola frase, dictada

en un rato de ocio a uno de vuestros secretarios y dirigida a nuestro bien amado Felipe para que me restituya la pensión que por mis trabajos gané; una sola frase vuestra para que el conde del Maluco muera sosegado y dignamente, sin tener que mendigar el pan y dormir en los establos entre el estiércol de las bestias. ¿Es tan grave pecado la verdad que así se me castiga? Después de haber sufrido los horrores sin cuento de aquel viaje, ¿debía aceptar yo sin más, las parruchas y embustes de vuestros cronistas? Para ellos todo es tan simple como cocinar un guisado a partir de cuatro o cinco ingredientes. Pero ¿qué saben ellos, Alteza, de lo que en verdad sentíamos cada uno de nosotros ante esos cuatro o cinco grandes hechos a los que se limita su historia? Pues os digo que es allí donde está la verdad, muy dentro de cada uno de quienes fuimos partícipes de esa empresa y en nadie más, ni siquiera en Vos, Majestad. Ni en ningún otro lugar; es inútil que busquéis en los archivos, hurguéis en las bibliotecas; nada, no hay nada allí. El maldito viaje nació con nosotros, alguien colocó su semilla en nosotros aún antes de nacer y luego creció como una planta, se apoderó de nuestras mentes, gobernó nuestros actos, se marchitó todo, quedan aún sus raíces y todo eso se va a la tumba con cada uno de nosotros; por lo que, si queréis la verdad, id a indagar en las tumbas, preguntad al polvo de nuestros huesos, perseguid los gusanos ahitos con nuestra verdad.

Por eso me esfuerzo en escribiros, para rescatar algo del polvo antes que el viento de los años lo barra todo con su implacable soplo. Pero me flaquean ya las fuerzas, Alteza, y si el perdón de vuestro hijo no me permite comer y descansar conforme a mi edad, tened por seguro que si os interesa, deberás interrogar en el futuro, a los gusanos.

Pero puesto que las escasas fuerzas no me abandonan aún del todo, volvamos a lo nuestro.

Ved ahí venir a Juan Carvajo que casi a cuatro patas se abre camino hacia el capitán. Se hinca a su lado y murmura algo.

Un instante después don Hernando da la orden de no moverse y continuar con la misa. Don Pedro de Balderrama vacila, espía nervioso por el rabillo del ojo y luego con voz temblorosa prosigue con sus latines.

Con paso cauteloso, tensas las orejas y muy estirado el cuello, algunos perros se adelantan. Un mastín, pura piel y huesos, huele el hierro de la armadura del capitán y gruñe enseñando los colmillos. Nadie se mueve. Varios monos surcan el espacio, de una copa a la otra, justo detrás del altar. Tras la espesa cortina de agua, todo parece irreal.

La lluvia arrecia y un rayo cae en la selva, a poca distancia. Le sigue un estrépito como de árbol que cae arrastrando a otros en su caída.

Al terminar la misa, la explanada desierta semejaba un lago del que partían riachuelos del color de la sangre. Las zonas más bajas estaban anegadas y solo emergían, aislados, algunos árboles convertidos en refugio de todo tipo de alimañas. La corriente arrastraba camalotes y ramas y animales muertos que giraban en remolinos alrededor de las copas antes de seguir su viaje hacia el fondo de la selva. El estruendo de las aguas corriendo y precipitándose por valles y quebradas, apagaba las voces aisladas.

Ante la imposibilidad de regresar a las naves, Carvajo tomó disposiciones para que pasáramos la noche allí.

Empapados, buscamos refugio en el interior de las chozas, y Juanillo, haciendo uso de sus prerrogativas de hombre de placer de la flota, siguió a los principales que se cobijaron en una gran barraca que había en el centro de la aldea.

Súbitamente, cayó la noche.

Ahora Juanillo os pregunta, Alteza: ¿no estaban las mujeres de cualquier edad y condición, expresamente prohibidas en la

flota? Puedo ver el gesto afirmativo de vuestra augusta cabeza, la imperial quijada tocando el pecho con énfasis. Pues bien, entonces lo que sigue no pude más que imaginarlo o soñarlo, que nadie osaría violar vuestras órdenes.

Os digo que en el centro de aquella precaria habitación ardía un gran fuego y en torno a él, embozadas en humo, insinuadas apenas por el resplandor rojizo, creí percibir unas siluetas femeninas. Se movían en silencio, como sombras, y al entrar en el recinto huyeron como una bandada de palomas. Seguro que mis ojos, a causa del mucho cansancio y las muchas emociones de la jornada, me engañaban; pregunté a Luis del Molino que estaba a mi lado si él había visto algo. Él me miró sorprendido y negó con la cabeza. Pero sobre las piedras del fogón había varios cuencos de humeante comida.

Entumecidos y agotados nos quitamos las ropas para ponerlas a secar colgadas de las ramas del techo, y luego nos tumbamos junto al hogar. Comimos en silencio, sin preguntarnos nada y poco a poco, con la mirada fija en el crepitar de las llamas; cada hombre es una isla.

La lluvia golpea con un ruido ensordecedor las hojas de palma del techo.

Juanillo siente el calor en la piel y sus músculos se aflojan, todo su cuerpo se ablanda, se entrega a la caricia del fuego y al recuerdo de otros fuegos muy lejanos. El resplandor rojizo ilumina el rectángulo de la puerta, y más allá es una densa cortina de agua tras la que se oculta la selva. No puedo ver la selva, pero sé que está allí, extendiéndose hasta el infinito; inexpugnable y misteriosa. Siento su presencia vegetal, la huelo en el humo que me irrita los ojos, la sé agazapada como ese grupo de mujeres que presiento oculto en las sombras de la barraca. Escucho la lluvia repiquetear en los charcos de la explanada y, en los intervalos, me parece oír la respiración entrecortada, temerosa, de esas vírgenes

acurrucadas como palomas en un rincón de la estancia. Luego imagino el poblado. A distancia no es más que un punto insignificante en ese vasto mar verde que nadie conoce. Perdidos en esa maraña vegetal, las chozas y el fuego y los hombres son menos que insectos; no son nada. Y siento miedo, mucho miedo, y arrullado por el miedo me voy quedando dormido.

Entonces soñé que me despertaba en medio de un inmenso silencio. Ya no oía el golpeteo de la lluvia en el techo, ni el crepitar del fuego. Pero sentía que a mis espaldas, casi rozando mi piel, había alguien. Yo intentaba abrir los ojos y no podía; así que me quedaba inmóvil. Tanto que dejaba de respirar y oía el ritmo de otros pulmones, inflándose y desinflándose; ávidos de aire. Un animal, pensaba. Tal vez un perro. Pero no podía incorporarme ni hacer nada. Un momento después, un aliento caliente me quemaba la nuca. Aterrorizado abrí los ojos con gran esfuerzo. La habitación, iluminada por el resplandor de las brasas, estaba desierta en el radio que abarcaba mi mirada. Yo me quedaba un rato tendido, escuchando los latidos de mi corazón, con los ojos muy abiertos; hasta que finalmente y evitando todo movimiento brusco, me volvía para ver lo que tenía a mis espaldas. Y en mi sueño era una mujer, Alteza. Una mujer de piel oscura, pero no negra, de un tono así como el de las moras, pero más subido. Era la de mi sueño, apenas una niña. Sus pechos eran puntiagudos como los de una perra y era ralo e incipiente el vello que cubría sus partes más íntimas. Estaba acurrucada como un animal y se tapaba la cara con ambas manos. Entonces atónito y temeroso de que se me acusase de violar tus órdenes, me puse de pie enseguida. Y estando en esa posición doy un vistazo a la barraca y veo otras como ella, tendidas en idéntica posición junto a los capitanes que parecían dormidos, ajenos todavía al extraño ritual que comenzaba.

Lo que ocurría luego en mi sueño, mejor lo callo, que en verdad temo a vuestro hijo Felipe, que es señor casto y a quien

repugnan los negocios de la carne. Imagine Vuestra Alteza los detalles pues no hay misterio en ellos, que no hacían más que lo que Adán hizo con Eva; y queda todo dicho.

Desperté excitado, confundido, y con un fuerte dolor de cabeza. No podía explicarme de dónde habían salido aquellas mujeres en mi sueño y, mucho menos, por qué se entregaban así a sus enemigos; pero hacía más de dos meses que no veía yo una y me quedé un buen rato con los ojos cerrados, tratando de recuperar el sueño, embriagado con sus últimos vapores. Tanto más que se había esfumado antes de que imitara yo a los caudillos, dejándome con unas ganas que.

Cuando me di por vencido, una claridad lechosa ocupaba el espacio de la puerta y en uno de sus ángulos, inmóvil, un perro observaba el interior de la estancia.

Algunos jefes todavía dormían. Luis del Molino, sentado con las piernas cruzadas y la cabeza de su amo entre ellas, la contemplaba absorto, como quien admira una joya inaccesible. Había cubierto el cuerpo desnudo de Gaspar con una capa y al notar que mis ojos estaban puestos en él, se inclinó amoroso para abrigar sus hombros.

Hijito –así llamaba Juan Carvajo a su hijo y así le llamábamos todos– dormía junto a ellos con la plácida y a la vez desamparada expresión con que duermen los niños.

No creo haberos presentado al muchacho, Majestad, y sería lástima ya que le aguarda uno de los destinos más funestos. No alcanza los doce años y tiene la tez oscura y los cabellos como cerda, herencia de su madre, según se dice natural de un pueblo que habita al norte de estas tierras y entre cuyas gentes vivió Carvajo cuatro años luego que Cabral lo abandonara a su suerte. Cuando por fin alguien lo recogió, se empeñó Carvajo en llevar consigo al pequeño y desde entonces se prodigó en toda clase de cuidados maternos, arreglándose solo; nunca se atrevió a darle una madrastra

européa a causa de su origen indiano. Sufriría el rapaz, dicen que decía el piloto. Y en verdad os digo, Alteza, que en mi vida vi un padre más amantísimo, siempre atento al menor capricho y dispuesto al mayor sacrificio. Tanto adoraba a aquel niño que vivía escrutando su cara de luna para anticiparse a sus deseos o acudir en su ayuda a la mínima contrariedad. Hijito era la luz de sus ojos, el sol que calentaba su vida, la lluvia que aplacaba su sed, y todas esas cosas, Vos ya sabéis. Y no se separaban nunca, ni por un instante. Si Hijito jugaba, Carvajo lo observaba discretamente; y si Carvajo trabajaba, Hijito no le quitaba los ojos de encima, también discretamente. Era tan evidente que no se tenían más que uno al otro, que estaban locamente aferrados uno al otro, que a nadie le llamaba la atención la presencia del niño en las naves. Nadie, ni Vuestra Alteza, hubiera tenido valor para exigir que padre e hijo se separaran; cuanto más que Carvajo se había alistado para tener ocasión de iniciar a su pollo en el difícil arte de la navegación. Soñaba con que llegaría a ser piloto de Vuestra Majestad e imaginaba, tal vez, fabulosos descubrimientos hechos por Hijito, quien como os digo, dormía junto a su padre aquella mañana; tranquilos y felices ambos, ignorantes por completo del infortunio que les aguardaba.

Pero volviendo a aquella mañana, os diré para abreviar que a esa hora tan temprana la bóveda del cielo era blanca y pulida como una porcelana y el aire, lavado por las lluvias, fresco y diáfano, saturado con el perfume agreste de la selva mojada.

Me disponía a gozar de su efecto benéfico sobre mi dolorida cabezota, cuando veo en la barrosa explanada una serie de bultos que reclaman toda mi atención. Entonces a la luz fría que precede al amanecer, mis ojos van descubriendo con asombro toda clase de animales, atados o en precarias jaulas, y canastos de exóticas frutas y cuencos de barro rebosantes de granos y de extraños potajes y bebidas. Y todo dispuesto primorosamente, sobre esteras y entre fragantes flores, al modo de una ofrenda.

—¿Qué significa todo esto? —pregunta don Hernando a Juan Carvalho (que así es como le llamaba él).

—¡Es un milagro, un verdadero milagro! ¡El Señor ha oído nuestros ruegos! ¡Loado sea! —repite el capellán Balderrama.

—Significa que te toman por un dios —responde Carvalho. El capitán parece confundido.

—Debes explicarles que no eres un dios, que Dios hay solo uno y...

—¿A quiénes? —le corta Carvalho.

Don Pedro mira hacia la selva y calla.

—Seguramente atribuyen la lluvia de anoche a tu presencia, quizás así interpretan nuestros ritos de ayer. No hay duda que el país soportaba una terrible sequía. En fin, que ofrecen cuanto les queda, cuanto habían atesorado para sobrevivir, al dios que les ha traído la lluvia salvadora —explica Juan Carvajo con Hijito de la mano.

—Te llevaré a mis tierras cuando sea menester —comenta Cartagena con tono burlón.

—Debemos decirles la verdad —insiste el cura.

—Ellos no creen en la casualidad.

—Tampoco el capitán general.

—Además la situación nos beneficia.

Todos estamos como de piedra rodeando las ofrendas mientras el sol sube en el cielo y un vaho, pegajoso, escapa de la selva.

—¿Qué debo hacer? —pregunta mi señor a Carvalho.

El piloto de la Concepción mira con ojos ávidos todo aquello y dice:

—Portaos como un dios.

El capitán vacila. Hay un instante de silencio que se alarga demasiado.

—Sé magnánimo —agrega Carvajo con una sonrisa en los labios.

—Que nadie tome nada sin dejar algo a cambio —ordena finalmente don Hernando, y el sol enciende su armadura en tonos que van de la sangre al oro.

Un instante después, aquel claro en la selva se había convertido en un verdadero mercado de dos mundos. Un peine valía lo que dos gallinas, es verdad que pequeñas y flacas, pero bien sustanciosas; y un cesto de patatas lo que un cascabel. Un espejito, en cambio, vale por cuatro o cinco hermosos papagayos de los que una vez echados en la olla, os quedan las plumas, y sabe Dios cuánto puede valer en Europa una de aquellas plumas adornando el sombrero de un condazo. ¡Y los monos, Alteza! Los monitos tan simpáticos y traviosos que Juanillo se hubiera hecho rico y no estaría mendigando esta pensión de Vos y de vuestro hijo Felipe, con solo poder exhibir en las plazas y mercados de tus reinos algunos de los muchos que obtuvo por un puñado de cuentas de vidrio. Es que todo lo nuestro tenía gran valor para aquellos seres invisibles, si sé de quien obtuvo cuatro gallinas por un rey de bastos, mientras que en Europa conozco muchos que no darían dos pollos por el Rey en persona. ¡Así va el mundo, Majestad! Y no os diré lo que obtuvo el capellán con sus estampitas de Nuestro Señor Jesucristo en la cruz, porque sería largo de inventariar; y más aún con las de la Santísima Virgen parada sobre la serpiente.

Dos días y noches estuvimos dedicados al comercio mientras los gerifaltes discutían acerca de la conveniencia de exponer a los misteriosos pobladores del lugar la concepción cristiana del mundo y requerirles luego que deliberasen y reconociesen de buen grado el señorío de la Iglesia y del Rey. Dábamos nosotros la espalda a la selva, cargados con sus tesoros, y ya habían desaparecido los nuestros; y cuando volvíamos con más al lugar, ya estaba la explanada atiborrada nuevamente de aquellas exóticas mercaderías de trueque. Las cosas aparecían y desaparecían como por arte de magia y mientras tanto los poderosos discutían

acerca de la lectura de los Requerimientos y la necesidad de hacerla en presencia del escribano y la posibilidad que Juan Carvajo hiciera de intérprete; aunque sobre esto último el capellán afirma que no será necesario porque en ningún lado ha leído que el Requerimiento deba ser traducido, si además está clarísimo, dice, y se pone a declamar con voz muy grave aquella parte en la que, luego que se invita a los naturales a convertirse a nuestra fe, reza: «Si no lo hicieréis, o en ello dilación maliciosamente pusieréis, certifico que con la ayuda de Dios yo entraré poderosamente contra vosotros y os haré guerra por todas las partes y manera que yo pudiere, y os sujetaré al yugo y obediencia de la Iglesia y de Su Majestad, y tomaré vuestras mujeres y hijos y los haré esclavos, y como tales los venderé y dispondré de ellos como Su Majestad mandase, y os tomaré vuestros bienes y os haré todos los males y daños que pudiere... » Y tan pronto termina, satisfecho de sí mismo y las manitas cruzadas sobre el vientre, agrega:

—Eso sí, después habrá que darles nombres cristianos.

Pero como al cabo de dos días no le han visto ni los talones a uno de estos futuros cristianos, por más que han enviado partidas para darles caza, el capellán se ha quedado sin leer su convite; y a la mañana del tercero emprendemos el retorno a las naves.

La explanada, convertida en rojo lodazal, queda desierta y en su centro, solitaria, la cruz que hemos plantado.

* * *

Penetramos en la selva por un sendero flanqueado de altas paredes vegetales que se unen en lo alto formando una verdadera galería. No se ve el cielo, y la luz, tamizada por el follaje, es verde e irreal. Hay árboles retorcidos, troncos podridos de los que escapan a nuestro paso las alimañas, ramas entrelazadas en inexpugnable maraña, enredaderas que trepan por los troncos

y tapizan el sendero, plantas de grandes hojas lustrosas que nos rozan la cara y las manos con caricias viscosas, brotes que retoñan, flores que se abren con sus estambres cargados de polen, frutos que maduran ante nuestros ojos. La selva se ha poblado de extrañas voces que surgen de todas partes, sin que sepamos exactamente de dónde proviene cada una. Hay gran alboroto de monos en las copas más altas. Las ramas se estremecen como agitadas por el viento. Después un chillido y un coro mal acompañado que responde con agudos gritos. A veces cae uno en medio de la columna, corre dando voces, presa del pánico, y desaparece enseguida elevándose de rama en rama. Cuando la extraña comitiva que nos acompaña calla un instante, claman los papagayos y otras aves de caprichosos plumajes. La zarabanda se extiende y por momentos se hace ensordecedora. Luego el silencio. Hasta que un nuevo alarido, destemplado, desata la bulla otra vez. En el fondo del valle el calor es húmedo y pegajoso como la brea. La marcha se hace difícil. Yelmos y petos sofocan a los hombres. El hierro caliente se hincan en la carne produciendo llagas que se avivan con cada movimiento. El barro se endurece en las botas y nuestras piernas pesan como si arrastráramos cadenas, los pies se hunden en un espeso y tibio manto de hojas podridas y un vaho fétido y pegajoso sube del suelo, queda prendido en jirones a nuestras ropas, y desdibuja nuestros cuerpos que semejan fantasmas.

El camino y la selva toda se ha transformado por efecto de las lluvias y cada vez es más difícil orientarse. Nuestros puntos de referencia han desaparecido. Ante cualquier encrucijada vacilamos desconcertados. Nadie logra descubrir las cruces marcadas con el hacha en los troncos. Los árboles parecen haber cambiado de lugar. Las flamantes guías de las enredaderas lo invaden todo. Los arroyos desbordados multiplican sus brazos. Aquí y allá surgen lagunas que ayer no estaban, desaparecen las zanjas,

se ocultan los barrancos. La maldita selva es como un laberinto en el que estamos atrapados.

Al mediodía hemos perdido la noción de dónde estamos. Tal vez nos alejamos mucho. Tal vez hemos estado avanzando en círculos. Agotados por la marcha, en esa atmósfera sofocante en la que cada vez es más difícil respirar, cada pocos pasos cae un hombre. Nadie se detiene a ayudarlo. Como puede se pone en pie, avanza unos metros más impulsado por el temor de quedar rezagado, se tambalea, y cae otra vez con estrépito. Entonces don Hernando manda detener la marcha.

Los oficiales discuten. Carvajo quiere regresar a la aldea pero no está seguro de encontrar el camino. Cartagena, al borde de un ataque de nervios, se burla de él. Gaspar blasfema. El cura reza.

Marcos de Bayas, el barbero de la Trinidad, gimotea a mi lado. ¿Qué diablos hace un barbero aquí?, se pregunta.

La selva se aquieta ahora. Calla. El silencio crece hasta hacerse tangible. La sensación de que somos observados desde la espesura se abre paso en la mente de cada uno. Nadie dice nada. Poco a poco la sensación se transforma en terror. Un terror ciego a lo desconocido. Don Hernando se pone de pie.

—Preparad las armas y abrid fuego —dice.

—¿Contra qué? —pregunta don Luis.

Con las armas prontas todos nos miramos.

* * *

Os juro, Alteza, que con ser mi madre judía y mi padre desconocido y yo algo enano y bastante contrahecho, y llevar en mis partes la seña del converso, y ser tenido por comunero a causa de mi señor don Juan, y no tener otro oficio que el de truhán y chocarrero, ni otra riqueza que vuestra generosidad; y Vos, cristiano viejo, hijo de y nieto de reyes, corpulento y apuesto, plaga y

azote de señores levantiscos, y César, Emperador y Rey de Reyes; Dios Nuestro Señor me escogió a mí y no a Vos para revelar a los hombres el lugar del Paraíso. Y en verdad os digo, Majestad, que cuando vi con mis dos ojillos celestes lo que tenía a mis pies, dime por muerto y hube gran aflicción, que si algo aprendí en mis muchos años de intemperie fue a querer a Juanillo pese a sus muchos vicios y defectos, tanto como sin duda Vos apreciáis a don Carlos con todas sus virtudes y perfecciones. Y cómo no había de darme por muerto si lo que tenía ante mis ojos, una vez que emergimos de la selva en lo alto de un monte, era el Paraíso. Asustado, me volví entonces hacia mis compañeros y, al verlos tan pálidos y tan irreales, los juzgué muertos también y sentí gran piedad por ellos y me puse a llorar a causa de ese loco apego que tenemos por la vida los hombres; el sabor salobre de mis lágrimas me recordaba el mar y yo, que siempre había odiado el mar, me enternecía ahora pensando que nunca más. Claro que enseguida caí en la cuenta de que era tonto llorar, porque Dios Padre había creado el Reino de los Justos para contento eterno de sus almas, y si allí se divertían en grande hombres tan sabios como los antiguos profetas y tan austeros como los Reyes Católicos, vuestros abuelos, un pícaro bufón como yo la pasaría grandemente. Me tranquilicé, pues, pese a que no acababa de convencerme la idea de estar allí por toda una eternidad, que es un tiempo muy largo según dicen, lo cual siempre me ha parecido muy aburrido, que es Juanillo de espíritu inquieto y amigo de andar de pueblo en pueblo a su antojo, y, mientras esperaba al barquero encargado de cruzar las almas a la otra ribera, me dediqué a contemplar la que, pensaba yo, sería mi eterna morada.

Aturdido como estaba por mi inesperado tránsito hacia el otro mundo, vi surgir de entre las nubes que pasaban a mis pies y sobre las cuales creía estar parado, la más hermosa bahía que la viva imaginación de Vuestra Alteza pueda concebir. Ante aquel

espectáculo inesperado me quedé sin palabras (sin palabras para pensar y no para hablar, que no podía hacerlo con aquel cortejo de muertos que eran mi única compañía), y comencé a tener locas ideas: que la bahía enmarcada por una espesa vegetación semejaba el sexo de una mujer con su entrada estrecha y su interior cálido, a la vez sereno y enervante, amplio y acogedor; que era como el vientre de mi madre del que yo no quería salir por no venir a ejercer esta esforzada profesión de nos; que si el Paraíso era el premio a una vida virtuosa, por fuerza debía parecerse al vientre de mi madre, de donde venía a ser cierto que nacer es morir, y reventar un día, volver a la verdadera vida; que si en realidad había regresado al vientre de mi madre, qué diablos hacían en él los capitanes, cómo se atrevía don Hernando a entrar en él cubierto de hierros, cómo era que Juan Serrano no se quitaba el sombrero y don Juan penetraba con su litera, y qué hacían los demás hombres allí metidos. Y mientras estaba así cavilando, mi nariz respiraba aquel perfume antiguo de humedades vegetales y mis ojos planeaban como pájaros sobre las sierras azuladas que emergen de la bruma al fondo de aquel vergel y sobre las plácidas islas de cocoteros y sobre el verde y deslumbrante cristal de las aguas y sobre la blanca y bruñida arena de las costas; y todo irradiaba una luz cálida y dorada como la miel sobre las torrejitas humeantes que hacía mi madre embebidas en leche.

Aunque en verdad os digo, Alteza, que ni las torrejitas de mi madre, con toda la seducción que sobre mí ejercían, podrían compararse al efecto que el Paraíso producía en mí, con estar muerto y todo.

Desde aquella altura por la que habían entrado nuestras almas, las cinco negras naves eran tan pequeñas como cinco semillas flotando en la corriente; parecía imposible que hubiéramos sido capaces de navegar en ellas. Al principio me extrañó que la flota estuviera allí, pero entonces me dije que a causa de

sus nombres cristianos habían ganado el cielo ellas también y me pareció bien; podríamos aprovecharlas para cruzar el Leteo sin tener que soportar que aquel viejo desalmado de Caronte nos aporreara con el remo. «¡Un momento! —me dije enseguida—. ¡Este es el Paraíso y no dejaré que ningún viejo cabrón me trate como si estuviera en el Infierno, no señor!».

Comenzaba a enfurecerme pensando que hasta después de muerto debía soportar uno la prepotencia y la brutalidad de los que mandan, cuando un tremendo estampido me arrancó de mis cavilaciones. El trueno repercutió en todo el valle y el eco llevó de cumbre en cumbre el estruendo. Espantado (creí que el Santísimo manifestaba así su ira por la presencia de un converso hideputa en su Reino), corrí a buscar refugio en la selva cuando vi cuatro arcabuces humeantes con sus negras bocas apuntando hacia las naves. «¡Qué demonios están haciendo!», iba a gritar, seguro de que don Hernando quería amedrentar a las huestes celestiales y plantar allí tu bandera y tu cruz, para luego leer a las almas de los justos el Requerimiento y someterlos a nuestra fe, cuando un nuevo estampido sonó a lo lejos, ahora a mis espaldas. Entonces me volví hacia la bahía y vi allá abajo una nube de pólvora que salía de la Trinidad y se alejaba lentamente sobre el mar.

—Nos hacen señas —dijo una voz a mi lado—. Nos han oído. Yo, confundido, no sabía a qué diablos se refería.

—¡En marcha! —dijo don Hernando internándose él primero en la selva.

—¡Oh, no! —exclamé—. ¡No me iré sin esperar el Juicio, quizás Dios Todomisericordioso tenga piedad de mí, y entre toda la caterva de enanos y locos mendicantes que andan por los reinos de Vos, me escoja a mí.

—Déjate de tonterías, que no es lugar ni tiempo para tus gracias —dijo Cartagena al pasar a mi lado, en un tono más seco que orejón en pasa.

Yo no sabía qué hacer, pero como temía perder la paga, y aun que se me colgara por rebeldía, tuve que seguir a los capitanes, muertos, vivos, o como rayos estuvieran, y al cielo o al infierno o adonde quisieren, como os seguiría a Vos, Majestad, si vuestro hijo me devolviese la pensión, que al que nace menesterozo no le está reservado ni el derecho a escoger cuándo ha de morir, ni adónde encaminar su alma, debiendo pasar de muerto a vivo y de reino a reino de los de ultratumba, cada vez que el capricho de los poderosos así lo determine.

Supe después por aquel Pigurina o Pigafeta o como se llamase, y que se pasaba los días de brazos cruzados observándolo todo sin jamás ensuciarse en nada las manos, como no fuera con la tinta con la que tomaba sus notas, que ese era todo su trabajo, si trabajo puede llamársele a eso, que el almirante Colón tenía del Paraíso una teoría diferente a la mía.

En efecto, debe Vuestra Alteza saber que según aquel ilustre navegante, el mundo tiene la forma de una teta de mujer, con el pezón en alto, cerca del cielo y por eso decía, «los navíos van alzándose hacia el cielo suavemente y entonces se goza de más suave temperancia»; de resultas de lo cual aquel empecinado marino colocaba el Paraíso en ese «dulce pezón». Lo que no sé decir es si se trataba del pezón de la teta de su madre o de la mía, aunque pienso que sería de la suya, ya que menguados bienes depararía el Paraíso de estar situado en la magra teta de mi madre, que de no ser por una nodriza que, según un tío mío, era fabulosa lechera, no estaría yo aquí escribiéndoos estas cosas. ¿Habría conocido, por ventura, el almirante a mi nodriza?

El punto es, como veréis, hartito confuso, cuanto más que ignoraba aquel Pigurina o Pigafeta o como se llamase, a cuál de las dos tetas se refería el almirante; por lo que me inclino por mi teoría de que el Paraíso se parece más al vientre de mi madre que al pezón de la teta de la madre del Cristóbal Colón. Y punto.

Los días que pasamos en el Paraíso, huelga decirlo, fueron los únicos dichosos de nuestra infernal travesía alrededor del mundo todo.

En aquel edén, los calafates olvidaron la brea para el casco y el alquitrán para los cabos; los toneleros y carpinteros abandonaron sus obligaciones; los mareantes dejaron de recorrer la arboladura para coser las velas, revisar las poleas, examinar los cables y acolladores y embrear los ajustes y orinques; los grumetes ya no lavaron las cubiertas dos veces al día, como indicaba el reglamento; muchos hombres se dormían y no comparecían a la hora de la canción del alba; otros olvidaban descubrirse, absortos en nada, a la del ángelus; por las noches no se encendían los faroles en el coronamiento de popa; durante el día las banderas no saludaban al capitán general sin que ello diera lugar a reconvencciones y, en medio de aquella molicie, no había capitán, ni contraestre, ni maestro, ni alguacil, ni capellán, capaz de restablecer el orden.

Y para colmo, la Trinidad se había convertido en una especie de Arca de Noé del Nuevo Mundo. Gritaban las enjutas gallinas su confinamiento junto a las amuradas de la tolda, alborotaban los puercos del país en la cubierta baja, protegidos del sol por una vela vieja colocada a modo de techo, trepaban por las jarcias y los obenques los monos, escandalizaban en las vergas los papagayos y tucanes, corrían eufóricas y a plena luz del día las ratas, y en medio del hacinamiento y la abundancia vivíamos despreocupada y dulcemente.

Durante esos días felices, nadie se acordó de los rumores que corrían acerca de la expedición; a nadie importaba entonces el misterioso derrotero de la escuadra, ni lo que habíamos dejado atrás, ni lo que teníamos por delante. Olvidados de los muchos sueños y ambiciones que habíamos tejido y destejido en las monótonas horas del mar, todos vivíamos el presente como única

realidad. Y no faltó quien afirmara, un poco en broma un poco en serio, que no podía haber más Maluco que este.

Pero, puesto que a los placeres y dulzores de esta vida trabajada que tenemos, no debemos pedirles firmeza, pues que son de una señora que se muda, y los deleites de acá, en que nos deleitamos, son temporales, y los tormentos de allá, que por ellos esperamos, eternos, y el mundo engañoso, y nuestras vidas los ríos que van a dar a la mar, y toda esa retahíla con que los poetas pretenden decir simplemente que, muchas veces, esta vida es una mierda; aquellos días felices en la rada de Santa Lucía no fueron sino rocío de los prados. Y la culpa fue mía. Un suceso sobre el cual yo, pobre necio de mí, Juanillo Ponce, conde del Maluco, tuve que dar cuenta por ser muy gran bocón, determinó al capitán a partir cuanto antes de aquel vergel.

En esos breves instantes de profunda quietud que siguen al ángelus, cuando los colores se apagan y los olores se hacen más nítidos, estaba yo con ambos codos apoyados en la amurada viendo cómo se desteñía el horizonte del lado del poniente, cuando mi olfato percibió algo extraño.

Era un aroma raro, ajeno a las naves. Era como el olor de los huertos de Sevilla, así que por un instante pensé que se trataba de un recuerdo. Pero no, era demasiado intenso y concreto. Podía percibir claramente el olor de la tierra y el del estiércol. El aroma de los azahares era inconfundible. Embalsamaba el aire quieto superponiéndose al del mar. Entonces fue cuando pensé en la Concepción, que estaba allí como siempre, meciéndose como una sombra; la bucólica de don Hernando había transformado la nave de Gaspar de Quesada en un huerto flotante. Recordé entonces que ya otra vez, cuando la falta de vientos nos había detenido frente a la costa del África, había percibido un

aroma semejante. Solo que ahora el olor era mucho más intenso y definido. Ya no surgía por contraste con el tufo del mar; ahora estábamos rodeados por una vegetación exuberante, rica en fragancias y, sin embargo, el perfume de la Concepción se imponía rotundo e inconfundible; os lo repito, Majestad: eran esencias de un huerto de Sevilla lo que mi judía nariz percibía.

Entonces fijé mis ojillos en aquella nave que durante tanto tiempo había mirado sin ver, tan familiar se me había hecho su presencia.

Y vi las jarcias colgando flojas de la arboladura, semejantes a esos bejucos que penden por doquier en la selva. Vi los hierros y los bronces cubiertos de cardenillo. Vi las algas que crecían del casco como barbas, acentuando su aspecto vegetal. Vi las copas de los árboles atestando la crujía, compitiendo en altura con el castillaje de popa y sobrepasando la tolda. Vi gruesas ramas asomando por la porta que hacía de escobén a proa. Vi las guías de las enredaderas en flor, naciendo de la boca de los cañones y escapando por las troneras, buscando el sol...

Corrí donde mi amo, que vigilaba la tarea de encender los faroles en el coronamiento de popa:

—Observad la Concepción —dije trémulo y en voz muy baja, que él era amigo en todo de la mayor reserva.

Don Hernando me miró sin comprender. Entonces, colgándome de su brazo (el frío del hierro me repugnó al tacto), añadí:

—Las plantas, señor. Se han adueñado de la nave.

Él sonrió y me acarició brevemente la cabeza; tenía esos inesperados gestos de ternura que llenaban, cada vez, mis ojos de lágrimas.

—No tengo tiempo ahora —dijo—. Luego platicaremos. —Y como viera que yo me alejaba—: Anda, vete —agregó con dulzura.

Lo peor de esta profesión de nos que es la de ser fabricantes de ilusión y creadores de folganza, es que nadie nos toma en serio

cuando hablamos en serio, ni se cuidan de nuestras prevenciones y avisos por atinados que ellos sean, que venimos en esto a parecer-nos a aquella señora Casandra, que con poder prever el futuro, la maldición de don Apolo le impedía comunicárselo a los suyos, que se la tomaban a chacota y asistió así, impotente, a la ruina de su casa.

Me retiraba molesto con mi señor, pensando: que te lleve el demonio, cuando mis tontos escrúpulos me hicieron volver.

—Capitán, escuchadme, por favor —dije—. Esto no es una broma. Asímate del lado de babor y lo verás con tus propios ojos. Azótame si son jaranas.

—Él me miró sorprendido. Dio dos pasos con desgano y se quedó viendo cómo las sombras de la noche crecían desde el fondo de la bahía envolviendo a la Concepción; era más intenso su aroma en la negrura.

—Se diría que la madera misma de la que está hecha reverdecerá —comenté yo.

A la mañana siguiente, el capitán general, el maestro Juan Bautista, el carpintero mayor y el calafate Felipe contemplan mudos de asombro aquella extraña cosa vegetal que se mece a pocos metros del esquife y crece hasta ocultar el cielo cuando estamos junto a ella.

Nos reciben el contraamaestre de la Concepción, Joan de Acurio, y el maestro Juan Sebastián. Acurio es un hombre jovial y agradable, con unas manos enormes y carnosas, tibias como palomas. El maestro en cambio, tiene un no sé qué hipócrita que se esfuerza en disimular con la máscara de su falsa modestia y de sus modales obsequiosos, por lo que todos le tenían entonces por un hombre sencillo e inofensivo, empezando por mi señor.

—¿Dónde está el capitán? —pregunta mi amo mientras sus ojos recorren inquietos la cubierta.

Por todas partes el follaje cierra el paso a las miradas, confunde, alterando la geografía del galeón, y trastornándolo todo.

Aquí y allá relumbran las naranjas, bañadas por la suave luz del amanecer. Asoman entre la fronda oscura los limones. Relucen como joyas las aceitunas. Los olivos se doblan bajo su carga, las fuertes raíces se abren paso a través de las maderas de las barricas, rompen los aros de hierro carcomidos por el orín e invaden la cubierta. Desde los almácigos, el tomillo, el perejil y la albahaca perfuman la mañana. También hay berenjenas, morunas y catalanas. Y melones, la fruta preferida de don Hernando, que tapizan el alcázar y se enroscan al pie del palo mayor.

En medio del asombro nos topamos con Gaspar de Quesada que nos aguarda sonriente a la entrada del castillo de popa.

Son de oro los cabellos del capitán de la Concepción, que se parece en ello a su madre, dama de alta alcurnia, natural de Brujas; pero no ha heredado su piel de un rosa encendido, sino la morena del conde, su padre. Sus ojos, grandes y rasgados, son de un azul acerado que contrasta graciosamente con la tez del rostro, brillante de sudor. Hay en ellos cierta expresión de candor que irradia un poderoso encanto al que no escapan ni hombres ni mujeres. El rostro de pómulos altos y vigorosa quijada parece, por la fineza de sus rasgos, obra del más hábil artífice. Es fuera de toda duda, la suya, una hermosa cabeza; grande y noble como un mármol antiguo. Verdadera obra de arte digna de que Vuestra Majestad la tuviera en palacio sobre un pedestal de pórfido.

—¿Qué es todo esto? —pregunta don Hernando antes de que Gaspar pueda saludarlo según la usanza.

Una expresión de estupor se dibuja por un instante en el rostro infantil del capitán de la Concepción. Parece no haber entendido la pregunta. Pero vuelve a sonreír despreocupadamente.

—Vuestro huerto —dice al fin—. ¿Qué os parece?

—Echa todo al agua. Que no quede ni una sola planta.

Gaspar parece confundido.

—No se pueden domeñar, señor —interviene Acurio—. Desde que estamos aquí, crecen tan rápido que es inútil podarlas, no hay tiempo para trasplantarlas y tampoco para cosechar cuanto producen.

—Deshazte de ellas —dice don Hernando, esta vez dirigiéndose a Joan de Acurio—. Dejaré a Juan Bautista y al carpintero; también al calafate Felipe. Habrá que acondicionar la nave.

—¿Realmente queréis arrojar todo esto por la borda? —pregunta Gaspar de Quesada.

Hay una pausa en la que mi amo pasea su mirada por sobre el extraño bosque.

—A menos que seas capaz de navegar una isla en pleno océano... —replica con una sonrisa burlona.

Pero vos dijisteis que el escorbuto... —dice súbitamente serio el capitán de la Concepción.

—Prefiero luchar contra la muerte —contesta don Hernando, dándole la espalda.

De pronto, como si hubiera recordado algo importante, se vuelve.

—Menos la tierra —dice—. Conservad la tierra.

Ya en el esquife no pude menos de preguntarle:

—¿Por qué la tierra, señor? ¿No hay bastante tierra en estos mundos?

—No de esta —me dijo al oído—; es tierra de Oporto. —Y, como yo lo mirara intrigado, sin comprender, agregó—: Quiero que me cubran con ella si muero durante la travesía.

* * *

Esa misma mañana comenzaron los trabajos de reacondicionamiento de la Concepción.

Trepaban unos por los obenques o las vergas, armados de las escoperas para dar brea a los cables o sebo a las poleas; se

internaban otros en las entrañas mismas de la nave con clavos y estopa; murmuraban las sierras de los carpinteros; repercutían animando la madera, los martillazos de los toneleros; repicaban como campanas los golpes del herrero sobre el yunque. Y cuando todo callaba de improviso y por solo un instante, se escuchaba el susurro del hilo encerado atravesando la lona de las velas al ritmo acompasado de cien manos inquietas.

Los trabajos se iniciaban antes del alba cuando los calafates ponían a cocer la breya en una gran caldera que se había instalado en la isla; y los herreros seguían modelando el hierro con paciencia de oribes, alumbrándose con el resplandor de la fragua, cuando era casi la medianoche.

Era tal el vértigo que de haber podido Vos observarnos, sin duda hubierais pensado que aquellos doscientos y tantos hombres estaban ansiosos por llegar a alguna parte.

Ni el propio Juanillo, pese a sus muchas artes, pudo escapar de aquel trajín.

Aprovechando su corta estatura y poco peso, le colocan en un frágil andamio y le cuelgan por fuera de la nave, justo a la altura de la línea de flotación.

Libre del peso de la bucólica de don Hernando, la Concepción enseña un ancho festón de algas y otras adherencias que, a falta de una carena en forma, se me ha encomendado quitar.

Me bajaban al alba, me izaban a cubierta al mediodía y, luego de una breve siesta para evitar las horas de mayor calor, me volvían a descender allá hasta la caída del sol.

Allí, en el bajo vientre de la nave, oculto a los ojos del contra maestre por su propia concavidad, tuve ocasión de descubrir aspectos de nuestra aventura prolijamente escamoteados por los cronistas de tus reinos en su petulante ignorancia del oficio de descubridor.

Fíjate en las algas, por ejemplo: las hay parecidas a lechugas pero de un verde más intenso, oscuras y suaves como el musgo, tubulares y carnosas que me recuerdan los dedos de Joan de Acurio, semejantes a retazos de cuero y viscosas al tacto, y otras que parecen astas de ciervo, y pequeños trozos de coral rojo, y hojas de roble en otoño, y vello púbico y angelical, y rosas, y plumas, y silenciosas compañeras de viaje, furtivas pasajeras en una nave de locos. Y si observas con cuidado, verás entre esa curiosa fronda, a los percebes asomando sus uñas y, acorazados como don Hernando y aferrados a la madera como él a sus sueños, verás los balanos, y si aguzas más la vista y pegas la nariz al casco, descubrirás una multitud de pequeñísimos piojos, que lenta pero implacablemente van royendo los maderos; tan lenta e implacablemente como el sol de cada día roe nuestras locas esperanzas. Y una insensata voluntad que los impulsa a todos a sumarse a nuestra empresa.

En vísperas de la partida vuelven a correr insistentes rumores de sedición. Se dice que Juan de Cartagena conspira en secreto con Luis de Mendoza y que Gaspar de Quesada podría apoyarlos y que quien sirve de enlace entre los capitanes rebeldes es Sánchez de Reina. Se dice que el malestar de los castellanos se ha originado en la negativa de don Hernando a llevar mujeres a bordo. Que las hay, ocultas en uno de los pañoles de la Concepción y para deleite de aquéllos y de algunos oficiales. Nadie de nosotros las ha visto, ni sabe cómo ni cuándo llegaron a las naves; pero Martín el Tonelero, que sabe muchas cosas, afirma que la sentina de la Concepción huele a orines de mujer. Es un olor inconfundible, dice. Pero no es posible saber qué hay de cierto en esas murmuraciones. En apariencia todo está tranquilo y no se advierte la mínima alteración a la recientemente recuperada rutina de a bordo.

Don Juan sigue inmóvil, ajeno a los trabajos, en la tienda que se ha levantado en el coronamiento de popa. El veedor se pasa los días enteros sobre una hamaca tejida con fibras vegetales que ha obtenido de los indígenas y que pende en el aire sujeta al palo de mesana por un extremo, y al farol de popa, montado sobre una rica y colorida talla de san Antonio, patrono de la nave, por el otro. Una lona de las que llevamos de repuesto para reparar las velas, le protege del sol y allí se está don Juan, ricamente ataviado como siempre, entregado a la lectura de la *Cárcel de amor*, su libro preferido; de cuando en cuando, emocionado, cierra el libro y arranca dulces y tristes sonos a su vihuela.

Don Luis de Mendoza pasa la mayor parte del tiempo recluso en su cámara, víctima de un mal que ya casi no le da tregua.

Tiene peor aspecto en cada una de sus fugaces apariciones en público. La sombra morada en torno a sus ojos crece como un hongo. Son más descarnadas sus órbitas y más sumidos sus grandes ojos negros. La piel del rostro, del color y la tersura de la cera, parece que fuera a rasgarse como la seda vieja y descolorida de un vestido.

Me ha dicho Filiberto el Marica, paje del capitán de la Victoria que el pecho de don Luis tiene una quilla como la de los pollos flacos y que, en la quietud de la noche, el ruido del aire llegando trabajosamente a sus pulmones, tiene el triste sonido del viento cuando azota las callejas desiertas de su pueblo.

El muchacho vela junto a su señor y en el lento rodar de las horas, el desesperado movimiento de fuelle de aquel pecho va adueñándose de la silenciosa cámara y de Filiberto, que con los ojos fijos en ese extraño animal oculto bajo la camisa de encaje de Holanda, siente que también a él le cuesta respirar. Entonces cierra los ojos, se levanta, se pone de espaldas, pero el sonido aquel no lo abandona, y el aire huele a cataplasma y parece que no llega a sus pulmones.

A veces, en medio de la noche, aquel sonido se vuelve un estertor agónico. Don Luis se incorpora aferrado al pasamanos de bronce que ha hecho colocar en la cabecera de la cama. Su cuerpo se arquea con el esfuerzo. Se cubre de un sudor frío. Una expresión de espanto deforma su rostro. El tiempo se detiene. El muchacho puede sentir la muerte rondando, en acecho. Sin embargo, al cabo de unos instantes que se hacen eternos, el zumbido del aire en sus pulmones recomienza.

El clima de estas latitudes con su humedad, ha agravado la enfermedad que padece desde niño el capitán de la Victoria.

Gaspar de Quesada, en cambio, luce lleno de vida. Se le ve ir y venir por su nave, atareado todo el día junto a su gente. Viste solo unas calzas de velludo azul, remangadas por encima de la rodilla, y con su vigoroso cuerpo tostado por los soles y brillante de sudor, semeja uno de esos briosos caballos moros que lo alborotan todo en un desfile.

Viendo a los castellanos, nadie daría crédito a los rumores de conspiración que circulan. Solo las idas y venidas, de una nave a otra, del cura Sánchez de Reina, dan pábulo a las sospechas; pero es tan apacible y bonachón su aspecto que cuesta creerlo envuelto en una sedición.

De modo que, como ya os dije, eso de las mujeres de los castellanos debía de ser una patraña inventada por la chusma marinera (que nadie se atrevería en las naves a violar tu prohibición). Yo, lo único que puedo agregar, aquí entre nosotros, es que estando colgado del vientre hinchado de la Concepción ocupado en la carena de la nave, oí más de una vez la voz aflautada del cura Sánchez de Reina y la de trueno del capellán Balderrama, desgranando a un invisible auditorio los rudimentos de nuestra fe. No hablaban entre ellos, más bien parecían dirigirse a algún interlocutor;

aunque nunca oí la voz de este. Ambos curas se referían a Sodoma y Gomorra, y a las siete plagas de Egipto, y a otras calamidades destinadas a poner en claro cómo se comportaba Dios con los rebeldes a su fe. Y aquello era tan aleccionador que yo, que escuchaba tumbado de espaldas sobre el andamio y a la sombra del casco, me puse a trabajar por temor a merecer alguno de aquellos cataclismos con mi perversa molicie. Ahora, que si aquellos sermones estaban destinados a las mujeres que, se decía, ocultaban en la nave, las infelices debían de estar muy entusiasmadas por la forma llana y concisa con que les explicaban cosas como la de la Santa Trinidad y la Reencarnación y la Ascensión y otras así de simples. Y también les hablaban del Infierno, y sin duda les mostraban láminas como las que me enseñaron a mí cuando me cristianizaron y que aún no se me borran. Legiones de condenados asomando apenas de un mar de fuego, como segadores en un campo de trigo, hombres y mujeres de cabelleras desgredadas, todos desnudos y con los brazos en alto, implorando al cielo un perdón que jamás les sería concedido; y víboras y diablos y otras escenas de puta madre. Y allá en lo alto, el bueno de Dios sentado en un sillón entre nubes, flanqueado por una legión de justos, casi todos con barba y vestidos de blanco y aspecto aburrido, y una bandada de rollizos angelitos mosqueando en torno a la venerable asamblea.

Fue allá abajo, en el andamio, imaginando el estupor de aquellas mujeres imaginarias ante cosas tan complicadas, y para colmo dichas en una lengua que no conocían, que parí la loca idea de bautizar a mis monos. Después de todo, si habían de trabajar conmigo, por qué negarles el derecho al Paraíso. Esto del Paraíso me confundió un poco, porque si los monos vivían en el Paraíso y yo los sacaba de allí y los embarcaba en nuestra aventura, que no tendría nada de celestial..., en fin, que les daría esa oportunidad y que ellos hiciesen de su alma lo que quisiesen luego.

Estaba pensando en si debería leerles los Requerimientos y en la clase de explicaciones que les daría, así como en los nombres que les pondría, cuando algo que había bajo el agua reclamó mi atención.

Era una especie de planta de color violeta, y sus grandes hojas se movían suavemente, como mecidas por la brisa.

Nunca había reparado antes en el fondo del mar, que en aquella bahía era como un jardín exótico visto a través de un cristal, así que mientras planeaba cómo explicarles lo de la Santa Trinidad – cosa que ni yo mismo había entendido nunca, y me decía: significa que tienes tres monos, pero en realidad tienes solo uno, aunque no es uno sino tres–, observaba con la fijeza con que lo hacen los bobos unas flores azules o rojas que había sobre las rocas del fondo y unos cangrejos enormes que escapaban enloquecidos de la sombra de la Concepción que bañaba como un presagio aquel extraño universo marino. Los peces en cambio no parecían temerle, y en apretados cardúmenes plateados, manchados, o listados, como inspirados en la heráldica, venían a curiosear, moviéndose en torno del andamio con la gracia de un grupo de bailarinas.

Había también caracoles, en forma de huso, de teta, de me rengue, de peineta, de farol chino, de cornucopia, de albóndiga, y de zurullo.

La nave reposa inmóvil sobre ese mundo del que solo le separa una delgada y frágil superficie de cristal; pero la sombra pesa sobre sus silenciosos habitantes, oscureciendo el sol en pleno día.

* * *

Aquella tarde en una sencilla pero conmovedora ceremonia, di a mis monos nombres cristianos.

Era un poco antes de la hora del ángelus y estaba de regreso en la Trinidad, así que aproveché la ausencia del capellán para tomar prestados sus hábitos, y vistiendo el amito, el alba y hasta las

casullas que llevaba de repuesto en un baúl, me instalé en la crujía dispuesto a administrar el Sacramento a mis criaturas.

Había entre los monos uno que sin ser el de mayor tamaño, era sin duda el mandamás del grupo porque pasaba el día entero presa de una gran agitación, tratando de mantener alejados a los otros machos de su zona.

Corría todo el tiempo de un lado a otro de aquella imaginaria frontera que se había trazado, enseñaba amenazante los dientes, daba horribles gritos cuando alguno de sus compañeros se acercaba y golpeaba y mordía con furia al que osara traspasar sus límites. Ignoro qué era lo que defendía con tanto ahínco, quizás aquello era solo una demostración de su poder; en cualquier caso su reino se reducía a una pequeña zona de la crujía en donde estaban todos encerrados, y a un puñado de monos como él. Y su suerte dependía de mí, quien a mi vez, dependía de don Hernando, quien dependía de Vos, quien... Pero aquellos tontos animales no lo sabían y se destrozaban luchando por un espacio que nada significaba, prisioneros en una nave sobre la que jamás ejercerían ningún dominio. A aquél no lo bauticé. Simplemente le colgué del pecho un espejo de aquellos que llevábamos y en el que se reflejaban los resplandores rojizos del poniente. Luego tomé de un brazo a uno de los que disputaban con él y que se destacaba de los otros porque nunca se daba por vencido y a pesar de los golpes volvía, una y otra vez, al ataque, y colocándole sobre los hombros una capa de terciopelo que había hecho con un retazo, le llamé Juancito. Después estaba uno muy apocado y de aspecto enfermizo, con los pelos como marchitos y grandes lamparones en la piel, al que puse Mendo. También estaba Gasparico, el más bonito; y uno muy pequeño que aprovechaba las peleas de los otros para introducirse en la zona prohibida. Una vez adentro (generalmente

se colaba pasando por el borde de la amurada), imitaba la conducta del mandamás defendiendo su territorio. Reproducía todos sus gestos, dirigidos a un enemigo invisible y corría a sus anchas por la zona hasta que un gruñido o un manotazo intimidatorio del principal le ponía en rápida fuga. A este le llamé Sebastián.

Poco a poco se había ido juntando una gran multitud de curiosos que, alertados por las risas, iban abandonando la ceremonia del alcázar para asistir a la más modesta que tenía lugar en la crujía; por lo que decidí ante tal fervor, bautizar también a mis pájaros. Tenía dos cuervos de plumaje renegrado y cabeza calva a los que llamé Fonseca y Cristobao, y una pareja de buitres a los que denominé Los Habsburgo, y que fueron los primeros en ir a parar a la olla cuando en el largo invierno de la bahía de San Julián nos quedamos sin bastimentos. Tenía también una lora parlanchina y muy histérica a la que bauticé Juanita la Loca, y un elegante papagayo amarillo y azul al que llamé Isabelita.

La broma causó gran contento entre toda la tripulación, que por unos instantes olvidó la pesadumbre que nos causaba el tener que partir nuevamente, pero no plugo a Sánchez de Reina, que me llamó judío hereje y me acusó ante el capitán de ladrón. Don Hernando se enojó mucho conmigo y además de reprenderme duramente, ordenó me diesen diez azotes, que pudieron ser más, según decía. Ni él ni nadie pudo evitar sin embargo que la tripulación dejara de llamar a mis animales por los nombres que yo les había dado.

«Comamos un Habsburgo», decían. «Retorzámosle el pescuezo a Cristobao», «Juancito acabará mal», «Mendo se te morirá», «Un día de éstos mataré a Sebastián si no deja de robarnos», «Qué bonito el Gasparico», decían.

IV

Impulsados por fuertes vientos continuamos nuestro viaje hacia el sur.

A medida que nos alejamos van quedando atrás las gaviotas y otros pájaros costeros, solo distantes fragatas, parecidas a barriletes, planean inmóviles sobre los mástiles.

Quizás también las naves, vistas desde lo alto, son cual barriletes suspendidos en la infinita superficie del mar.

Un enorme grupo de delfines procura ahora tomarnos la delantera, colocándose a proa y brincando ante las naves, acompañándolas en su loca carrera con la obstinación de esos perros juguetones que corren y saltan delante del coche de su amo sin ser nunca alcanzados por las patas de los caballos. Avanzan en perfecto orden, saltando sobre las olas, sumergiéndose cada uno por turno, para volver a surgir, agudos y brillantes como espadas al sol, sin que el grupo se quede atrás ni por un momento, igual a un regimiento de caballería salvando con suavidad los obstáculos del terreno.

Pero llevamos tanta prisa que al cabo de unas horas se quedan rezagados, mirándonos absortos con la simpática cabeza fuera del agua.

Las naves parecen pájaros, presos de una extraña inquietud. Corren sobre las olas para embolsar el viento con sus alas. Rozan apenas las aguas, volcando el cuerpo como en una danza, hacia

uno y otro lado; ora enseñando sus oscuros vientres, ora sus blancos dorsos. De vez en cuando, en el esfuerzo, golpean pesadamente el agua como lo hacen los negros petreles cuando descienden torpemente sobre la superficie, y crujen los maderos desde la quilla hasta los baos. Un instante después, vuelan a ras de las olas, casi sin tocar el agua, dejando tras de sí una fina estela y, con las velas acuarteladas, se disparan al cielo, planeando majestuosas sobre la superficie del océano, semejantes a grandes albatros.

Día a día el aspecto de la costa va cambiando; la vegetación se aleja tierra adentro, las playas son más anchas y desoladas.

Al sexto, alguien anuncia que hemos dejado atrás los dominios de Portugal. Entonces fondeamos para darnos un ligero respiro.

Singular frontera la vuestra, Alteza. Poblada de grandes ballenas de granito, con sus lomos recubiertos de algas pardas, semejantes a pelos, emergiendo apenas de entre la espuma. Curioso mojón el vuestro, formado por un rebaño de pacíficas ballenas petrificadas, de lomos duros y brillantes que asoman entre un despliegue de encajes más finos que los de Flandes. Lomos sobre los que el agua corre en hilos de plata por entre su extraña piel desde los comienzos de los tiempos, siempre igual.

Detrás de aquel cabo hay enormes dunas sobre las que planean las gaviotas con lánguidos giros, en indecible soledad. Frente a la imponente muralla de médanos, en una especie de bahía cerrada al sur por la punta de rocas, hay dos islotes de lúgubre aspecto. El viento ha excavado una multitud de torres en la roca gris y gime entre ellas, como entre las almenas de un castillo abandonado. Agrupados en la costa o arrastrándose entre aquella fantasmal geografía, hay gran cantidad de esos perros marinos a los que llaman lobos o focas. Aúllan con un sonido triste, llenando de presagios el desolado lugar.

Negros nubarrones cubren el cielo y todo el paisaje aparece pintado en tonos de gris. De vez en cuando las nubes se abren y

algunos rayos de un sol poniente, bañan el islote encantado con tonos rojizos, acentuando su aspecto irreal.

Don Hernando ordena que un grupo de hombres armados vaya en la chalupa a cazar a alguno de aquellos perros y de esa forma comer un poco de carne fresca, que ya no la hay a bordo. Dice que maten los más que puedan porque sus pieles son muy valiosas en Europa, adonde Torres había llevado las primeras.

Yo no quise acompañarlos; por algún motivo di en imaginar que habitaba allí una vieja desgredada que se arrastraba por la isla seguida de la jauría y que gritaba por las noches su soledad con espantosos aullidos.

A la mañana siguiente, con todas las velas desplegadas seguimos nuestra loca carrera. Se suceden las puntas rocosas, y los arenales sin fin y las playas desoladas en las que jamás ha puesto sus pies un ser humano. Yo pensaba qué clase de reino era el vuestro, en el que no había hombres, ni mujeres, ni niños, ni vacas, ni cerdos, ni gallinas; en el que no se oían voces, ni risas, ni llantos, ni protestas; en el que no se olía el sudor, ni la mierda, ni el sexo. ¿Para qué diablos quiere don Carlos este reino vacío?, me decía. En el que nadie puede pronunciar su nombre, ni amar, ni odiar a su rey. Un reino tan silencioso como una casa súbitamente abandonada, tan intocado como esas estancias en las que ha muerto un ser querido y se mantienen cerradas, tan solitario como una cuna olvidada en un desván.

Pocas millas después, las aguas comienzan a tomar un extraño color a sangre que Andrés de San Martín interpreta como un augurio.

Habla del color de la traición y todos piensan en la disputa de los castellanos, aunque quizás se refiere a otro tipo de traición en la que todos somos víctimas y protagonistas a la vez.

Lo cierto es que las aguas se hacen más y más rojas. Navegamos ahora entre grandes islas de camalotes que flotan a la deriva con su carga de monos y otras alimañas, arrancadas a la selva por las crecientes de los grandes ríos.

—Es el río de Solís —dice Albo.

El 10 de enero del nuevo año de 1520 avistamos una abrigada bahía circundada de arenales y limitada por un cerro al que llamamos Monte VI (no me preguntéis por qué, que es cosa harto discutida), y pese a que es un lugar apacible y resguardado, muy a propósito para reponer fuerzas, continuamos viaje ahora con rumbo norte, remontando el gran río.

De las otras naves preguntan por señas adónde nos dirigimos, pero don Hernando no les presta atención y ordena seguir a toda vela. Está muy excitado y particularmente activo. Va sin cesar de la proa, donde observa el curso del río, a la popa, donde vigila la marcha de las otras naves. Da órdenes a todo el mundo, atento a los menores detalles de la rutina de a bordo y hasta interviene en alguna maniobra. Su ansiedad es tan evidente que a todos nos gana el presentimiento de que algo grave está por ocurrir. Los temores de la gente se centran en un supuesto acecho de naves portuguesas que intentarían cerrar el paso a la escuadra, y este confín parece un lugar por demás apropiado para una celada. A ello se agrega el hecho de que en aquel desmesurado río del que jamás vimos la otra orilla, los indígenas habían dado horrible muerte a Solís, y si el piloto mayor había acabado sus días en una olla, como un simple pollo, ¿qué podíamos esperar nosotros, sencilla y ordinaria chusma marinera?

Vuestro Juanillo procuraba engañar su miedo pensando que tal vez aquellos salvajes preferían la sabrosa carne castellana —a la que ya estaban aficionados— a la magra e impura de un judío converso; y envalentonado luego con aquel tonto argumento, procuraba infundir con bromas un poco de valor a sus compañeros de ruta.

«Pero ¿quién os ha dicho que don Solís ha muerto? —decía Juanillo—. ¿Es que acaso no habéis aprendido a entresacar la verdad de las mentiras oficiales?». Y como todos me miraban perplejos: «¿Qué queréis que dijera sus Católicas Majestades? ¿Que se abarraganó con una negra apenas pisó estas playas y que ya no quiso saber más nada de descubrimientos ni navegaciones? ¿Imagináis al piloto mayor del Reino entregado a una vida muelle y de placeres, libre de hierros y de preocupaciones, tirado al tibio sol? ¿Y qué queréis que diga la Corona?, os pregunto, ¿que renunció a su Dios y a su Rey y a todos sus sueños de grandeza, por una piel oscura y unos pechos como de ébano, y musgos y pétalos y otras tibiezas allá donde sabéis? Os digo que ni está muerto ni se lo comieron, sino que anda por ahí, por esos montes, desnudo y feliz, lleno de hijos y más sabio que nosotros y que el capitán general y que don Juan de Cartagena y todos los demás.» Y, como para rematar el argumento: «¿Sabéis que dicen que Francisco Serrano, el amigo de don Hernando, ha hecho lo mismo? Sí, Serrano es un hombre sabio que supo renunciar a tiempo a la ambición y a la locura de la guerra de las especias, y después de luchar contra el sultán de Malaca junto a López de Sequeira, se afincó en una de aquellas islas paradisíacas y vive sin apremio ni codicia con la hija del rey de Ternate; no fue el más heroico ni el más grande en la conquista, pero sí el más feliz y el más prudente de todos».

Ya nadie se ríe y alguien pregunta cómo sé yo esas cosas.

—Me las ha contado el propio capitán —les digo—. Lleva consigo unas cartas en las que aquel Serrano le invita a unírsele; son dos solamente, pero las ha leído cientos de veces. Yo mismo le he leído alguna. Tenéis que ver los colores con que describe aquel plácido retiro suyo. En verdad os conmueve. A veces pienso que viajamos a su encuentro. No es que el capitán lo haya dicho, pero puedo percibir una especie de añoranza, cuando habla de Francisco Serrano; cierra los ojos y parece que sueña.

—¿Crees que don Hernando piensa retirarse también a una de aquellas islas?

—Tendré que preguntárselo alguna vez —digo—, uno nunca sabe; nunca se termina de conocer a la gente.

Navegamos lentamente, entre inmensos camalotales. Bulbos y hojas firmemente entrelazados en su largo trayecto desde las selvas, forman un compacto tapiz sobre el que corren asustados los monos y se arrastra la serpiente. También hay sapos y ranas que por las noches provocan con sus gritos un verdadero clamor. Las grandes islas de camalotes se abren imperceptiblemente a las naves y se cierran a su paso borrando toda huella. Ignorantes a la vez del punto del que provenimos y hacia el que vamos, somos una planta más; uno de esos viejos troncos atrapados por la masa verde y viscosa, arrastrados por la corriente de un río que suponemos fluye bajo nuestros pies y que pretendemos remontar. La corriente arrastra también grandes árboles. En sus copas, desnudas y tristes, se refugian toda clase de pájaros. Hay papagayos multicolores, garzas blancas y rosadas, alguna cigüeña; todos parecen extenuados, con el plumaje sucio, marchito. Hay también animales muertos, hinchados como pellejos de vino, a punto de reventar. Y, una tarde, vemos pasar algunos enseres domésticos. Dos o tres ollas de barro, una estera, un rudimentario arado enredado en las raíces de una vigorosa planta y hasta un ídolo de piedra que nos mira impávido desde su pedestal de camalotes mientras algunos sapos dormitan sobre su enorme cabeza.

Cada vez es más difícil navegar estas aguas ocultas, llenas de secretos peligros, pero don Hernando se niega a retroceder. Durante el día nos defendemos, o creemos hacerlo, pero el temor se agiganta por las noches desfigurándolo todo. Primero está el silencio, cuando cae la tarde, interrumpido solamente por las

cosas que permanentemente chocan contra el casco empujadas por la corriente. A veces es un ruido sordo, como el de un cuerpo blando, y otras un estruendo que sacude la nave y hace crujir cada uno de sus maderos como si fuera a abrirse, a estallar en mil pedazos. Pero nada ocurre e inmóviles aguardamos un nuevo impacto, tratando en vano de descifrar por inexistentes signos, qué será la próxima vez.

Después, una luna fría que en nada se parece a la que baña las callejas de Bustillo del Páramo, mi aldea, trepa al cielo y llena de brillos fantasmales aquella pradera irreal a la que mi amo llama río. Con las velas en vano desplegadas, la flota tiene algo de esos pájaros sin vuelo que aguardan la muerte posados en las ramas de un árbol que arrastra la corriente. Después está el croar ensordecedor de las ranas y, en sus rítmicos intervalos, el rumor de las alimañas trepando por los cascos e invadiendo las naves. Abrumado, intento en vano refugiarme en mis recuerdos, pero la memoria de Juanillo Ponce parece haberse ido con la corriente o está quizás sepultada bajo esta maraña vegetal, como las aguas del gran río. Muerto de miedo paso el resto de la noche repitiendo mi nombre, hasta que, agotado, caigo dormido en la alta madrugada y despierto sobresaltado cada vez que los pasos de don Hernando resuenan sobre mi cabeza. Mi amo se pasea día y noche por las cubiertas y sus pasos de hierro son como el tictac de un reloj que marca nuestras horas.

Al cuarto día —hacia tres que no se retiraba a su cámara—, con el desaliento y la fatiga pintados en el rostro, ordena a Esteban Gómez virar y poner la nave a favor de la corriente que tan trabajosamente habíamos remontado. Nadie sabe cuántas millas recorrimos. Andrés de San Martín observa una longitud, por conjunción de Júpiter con la Luna, que resulta imposible de acuerdo con las tablas de Zacuto y el almanaque de Juan de Monte Regio.

La noticia alarma a los hombres, solo don Hernando no parece sorprendido.

—Avisa a las otras naves que regresamos —responde mi amo dirigiéndose a Francisco Albo.

—Es lo más sensato, señor —agrega San Martín.

—Lo más sensato —murmura mi amo y esboza una sonrisa triste.

Ahora estamos otra vez fondeados en la abrigada bahía del Monte VI y reina nuevamente una tensa calma que no presagia nada bueno.

Don Hernando pasa los días encerrado en su cámara, empeñado en descifrar las cartas náuticas que cada día se le vuelven algo más incomprensibles. Todo parecía muy claro y sencillo en tierra cuando con Faleiro examinaba los mapas y las mediciones, pero no los entiende ahora y cuanto más se esfuerza, más son los detalles que se le escapan. Los radios de las rosas náuticas se cruzan ante sus ojos formando una verdadera telaraña en la que se siente atrapado como una insignificante mosca. Desconcertado maldice a veces a su antiguo socio, a quien acusa de haberle escamoteado datos y, al mediodía, agotado por el esfuerzo, hace un alto para salir con el astrolabio a cubierta y encontrar en sus propias mediciones alguna clave que le permita desentrañar aquella maraña de líneas en la que está escrito nuestro destino.

Nadie se atreve a hacer nada hasta conocer las nuevas órdenes y corren toda clase de rumores respecto al futuro de la expedición.

El cura Sánchez de Reina, quien en los hechos ha asumido la capellanía, dado el carácter apocado de Pedro de Balderrama, parece preocupado. Está del lado de Cartagena, a quien se siente ligado a través de su antigua amistad con el obispo de Burgos y recela de las intenciones ocultas de don Hernando. Apoyado en la amurada de estribor, se pasa el día contemplando aquellas

aguas rojas. Adivina la mano de Dios detrás de aquel inquietante color y cree descubrir en ello un aviso sobre su propia suerte. Abrumado, el cura se deja invadir por el lejano recuerdo de una mañana como esta, treinta años atrás, cuando llegó rebosante de ideales a hacerse cargo de su primera parroquia.

Era muy joven entonces, con el rostro macilento de un seminarista y la austera figura de un santo. Pero tenía ambiciones, e imaginaba que pronto llegaría a ser obispo y luego, con los años, se transformaría en un venerable cardenal de la Iglesia de Cristo. Pero todos sus sueños se estrellaron muy pronto contra la pobreza de su parroquia y la indiferencia de sus manchegos. En vano trató de aferrarse a sus ilusiones. La diaria lucha desgastaba las construcciones de sus sueños como desgasta el viento de la meseta las piedras de su iglesia; los años las fueron cubriendo y disimulando, como cubre el polvo amarillento de esos campos cuanto se levanta en su camino. No recordaba cuándo dejó de soñar. Solo sabe que comenzó a ver las cosas de otro modo. Se dejó atrapar por la rutina de sus sermones, y de sus paseos al atardecer por las cuatro calles del pueblo, y de sus comidas, y de sus conversaciones triviales con los vecinos, y hasta de sus fiestas de guardar, siempre idénticas al cabo de los años. Engordó. Envejeció. Era respetado y querido. Se olvidó de los obispos y cardenales y otros príncipes de la Iglesia. Fue feliz. Pero de pronto la antigua catedral de sus sueños apareció a sus ojos como rescatada del polvo por las lluvias de octubre. La expedición de Su Majestad lo haría tal vez obispo en las Indias, o quizás primer prelado de las nuevas tierras descubiertas.

Desde que se enteró que sería parte de la escuadra, perdió todo interés en la vida que había llevado durante treinta años y que hasta hace unos meses hubiera jurado llevaría con gusto hasta el día de su muerte, sin moverse de Argamasilla de Alba. Dejó la caza y las partidas de naipes con el barbero y el hidalgo. Perdió de pronto su afición por el vino y hasta las comidas habituales comenzaron

a disgustarle. Maldecía en silencio los soles feroces de aquella comarca y odiaba en secreto el viento y el polvo. Evitaba a los vecinos y hasta casi le disgustaba decir misa para aquellos aldeanos embrutecidos, sin más horizontes que los límites de la aldea.

No obstante, al marcharse aquella tarde, miraba con lágrimas en los ojos su iglesia y, emocionado, recibía el saludo de sus feligreses. Muchos de ellos lloraban también, especialmente las mujeres. Los viejos no comprendían su propósito y los jóvenes envidiaban su suerte.

Hubo nuevos abrazos y apretones de mano y viandas para el camino preparadas por manos amorosas y recomendaciones para que se cuidara y para que volviera pronto. Todo aquello ablandó al cura Pedro Sánchez como la manteca, a tal punto que si no hubiera estado de por medio el obispo de Burgos, hubiera renunciado en el acto a su loca decisión y se hubiera arrojado en brazos de su ama de llaves que, como un fantasma, seguía el coche por el camino a Ciudad Real, más allá de las últimas casas del pueblo. El cura se volvió un par de veces para despedirla haciéndole adiós con la mano e indicándole que se alejara, pero era inútil. Aquella figura negra y austera con quien había compartido tantos años y a la que lo unía, tal vez, un sacrílego y nunca confesado amor, continuaba su marcha bajo aquel sol de plomo hirviente. Atrás quedaba el pueblo blanco y, en el borde de la última esquina, los vecinos, en grupo, con las manos en alto.

Por encima de los tejados veía asomar ahora la torre de su iglesia, en aquel instante una cigüeña se alejaba del campanario con pesado vuelo.

—Vámonos ya —dijo a su sacristán que hacía las veces de cochero—. Apura esas mulas.

—Ahora ya no podré volver, aunque regresáramos no podré —dice—. Habrá otro sacerdote en mi lugar, un cura joven, lleno de iniciativas; nadie se acordará ya del padre Sánchez.

Yo no sé qué diablos decirle. Se hace un instante de silencio en que ambos levantamos los ojos para seguir a una gaviota que planea a unos pocos metros de donde estamos.

—Aún recuerdo el nombre de cada uno de mis paisanos, de cada pareja que uní en matrimonio, de cada muerto que despedí con lágrimas en los ojos, de cada niño que bauticé. El primero fue una niña, se llamaba Encarnación, después era Encarnita, y ahora doña Encarna. Está llena de hijos. Gorda. Y el último, ¡cómo no recordarlo!, si era hijo de mi amigo Quijana (Quijana, ¿o era Quesada?, es curioso que siendo tan amigos tuviera yo dudas sobre su apellido; para mí, él era simplemente Alonso, y yo, «el señor cura»). En fin, que le pusimos también Alonso. Su padre decía que seguiría la carrera de las armas como lo habían hecho todos los Quijana desde la época del rey Sancho. Recuerdo que era un niño pequeño y enjuto, con grandes ojos negros y soñadores, que aceptó con rara mansedumbre el agua bendita. Ese día hubo una gran fiesta en la casa solariega de los Quijana. Corrían ríos de vino manchego y había cochinitos y pavos y quesos y nueces y esas cosas. Su padre era un buen hombre. Era honesto, buen amigo, servicial, piadoso. Pasábamos las tardes enteras juntos, ya en la sacristía, ya en el casino. Pasábamos tanto tiempo juntos que ya ni nos hablábamos. Yo rezaba el rosario y él hacía mondadientes con pequeños palitos y una navaja; hacía cientos de ellos que luego regalaba a sus amigos. Otras veces dormitaba a mi lado, u hojeaba el misal. Apenas si nos movíamos para espantar alguna mosca y así, inmóviles y mudos, nos hacíamos compañía. El día que dejé la parroquia vino a despedirse con el pequeño Alonso en brazos. Se detuvo en la puerta y se quedó viendo cómo yo cerraba las maletas. Tampoco dijo nada esta vez.

Yo no pude decirle nada, me quedé tan mudo como aquel Quijana, pero desde entonces le cobré un secreto aprecio al cura. No era un mal hombre, cometió errores, sí, pero quién de

nosotros no los ha cometido. En fin, que ahora su amigo habrá muerto de soledad y aburrimiento, y Alonsito Quijana será un mocetón audaz y emprendedor, o no, qué sé yo, Alteza, ¿por qué me hacéis decir estas cosas? ¡Por todos los santos!

* * *

En verdad os digo, Altísima Majestad, que las desavenencias entre los capitanes no solo me resultan penosas ahora como autor de esta memoria, sino también cuando era yo un ser de carne y hueso, metido junto con un puñado de mentecatos a recorrer los mares dentro de cuatro tablas. Ya en aquel entonces me aburrían y me fastidiaban los mandarines con sus intrigas y maquinaciones para arrebatarse los unos a los otros el mando, como si fuera realmente importante tener poder en medio de aquel desamparo en el que todos vivíamos. El verdadero poder... (sé que pensaré que escribiré ahora: «estaba en Vos, Alteza»; pero os equivocáis), el verdadero poder estaba en el mar, en estas tierras desconocidas, en estas selvas infinitas, arriba en el cielo, en el sol que nos llagaba la piel, en las lluvias, en los vientos o en la falta de. Todo lo demás era ilusorio: nuestras naves, nuestros instrumentos de navegación, nuestras cartas de marear, nuestra resolución de llegar a alguna parte. Solo nosotros podíamos creer en eso. Solo para nosotros era imponente nuestra flota, grandes nuestras ambiciones, duraderos nuestros sueños, poderosos nuestros capitanes. Pero para el mar, para las selvas, para el viento, no éramos nada, menos que un puñado de pequeñas hormigas flotando sobre un trocito de madera en la inmensidad del mar, tan sujetos como ellas a los caprichos de cualquiera de esas fuerzas y más indefensos también. Pero nadie parecía tener conciencia de ello. Teníamos miedo, eso sí, un miedo constante y difuso que nacía como de la médula de los huesos y que quizás era nuestro modo de conciencia.

Pero vuestros castellanos, no. Ellos se preocupaban más por conseguir el mando que por el destino de la empresa y la suerte de los tripulantes; al punto que fueron perdiendo todo interés en la derrota y en el motivo del viaje. Sus reclamos en torno a los planes se fueron espaciando y perdiendo vigor. A ninguno de ellos parecía importarle ahora el secreto que tan celosamente guardaba don Hernando y que fue motivo de disputas al comienzo. Su indiferencia en este aspecto, lejos de tranquilizar a mi amo, le sumió en una especie de mal disimulada desesperación. Tal vez se sentía más solo y más responsable ahora, como si sus propias convicciones se fortalecieran al chocar contra la incredulidad de los otros. Pero ahora no contaba con esa incredulidad y su propia fe parecía flaquear. Estaba librado a sus propias fuerzas. La decisión de continuar adelante con sus planes le pertenecía por entero. En vano interrogaba a los astros con el astrolabio. En vano se gastaba los ojos tratando de desentrañar las cartas náuticas de Faleiro. No había respuestas. Así que inesperadamente, una tarde mandó el esquife a la San Antonio, en busca de su piloto Andrés de San Martín, cosmógrafo de profesión y astrólogo por tradición.

Cuando llega el castellano el sol comienza a hundirse en aquellas aguas confusas y una pátina rojiza suaviza los contornos de las cosas y los rasgos de los hombres. El silencio de la hora, apenas interrumpido por el grito lejano de un pájaro que regresa a su nido, se impone.

Todos estamos inmóviles mientras él atraviesa la cubierta de proa a popa. Se diría que la Trinidad lleva un cargamento de estatuas para los jardines del rey. Los pasos del cosmógrafo resuenan en toda la nave. Cabizbajo, como intimidado por tanta muda presencia, se dirige a la cámara del capitán. En el interior de la breve estancia, débilmente iluminada por una lámpara que se balancea en una de las vigas del techo, lo espera don Hernando de pie ante una mesa llena de pergaminos e instrumentos de

navegación. No puedo escuchar sus voces, pero veo que intercambian gestos de cortesía y que luego mi amo le invita con la mano extendida a que tome asiento. Entonces, movido por mi natural curiosidad, me acerco a observar la escena.

Los ojos del cosmógrafo, grandes y dulces como los de un cervatillo, examinan ahora ansiosos un pergamino. Su mirada corre nerviosa a lo largo de los radios de las rosas náuticas, se detiene donde convergen, se concentra allí donde aparecen números y otras anotaciones hechas en una letra muy menudita, busca de vez en cuando la de don Hernando que lo observa con expresión sombría, se sumerge de nuevo, niega con la cabeza.

Solo se escucha el crujir de algún madero y el rumor del río corriendo bajo el negro casco de la Trinidad. Las sombras se van espesando y aparecen las primeras estrellas en el cielo lívido.

—Y bien —dice el capitán—, ¿qué opinas?

El cosmógrafo se excusa. Dice que las cartas son demasiado complejas, que sin duda están hechas sobre regimientos diferentes a los que él ha aprendido a manejar; él lo siente, señor, pero no está seguro de haberlas comprendido.

Don Hernando se acerca y con un gesto muy suave apoya una mano en su hombro.

—No temas —susurra—, a veces yo también me confundo.

Ante el inesperado gesto de ternura, el cosmógrafo se vuelve con los ojos húmedos y esboza una desvalida sonrisa.

—Vamos al este por el oeste, ¿no es eso? —pregunta tímidamente.

Y el destino de la flota no es otro que el punto del que partimos, solo que lo alcanzaremos alejándonos de él —agrega en el mismo tono.

Don Hemando pregunta si eso le sorprende.

Él vacila.

—Nadie lo ha logrado.

—Pero nosotros lo haremos, tú y yo lo conseguiremos —responde el capitán—. Probaremos que se puede llegar al Maluco por la ruta del oeste y regresaremos con las naves cargadas de pimienta, de clavo, de canela, de azafrán, de jengibre...

Andrés de San Martín parece ahora abrumado.

—Pero ¿y esta tierra inmensa que se extiende de sur a norte, de polo a polo, cerrándonos el paso? ¿Buscamos nosotros también un estrecho? ¿Suponéis que en verdad existe?

—No lo supongo —dice mi amo—, sé que existe.

Los ojos del cosmógrafo vuelven a posarse en los planos, ahora palpa las líneas con dedos de ciego.

—De cabo Frío en adelante no hay ninguna tierra marcada en las cartas.

¿Dónde cree el capitán que está el estrecho?

—¿Al sur? ¿De modo que nos aventuraremos al sur? Hernando asiente con la cabeza.

—¿Sin punto de referencia alguno? ¿Navegando a ciegas?

—A ciegas no, tengo mis instrumentos.

—Que Dios nos ayude —dice San Martín buscando en vano con la mirada el crucifijo que hay en todas las naves, en la cabecera de la cama (en la cámara de don Hernando, en el lugar de la cruz cuelga un astrolabio).

—¿Debíamos hallar el estrecho aquí en el río de Solís? —pregunta el cosmógrafo.

—Debíamos cerciorarnos —responde mi amo.

—Pero, entonces, no sabéis dónde está.

—Sé que existe, que lo hallaremos.

—En qué lugar sitúas el Maluco —dice el cosmógrafo, y su mano, pequeña y nerviosa, se desliza por sobre los mares de pergamino, como queriendo palparlo.

Hay unos instantes de silencio en los que la expresión de don Hernando se endurece.

—En cualquier parte —responde.

—No entiendo para qué me habéis llamado —replica Andrés con el rostro encendido por la rabia o la vergüenza o la mezcla de ambas—. Si el capitán no desea que se metan en sus asuntos, me retiraré —agrega esforzándose por recuperar la dignidad.

—Quédate.

—No puedo ayudaros.

—Tal vez sí. Tienes fama de adivino.

—Creí que te oponías a mi ciencia.

—Estoy a favor de todo lo que pueda serme útil. Y en contra de lo demás.

Llegada la plática entre ambos a este punto, perdí todo gobierno sobre mis tripas, que se retorcían como nudo de víboras con el susto y tuve que correr a las letrinas por no ensuciarme los pantalones. ¡Puff! Os digo, Alteza, que huele mal el miedo. Apesta tanto como la muerte y en ocasiones más, aunque con la ventaja sobre aquélla de ser un perfume pasajero y no definitivo. Claro que como Vos no masticáis incertidumbre sino faisán o ave fénix, ni bebéis miedo sino vino con una pizca de clavo y bastante canela, nada sabéis de esas fragancias. Incluso me he llegado a preguntar si vosotros los reyes cagáis, si con toda vuestra majestad os ponéis en cuclillas sobre un cubo y hacéis fuerza, si os quitáis la capa de armiños y las sedas y terciopelos por vosotros mismos, o si un paje tiene tal cometido y el honor adicional de limpiaros el culo, y si hay en los palacios algún lugar destinado a tales menesteres, todo oro y esencias. En verdad que tengo gran confusión al respecto, porque con todo lo que tragáis, manducáis, roéis y corroéis, de todo lo mejor y la mayor parte, ilógico sería que Vos comierais y nosotros cagáramos. Pero uno nunca sabe, la pobre chusma marinera es tan diferente a vosotros como una hormiga de un león. A nosotros nos basta un mendrugo de galleta dura y un poco de agua maloliente para dejar las letrinas de la nave convertidas en un

asco, y debo deciros que también la de los oficiales huele indigna de su alta condición; pero con los poderosos como Vos, gobernando el mundo desde la tierra firme, nunca se sabe. Como sea, si es que no tenéis ese hábito, dejadme deciros que deberíais adoptarlo porque no solo es bueno para el cuerpo sino también para la mente. Yo por ejemplo, cuando voy a la letrina quedo tan en paz conmigo mismo como si hubiera asistido a una misa. Pero como todo en la vida, hay que saber hacer las cosas para sacar de ellas el mayor provecho. Yo, para seguir con el mismo ejemplo, cuando mis tripas comienzan a cantar, sé lo que vendrá, pero no me apuro por hacer más intensa la sensación de alivio luego. Si por el contrario, sois constipado de vientre, mejor para los negocios de Estado y para vuestros gobernados, porque en cuclillas o sentado en el cubo, mientras aguardáis el desenlace, veréis las cosas muy claras y tomaréis decisiones que fuera de la letrina jamás podríais tomar. Puede también ocurrirnos que os deis a la meditación, que hasta un monarca puede adquirir ese hábito si frecuenta las letrinas, en cuyo caso bien se podrá decir que Dios está de nuestro lado, loado y alabado. Yo, como no suelo tener en mis manos nada que decidir, que todo lo resuelven desde que nací otros por mí, suelo dedicarme en la letrina a meditar sobre mi suerte y otros tópicos no menos interesantes, y es como si mis tripas pensaran y no mi cerebro. Eso fue lo que me ocurrió cuando escuché la conversación entre don Hernando y Andrés de San Martín. Enterarme de los planes y empezarme los retortijones fue todo uno. Oír que el capitán consultaba a Andrés como adivino y no como cosmógrafo, y no poder contenerme fue todo otro, y no porque sea Juanillo gran amigo de la ciencia y enemigo de la magia, ni porque fuera San Martín un lego, que su familia había sido consejera de reyes y era fama que sus profecías jamás dejaron de cumplirse; aunque los San Martín, que leían el futuro en los astros como en un libro abierto, nunca habían sido capaces de anticiparse a su propio y trágico destino.

Lo cierto es que me entretuve demasiado en la letrina, pese al aroma nauseabundo que subía por el tubo adonde arrojábamos los orines a la sentina; razón por demás marinera ya que si el grado de fetidez no era insoportable, señal era que las costuras del casco podían permitir filtraciones de agua que pusieran en peligro la nave, método que os aconsejo por infalible para la nave del Estado.

El caso es que me entretuve demasiado allá abajo, en la letrina, y por esa causa me perdí de oír lo que Andrés de San Martín había profetizado. A propósito, ¿sabéis que usaba un gran sombrero de ala ancha, adornado con una pluma, y una capa cuyo forro de seda azul tenía bordadas en hilos de plata las constelaciones?

* * *

—¿Eres tú? —Preguntó sin volverse.

Yo por toda respuesta hice sonar mi brazaletes de cascabeles.

No había lámparas encendidas pero dos anchos rayos de luna penetraban a través de los cristales. El de babor daba de lleno en el pecho de don Hernando. El otro atravesaba la habitación rescatando fragmentos de objetos de la penumbra interior. Había en su camino la mitad de un cofre, el disco de latón de un astrolabio, la parte inferior de un reloj de arena, y un círculo blanco que corría por las tablas del piso obediente al balanceo de la nave.

Ambos permanecemos en silencio.

—Hoy revisamos la lista de provisiones con Odoardo, y te aseguro que no hay de qué preocuparse —dijo al cabo de un rato.

Yo no le contesté. Él continuó fingiendo.

—No nadamos en la abundancia, pero nos arreglaremos para no pasar hambre.

Yo seguía mudo. Sentía que estaba dando rodeos, y tenía que callarme para hacerle abandonar su capullo. No había prisa.

Sabía que tarde o temprano saldría de su caparazón de metal como un gusano de su crisálida y se metamorfosearía en mariposa de brillantes colores, revoloteando en torno a sus recuerdos y a mis mentiras. Ya había ocurrido otras veces cuando estábamos a solas, en la intimidad de su cámara.

En silencio, él veía correr el río.

Yo miraba caer la arena en la parte inferior del reloj.

Su esclavo Enrique se movía con pasos felinos en la sombra.

Pasaron unos minutos antes que se decidiera a romper el silencio.

No recuerdo exactamente el orden de los parlamentos ni tengo ganas de inventároslo, como hice y haré otras veces que sea menester. Os diré simplemente que él continuó con sus rodeos y yo con mis provocaciones hasta que llegó a un punto en el que dijo que conoció a Beatriz, su mujer, en casa de Odoardo. ¿Sabíais, Alteza, que ella al verlo se sintió asaltada por un extraño presentimiento?

Como si un gran pájaro negro hubiera revoloteado ante sus ojos un instante, agitando el aire quieto. Cuando ella se lo contó, meses después, él se había burlado. Sin embargo, a veces cuando estaban juntos, él tenía la misma absurda sensación. Como si unas alas movieran el aire tibio. Era una idea loca que rechazaba, pero que volvía.

Estaba hablando de estas cosas, muy ensimismado, cuando dijo:

—Es curioso, pero también Andrés de San Martín me habló de unos pájaros negros que ocultaban el sol.

A partir de aquí me acuerdo del diálogo como si hubiera ocurrido hace un instante.

—¿Malos augurios? —deslizo, con temor de que mi pregunta arruine su metamorfosis.

—Fue su mirada.

—¿Os ha dicho algo malo?

—Había miedo en sus ojos.

—No se le puede hacer mucho caso.

—Ojos de niña asustada.

—Siempre le ha gustado hablar de más.

—De niña que no quería crecer.

—Un astrólogo debería estar más seguro de sí mismo.

—Creo que yo tampoco quería crecer. Así que intentamos crear un mundo propio, de espaldas a la realidad.

—Andrés de San Martín es un gran bocón —digo, pese a la sospecha de que hablamos de cosas distintas.

—Hice que le cortaran la lengua —dice, dejándose caer en una banqueta.

Un fugaz estrépito de hierros hace añicos el silencio pegoteado en las sombras de la cámara. Yo me quedo mudo. Imagino la boca vacía y sangrante. Una caverna oscura, para siempre muerta. Una casa vacía. Una tumba.

Algo golpea contra el casco y la nave se sacude un instante. No nos movemos. Cuando cesa el estremecimiento, dice:

—Háblame de ella.

—¿Por qué lo hiciste? —digo tratando de recobrar me.

—Seguramente ya ha dado a luz.

—¿Por qué?

—Ahora tendrá que guardarse sus profecías. Yo determinaré el curso de los acontecimientos.

—¿Y de los astros?

—Los astros no son más que puntos de referencia. Un reflejo en el extremo de la aguja del astrolabio. ¿Tú crees que haya dado a luz?

—¿A luz?

—Te pregunto si ha parido —dice, y su tono se hace imperioso.

—Es que pensaba en otra cosa. No lo sé. No tengo ganas de hablar de ello.

—Ese es tu oficio. Eres el parlanchín de la flota.

Yo vacilo. No sé qué hacer. Pienso en el cosmógrafo y me duelen la boca y los dientes.

—Pues si quieres que te mientan, ahí vamos —digo desafiante.

Él me mira ansioso.

—En Sevilla es la hora en que las palomas aún no han abandonado sus nidos, en que aún son negras las siluetas de los naranjos y agónica la luz de los faroles en las fachadas de los palacios. Del fondo de una calleja veo surgir una figura. Es una vieja y ahora cruza apresurada una plazoleta. Tiene el prolijo aspecto de una comadrona, con su impecable pañuelo blanco, almidonado en forma de cofia. Y lleva los ojos puestos en el único balcón iluminado que da a la plaza. Los postigos están abiertos, de par en par...

—Me gustan tus descripciones, eres un buen poeta —dice.

—Pues escucha: los postigos están abiertos de par en par, pese a lo avanzado de la hora, y se distingue una lámpara encendida a través de los cristales. Es el mismo balcón de la otra vez, ¿lo reconoces?

—Sí, tienes razón, es el mismo. Éramos felices allí.

—¿Hacíais el amor con la ventana abierta a la plaza y el aire era tibio y olía a azahares, y todas esas tonterías que hacen y sienten los enamorados?

—Éramos felices y también desdichados. Éramos una familia.

—¿Por qué te marchaste?

—Ya lo sabes, no trates de atormentarme.

—Dilo.

—Porque también estaba el mar. Por más que me alejara de las costas, aun en medio de la polvorienta meseta castellana me

llegaba su rumor y en la alta madrugada su estruendo me volvía loco.

—Y lo arriesgaste todo, mujer, hijos, tu propia felicidad.

—Soy un marino. Un navegante.

—Un buscador de tesoros. Eso eres.

—¿Qué hace la vieja, la de la cofia?

—Se ha detenido ante una puerta y hace sonar la aldaba.

¿Oyes cómo resuenan los golpes en la plazoleta dormida?

—¿Está cerrado? ¿Cómo es esa puerta?

—Igual a la de tu casa.

—Jamás estuviste allí.

—Soy poeta, ¿no?

Él se sonríe.

—Sigue —dice.

—Ahora se sienten pasos precipitados en las escaleras y alguien abre la puerta. ¿Puedes ver quién es?

—Es nuestra criada. ¿Qué está ocurriendo allí?

—Aún no lo sé.

—¿Crees que debí quedarme junto a ella?

—Tú sabes la respuesta.

—Tú di lo que piensas.

—Te lo diré: el mar es para los locos. El lugar de los hombres sensatos está en la tierra. En su propia tierra. Echando raíces entre los huesos de sus muertos y la piel de sus vivos. Pero dejemos eso. Subamos con la vieja esa escalera. La criada nos guía. Al final hay un corredor y penetramos en una habitación. La atmósfera se nota enrarecida, hay como un vaho a hierbas. También una lámpara a cada lado de la cama...

—Dijiste que había una.

—Eso era desde fuera, no se veían ambas. También hay una mujer sobre la cama. Tiene el dolor impreso en el rostro cuando vuelve la cabeza para mirar a la vieja. No dice nada pero sus ojos

piden ayuda. La imploran. La vieja se acerca y descubre a la mujer, que ahora se ha puesto a gemir.

—Ella es muy frágil, ¿sabes? Con solo verla un instante te darías cuenta. Sus hombros son estrechos. Huesudos. Y con pecas. También tiene pecas en el pecho. Y bajo la piel, muy tersa, se advierten las líneas de sus huesos. Un armazón endeble. Quebradizo. Al abrazarla tienes la sensación de que puedes romperla. Eso me gusta. Me hace sentir fuerte. Pero, sigue. ¿Qué ocurre?

—La respiración de la mujer se agita, más y más, más y más, más y más. Encoge las piernas en un gesto espasmódico. ¡Santo cielo! ¡Observa ese vientre hinchado como una vela a punto de rasgarse!

—Es delgada. Las piernas huesudas como de niña que ya ha dado el estirón pero aún no es mujer. Una mujer frágil. Aunque pretenda aparecer como fuerte.

—Creo que se parecen mucho uno al otro. Ambos se esfuerzan por ocultar su fragilidad. Ella, el cristal interior. Él se encierra en su armadura y se guía por los cálculos de un mentecato y escucha las profecías de la boca de un mudo.

—Cállate ya.

—Apuesto a que ella se oculta tras su risa, un poco hueca. Y esa charla un poco loca de algunas veces.

Él intenta una sonrisa pero le sale triste.

—Una de esas personas que naufraga cada día. Y se aferra hoy a ti, mañana a su hijo, pasado a una cacerola o a un vestido nuevo. A cualquier cosa que la mantenga a flote. A un sueño fugaz. Como tú.

—Eres cruel. Debería arrojarte al mar. Pero ven, siéntate aquí.

Yo, atemorizado y seducido por aquel ser tan contradictorio obedezco y me acurruco entre sus piernas, como un gato.

—Ahora dime —y su voz es apenas un susurro—, ¿qué es ese vientre del que me hablabas?

—Es un fruto maduro. Un melón gigante. Palpitante. No sé lo que es. Pero parece crecer. Tragarse a la mujer. La habitación. La plaza. Sevilla toda. Llena toda la noche que acaba. El amanecer que comienza. ¡Oh, Dios!

—La sombra de mi partida rondaba por la casa y acechaba por las noches desde los rincones más oscuros de la habitación —dice.

—Y ella, ¿no te instaba a quedarte?

Él niega con la cabeza.

—Quizás solo maniobraba con esa admirable sutileza que tienen las mujeres cuando se proponen conseguir algo.

—No. Era un proyecto común.

—¿Hubieras renunciado al Maluco por ella?

—¿Qué, no lo entiendes? Ese es un sueño que compartimos desde el primer momento. Un secreto entre ambos que nos defendía de la realidad. Que nos colocaba a salvo de la mediocridad. Que nos ayudaba a superar los pequeños fracasos.

—De pequeños fracasos están hechas las grandes derrotas. Y a grandes sueños, grandes porrazos.

—Guárdate tus refranes y sigue con tus visiones.

—¿Sabes qué visión tengo ahora? Os veo a ti y a ella como dos niños. Estáis escondidos en una casita de juguete, sentados el uno muy junto al otro y sostenéis entre ambos un libro de mapas. Estáis callados y tú señalas los mares azules de los mapas y ella sigue tu dedo y afuera hay mucho ruido y el viento sacude las paredes de la precaria construcción. El ruido crece y el viento se hace más y más intenso, pero a vosotros no parece importaros y pasáis las hojas lentamente, tan lentamente que parece que el tiempo no corre.

El rostro de don Hernando se torna sombrío. Parece confundido y abrumado.

—Volvamos a tu habitación en Sevilla —digo—. ¿Recuerdas aquel enorme vientre? Ahora la vieja hinca sus manitas en esa cosa.

Acerca la oreja. Va y viene. Se agita. Gesticula. Da indicaciones. La mujer se aferra a los barrotes de la cama. ¿Los tiene? ¡Oh, qué torpe eres! ¡Una cama sin barrotes! Bueno, se aferra entonces a los almohadones. Rasga el lino de las puntas en el esfuerzo. Las piernas van más arriba, más replegadas. El sexo (si me lo permites) crece parecido a la noche. Los labios del sexo (si me lo permites) se abren como una flor. Qué flor, no lo sé. Tal vez una verdura. Un repollo quizás. Un gran repollo rosado de bordes negros y corazón rojo, abriéndose al rocío de la mañana. ¡Os digo que ese vientre estalla! Fíjate cómo corre la vieja. Trajina por la habitación. Da órdenes a la criada. La mujer que hay adherida a ese vientre irrumpe en un alarido. Cálmate. Es lo normal. Todo está bien, dice la vieja con la cabeza. Se apoya con ambas manos, con alma y vida sobre el vientre. ¡Cuidado que se va a romper! El grito cesa. La mujer aprieta los dientes. Se pone roja. Las venas del cuello parecen ríos con el esfuerzo. El cuerpo se arquea, tenso, como el arco de una ballesta. A punto de dispararse. La vieja, ¡vaya qué vieja!, está a horcajadas sobre el melón.

—¡Juro que te haré colgar!

—Disculpa, es la vieja. Y grita como un contraamaestre: ¡Ahora!, ¡ahora!, con su boca desdentada: ¡Ahora!, ¡ahora! Y desde el sexo que se ha devorado la ventana con el amanecer, las lámparas, la cama, la vieja, la criada, las paredes, se ve asomar una cabeza de bicho pequeño, sucio, una alimaña casi, más feo que un mono, pegoteado y sanguinolento, el futuro virrey del Maluco, dueño de tres cuartas partes del globo, señor de dos océanos, de estirpe de navegantes, que es casta de gigantes. Ahí sale todo. Allí lo tienes. Menos que un marrano. Viscoso como una medusa. Rosado como una salchicha. Amarrado a la nave madre por un grueso cabo que la vieja, armada de una tijera, va a cortar. ¡No puedo ver eso! Sale un chorro sanguinolento. La vieja tiene el extremo apretado entre los dedos y con la otra golpea en el culín a la criatura. Nada. Ahora otra vez, más fuerte. Nada. ¡Vaya!

—¡Maldito seas! ¿Qué ocurre? ¿No respira el niño? ¿No puedo oír su llanto!

Yo vacilo un instante. Un frío helado se ha apoderado de mis huesos.

—¡La vieja ordena abrir la ventana! ¡Toma al futuro virrey por los pies! Lo sacude. Lo levanta en vilo. Como enseñándolo desde el balcón a una multitud inexistente. Vuelve a darle una palmada... y un grito agudo como el chillido de una rata escapa por la ventana hacia la plaza, recorre como un viento las callejas buscando el puerto, cabalga sobre el ancho lomo del Guadalquivir, vuela sobre el océano, las olas del Nuevo Mundo lo arrojan a la playa, se abre paso entre selvas, desciende por ríos del color de la sangre, planea como un albatros sobre cinco diminutas naves y entra como entra el sol por una ventana abierta al campo, en la cámara del capitán general. El capitán se lleva la copa de vino a los labios. Dos gruesos lagrimones asoman a sus ojos y tardan en desprenderse. Él inclina la cabeza, como ocultándose, y las lágrimas caen sobre el hierro de su armadura con un sonido como de cristal roto. Afuera el río se ha detenido. Parece dormido. En el interior del breve recinto, con gestos aterciopelados, su esclavo Enrique da vuelta a los relojes.

Un silencio espeso como la miel chorrea de las paredes y se desliza por el piso de la cámara.

—Convoca a los jefes y pilotos, diles que nos vamos a casa.

Don Hernando demora en contestar.

—Ya es demasiado tarde —dice finalmente.

—¿Te ha dicho San Martín que no regresaremos?

—¿Crees por ventura que puedo escuchar a un mudo?

—Por eso le hiciste cortar la lengua.

—Su plan no cabía dentro del mío.

—¿Su plan, dices? ¡Qué bestia eres! ¿No ves acaso que es el plan universal lo que él lee? Está escrito allá arriba, en los astros y no podrás torcerlo a tu antojo.

—¿Tú puedes volver por mí?

—Ahora mismo —digo—. ¿Cuál es el mensaje?

—Que todo saldrá como ella y yo lo planeamos, no importa lo que digan los astros.

—¿Qué, no tienes algo más tierno que decirle a una mujer que acaba de darte un hijo? ¡Vamos, ánimo! Susúrrale al oído.

Él vacila. Sonríe. Lucha contra el pudor que su propia dignidad le impone. Se ruboriza un poco. Oculta el rostro. Y, finalmente, dice:

—Dile que bajo estos hierros aún conservo su perfume adherido a mi piel. Dile que debajo de este acero guardo como el único tesoro su tibieza.

—Ahora entiendo por qué no te quitas la armadura —digo con sorna.

Él se ríe.

—Pero dime, ¿cuál eres en realidad? —le pregunto.

Él ha vuelto a ponerse serio.

* * *

La noticia de la inesperada mudez de San Martín cundió como la peste entre la tripulación. El miedo nos llenó de invisibles pústulas que goteaban pus en nuestros corazones. ¿Qué le había ocurrido al astrólogo? ¿Adónde nos arrastraría la suerte? ¿Qué era lo que se proponía don Hernando? Preguntas como estas envenenaban nuestra sangre. Yo fingía no saber nada y, en realidad, ¿qué era lo que sabía? Que el capitán le había hecho cortar la lengua porque había trazado un horóscopo que chocaba contra sus propios planes. Pero ¿qué decía ese horóscopo?, ¿qué esas profecías que

don Hernando se negaba a escuchar y que quería ocultar a los demás? Que navegábamos hacia el este con rumbo oeste. Pero ¿qué diablos significaba eso para mí, que no sé nada de navegaciones? Que el capitán buscaba un paso inexistente hacia un mar inexistente. Que daba a sus sueños el nombre de Maluco. Cosas como esa no cabían en mi cabeza de bobo de pueblo, metido a bufón por la más sencilla y elemental de las necesidades: la de llenar mis tripas. Allá él con sus imposibles. Allá los capitanes con su desmedida ambición. No los comprendo, Alteza. Como tampoco os comprendo a Vos. Ni a vuestro hijo Felipe que se ensaña conmigo, como si fuera digno de un rey disputar un mendrugo, una migaja, con el más insignificante de sus vasallos. No entiendo nada de esas cosas grandes: grandes ambiciones, grandes sueños, grandes amores. Nada de eso es para mí, que soy de los que ven los árboles pero jamás el bosque. Soy un simple y me atengo a lo que mis sentidos me dictan. Un plato de comida caliente. Y abundante. Una hembra fácil. Fuerte como un percherón. Nada de mujeres frágiles para mí. Y si puta como una oveja y retozona como una yegua, mejor. Y una jarra grande de vino. Con el vino me embriago más fácil y menos peligrosamente que estos locos con sus quimeras. Y no perjudico a nadie. No pongo a un bosque de robles varias veces centenario a navegar sin rumbo. No lanzo al mar a más de doscientos desgraciados que si tuvieran qué comer preferirían quedarse en tierra porque el mar les da náuseas. Porque les repugna y le temen. No tejo traiciones como la araña, ni acecho cuellos con el acero. No dejo en la costa mujeres embarazadas. Ni pregunto por ellas a los locos. No dejo madres desoladas, vagando como sombras por los palacios vacíos. Demasiado grandes. No arranco la lengua que me dice verdades. Ni confío en un idiota que me dice mentiras.

Así que como no los comprendía, me limitaba a observarlos, bien calladita la boca, que de mi lengua vivo y a nadie haría gracia un albardán mudo, porque de qué le serviría su licencia para

decir cualquier cosa sin ella, y de qué el hablar sin vergüenza si no tuviere la sinhueso, y de qué manera podría disolver la barreira entre la sandez y la sabiduría y entre la vida y el arte, sin ella. De nada me valdría vestirme con damasco leonado y encima un tafetán muy acuchillado, para hacer saltar simios o machos cabríos. Y no podría prestar voces a mis títeres, ni remedar pájaros, ni imitar ministros y prelados, ni tampoco cantar. Un astrólogo mudo tal vez pueda remediarse, no sé, pero un bufón, no.

* * *

A la mañana siguiente comienzan los preparativos para zarpar. Volvemos a partir. Volvemos a ponernos en movimiento. Como si nuestra misión no fuera más que esa. Como si nuestro destino no fuera otro que el de partir. Siempre a ciegas. Sin saber adónde queremos llegar en realidad.

Entonces, como siempre, hay reunión de oficiales, idéntica a la de otras veces y se repiten órdenes e instrucciones idénticas a las de las otras veces y se discute lo mismo que las otras veces y se ocultan las mismas cosas de las otras veces y finalmente se imparte la misma rutina de las otras veces; todo como si fuera la primera vez.

Y allá vamos nosotros, otra vez con rumbo sur. Todo un bosque de robles en marcha otra vez. Hacia el vacío. Hacia la parte del mundo reservada a los soles agónicos. A los hielos eternos. A los locos errantes.

A medida que avanzamos en esa dirección, aumentan su fuerza los vientos. Y la flota es como una manada de caballos salvajes, negros y relucientes de espuma, corriendo desbocados hacia ninguna parte. Dominados por una caprichosa voluntad que los impulsa a moverse, en círculos y sin parar.

Los pilotos apenas si pueden gobernar las naves. Temen que se rasguen las velas. Temen que revienten las jarcias. Que estallen los obenques. Que caigan como del hacha los palos.

Don Hernando ordena tensar las jarcias, reforzar los obenques, y mira orgulloso los palos que crujen y se doblan, y se ríe solo de aquel despliegue de lienzos blancos con los que vamos desafiando el cielo.

La temperatura baja un poco cada día. El frío penetra la carne y cala los huesos. Un viento helado recorre la cubierta, ulula a través de la crujía y se cuele con un lamento triste en el castillo de proa. En ciertas noches es tan intenso que agita la ropa en los percheros, hace girar un sombrero colgado de su barbiquejo, u oscilar la llama de los candiles.

El mar se agita. Se ondula. Se encrespa. Se sacude. Se encabrita. Las olas hacen frente a nuestras proas, llenas de furor. Descargan su rabia en torbellinos de espuma que bañan las cubiertas. Se ensañan con nuestros maderos. Amenazan nuestros sueños. Y crecen dentro de cada uno en el silencio de la noche.

El cielo se cubre de nubes. Negras como sombras. Preñadas de frío. Veloces como pájaros. Y el sol apenas asoma entre las cenizas. Apagados sus fuegos. Más parecido a la luna detrás de un cristal sucio. Como el sol de los ciegos.

La costa a lo lejos remeda los lúgubres muros de una prisión. Altos acantilados. Desnudos. Pétreos. Heridos por las garras del mar. Y al pie alguna playa mezquina, de arenas negras. En las que aúllan su miedo grupos de perros marinos. En las que se congregan inmóviles, en una eterna espera, los pingüinos. De las que se despliegan como un abanico las aves. Y vuelan sobre la flota, gritando como brujas su resentimiento.

Así cada día durante dos meses. Fondeando en cada bahía. Remontando cada río. Y cada bahía es igual a la anterior, excepto que menos abrigada, más fría, más inhóspita. Y cada río es una nueva decepción.

Entonces un día, a mediados de marzo, cuando ya no es posible continuar porque aquellas endemoniadas aguas negras amenazan con despanzurrar los cascos, ya desvencijados, y el viento golpea con su garrote los palos y las vergas, ya sin velas, hechas jirones; cuando ya casi no se escuchan voces ni órdenes, sino rezos; cuando el frío y la oscuridad de aquellos mares se instala como una médula en el alma de cada uno, y uno siente miedo y asco de sí mismo; cuando parece que hemos llegado al fondo del pozo y ya ni se discute porque todo el mundo piensa que ahora solo nos queda regresar; entonces, la noticia que nos paraliza, que nos revuelve las tripas, que nos da náuseas, que es como una brasa colocada en cada oído, que nos afloja los dientes, por la que se nos cae el pelo, se nos llaga la piel, se nos va el alma a los pies, revientan las botas: don Hernando ha decidido pasar allí el invierno.

Uno al principio se resistía a admitir que fuera verdad. «Habladurías», decía algún empecinado optimista de los que siempre quedan. «Verás que al cabo de unos días decidirá regresar», afirmaba algún sensato de esos que piensan que la razón siempre prevalece. “Nos moriremos de hambre y de frío, y también de soledad», sentenciábamos los más. Pero en el fondo, ninguno creía que se atreviera a llevar a cabo tal idea y con un resto de saludable inconsciencia, nos dábamos a la tarea nada fácil de preparar las naves para sacarlas a la playa.

En medio de aquel paisaje gigante y desolado, éramos parecidos a hormigas, yendo y viniendo de la flota fondeada en la bahía, cargando sobre nuestras espaldas todo cuanto fuera posible sacar para aligerar el peso de las naves. Hormigas locas acarreándolo todo hacia el hormiguero en el que íbamos a invernar. Tan trabajosa y frenéticamente como hormigas, pero con la secreta esperanza de que en cualquier momento llegara la contraorden.

Mas en vano. Pasaban los días en aquel ajeteo de las bodegas a la cubierta, de la cubierta a las chalupas, de las chalupas a la playa; y el hormiguero crecía y la orden no venía.

Mientras trabajábamos como autómatas privados de voluntad, los capitanes vagaban por las naves vacías como viudas recientes.

En la Concepción, que se parece ahora a un huerto quemado por las heladas, Gaspar de Quesada el Hermoso anda como una sombra, atormentado por un sueño que a todos quiere contar.

Ha soñado con su castillo de Carpio, vecino de Medina del Campo, y se ve atravesando la polvorienta plaza de armas seguido de su fiel criado, Luis del Molino.

El sol de su sueño vuelca su fuego sobre aquellas tierras yermas, la luz es demasiado intensa y borra los contornos del paisaje, y un viento caliente azota en ráfagas el patio.

El capitán de la Concepción apura el paso en su sueño al sentir la furia del cielo sobre su cabeza y, seguido de su criado que lleva las armas, entra en una de las espaciosas salas. Está sombrío allí, y hasta fresco a esa temprana hora de la mañana en que el sol no castiga ese lado del castillo.

En su sueño, Gaspar se deja caer en un sillón y echa atrás la hermosa cabeza. Siente sueño, y el silencio de la estancia y el zumbido de alguna mosca. Cierra los ojos y se deja vencer. Se duerme en su sueño y tiene otro sueño. Sueña en el sueño de su

sueño que su madre muerta lo saluda tocándole la cabeza, como hacían todos los que sentían afecto por él, incluido su criado Luis del Molino a quien su amo le permitía tal liberalidad. Y es que os digo, Alteza, aquella cabeza ejercía una suerte de fascinación y no era bastante con admirarla, había que tocarla, como sucede con algunas estatuas. En el sueño de su sueño, la condesa prolonga su caricia demasiado, como si quisiera dar a aquel gesto una significación especial que escapa a la percepción de su hijo.

—Tuve una pesadilla anoche —dice ella—. Fue algo horrible, relacionado con ese viaje.

Gaspar sonríe conmovido y la expresión de niño que tiene en el sueño estimula la ternura de su madre.

—¡No vayas! —dice ella—. No vayas. Quédate en casa. Hablaremos con tu padre. Ese sueño era horrible.

—Vamos, madre —contesta él—, no des crédito a los sueños.

La condesa se sienta junto a su hijo y este le toma ambas manos entre las suyas.

—¿Qué has soñado? —le pregunta en su sueño—. Anda, dímelo, para que te libres de ello.

La condesa frunce la nariz. Pregunta a su hijo de dónde viene lleno de polvo y sudor.

—He estado adiestrando a Luis —dice despreocupadamente Gaspar—. Es muy torpe con la espada. Pero debe aprender a manejarla para cuidar de su amo.

—¿Lo llevarás contigo? —pregunta la condesa con expresión angustiada.

—Claro, será como mi sombra —dice Gaspar.

—Cállate ya —dice su madre— ¿Cuándo te irás? —pregunta luego en voz baja.

—De aquí a cuatro días —responde Gaspar en el sueño de su sueño—. Pero descuida, Luis me cuidará. Estaré bien. A mi regreso serás la madre de uno de los hombres de más fama en el reino.

—Ya eres el mejor para mí —dice la condesa—. Y el más apuesto.

—¿Qué hay de ese sueño? —pregunta él.

Ella con un gesto rápido le toma la cabeza con ambas manos.

De pronto su madre desaparece y Gaspar despierta al primer sueño. La estancia está vacía. Excepto por Luis del Molino que está a sus espaldas. Quiere incorporarse pero algo se lo impide. Lucha por ponerse de pie y no puede. Quiere mover los brazos y no puede. Quiere hablar pero la voz no le responde. Finalmente despierta. Está en su cámara de la Concepción, temblando y empapado en sudor. Luis del Molino está a su lado.

—Una pesadilla... —murmura.

—Un sueño dentro de otro sueño —dice Gaspar.

En la Victoria, cuyo negro casco tiene algo de ataúd flotando sobre las agitadas aguas del golfo, don Luis de Mendoza siente que la muerte se adueña de su cuerpo como se adueña la noche de una casa vacía.

El tesorero de la armada se consume en las sombras de su cámara, casi sin fuerzas para abandonar el lecho. El viento helado se clava en sus pulmones como astillas del más fino cristal. La soledad, la colosal soledad del moribundo hinca sus dientes de perra en el alma de don Luis, que en la penumbra rojiza del pequeño recinto, entre vahos de extrañas hierbas y junto al brasero, destila la miel amarga de un puñado de recuerdos. Y hay quizás una siesta de sol, detenido el aire, detenido el tiempo, en la que se ve, con ternura, tirado sobre la hierba, observando una lagartija que asoma nerviosa la cabeza de entre las piedras. Había otros niños como él en esas tardes de un lento verano, pero no puede verlos ahora. Había también una madre con olor a madre, por allí cerca, en una casa que parecía inmutable entonces. Había tal

vez una abuela rezongona que no descansaba nunca y andaba por el mundo queriendo cambiarlo todo. Había una niña mayor a la que amaba en secreto. Había también un leproso que espiaba con terror en el bosque y que algunas noches se colaba por la ventana en sus pesadillas. Había un cura borracho y bonachón que hurgaba en sus malos pensamientos. Había un caballo viejo. Un padre que se desdibujaba. Un par de botas nuevas. Una gallina negra y gorda que se parecía a su abuela. Y había tiempo, mucho tiempo. Tiempo para jugar. Tiempo para soñar. Había tanto tiempo que uno no sabía ni qué era eso. Hasta que un día empezó a fijarse en los relojes. Hasta ahora no se había dado cuenta de que odiaba esas ampollas de vidrio llenas de arena. Es que casi imperceptiblemente había descubierto que los relojes se adueñaban de todo. Y que nada, ni aquellas siestas de sol, ni la casa, ni la abuela, ni la madre con olor a madre, ni los juegos; nada era inmutable. Excepto los relojes.

Ahora, encerrado en su cámara como un pollo dentro del huevo, siente tal vez impulsos de llamar a su paje Filiberto y ordenarle que destruya los relojes; pero sabe que es demasiado tarde.

Observa su rostro de cera en un espejo y sabe que es demasiado tarde. Se mira las manos huesudas. Se toca con ellas los ojos hundidos en sus órbitas. Escucha el gemido del aire que llega con dificultad a sus pulmones. Los siente chiflar como un fuelle averiado. Y sabe que es demasiado tarde.

Seguro de que ha de morir, revuelve en su alma negros pensamientos. Siente crecer dentro de su pecho deformado el deseo de vengarse. No tiene nada que perder ahora y eso lo convierte en el elegido. Todo el miedo, toda la angustia, todo el odio, la desesperación que flota en el ambiente, corren por sus venas, enardecen sus sentidos. Y lo persigue la idea de un gesto póstumo. No le da descanso. Se vengará de los relojes en don Hernando.

Estrellará el tiempo que le queda contra el del capitán. Tal vez en el choque se rompan todos los relojes.

Mientras tanto en la San Antonio, vacía y casi desmantelada, se oyen los tristes sonos que Juan de Cartagena arranca a su vihuela. Está ofuscado el veedor. Mira con desdén cuanto sucede a su alrededor y se refugia en su música. Echa de menos su palacio, sus sedas, sus licores, el perfume y la tersura de sus cortesanas; pero a diferencia de Luis de Mendoza, está seguro de que podrá regresar. Hay algo en sus ojos que me lo dice. Una secreta resolución se percibe en su mirada cuando observa la Trinidad. Una resolución que parece madurar al son de la música. Y en aquel desolado paisaje, su música suena tan ajena como ajeno es su perfume al tufo del mar.

Juan Serrano, en cambio, está muy atareado. Su nave, la Santiago, permanece mar afuera, más allá de la boca de la bahía, y es la única que no ha sido descargada ni desmantelada. Don Hernando le ha encomendado continuar hacia el sur y explorar aquellas latitudes hasta que le sea posible. Pero corre el rumor entre los hombres de que su misión es otra. Se dice que el capitán le ha ordenado abandonar las vírgenes en algún punto alejado del campamento. Que en secreto han sido trasbordadas desde la Concepción, donde se dice que las ocultaban, a la nave del valeroso portugués.

En mi afiebrada imaginación aquellos fantasmas cobran vida. Y me apiado de su suerte. Me rebelo y me indigno contra su destino. Pobres niñas ignorantes, me digo, por completo ajenas al sino que Vos les teníais reservado. Que se quitaban los piojos y bañaban sus cuerpos en el agua comunal, invocando a sus dioses. Que imploraban al cielo lluvia, sin saber que después de la lluvia nada sería como antes. Desgraciadas, me digo, a quienes las lluvias solo

trajeron males. Destinadas a unas bodas que jamás se consumaron porque fueron ofrendadas a otros dioses que llegaron del mar trayendo la lluvia salvadora. Niñas apenas, arrancadas a su propio mundo y preñadas de tus sueños imperiales, de la loca ambición de vuestros capataces, de vuestras fortalezas, de vuestras catedrales, de vuestras plazas, de vuestro Dios, y de vuestra lengua. Una lengua que nunca aprendieron y que ahora llevan en germen dentro de las barriguitas del tamaño de un melón. Fecundadas como flores exóticas con el polen que de otras tierras traían tus escarabajos de hierro en las patas. Separadas del tronco al que pertenecieron y abandonadas en alguna parte de este mundo vacío, porque la comida escasea y el capitán general no quiere alimentar bocas de más. Bocas de más, así de simple. Y los oficiales están de acuerdo porque aquellos vientres crecen y pronto serán once madres nada buenas para el placer. Y pronto serán once críos y uno tendrá tal vez los cabellos de oro de Gaspar, y el otro el perfume de don Juan, y aquella niña los ojos de Serrano, y aquella otra el gesto taimado de Sebastián; y nadie querrá verlo. Porque sabrán decir mamá, iglesia, espada, España y miedo; y nadie querrá oírlo. Así que es necesario pensar como el capitán. Que ni aquellas mujeres ni sus críos lograrán sobrevivir. Que tarde o temprano morirán. Que enfermarán de frío como enfermaron mis monos y no hubo vino con azúcar capaz de hacerlos reaccionar. Pensarán de ese modo, que es fatal que así ocurra, y no se preguntarán ya más nada. Ni interrogarán al pasado. Porque hay una sola forma de ver todas las cosas: en la perspectiva de los dioses del mar. Porque todos los dioses son iguales, vengan de donde vengan, nos preñan a los mortales de su locura y luego nos abandonan en la costa de un mundo vacío. Y todavía hay hombres que quieren parecerse a los dioses, me digo. Pero yo no. Yo prefiero los animales. Son tan plácidos, decía un viejo de mi pueblo que se decía filósofo y al que tenían por loco. No se quedan despiertos toda la noche ni lamentan sus culpas, decía.

No me abruman con discusiones de sus deberes para con Dios, decía. Ni uno solo está descontento, ni uno solo está dominado por la locura de tener cosas. Ni uno solo se arrodilla ante otro, ni uno solo obliga a otro a arrodillarse ante sí. Ninguno es más sabio que otro, ninguno más decente, en toda la faz de la tierra, decía. Aquel viejo vagabundo se pasaba horas tirado sobre la hierba, mirándolos. Aprendo de ellos, decía. Y todos nos reíamos de él.

* * *

Pese al frío y al descontento, don Hernando se empeñó en festejar el Domingo de Ramos como Dios manda, así que ordenó ofrecer una misa en tierra y convocó a todos los capitanes, pilotos y oficiales, para que fuesen luego a comer a su nao.

Por protegernos de la dura intemperie, la misa tuvo lugar en el refugio a medio terminar, y el viento se llevaba la voz del cura y apagaba las candelas y agitaba y rasgaba las páginas del misal.

Inmediatamente después, por halagar a la chusma marinera, hubo jerez y nueces y pasas y miel; y todo sabía poderosamente a tierra, a huertos con sol, a calles familiares y a casas bulliciosas; y olía fuertemente a sábanas tibias, a ropas de domingo, a tías viejas y beatas y a muchachas en flor.

Hubo también bromas sin gracia, risas desganadas y conversaciones sin sentido: que hay un jerez en tal lado que, y no te digo nada de los piñones de tal otro porque hombre, y que son tonterías pues las pasas de allá son tan buenas como las de acullá y aun mejores; todo discutido con pasión y hasta el cansancio como si realmente fuera importante dejar en claro esas cuestiones.

Y a cierta altura de la fiesta hubo también discusión entre los capitanes por dejar en claro otras cuestiones: «¿Que no íbamos acaso a la especiería, a ese paraíso del sur mimado por los soles y embalsamado con el aroma del clavo y la canela?», dice

don Luis de Mendoza que se pregunta qué diablos hacen entonces aquí, miserables, enfermos y helados; aguardando que pase un invierno que no tiene fin, porque en esta parte del mundo no hay más estación que esta que nos consume. «Lo que ocurre –dice, y se agita y le falta el aire, y se pone muy pálido y le tiemblan las manos– es que don Hernando no cumple con las instrucciones». «Álvarez decía en Sevilla –acota Sebastián– que Faleiro se negó a seguir al capitán general porque este se empeñaba ya en no ir con rumbo sur, costeando el África, que es la derrota natural al Maluco.» Y Juan de Cartagena protesta desde su sillón recordando que Su Alteza le concedió la merced de alcalde de la primera fortaleza que se hallase o se labrase en las tierras que iban a descubrir y que la misma debió alzarse en la boca del río de Solís. «Además –tercia Gaspar–, la flota portuguesa que no nos dio alcance allí, podrá hacerlo cómodamente ahora, y con las naves desaparejadas no tendremos ninguna oportunidad». «Que por eso no tema –dice Sebastián–, que solo nosotros nos aventuramos hasta estas latitudes, nadie más se atreverá a navegar estos mares ni a recorrer estas costas que no figuran en ningún mapa y que por lo tanto no existen. Pero si el capitán sabe dónde está el paso al mar del Sur, ¿por qué no lo toma de una vez? –quiere saber él–. Os digo que ha mentido sobre ese punto y ha engañado hasta al mismo emperador, extranjero y demasiado joven para leer el alma de sus hombres; porque don Carlos –dice– tiene la manía de confiar en cualquiera antes que en un español y tarde o temprano eso le pesará. Pero ¿por qué no nos enteramos de sus verdaderos planes? ¿Por qué esta derrota sin sentido? ¿Por qué consumirnos en este invierno eterno? ¿Por qué? ¿Por qué?» Todos tienen un porqué y exigen de don Hernando explicaciones que él quisiera poder darse a sí mismo también.

Entonces, como la tensión crece y la nuestra es una fiesta triste y como de mierda, Juanillo en el afán de ganarse dignamente

la pensión que tu hijo le quitaría, hace lo que te contaron que hizo y fue que se armó de una guadaña que por allí estaba junto con otras herramientas y útiles de labranza, y corriendo en círculos con ella en alto, empieza a gritar:

—¡Aquí comienza, señores, la danza general en la que yo, la Muerte, aviso a todas las criaturas sobre la brevedad de la vida!

Aquellas palabras pusieron fin a la discusión y todos los ojos y oídos, que en ella estaban concentrados, se volvieron hacia mí, que comencé:

*A danzar venid los nacidos
que sois en el mundo,
no importa el estado
(...)*

Ante aquella vieja copla todos reaccionaron con una especie de temor instintivo y se hizo un inmenso silencio mientras yo me movía en círculos y algunos sonreían con una mueca y otros se ocultaban detrás de su compañero y todos rehuían mirarme a la cara. Yo me gozaba con aquel súbito poder y andaba feliz señalando a cada uno sin decidirme, hasta que me detuve ante Gaspar. Recuerdo que un rayo de sol se colaba por entre las tablas del techo y que, tocado por aquella luz mortecina, el capitán de la Concepción se destacaba claramente del resto, semejante a esos personajes en los que el pintor concentra la luz del cuadro.

*—Gaspar el Hermoso, audaz y valiente,
entrad en la danza de buen continente*

—digo, al tiempo que coloco la guadaña sobre su cabeza.

Él me mira con cara de niño asustado. Siente que todos los ojos convergen hacia él. Está confundido. Yo insisto y grito:

«Gaspar, Gaspar». Y tímidamente se van sumando algunas voces que gritan: «Gaspar, Gaspar». Y de pronto toda la asamblea está gritando: «Gaspar, Gaspar».

Entonces veo que alguien se abre paso hacia mí y cuando llega adelante veo la espada en su mano y al loco de Luis del Molino que se me arroja como un gavilán diciendo: «Bailad conmigo que soy su escudero.» Y tu Juanillo corre perseguido sintiendo sobre su cabeza el vuelo pesado del acero y las risas y los gritos de: «¡Llévate a ese, Muerte!», y «¡Usa tu guadaña ahora!».

Entonces yo me río también y comienzo a hacer cabriolas sin dejar de correr, y doy vueltas de carnero, y ando sobre mis manos y todos me festejan a rabiar.

Luis del Molino queda en un extremo y yo, por salir airoso, cojo nuevamente la guadaña y con ella en alto corro a sentarme en el regazo de Cartagena, inmóvil, en su lujoso sillón.

*—Conde poderoso —digo—, no tengáis cuidado,
que aunque os falten las piernas
no os dejaré aquí sentado.
Quítate la capa y ven a danzar,
sobre tus muñones comienza a saltar,
que no es tiempo ya de perdones dar.*

El silencio vuelve a adueñarse de la asamblea; todos esperan ansiosos la respuesta del veedor.

—Bailaré gustoso si también lo hace el capitán general —dice don Juan.

Todos los rostros se vuelven tensos hacia don Hernando.

—No creo que el veedor sea un buen compañero —dice este.

—El mejor que podéis hallar —replica Cartagena—. Aunque sin duda hay otros muchos deseosos de poder danzar con vos esta danza.

—Creo que elegiré otro —digo yo con la guadaña en la mano—. Ya sabéis que no reparo en dineros ni en condición. Todos tendréis que pasar por lo mismo. Así que aprestaos, no os tome por sorpresa.

—Por qué no invitas a don Luis —dice Juan Serrano, el rostro semioculto por el ala del sombrero—. Imagino que él no se negará.

La burla cruel de Serrano me hace empalidecer y por un instante no me atrevo a levantar los ojos por temor a cruzarme con los del capitán de la Victoria.

—Llamaré a un calafate —digo—. O mejor a un armero. El cirujano tal vez. No, mejor será un despensero. Y si no un paje, para servir estáis. O un grumete, que por todo ha de pasar el primero e ir adelante para hacerse de experiencia. Elegid vosotros, a mí cualquiera me da igual.

—Llévate un cura —dice alguien.

—Mejor un rey —dice otra voz.

—Invita a don Luis —insiste Serrano.

—Lo dejaré para el final —digo yo.

—No —dice Mendoza, súbitamente a mi lado. En el fondo de sus cuencas, los ojos del capitán destellan como sendos escarabajos tornasolados—. Hazlo ahora —dice—. Será mejor.

Yo vacilo sin responder, arrepentido de haber iniciado aquello.

—Es solo un juego, señor —digo al fin—. Un juego tonto —y como él permanece serio a mi lado—: Además, ¿dónde vio el señor que la Muerte sea macho, hijo de madre judía y padre desconocido, poco más que enano y sin prepucio?

Todos me miran de un modo extraño y nadie festeja el chiste, así que grito desesperado:

—¡La Muerte es hembra, os digo! ¿Que no sabéis que es infiel y traicionera? ¿Que con cualquiera se abre de piernas? ¿Que

os promete una vida mejor y os da polvo, gusanos, y mierda? La Muerte es una gran puta, compañeros. Una gran hija de perra que solo respeta a los poderosos. ¿Que se los lleva también? Sí, pero cuando ya están hartos de la vida, cuando ya nada esperan porque lo tienen todo. Y por cada poderoso que se lleva, marchan con ella diez mil desgraciados cuando la fiesta aún no comienza, porque para los pobres la fiesta nunca empieza. Infelices que lo esperan todo del mañana, porque al que nace abajo no le queda otra cosa que esperar del mañana, siempre esperar, hasta que aparece esta señora y os dice que se acabó el tiempo. Y después me decís que es la gran igualadora. Embustes. Patrañas que inventan los ricos para consuelo de los pobres. Porque en verdad os digo que si la Muerte fuera de baja ralea como nosotros, en un abrir y cerrar de ojos quedaba el mundo sin mandones y el infierno atestado de condes, duques, reyes, obispos, señores, mercaderes y ricos labradores; y como eso no ocurre sino que por el contrario son multitudes de pobres los que allí a parar van y están los otros afirmados en el gobierno de la nave, no hay más que concluir que la Muerte está de su lado también.

Tan concentrado estaba en aquella suerte de protesta contra las injusticias de la Muerte que no me di cuenta de que me habían dejado solo.

En el refugio, ahora vacío, el viento esparcía las cenizas y barría los restos de nuestra fiesta de Resurrección, mientras se espesaban las sombras creciendo desde los rincones.

Entonces, de pronto, sentí mucho miedo. No se oían voces y tuve la loca sensación de que me habían abandonado. Así que salí corriendo hacia la playa, gritando: «¡Era solo un juego, compañeros! ¡Nada más que un juego!»

* * *

Y a Vos, Alteza, ¿qué os ha parecido mi juego? ¿No quiere Vuestra Majestad danzar junto a Juanillo? Apuesto a que es don Carlos muy casquivano y que se las pela, como dicen, por entrar en el caramillo. Si así es, seguid mi consejo, pero os advierto que no haré distinciones con Vos.

Levántese el Rey del trono sin esperar el final de los discursos, ni la señal de los chambelanes. Atraviese la sala sin prestar oídos a los consejos de sus ministros, ni a las lisonjas de los cortesanos, ni a las intrigas de los secretarios. Rechace con gesto enérgico la compañía de los guardias y, por una vez, camine a solas por esos largos, laberínticos corredores de su palacio. Ande con paso decidido y no se detenga aunque le asalte la curiosidad por saber qué hay detrás de todas esas puertas que siempre vio cerradas, que jamás franqueó. Que ninguna de esas misteriosas estancias vacías atraiga ahora a Su Alteza con su canto de sirena. Que sus pasos resuenen sin pausa por los sombríos y altos pasillos, multiplicados por el eco. Entonces, una vez traspuesto el umbral de la espaciosa sala, en uno de cuyos extremos se pierde la cama con baldaquino púrpura (como corresponde a su altísima condición), despida a sus obsequiosos ayudantes y devotos sirvos, Vos, y quédese a solas. Despójese a continuación de sus reales prendas, que los vestidos son como máscaras que nos ponemos y, desnudito como Juana la Loca lo echó al mundo para que lo gobernara y sojuzgara, baile. Gire sobre sus pequeñitos pies. Sacuda sus majestuosas carnes. Sude. Y baile. Dance el Rey también, que no es justo que sean los demás los que lo hagan por él. Gire como una gitana, dé volteretas como un bufón. Dance por los cuatro rincones de la sala. Alrededor del mundo todo. Baile porque vivimos. Baile porque soñamos. Baile porque morimos. Pero eso sí, Majestad, baile solo.

V

Decidme, Majestad Cesárea, ¿habéis estado alguna vez en vuestra vida debajo de una mesa observando los pies de los comensales y siguiendo su conversación? Pues habéis hecho muy mal, que no es bueno para un príncipe ver el mundo desde el trono solamente, y a la caterva de aduladores de vuestra corte a la cara, empolvada y compuesta para la hipocresía. En cambio, debajo de una mesa las cosas se ven de manera diferente. La inquietud de unos pies, el movimiento de una pierna, el balanceo nervioso de unas rodillas, una mano que baja en gesto furtivo, y el sonido de las palabras sin cara; os dirán mucho más de los hombres y de los negocios del Estado que todos los discursos y alcahuetes a los que miráis y escucháis desde lo alto de la regia tarima forrada en terciopelo púrpura. Os lo digo yo que he atisbado la vida desde todos los rincones y lo poco que he aprendido ha sido siempre bajo una cama, escondido en un armario, por el ojo de una cerradura, detrás de un sillón, o debajo de una mesa. Es como en el teatro, Alteza, podéis gozar el espectáculo desde el balcón, y creer que ese mozalbete es en verdad una dama y que aquel actorzuelo es un rey poderoso y que en verdad se aman o se matan; o podéis ir entre bambalinas y enteraros de que esa mujercita frágil y atormentada no es más que un rústico sodomita disfrazado y que, a vuestro rey apasionado, su mujer le mete

cuernos con un pícaro debajo del tablado mientras él se pavonea majestuoso diciendo sus parlamentos sobre el honor; y que entre el pobre hombre, el puto y la adúltera, no hay celos, ni amor, ni siquiera odio; sino apenas un mísero negocio. Si lo hacéis, quizás os ocurra como a mí, que nunca sé con cuál de los dos espectáculos quedarme, ni a cuál dar por verdadero, y ya no sé por dónde va la vida y por dónde anda el teatro; tal es la sensación de irrealidad que me invade.

Fijaos por ejemplo en los pies de don Hernando. Observad cómo los cruza, el izquierdo sobre el derecho y el derecho sobre el izquierdo, sin cesar. Veréis cómo desde aquí, debajo de la mesa, vuestros oídos estarán más atentos al sonido metálico de la cota de malla que los protege, que a las potestades y otros párrafos de la capitulación que lee el escribano León de Espeleta. Veréis también mejor a los amotinados y sabréis por la forma en que se disponen todas aquellas piernas, por el barro pegoteado a unas botas, por el aspecto vencido de esas botas, por aquella rodilla amoratada, por ese único pie desnudo, lo que está pasando por la cabeza de esa gente. Y entenderéis mejor el silencio como de piedra en el que están arropados mientras don Hernando toma la palabra y, jugando con sus dedos por debajo de la mesa, dice por arriba que siente lástima y no odio por quienes lo han traicionado.

Y mientras el alguacil cita los nombres de cada uno de los prisioneros y el delito de que se les acusa, veréis la forma en que aquel bosque de piernas se mueve al unísono, agitándose levemente y ondulando, como un trigal respondiendo a la brisa.

Y por detrás veréis otra maraña de piernas, pero diferentes de las primeras. Son las piernas de los no acusados. Piernas enhiestas. Rodillas firmes. Pies reposados. Botas limpias. Que se mueven con indiferencia o con seguridad cuando don Hernando habla de madres que seguirán rezando el rosario entre el trajín de las cacerolas, pidiendo a Dios por sus hijos, y de noches muy

largas, y camas demasiado anchas, y casas demasiado grandes. Y se pregunta qué le dirá a esas madres, a esas esposas.

Entonces el capellán Pedro de Balderrama junta las manos bajo la mesa en muda plegaria, y Juan Serrano juega con su sombrero y el sonido de los cascabeles que le adornan el ala pone una increíble nota de alegría en medio de aquella sombría escena.

Un par de piernas flaquean, las rodillas tocan el suelo y, a pocos pasos de mi escondite, cae, como una fruta del árbol, un rostro que hasta ayer fue amigo y hoy me es desconocido. Ninguna mano desciende en su ayuda y las piernas que le rodean se separan de él con gesto instintivo.

El capitán insiste en que ni sus memorias servirán de consuelo a los deudos, porque hasta ellas han manchado, y todo el mundo sabrá que por traidores y no por valientes habéis perdido en este trance la cabeza, y mientras dice, el escribano se pasa con gesto nervioso la mano por el muslo y Odoardo golpea con los nudillos una de las patas de la mesa. No, dice con las piernas cruzadas y balanceando un pie muy cerca de mí, él no podrá evitar que en las aldeas las viejas murmuren al paso de vuestras madres, ni que los hombres callen cuando uno de vuestros hermanos o quizás vuestro padre, entre en la taberna y el repentino silencio le haga más amargo el vino. Y ni siquiera los capitanes de apellidos ilustres escapan a ese, el peor de los castigos, porque ellos han deshonorado, enlodado su estirpe.

Entonces las piernas de Gaspar, firmes como raíces, soportando altivas el peso de las cadenas, se agitan, sacuden los grillos y el capitán de la Concepción pide, sin pedir, que lo suelten y que le den una espada.

Por debajo de la mesa, Odoardo lleva una mano al pomo de la suya.

El capitán juega en la arena con la punta de un pie.

El cura, con las cuentas del rosario.

—¿Cuál es la pena para el capitán de la Concepción? —pregunta una voz en lo alto de la mesa.

El alguacil se toma las rodillas con ambas manos y dice en un tono impersonal que se le halla culpable de traición y del asesinato del maestre Juan de Elorriaga y que por ambos crímenes se le condena a muerte en el momento y la forma en que el capitán general disponga.

—En la flor de la vida —murmura alguien.

No se advierte el más leve temblor en las manos de don Hernando cuando anuncia con voz pausada que De Quesada será decapitado. Ahora mismo. En presencia de todos.

Un silencio más vasto que el océano y más profundo se apodera de la asamblea.

Las piernas de Gaspar quedan como clavadas en la arena, cuando el capitán llama a Luis del Molino y dice:

—Tú serás quien empuñe la espada. Que segará la vida de tu amo. Él te enseñó a manejarla para la traición.

Entonces todos los pies se mueven como hormigas a las que se les ha destrozado el hormiguero.

Luis del Molino se agacha. Se pone en cuclillas. Murmura que no puede.

Y el capitán, en lo alto de la mesa:

—Verás que sí, porque si lo haces salvarás tu pellejo, de lo contrario ambos perderéis la cabeza, será una pérdida inútil de gente.

—Prometí a su madre cuidarlo —dice Luis del Molino, que permanece en su absurda posición, como si le faltaran las fuerzas para incorporarse.

—Todo cuanto puedes hacer por él es darle un golpe amoroso y certero con la espada —dice Juan Serrano, y sus manos juegan con los cascabeles del sombrero.

Las del capellán se crispan sobre el rosario.

El escribano se rasca una pantorrilla con la pluma.

Alguien en la mesa pide, en voz baja, misericordia.

—Nadie la tendrá conmigo —replica el capitán. Ni siquiera tú mismo, pienso yo.

—Sigamos con los demás —dice Odoardo. Es tan pequeño que sus pies casi no tocan el suelo y se agitan en el aire mientras habla.

—A todos les llegará el turno —replica don Hernando—, pero antes se debe proceder al castigo del cabecilla; que se apreste Luis del Molino a ejecutar la sentencia.

El tiempo parece haberse detenido a la espera de su respuesta.

Él levanta la cabeza. Tiene el rostro bañado en lágrimas. Pegoteado de mocos. Sucio de arena.

Luego, cuando trabajosamente se pone de pie, solo puedo ver sus piernas y la mano derecha aceptando una espada que alguien le alcanza.

La espada brilla junto a sus muslos y yo pienso que apenas está amaneciendo y que es este el amanecer más largo que recuerde en mi vida. Más largo que cuando yo era niño y era verano allá en Bustillo del Páramo. Y estaba a punto de volar hacia mi pueblo cuando veo que varias piernas y manos seguras, pertenecientes sin duda al grupo de los no acusados, se acercan a Gaspar y le libran de las cadenas. Él ya no ofrece resistencia. Seguramente está muy lejos de allí, pues sus piernas han perdido el aspecto de firmes raíces y parecen ahora un par de ramas secas, vulnerables a cualquier golpe. Entonces veo cómo se aleja hacia el borde del mar, solitario y dócil, sin que nadie lo escolte y, cuando la distancia lo permite, lo veo, más pequeño, pero de cuerpo entero.

Le han quitado el peto y la camisa, y con el torso desnudo y los cabellos al viento, de pie en el lugar donde la espuma cubre la playa, parece un ídolo antiguo saludando la salida del sol.

Pero no es más que un niño, Alteza, un niño grande y torpe que mira el mar por no ver si detrás de él está, como una sombra, su criado, Luis del Molino.

Hay un gran silencio ahora y pesa sobre todos los seres y las cosas.

El viento ha cesado.

El rumor del mar también.

Gaspar se hinca de espaldas a la asamblea, la cabeza levemente inclinada, como una flor sobre su tallo.

Gaspar de Quesada el Hermoso, tú fuiste quien lo inició todo, como un tonto. Instigado por Luis de Mendoza, que nada tenía que perder, y por Juan de Cartagena, pasaste al amparo de las sombras con treinta hombres armados a la San Antonio y, arengando con palabras prestadas a la gente, diciéndoles que íbamos perdidos y recordándoles la manera en que los trataba don Hernando cuando le requerían sobre la derrota de la escuadra, reclamaste que te entregaran al fiel Álvaro de la Mezquita, primo del capitán general y, a la sazón, al mando de la nave que había sido del veedor. Forzoso es, dicen que dijiste, darle a don Hernando una lección para que aprenda a respetar la voluntad de los castellanos, los dueños naturales de la flota. Te paseabas entonces por la atestada cubierta como un toro envanecido entre las vacas, cuando se enfrenta a ti Juan de Elorriaga, el maestre de la San Antonio, y te requiere en un tono moderado, casi dulce, que en nombre de Dios y del rey te vuelvas tranquilo a tu nave. No es esta forma de dirimir vuestros asuntos, dicen que te dijo aquel ingenuo que se negaba a entregarte a su capitán. Entonces, cegado por un destino funesto, apretaste los dientes y con el puñal en la mano embestiste a Elorriaga, a quien la muerte lo penetró cuatro veces y lo dejó tirado en cubierta sobre su propio charco, plateado por la luna.

Como un gran pájaro, con pesado vuelo, la espada sube y el silencio se acrecienta.

Bajo la mesa veo las grandes botas acharoladas de Odoardo.

Las sandalias sobre gruesas medias negras del capellán.

Los maltrechos zapatos cortesanos del escribano.

El sombrero de Juan Serrano que cuelga mudo e inmóvil de sus manos.

Los pies enfundados en acero de don Hernando.

Las botas rústicas, adornadas con tachas, del alguacil.

Una misma tensión recorre todas las piernas ahora que los miembros del jurado se han puesto de pie.

Con la espada detenida sobre su cabeza, se oye a Gaspar preguntar:

—¿Eres tú, Luis?

—Una pesadilla... —murmura este.

—Un sueño dentro de otro sueño —dice Gaspar.

Pero no obtiene respuesta porque la espada se despeña ahora, buscándole como una amante loca el cuello, sin que nada ni nadie pueda ya detenerla, y yo cierro los ojos y pienso en que es esta la hora en que el gallo de Vicente canta junto a mi ventana, cuando Justino abre el corral a las ovejas, cuando la Filomena en cuclillas sopla avivando el fuego con los ojos pegoteados de sueño y el sexo de amor, cuando Fermín el sacristán hace en el patio sus ruidosas abluciones y la emprende a patadas con los patos y las gallinas (la hora en que es más tibia la cama, en la que huele mejor el café que Almodóvar trae de Granada, en que es más reconfortante el fuego), la hora en que uno anda despierto por la casa todavía dormida y el sol le da un aspecto nuevo a las cosas que enseguida vuelven a hacerse viejas.

Entonces me acuesto en la arena, allí debajo de la mesa, y me pongo a llorar. Solo quiero acordarme de la aldea y no saber nada más de lo que está ocurriendo en torno a mí. Pero no puedo evitar oír fragmentos de lo que se dice, fragmentos que se mezclan con

los fragmentos de mis recuerdos de Bustillo del Páramo. Así que andan por mi cabeza juntas, las vacas mansas de doña Herminia y la orden de sacar el cadáver de Luis de Mendoza de su cámara en la Victoria y descuartizarlo en la playa. «Me tienes que cuidar mucho estas vacas –me decía la vieja–, que son animales fuertes y nobles y si algo les pasara te arrancaría una de esas grandes orejas que tienes.» Pero el capellán de la flota protesta porque no ve la necesidad de profanar así un cadáver cuando su alma purgará por toda una eternidad su pecado. Y yo un día porque sí, dominado por un ciego impulso de hacerle daño, llevé a la Mariposa, que era su preferida, al borde de un barranco, y empecé a correrla y a arrojarle piedras, hasta que el pobre animal, viéndose acorralado perdió pie y cayó, desnucándose. Vierais, Alteza, cómo lloraba la vieja su vaca y se puso tan mala con la pena que ni me arrancó la oreja ni me dijo nada, ni un reproche, nada; y su actitud me mortificaba más que si me hubiera molido a palos, que era lo que me merecía. Entonces veo a la vaca muerta allá abajo, con sus grandes y tontos ojos abiertos y a don Luis de Mendoza tan inerte, tan empequeñecido por la muerte que cualquier mocetón cruel va a ensañarse con él sin sentir ni piedad ni temor.

En verdad lograste anular los relojes la noche de la conjura, pero todo ocurrió tan vertiginosamente que ni te diste cuenta.

Gaspar se apodera de la San Antonio y manda apagar el farol de popa para ocultarla a los ojos del capitán. Las pupilas de don Hernando se dilatan en vano, hurgando en el vientre de aquella desolada noche y, al instante, lo comprende todo. Envía una nutrida tropa para recuperar la San Antonio, y al alguacil, Gonzalo Gómez de Espinosa, con seis hombres secretamente armados y una carta para Vos en la Victoria.

Don Luis de Mendoza recibe la carta en su cámara, entre vahos de hierba y olor a botica. La toma con manos temblorosas y, con ojos de bicho acosado, se enfrenta al papel.

«Domingo de Ramos del año 1500 y 20. A bordo de la Trinidad. Ilustrísimo Capitán de la Victoria y Tesorero de la Armada, don Luis de Mendoza: Ruego a Vuestra Merced tengáis a bien venir en compañía del portador a esta capitana para tratar un asunto de vuestro interés».

Entonces asoma a tus labios sin color una sonrisa de «no me pillarás allá» y, cuando la estrujas y la arrojas con gesto desafiante al brasero, sientes como en un sueño la helada hoja de un puñal que te atraviesa la garganta. Que te impide hablar, porque el aire escapa por la herida con un ronquido. Pero tú no sientes dolor y no puedes creer que el último de los relojes se haya hecho añicos y que la arena derramada te esté llenando de espanto. No puedes creerlo hasta que ves a Gómez de Espinosa mirándose las manos horrorizado porque las tiene pegoteadas de sangre.

Y cuando saturado de horrores, vuestro Juanillo procura evocar a la Filomena en cuclillas sobre una palangana, lavándose con desparpajo el sexo, restregándose muy lentamente el jabón y haciendo espuma con los dedos inquietos de la otra mano, se me mete en las orejas el anuncio de que a don Juan de Cartagena se le ha encontrado culpable de sedición.

«¿No es verdad que intentaste ponerte al mando de la San Antonio, fugazmente recuperada por Gaspar de Quesada para los rebeldes?», pregunta una voz que podría ser la del alguacil. Y él responde que sí, Alteza, y que lo volvería a hacer. Pero el cura, Sánchez de Reina, jura que no. Se le acusa de valerse de su condición para instigar a la revuelta. Y él, que no, Majestad. Y clama por un poco de misericordia. «En el nombre de Dios, basta de sangre», dice sollozando.

—Basta de sangre —repite mi amo—. Ambos serán abandonados a su suerte en estas costas.

Entonces Juan de Cartagena, privado de su sillón, se arrastra como un perro con las patas quebradas por entre aquel bosque de piernas que se abre para darle paso. Avanza con sobrehumano esfuerzo el veedor, apoyándose en las manos y en los codos, sin que nadie intente detenerle.

Siempre hacía aquel rito la Filomena. Con la puerta de la letrina abierta. Y se reía de la cara que yo ponía, y después que se enjuagaba, echaba el agua a la higuera; para que los higos se vengán tan sabrosos, decía.

Terminado el primer acto con la hermosa cabeza de Gaspar de Quesada clavada en una pica y don Luis de Mendoza esparcido en trozos que el mar lleva y trae, don Hernando montó cuidadosamente el segundo.

Anunció que mientras se procedía a encerrar a don Juan y al cura Sánchez, ellos deliberarían acerca de los castigos que debían imponer a los demás acusados.

Solo se oía el cuchicheo de los jueces y cuando éstos callaban, el rumor del mar.

Hasta que, al cabo de una tensa e interminable espera, don Hernando hizo comparecer al siguiente acusado.

Era Sebastián. Estaba tan abatido el glorioso circunvalador del mundo todo, que casi no podía tenerse en pie, ni levantar la cabeza para mirar a sus acusadores, ni hubiera podido soportar el peso de los laureles que le ceñisteis luego.

—Sebastián —dijo el alguacil—, se os acusa de conspiración y traición, se os halla culpable, y se os condena a la pena capital según la manera y en el momento en que el capitán general lo

disponga conforme a la cláusula cinco de la capitulación que le otorga tales potestades en nombre de Dios y del Rey.

—Que sea decapitado ahora mismo y en presencia de todos —dice el capitán.

Un temblor se apodera del maestro de la Concepción que, avergonzado, se toma los brazos con las manos, procurando ocultar su miedo.

—Capitán —dice Juan Serrano—, creo que este hombre se dejó arrastrar por su superior, pero es un buen marino y nos hará falta. Sugiero que le perdonéis la vida y pospongáis su castigo para cuando regresemos a España.

—Si es así —dice mi amo—, es un hombre débil, y no nos hace ninguna falta en esta empresa.

—Hernando —tercia Barbosa, dirigiéndose en portugués al capitán—, creo que Serrano tiene razón.

—¿Y tú qué crees? —pregunta mi amo a Sebastián.

La pregunta lo toma por sorpresa. No sabe qué decir. La voz no le sube a la garganta. Las palabras no le salen de la boca, al gran circunvalador, al parlanchín aquel que tanto habló en Vuestra presencia vanagloriándose de su hazaña.

—Tengo mujer e hijos —dice finalmente.

—Lo cual es mérito suficiente para que os perdone la vida —replica don Hernando con una sonrisa burlona.

Algunos prisioneros se ríen y hasta el propio Sebastián esboza una mueca que luego reprime.

—Y porque tienes familia debo darte una segunda oportunidad de apuñalarme por la espalda —continúa el capitán.

Sebastián niega con la cabeza.

—Ya lo veis, él mismo dice que no se la dé.

—No fue mi culpa, fue Gaspar, yo no quería.

—Pero lo seguiste porque creíste que vencería. Ya ves, escogiste mal el bando.

—Pudo haberos ocurrido a vos en mi lugar —dice con firmeza Sebastián—. Y yo os hubiera perdonado la vida.

—Pues eres demasiado generoso, pero nosotros no —dice el alguacil—. ¡Lleváoslo ya!

Entonces el capitán llama a Odoardo y cuando este se acerca le habla al oído, y Odoardo mira a Juan Serrano que asiente con la cabeza y a Álvaro de la Mezquita que se encoge de hombros.

—Aguardad —ordena don Hernando a los dos hombres que se aprestan a llevarse a Sebastián. Y enseguida junta las manos por encima de la mesa, cierra los ojos y apoya en ellas la frente.

Todos los ojos están puestos en él, atentos al menor gesto que pueda significar una apertura a lo que ocurre en su interior; todos los oídos intentando captar el rumor de sus pensamientos antes de que éstos estallen en palabras.

—Tomadle el juramento de fidelidad —dice al fin.

Sebastián, embargado por la emoción, solloza, cubriéndose la cara con las manos. También al cura se le cae una lágrima y el escribano se aclara una y otra vez la voz, antes de comenzar a leer el juramento.

Ambos grupos de piernas, el de los acusados y el de los no acusados, se balancean al unísono, como al compás de una música muy monótona.

En ese instante irrumpe Andrés de San Martín con su boca vacía, oscura, silenciosa. Revolotea como una mariposa en torno a don Hernando y gesticula con la cabeza y con ambas manos. Dice que no. Y el capitán le dice que se vaya. Pero él está desesperado. Golpea la mesa con la palma de las manos. Enseña la muda caverna de su boca. Insiste en que no.

—Está muy agitado el astrólogo —dice Odoardo—. Dadle papel y una pluma pues parece tener algo importante que comunicarnos.

Don Hernando se niega.

El procedimiento, excepto por la intervención de San Martín, se repitió casi idéntico para los restantes acusados. El ritual comenzaba por la acusación formal, luego se anunciaba la pena, se la discutía, se le negaba el perdón en primera instancia y, finalmente, se le otorgaba al cabo de nuevas deliberaciones en las que solo intervenían los portugueses. No obstante, siempre había algún detalle diferente, como para que fuera igualmente convincente en cada caso.

Así, al cabo de la larga jornada, la generosa actitud del capitán, repetida una y otra vez sobre el telón de fondo de un poder sin restricciones, le granjeó el respeto y la admiración de la gente. Todos olvidaron su crueldad para con los capitanes rebeldes, y hasta a los capitanes mismos. Don Hernando había lavado con sangre nuestras dudas. Los capitanes habían sido los chivos expiatorios en los que habían tenido su castigo el miedo y la desesperanza de cada uno de nosotros, incluida la suya. Así que ahora podíamos sentirnos aliviados.

Todo aquello infundió nueva confianza entre la gente y, precisamente aquel día, muchos se mostraron optimistas respecto al futuro de la empresa y hasta dispuestos a pasar de buen grado el invierno en San Julián para reanudar luego la búsqueda.

Don Hernando había logrado una victoria completa y él lo sabía. Por eso cuando, tan lentamente como se desplazan por la arena esas grandes tortugas marinas, atravesó la playa para retirarse a las naves, saludado por una ruidosa y espontánea salva de aplausos, por primera vez le vi sonreír satisfecho. Y como el peso de la armadura dificultaba sus pasos, por primera vez le vi detenerse y llamando a Cristóbal Rabelo, su criado, se libró en público de su caparazón.

Era muy pequeñito sin ella, pero todos le vieron grande aquel día.

* * *

Dedicamos los últimos días a sacar, con titánico esfuerzo, las naves ya descargadas y desmanteladas, del agua.

Debíamos parecer pequeños locos luchando contra aquellas moles que crecían a medida que iban saliendo del mar. Insectos al pie de las colosales popas, bajo las proas de agresivas líneas. Colocando troncos bajo los cascos para hacerlas rodar. Colgándonos en racimos de las improvisadas palancas con las que intentábamos levantarlas. Tirando como escarabajos de los gruesos cabos, hasta que nos golpeaba una ola, dispersándonos, y volvíamos a empezar. Siempre un poco más arriba, enterrándonos en la arena; para que los temporales no nos las arrebataran.

Y ni una maldición, ni una queja, nada, todo en un amoroso silencio, porque aquellas moles de vientres hinchados eran cuanto teníamos. Nuestro único vínculo posible con aquel mundo al que pertenecíamos y que sin embargo habíamos dejado atrás un día ya lejano. Por eso las amábamos, Majestad. Las tratábamos con dulzura pese al esfuerzo que exigían de nosotros. Como si de frágiles mujercitas se tratara. Admirados de la gracia de sus líneas. De su porte. De sus partes siempre ocultas bajo el velo de las aguas. Poníamos mucho cuidado. Acariciábamos con ternura sus maderos. Creo que hasta les hablábamos. Y ellas poco a poco iban cediendo. Iban mostrándose más dóciles a nuestra solicitud de amantes. Y nos siguieron fuera de aquel mar y fueron a echarse sobre sus panzas, muy cerca de nuestro refugio. Dispuestas a invernar junto a sus hombres, porque ellas también pertenecían a otro mundo y nosotros éramos su única posibilidad. Y cuando las cuatro estuvieron afuera, y sus aparejos colocados en un promontorio cercano que cobró el aspecto de un bosque recién talado, recrudeció el frío y comenzaron las nevadas y tuvimos que dejarlas a solas en la playa lanzándoles una última y amorosa

mirada. Allí quedaban en fila, la Trinidad, antes tan animosa y ahora como adormecida, mientras la nieve la cubría con un manto immaculado; la San Antonio, que con su gran porte parecía una ballena varada en la costa; la Concepción, muy cerca del lugar donde la cabeza de Gaspar, su antiguo capitán, se marchitaba clavada en una pica; la Victoria, de líneas muy finas con cierto aire adolescente; solo faltaba la Santiago. La menor de todas, a la que don Hernando había enviado a reconocer la costa por ver si hallaba el estrecho, del que creía estar muy cerca.

La vida en el refugio transcurrió al principio con cierta animación. Nos defendíamos del frío y de la soledad y de la sensación de estar en un mundo inmenso y deshabitado en el que no había nidos de hombres ni huellas de pies, hablando sin cesar. Hablábamos mucho al principio y de cualquier cosa. Soñábamos despiertos y en voz alta la mayor parte de las veces, mientras el frío se hacía más intenso y el viento soplaba con furia incontenible día y noche, y era tanta la oscuridad que ya no se distinguía muy bien cuándo era de día y cuándo de noche.

Hablábamos de lo que haríamos al regresar a casa, y nadie ponía en duda, por aquellos días, que íbamos a regresar. Nos aturdíamos con locos planes, seguros de que al volver todo iba a estar exactamente igual a la última vez; como si el tiempo transcurriera solo para nosotros y hubiera quedado congelado allí el día de nuestra partida.

Nuestros seres queridos, padres, mujeres, hijos, amigos, un animal cualquiera; todos aparecían inmovilizados en una determinada actitud. Los recordábamos como se recuerda un retrato. Hablábamos de ellos como quien explica un cuadro y lo anima, pero sin poder salirse de ciertos límites que la misma escena impone. Y lo mismo sucedía con los campos, los arroyos,

las fuentes, las calles, las casas, y hasta con los objetos. Si hasta nosotros mismos nos veíamos allá de esa forma. Y la sensación de tiempo muerto, anulado, que nos provocaba la monótona espera, contribuía a la confusión. Porque aquí el tiempo parecía no pasar. No había días ni noches, el invierno parecía infinito y la primavera imposible, el viento era siempre el mismo, y también las caras, y la minúscula geografía del refugio, y hasta los personajes evocados y las historias comenzaban a repetirse. E intercambiábamos seres, y paisajes, y cosas, y hasta sentimientos, en el afán por evocar más vívida y nítidamente aquel mundo. Pero era inútil. Así que, secretamente cansados de lidiar con simples recuerdos, pero incapaces de revivir las sensaciones que los habían animado y que eran como el alma perdida de todo aquello, poco a poco nos íbamos replegando en silencio sobre nuestra propia soledad. Entonces, lentamente, fuimos tomando conciencia de nuestra verdadera situación. Un día alguien se puso a llorar. Otra vez no sé quién vino con la noticia de que las velas se estaban pudriendo. No había forma de guardarlas secas en aquel clima y los hongos las devoraban. Y la nieve al derretirse corrompía los cabos. Y hasta los maderos de las naves se rajaban con el intenso frío. Las naves se descomponen, decía. Después de aquellas cosas el silencio se hacía más pegajoso. Cada día costaba un poco más hablar. Pero volvíamos a intentarlo, hasta que alguien de pronto se quejaba que llevábamos meses en estas tierras malditas sin ver a un solo ser humano. Solo esa multitud de estúpidos pingüinos que se están allí soportando la ventisca y la nieve, como protestando por nuestra presencia, como burlándose de nosotros o, tal vez, esperando a que nos consumiéramos para venir a devorarnos los ojos y apropiarse de cuanto llevamos dentro de ellos. Y son miles, decía, y del tamaño de un niño de cinco años por lo menos. Nos habíamos acercado varias veces porque al principio nos parecían falsos. Habíamos llegado a pensar que eran misteriosos ídolos

que alguien iba acumulando allí. Pero eran reales. Estaban vivos. Hasta tenían huevos. Y eran las únicas criaturas que podían resistir este clima. Eran los amos de estos lugares. Un ejército de niños con pico de pájaro, esperando inmóviles el momento de atacarnos. De arrojarnos de su mundo. Y si lo hacían, cómo podríamos defendernos de aquella multitud.

Así, poco a poco, nuestra monótona realidad se iba haciendo más precaria y aumentaba la sensación de que estábamos a merced de fuerzas desconocidas y misteriosas.

Yo mismo me dejé ganar por aquella creciente irrealidad y recuerdo que dije un día mientras Ginés se esforzaba en pintarnos la primavera de su pueblo:

—El invierno es la muerte de todo. La muerte de la esperanza.

—En cierto modo, sí —dijo él—; todo muere en parte para renacer con la primavera. Pero la esperanza no. Porque al terminar el invierno renace la tierra, y el sol, y las plantas, y también las bestias y los hombres; señal de que la esperanza ha quedado viva dentro de cada cosa, de cada ser.

—¿Pero si el invierno no acabara nunca?

—Tú sabes que el día siempre sigue a la noche —responde él sonriente.

—Pues ya ves que no es siempre así. Aquí a la noche solo sigue otra noche. Y lo mismo podría ocurrir con el invierno.

A Ginés la sonrisa se le congela en el rostro.

—¿Y si el invierno no tuviera fin? —insisto yo—. ¿Acaso no se prolonga demasiado? ¿Acaso no estaba aquí instalado cuando llegamos hace meses? Recrudesció su inclemencia, es cierto, pero eso no nos asegura que alguna vez se va a terminar. ¿Y si estuviéramos en el lugar donde tiene su cueva?

—Tiene su cueva en el norte —dice él.

—No seas ignorante. En esta parte del mundo tiene su cueva en el sur, que es en donde estamos y hacia donde iremos luego.

—No es posible —protesta él. Pero no dice nada más y al cabo de un rato, se aleja mudo hacia otro rincón del refugio.

Es que la larga espera lo estaba corrompiendo todo. Se pudrían las naves y se pudrían los hombres. El tedio y la locura nos acosaban como perros y apenas lográbamos defendernos de sus dientes agudos y de sus negras fauces.

Cuando alguien hablaba ya no era para recordar su aldea o su gente, ahora hasta sus sueños se habían contaminado y la mayoría aspiraba a verse libre de esta espera para emprender otra vida de aventuras. Emponzoñados, soñaban con recorrer los mares en busca de remotas islas, y ya les parecía sentir la caricia ardiente del sol en la piel y el aroma excitante de las especias en la nariz. Y cantaban loas a la vida marinera y a las empresas audaces. Y se entusiasmaban imaginando el súbito hincharse de las grandes velas y el crujir de la arboladura respondiendo al viento, y sentían entre sus manos, manos ateridas por el frío, tensarse las jarcias. Y nadie parecía comprender que eran esos mismos sueños los que los habían conducido a esta realidad de la que solo ansiaban evadirse.

Mientras duró aquel forzado encierro, nadie preguntó por la Santiago, nadie nombró la nave ni mencionó por error siquiera, el nombre de alguno de sus treinta y siete tripulantes. Fue como un acuerdo tácito que todos respetamos. Ni siquiera Cartagena, metido en su hoyo, se atrevió a hacerlo.

* * *

Hasta que se nos instaló definitivamente en el alma una tristeza grande y pegajosa. Éramos como animales. Echados todo el día rumiando nuestro silencio. Sin pensar en nada. Ya ni miedo sentíamos. Simplemente nos dejábamos estar así, en aquella penumbra incambiada, sin saber si era de día o de noche, porque el

día y la noche no se diferenciaban en nada. Acurrucados como bestias. Buscando inconscientemente el calor del otro que teníamos al lado sin preguntarnos quién era. Porque eso no importaba. Si éramos todos iguales ahora. Pacíficos animales echados en el suelo de un cobertizo. Bestias vencidas, amontonadas en torno al fuego. Protegidas de la intemperie de lo desconocido por unas improvisadas paredes de madera a través de las cuales se colaba el frío y el viento. Había mucho viento. Un viento que venía de más allá de lo que conocíamos e imaginábamos. Un viento gritón como un heraldo. Que se nos metía bajo la piel. Se enredaba en nuestras barbas y en nuestros cabellos. Se metía para adentro de cada uno. Que soplabla sin descanso, hasta que ya no sabíamos si había viento o si lo imaginábamos. ¿Por qué había tanto viento allá, Majestad?

Entonces pasábamos días enteros sin hablar. Días enteros en los que no se oía una palabra salir de una boca humana. Ni para ponernos de acuerdo en quién iba a alimentar el fuego por las noches, ni quién a quitar la nieve del techo. Porque nevaba tanto que el techo amenazaba con desplomarse. Y luego se derretía y el agua helada chorreaba sobre nuestra pobre humanidad. Así que cuando el fuego comenzaba a extinguirse, o el techo a crujir y a gotear, solo nos mirábamos, una mirada sin expresión alguna, y había siempre alguien que se levantaba. Entumecido. Y arrojaba algún leño o alguna madera al fuego. O salía y se sentían sus pasos sobre el techo y el ruido de la pala contra la madera. Y siempre el viento. O el estruendo del mar en la playa. Aquella lúgubre playa de arenas negras en las que se pudría la hermosa cabeza de Gaspar de Quesada. Salpicada por las olas del color del acero de aquel mar. Bajo un cielo de nubes preñadas de nieve, parecidas a sombras. Azotada por aquel viento que no cesa y agita los cabellos de un oro marchito del capitán de la Concepción.

Nos movíamos sin cesar en el interior del refugio, pero tan lentamente que todos parecíamos estar siempre inmóviles.

Nos desplazábamos tan silenciosa e imperceptiblemente como se deslizan los caracoles en el fondo del mar. Buscábamos calor. Compañía. No sé. Reconocernos, tal vez.

Y éramos como esas larvas de mariposa a las que llaman procesionarias, que se mueven y se entrelazan, unas contra otras, formando un apretado nudo.

En ese deambular llegué un día junto a don Hernando. Me di cuenta cuando sentí el roce helado del hierro en mi piel. Él estaba tirado sobre un colchón, lejos del fuego, en un rincón oscuro. Tenía la armadura puesta y por encima su capa de terciopelo morado. Al primer contacto, el frío del acero fue como si me quemara, y retiré la mano. Pero un raro sentimiento de piedad me permitió dominar mi siguiente impulso y permanecí a su lado. Estuve un rato quieto, con los ojos cerrados. Sentía su respiración, que era igual a la mía, que se acompasaba con la mía, y resolví quedarme. Pasaron varias horas, no sé cuántas, no teníamos noción del tiempo allá, porque nadie se ocupaba ya de los relojes. Él se movió dos o tres veces. Como acomodándose a mí.

—¿Eres tú, verdad? —preguntó de pronto.

—Creo que sí —dije.

Luego volvimos a quedarnos callados y quietos. Escuchando el ruido del viento. Y la nieve comenzaba a caer.

—¿Cómo puedes dejar a una mujercita así, tan bella y tan frágil, sentada toda la noche en un sillón, esperándote? —dije de pronto ante mi propia sorpresa.

Él se incorpora con trabajo y me mira perplejo.

—¿La ves? —dice—. ¿Qué hace?

Esta vez no es un juego, la veo sin proponérmelo, a pesar mío, y creo que él lo sabe por la forma en que me interroga.

—Se ha quedado dormida en un sillón, esperándote —respondo—. Ha estado midiendo el silencio de la calle. Descifrando ansiosa cada uno de los ruidos. El estrépito de un carro que se

acerca y crece, junto con su ansiedad, y luego pasa de largo, se apaga y desaparece. Los pasos de un caminante. El sonido de los tacones sobre las losas, el de su corazón que golpea con fuerza dentro del pecho, los pasos que se acercan rápidos y decididos, los latidos que se aceleran, hasta que el sonido de los pasos y el de su corazón se confunden un instante, hasta que el ruido de los tacones sobre las losas se apaga y su corazón se aquieta. Así todas las noches, hasta que la calle queda dormida en el vientre de la noche, y ella, cansada de esperar, balanceándose en el sillón junto a la ventana, se duerme pensando en que mañana tal vez.

Don Hernando cierra los ojos, baja la cabeza hasta juntar la barbilla con el peto de acero, y se queda mudo.

El viento golpea con fuerza las paredes del cobertizo. En el centro junto al resplandor del fuego, Andrés de San Martín agita las manos y mueve los labios tratando de decir algo a su ocasional compañero, que no le entiende.

—Algunas veces pienso que nos parecemos a tus títeres, movidos por hilos invisibles que determinan cada pequeño gesto, creando la ilusión de que somos libres y por lo tanto responsables de nuestros actos —dice el capitán.

—Es fácil pensar de ese modo —respondo, sin estar seguro de que así sea.

—Solo la muerte corta todos los hilos. Pero dime, ¿cómo sabes que es ella? ¿Es el mismo balcón?

—No, esta vez, no. Pero es la misma cara. Es una ventana más pequeña y sin balcón.

—¿Por qué no el mismo balcón? ¿Qué ha ocurrido?

—No sé, pero por alguna causa ha mudado de habitación.

Él se queda pensativo. Las sombras del recinto se posan en su cara como grandes mariposas.

—Cuando supe que esperaba un hijo ya no había opción —dice—. Durante años había alimentado mi proyecto. Había

pasado toda clase de trabajos y frustraciones para conseguir la flota, y cuando todo parecía posible, ¿crees que podía decir: ahora ya no quiero ir al Maluco?

—¿Por qué no?

—Porque no. Porque aquel sueño y ella y yo éramos una misma cosa. Porque estábamos encadenados uno al otro para siempre, los tres. Porque no podía renunciar a ella. Porque no sabía cómo ser sin él.

—Una especie de monstruo de dos cabezas. Mitad hombre, mitad navegante.

—Así me aceptó. El Maluco era un sueño compartido.

—¿Tú crees que lo es?

—Como un hijo, que une y separa a la vez.

—Ella quería al hombre, no al navegante. Te quería a ti, no al Maluco. Le temía a tus sueños.

—Háblame del recién nacido. ¿Lo ves en la cuna?

—No veo ninguna cuna en esta habitación.

—¿Cómo que no? ¿Crees que duerme en la otra habitación, con Rodrigo? ¿No es muy pequeño para estar lejos de su madre?

—Tampoco veo una cuna en la otra habitación.

—Fíjate bien y no me exasperes con tus bromas. Esa cuna tiene que estar en alguna parte de la casa.

—¿Tienes una habitación con trastos viejos y objetos inútiles?

—¡El niño no puede estar allí!

—¿La tienes?

—¡Eres un hijo de puta! —dice abalanzándose sobre mí.

Yo siento en el cuello una cosa fuerte como una tenaza y fría y áspera como un pez, que se aferra a mi garganta, ahoga mi respuesta, me quita el aire, no me deja gritar, y pataleo desesperado ante la indiferencia de mis compañeros, y el olor a sangre seca que despiden el guante de malla de don Hernando me provoca náuseas, y me parece oír la risa de Andrés, y no puedo apartar de

mí la imagen de una habitación llena de trastos viejos en la que hay una cuna vacía, cubierta de polvo, solo a medias tapada con un lienzo.

—Los últimos días, en vísperas de la partida, parecía una loca —dijo al cabo de un rato en el que, ya libre de su garra, yo estuve temblando, la garganta hecha una llaga, aspirando un aire que era como de vidrio fundido, que me hacía doler la boca y los dientes—. Decía que un navegante jamás debería acercarse a una mujer —recuerda don Hernando.

Y yo, recobrada mi voz:

—Era muy curioso. Todo quería saberlo. En todo tenía que meter mi judía nariz, sin cuidarme de las consecuencias. Por esa razón más de una vez tuvo mi madre que azotarme, en especial cuando me empeñé en averiguar quién era mi padre y anduve por toda la judería preguntándolo a los vecinos que no me respondían más que con evasivas. Un compañero de juegos me había dicho que mi madre era una puta.

—Jamás destilar en los oídos de una mujer la funesta canción del mar, me decía.

—Yo había encontrado a mi madre en la cama con un caballero cristiano, y como estaban ambos en la posición de hacer niños, supuse que la habrían adoptado anteriormente para hacerme a mí y que por lo tanto ese caballero debía de ser mi padre. No llegué sin embargo a preguntárselo, porque apenas me vieron junto a la cama, mi madre dio unos gritos horribles y mi padre huyó por la puerta del huerto con las ropas en la mano.

—Jamás engendrar hijos en el vientre de una mujer, porque las mujeres pertenecen a la tierra y no al mar.

—La siguiente vez puse mucho cuidado en no asustarlos de aquel modo y, espionando la escena tras una cortina, reconocí al caballero que se agitaba como un potro entre las piernas de mi madre: vivía en una aldea vecina y tenía cierta fama de hombre

docto, autor de versos y sentencias morales, y de siete hijos con una señora rubia y fría que era su esposa.

—Decía que para el verdadero navegante no hay más destino que la soledad infinita de los océanos y el aroma enloquecedor de las islas imposibles.

—La confusión de tu Juanillo fue grande. El no entendía cómo se podían tener dos esposas y hacer hijos con ambas, así que por no asustar a mi madre determiné ir con mis dudas donde la señora rubia. El resultado fue que tres días más tarde me hallaba yo al servicio de un clérigo que era consejero y capellán de aquel mi primer amo.

—Ya basta. Termina con eso. No quise ofenderte. Ni lastimarte —dice mi amo—. Perdona. Tú sabes que te aprecio. Háblame del niño, anda.

—No puedo. Ya no puedo ver.

—¿Fue por los golpes, verdad? Tranquilízate. Tenemos mucho tiempo.

Yo bajo la cabeza, la meto entre mis piernas. Él se quita el guante. Me acaricia los cabellos. Me los revuelve.

—Tienes una extraña forma de cabeza —dice.

—Todos los judíos la tenemos.

—No me importa lo que seas. Ahora dime, ¿por qué me decía ella esas cosas?

Yo hago un esfuerzo por recordar lo que acabo de oír en forma fragmentaria.

—Porque ella también tenía sus sueños —digo un poco a tientas—. Porque cada uno vive encerrado en sus propios sueños. Enquistado en ellos. Atrapado en sus redes. Prisionero de sus trampas.

—¿También tú? ¿Con qué sueñas?

—Oh, mis sueños te harían reír. Ni siquiera te parecerían sueños, son tan pequeños, tan mezquinos al lado de los tuyos.

—Pero los tienes, ¿por qué?

—Porque tú, y yo, y todos, somos un poco como peregrinos errantes en el desierto, y los sueños, espejismos. Espejismos que avivan nuestra sed sin apagarla. Por la sed sabemos que aún estamos con vida.

—Odio tu proyecto, me dijo una de las últimas noches. Lo detesto. Tu viaje acabará con todo, dijo, y se puso a llorar.

Al decir esto don Hernando baja la cabeza que queda colgando como una rama quebrada. El viento sacude con furia las tablas del refugio y gime por cada rendija. Entre aquel paisaje de sombras acurrucadas, veo muy cerca nuestro a Andrés de San Martín.

—Cuando estabais juntos, ella abrigándote con su calor, tú oliéndola, respirando al mismo ritmo, cual mansas bestias echadas al sol, ¿llevabas el arnés puesto?

—¿Por qué preguntas eso?

—Tú sabes a qué me refiero.

—Es una mujercita llena de ternura. Muy cariñosa. Mimosa como un animalito, sí. Tanto que a veces me daba miedo.

—¿A qué le temías?

—Temía quedarme en tierra, donde solo crece la resignación.

—Porque tú eres de éstos que prefieren el sabor engañoso de los sueños, muy dulce al principio, pero más amargo que la resignación al final. ¿Hacías el amor con la coraza puesta? —agrego.

—No te hagas el tonto.

—¿Sabes lo que creo a veces? Que eres como una cebolla: bajo una capa solo hay otra capa y bajo esa, otra capa y así sucesivamente.

—Tú no me conoces.

El viento azota en ráfagas que se anuncian con un estrépito lejano antes de ensañarse con las tablas del refugio. Luego se aquieta un poco, y en sus intervalos, crece el rumor del mar.

—¿Lo oyes? —pregunta él. Yo asiento con la cabeza—. Escúchalo —dice—, el mar es una puerta abierta, un camino que se pierde a lo lejos, la nave que vemos alejarse del puerto, una mujer que espera.

—Y la tierra es una tarde de lluvia junto al fuego, una cacerola que humea, un niño que busca una caricia, un pan caliente.

—Todo a la luz oscilante de una vela que se consume.

Yo siento en mis oídos el batir incesante y eterno de las olas y callo. En ese instante una mano se aferra a mi brazo y me lo sacude. Andrés de San Martín está a mi lado. Su boca vacía se abre y se cierra en un esfuerzo estéril. Sus grandes ojos negros quieren decirme algo. Hay miedo, angustia, no lo sé. Alertado por sus gestos desesperados don Hernando se incorpora, y al ver al astrólogo, su expresión se torna sombría.

—Dile que si no se aleja de mí, lo mataré.

Yo me desprendo de la mano que atenaza mi brazo y le hago señas de que se vaya. Solo señas, como si fuera sordo también. Tan imperceptiblemente como se acercó, el cosmógrafo empieza a alejarse.

—Ahora veo la casa de nuevo —digo yo—. Creo que no miré bien la otra vez. Ahora veo al pequeño, he sido un tonto. Allí está, en brazos de su madre. Silencio. No hagas ruido. Míralo, cubierto con un rebozo. Moviendo las manitas como si en sus sueños peleara contra algo. Te diré una cosa: toda esa pequeña cosa exhala una tibieza que llena la habitación, la rebose, y se vuelca a la calle, y se desparrama por los campos, y los ríos la llevan al mar.

—¿Se ha marchado el astrólogo? —pregunta él.

—¿Por qué le temes?

—Creo que cometí un error, ahora ya no podrá mudar de opinión. Yo mismo me negué esa posibilidad cortándole la lengua.

—¿Y si recuperara el habla y volviera a decirte algo malo?

—Entonces creo que se la volvería a cortar.

—¿Qué fue lo que te dijo?

—De cualquier manera —dice al cabo de una pausa—, ¿yo qué podía ofrecerle? Apenas un breve simulacro de la vida en tierra.

—¿Amor?

—Es una palabra grave, importante. No me gustan las palabras así.

—Te lo diré de otro modo: ella junto a ti se siente un poco menos sola. Tú, un poco menos perdido. Y ambos un poco menos acorralados.

—Mientras...

—De acuerdo, mientras. Pero mientras, ella tiene un motivo para enfrentar cada día. Para llegar al final y esperar el siguiente. No creas que es poco. Gente habemos en este mundo para quienes cada día es una travesía más difícil e incierta que esta que nos lleva hacia el Maluco.

—Ni siquiera estábamos mucho tiempo juntos. En realidad fue muy poco lo que le di. No por egoísmo, sino por incapacidad. Siempre he sido muy torpe en tierra.

—Tú sabes que no fue poco.

—Ahora ha quedado desamparada.

—Con un puñado de sueños metidos en el bolsillo del delantal como única herencia. Con ellos más que con leche, amamantarán los niños. Lavarán la ropa. Los echarán en las cacerolas. Se abrigarán los pies. Serán leche, jabón, sal y zuecos. Y también un bastón en el que apoyarse para seguir adelante cuando las piernas flaquean. Y un escudo que los protege. Un techo y una puerta.

—Una casita de juguete —dice él—. Pero déjate ya de palabras. Palabras. Abusas de las palabras y me contagias y me haces creer en ellas. Pero las palabras son huecas cuando los gestos que les dan sentido pertenecen al pasado.

—¿Acaso tú no la llamas a distancia? ¿No conjuras su imagen con mis palabras? ¿No vuelas con ellas hacia allá?

Él se queda pensativo un instante.

—Cerciórate de que el astrólogo no esté cerca —dice.

—¿Qué te dijo?

—Cuéntame cómo huele el niño. Me gusta el olor de los niños.

—Huele a la flor del manzano en una tibia tarde de primavera —digo—. Y también huele a leche cuajada y un poco a orines. Pero predomina la suave fragancia del manzano.

—¿Y ella?

—A soledad.

—No sé cómo huele la soledad.

—Huele un poco a mar, a brea, al lienzo de las grandes velas.

—¿Y yo?

—Tú a especias. Y también a soledad. Y un poco a la flor del manzano.

Don Hernando se ríe, y aquel inesperado y desacostumbrado sonido, agita las sombras del recinto que se vuelven al mismo tiempo hacia el oscuro rincón del que proviene. Entonces, mientras el capitán continúa riéndose y me llama embustero, gran embustero, aquellas siluetas silenciosas se echan a reír también y un espasmo recorre aquel paisaje de hombres amontonados como bestias en el suelo del cobertizo. Por un instante la risa crece y ahoga el ruido del viento y el estruendo del mar. Todos nos reímos, hasta Andrés de San Martín que lo hace sin sonido alguno.

* * *

Hasta que un día cesaron las nevadas y esperamos varios y ya no recomenzaron. Y luego comenzó a amainar la furia del viento, aunque siguió quejándose como una gran bestia herida; y

poco a poco y sin que quisiéramos admitirlo, los días empezaron a diferenciarse de las noches y el cielo a iluminarse de una luz espectral.

Entonces una tarde oímos sobresaltados que golpeaban a la puerta del refugio.

Nos miramos sorprendidos y sin saber qué hacer. Nadie se atrevía a abrir ni a preguntar nada. Los golpes se repitieron y don Hernando sin abrir la boca, hizo señas de que acudiéramos.

Allí, en el vano de la puerta, recortándose contra un cielo gris y sucio, había dos figuras cubiertas con harapos y que apenas podían sostenerse en pie. Nos costó reconocer en aquellos fantasmas a dos de nuestros compañeros de la Santiago y, por la forma en que nos miraban, creo que a ellos también. Se quedaron allí en la puerta, viéndonos, hasta que alguien dijo:

—Pero, tú eres Bartolomé... Bartolomé García...

Entonces el aludido rompió en sollozos, y tambaleándose se arrojó en brazos de los que tenía más cerca. Lloraban ambos como dos niñas, cuando el que había quedado en la puerta, dijo con voz apenas audible:

—Y yo soy Pedro Brito —mientras sus ojos buscaban con desesperación un rostro amigo, pero se desplomó antes de que pudiéramos agarrarlo.

Estaban tan extenuados que apenas pudimos hacerles tragar un poco de vino caliente con azúcar, antes de que se sumieran en un profundo sueño.

Toda la noche desfilamos por turnos junto a la cabecera de los camastros que habíamos colocado junto al fuego, acariciándolos o simplemente mirándolos, pero sin atrevernos a despertarlos pese a la ansiedad por saber qué había sido de la Santiago.

A la mañana siguiente, apenas abrieron los ojos, les alcanzamos una ración doble para cada uno. Pedro Brito se lanzó sobre la escudilla como un perro hambriento. Bartolomé parecía ausente.

La tomó entre sus manos, como calentándoselas, y nos miró con ojos vacíos. Nadie se atrevía a preguntarle nada. Entonces su mirada se detuvo en el capitán general y con voz quebrada dijo:

—Nos envía Juan Serrano pues desea que le digáis quién ocupa ahora el trono de España para tomar en su nombre posesión de unas tierras al sur de aquí.

Hubo un instante de silencio en el que nos miramos sorprendidos.

—¿Entonces Serrano está con vida? ¿Y los demás? —pregunta don Hernando.

—Benito se ahogó. Solo él.

—¿Y qué demonios hacen? ¿Por qué no han regresado como les ordené? ¿Es que se han vuelto locos?

—El capitán Serrano dijo que debíamos permanecer en el sitio para recoger los restos del navío y las mercancías que el mar arrojaba periódicamente a la orilla. El maestre Baltasar dijo que era insensato. Que moriríamos de frío y de hambre. Pero el capitán insistía en que era su nave y que nadie le diría qué hacer con ella. «Tu nave está en el fondo del mar», le decía. Y él se enfurecía. «No tenemos adónde ir, así que nos quedaremos junto a la nave», replicaba Serrano. «Pero tu nave ya no existe», insistía el maestre. «La has perdido.» Entonces el capitán sacó el puñal y se lo clavó en un brazo diciéndole: «Será en el cuello la próxima vez».

—¿Qué le ocurrió a la Santiago? —pregunta don Hernando.

—Fue como a veinte leguas de aquí, después que estuvimos pescando y cazando lobos marinos en un río que él llamó de Santa Cruz. Nos cogió un temporal que le rifó todo el velamen y se llevó el timón. Era como un barco de papel que ha estado mucho tiempo en el agua. Se deshizo como un melón. Cuando éramos niños pateábamos los melones de un vecino para verlos estallar. Fue contra unos escollos muy cerca de la costa, así que nos salvamos todos excepto aquel esclavo de Juan Serrano. Él no sabía nadar.

—Pero ¿por qué no regresasteis todos, o mandasteis una partida en busca de ayuda?

—Cuando se acabaron las provisiones comíamos algunas yerbas y mariscos, si los hallábamos; y no teníamos más bebida que el hielo, al que había que machacar para obtener una magra ración. Pero él decía que no abandonaría la nave. Y nos pasamos sabe Dios cuánto tiempo recorriendo la costa pese a la gran debilidad que padecíamos, atentos a cuanto el mar arrojaba. Recogíamos cualquier trozo de madera, pedazos de jarcias, una tina, una escudilla, una cuchara de madera. Todo había que recogerlo y enseñárselo al capitán que estudiaba cada trozo largas horas, como reconstruyendo en su cabeza la nave entera. Vivíamos tan pendientes de aquella nave que el mar destroza-ba ante nuestros ojos, como cuando navegábamos en ella. Con los restos que salían a la playa improvisamos un refugio para protegernos del frío y de la nieve. «Ya veis cómo la Santiago no nos abandona», decía él. Un día llegó a la orilla uno de los pa-los y él dijo que con aquello haría una cruz que plantaría en una montaña cercana, pues quería tomar esta tierra en nombre del rey de España. Así que el carpintero Ripart tuvo que improvisar una, había perdido casi todas sus herramientas; y cuando estuvo pronta y el viento amainó un poco, marchamos en procesión ha-cia aquella cima. Éramos una triste procesión, señor. Estábamos muertos de hambre, entumecidos hasta el alma, y sin embargo nos movíamos en fila bajo aquella luz fantasmal, como violeta, de aquellos parajes, siguiendo la cruz. Entonces el capitán dice una oración y mientras con las manos congeladas algunos pugna-mos por clavar la cruz entre dos rocas y asegurarla con piedras, él toma posesión de estas tierras en nombre de; y al llegar a ese punto se detiene.

Serrano, el que jamás duda, se detiene, Alteza, porque, se-gún Bartolomé, no sabe en nombre de quién tomar posesión de

aquellas tierras. Han perdido todos los relojes en el naufragio, y como en aquellas latitudes la noche y el día no se diferencian y es todo una monótona penumbra, ignoran cuánto tiempo llevan aguardando los despojos de la nave. Y Juan Serrano se plantea la duda de si aún don Carlos está en el trono de España o si alguien le sucedió y por quién debe jurar. Entonces en voz baja le pregunta al escribano, que por ser hombre docto en cuestiones administrativas debe saberlo. Pero no lo sabe y dice que ni siquiera tiene noción de cuánto tiempo hace que salieron de España las naves, pero que sin duda hace mucho, pues todos los males que han pasado lo indican, y que por lo tanto él no puede afirmar si se debe jurar por Vos, o por vuestro sucesor. Pronto se generaliza la duda y al pie de la cruz todos discuten quién ocupa el trono de España. Y alguien pregunta por qué seguir consumiéndonos en estos parajes cuando ni siquiera sabemos si aún servimos al mismo rey que impulsó la empresa. «Servimos al rey de España, quien quiera que sea —dice el escribano—. Pero pudo ocurrir que España y su corona hayan pasado a manos de un rey extranjero, a causa de una guerra o de una boda, y que ya no tengamos a quién servir. O que nuestros servicios sean ahora contrarios a los del nuevo monarca». Todo esto discute mientras el carpintero espera el juramento de Serrano para grabar vuestro regio nombre en la cruz. Pero el capitán de la Santiago no se decide, y envía finalmente a dos hombres en busca del campamento de don Hernando para consultar con él la cuestión, y que decida.

—Así que hicimos este trabajoso viaje a pie, por esta tierra inhóspita y baldía, para que vos decidáis en nombre de quién tomar posesión de aquellas tierras.

El capitán parece vacilar y de pronto aquella duda de Serrano deja de parecernos absurda y se nos antoja hasta legítima.

* * *

Una mañana o a la otra, asomó por entre la gruesa capa de nubes un sol pálido y oblicuo que llenó el refugio de una luz inesperada; entonces ya no nos importó saber quién regía ahora nuestros destinos.

Nos habíamos acostumbrado a aquel cubil que creíamos conocer hasta en sus mínimos detalles y, de pronto, desaparecía la penumbra y todo cambiaba. Veíamos ahora toda la dimensión de nuestra miseria y no podíamos creerlo. Había en el suelo despojos de toda clase. Había restos de comida, improvisados nidos de paja, un colchón con el lienzo rasgado que exhibía sus entrañas, armas, platos de madera, cucharas, un peine, cartas empezadas con el encabezamiento apenas, excrementos, el barco de juguete de Hijito, y hasta el cadáver de un compañero que había muerto en silencio sin que nadie se diera cuenta. Entonces percibimos por contraste con el aire fresco que entraba ahora por la puerta, el olor hediondo de nuestra cueva. Todo apestaba allí a desesperación. Aquella luz fría que invadía la barraca nos revelaba aspectos desconocidos de nosotros mismos. Había todavía algunos rincones oscuros y llegamos a sentir verdadero terror ante ellos. Así que salimos.

El aire afuera era refrescante. El mar volvía a tener color a mar, y en las barrancas lejanas, entre restos de nieve, había manchas de verdura. Aquella playa maldita, bañada por una luz tan suave y tan nueva, resultaba hasta amable, acogedora.

Entonces, sin que nadie dijera nada, como quien teme romper un sueño, fuimos volviendo lentamente a la vida. Y nuestro primer acto volitivo en tanto tiempo, fue ir a ver las naves.

Allí estaban todavía. Esperándonos con la paciencia de una mujer que ama. Parecían cuatro perlas negras incrustadas en la arena y eran para nosotros mucho más valiosas. Así que corrimos a su encuentro como locos enamorados.

Las pobrecitas estaban maltrechas. La herrumbre había corroído los metales. El hielo había deformado o rajado los maderos.

Los espantapájaros que habíamos colgado para proteger los cabos de las aves, habían perdido el relleno y aparecían tristes y desflecados, balanceándose con el viento como ahorcados. En la nave capitana habíamos colocado una armadura rellena de estopa que daba contra el palo produciendo un sonido triste, como a campanas rotas. También los obenques de la Trinidad se habían roto y pendían grises y deshilachados del palo mayor. Los pájaros habían vuelto e indiferentes a aquellos monigotes, anidaban en la Concepción que bullía con el batir de las alas, el trajín amoroso de las madres y el piar de sus pichones. La San Antonio se veía escorada porque se habían quebrado dos de las vigas que la apuntalaban.

Pero estaban enteras. Estaban vivas. Podrían volver a flotar. Y eso era cuanto nos importaba. Porque nosotros las queríamos.

Y andábamos entre ellas, mirándolas como se mira a una mujer querida que duerme a nuestro lado en el silencio de la noche, cuando vimos aquellas huellas en la nieve. Eran sin duda huellas de unos pies humanos y todos nos miramos asustados, porque eso quería decir que en este mundo al que creíamos vacío...

«Sin duda está deshabitado», decía Bartolomé, pues ellos habían andado cien millas sin encontrar rastros de seres humanos. Y en las noches que siguieron, mientras que en el interior del refugio comentábamos el hallazgo, desechando por el tamaño de aquellos dos pies que pudiera tratarse de otro sobreviviente de la Santiago, tejíamos las más diversas hipótesis sobre el origen, la naturaleza, y el aspecto de aquel ser misterioso.

Las huellas de sus pies volvieron a aparecer, ahora en torno a nuestro refugio. Venían de tierra adentro, pero no podíamos saber de dónde porque desaparecían en el suelo endurecido por el frío, todavía medio congelado; y luego aparecían en la arena que

rodeaba la barraca, yendo de una ventana a la otra de las dos que teníamos.

Así que comenzamos a sentirnos espiados, vigilados, y trancamos la puerta e improvisamos cortinas y nos quedamos días y noches enteras de guardia sin poder descubrir al responsable de aquellas huellas que, sin embargo, volvían a aparecer cuando menos lo esperábamos.

Y las preguntas eran siempre las mismas: ¿Qué se proponía? ¿Por qué nunca se mostraba? ¿Era que tenía miedo de nosotros o nos observaba como a insectos en una trampa? En realidad la sensación que predominaba era esta última, porque él podía ir y venir, aparecer y desaparecer libremente, y siempre estaríamos nosotros allí, como en una trampa.

* * *

¡Marchar hacia el sur! Pero no nos importa, porque cualquier rumbo es mejor que esta inmovilidad que parece eterna por absoluta. Cualquier cosa que signifique un cambio en este presente. Estábamos tan hastiados. Tan llenos de asco. Y tan muertos. Pero vamos a hacernos a la mar otra vez, y uno siente cómo, dentro del pecho, la esperanza vuelve a extender sus guías y se aferra al alma y a la mente como esas enredaderas que, hundiendo sus raíces entre el polvo de los huesos, se aferran a las viejas tapias de los cementerios.

Y no nos damos tregua. Unos carenan las naves hasta que las manos sangran, entonces otras manos sustituyen aquéllas, hasta que poco a poco, bajo la maraña de algas y balanos y conchillas y pequeños cangrejos y diminutas caracolas blancas, van asomando los viejos robles de la tierra castellana. Heridos por las olas, mordidos por la sal, llenos de cicatrices; pero todavía enteros y ansiosos por seguir. Así que los carpinteros no se dan descanso,

y resuenan los golpes de martillo y el murmullo de las sierras en toda la playa. Y surgen, cepillados y reforzados, los mástiles. Se embrean los obenques. Se enseban las jarcias. Se ajustan los cabos. Se cambian los cables de las anclas y se agregan orinques y boyas. El herrero pasa la noche junto a la fragua reparando cadenas, dando forma a los aferravelas, calzando herramientas, haciendo ganchos. Con el torso desnudo y la piel sudorosa que refleja los resplandores rojizos de las brasas, Pero Pérez vocifera a sus ayudantes reclamando una tenaza, una varilla, un mazo; y se agita como un ser sobrenatural, empuñando un hierro candente sumergiéndolo en el barril del agua, de donde quita otro que vuelve a golpear. Él es el amo absoluto ahora y compenetrado de su importancia, rechaza el descanso y la comida, tensos los músculos y fijos todos sus sentidos en la labor. Nos dormimos arrullados por el ritmo de sus martillos y despertamos de madrugada, escuchando repicar los golpes en el yunque con un sonido como de campanas al vuelo. A ratos aquel percutir cesa, y entonces, en el silencio de la noche, se oye a los fuelles respirando como bestias furiosas.

La bahía toda huele ahora a hierro candente, y a estopa, y a sebo, y a las grandes lonas secándose extendidas al sol, y a madera aserrada, y los vapores que se desprenden de la gran caldera en la que se cocina la brea, se adhieren a la piel y a las ropas sofocando el tufo salobre del mar.

El trajín aumenta día a día a medida que se sujeta la obenca dura a las cofas, y se envergan las velas, y se refuerzan las relingas, y se enseban los cabos de los puños y las escotas, y crece la maraña de jarcias, y las naves poco a poco recuperan su abigarrada y familiar geografía.

Y no hay nadie que permanezca ajeno a aquel entusiasmo por partir.

Solo don Juan de Cartagena, que no va a partir.

El veedor consume sus horas observando la multitud de pájaros que llegan ahora de todos los rincones del cielo para aparearse y anidar en la playa.

Indiferente al viento y al frío, don Juan pasa cada uno de sus últimos días en aquel inhóspito promontorio que domina la costa, estudiando las costumbres de los pájaros y escribiendo sobre ellas.

—¡Llévame a mi puesto! —ordena al primero que ve al despuntar el alba.

La mayoría no le presta atención, otros, irritados por el tono autoritario, soberbio, del que fuera veedor de la flota, le responden con una palabra soez o una burla cruel. Pero él no se da por vencido e impertérrito continúa repitiendo la orden hasta que consigue quien, por piedad o por costumbre, le cargue hasta su sillón en lo alto del promontorio.

Acicateado por la curiosidad, decido una mañana acercarme a su atalaya.

Sigiloso y perplejo avanzo entre los nidos. Nidos en forma de cono, nidos bajo tierra como las catacumbas, nidos simples entre los pastos, nidos clásicos en las ramas de los arbustos, nidos en las rocas, nidos en la arena; por todas partes nidos. Nidos surgidos de la nada, en un instante. Porque os aseguro que durante los dos meses que pasamos en el refugio no había en estos parajes más nidos que nuestras cuatro naves, que eran nidos vacíos; ni más pájaros que la cabeza de Gaspar en la pica, que era como un pájaro embalsamado. Todo estaba vacío y muerto entonces. Hasta que de pronto, sale el sol, se alarga el día y, de todas partes, solos o en bandadas, pero seguros del rumbo que conduce a sus nidos, empiezan a llegar.

¿Qué misteriosa mano los guía a este lugar y no a otro?, me pregunto mientras avanzo lentamente, cuidando cada paso. ¿Qué fuerza secreta los trae de regreso al lugar donde vieron la

luz, con el único propósito de continuar el ciclo de la especie? Aquí es donde cada nueva generación ensaya el mismo ritual de las que las precedieron, me digo observando los plumajes brillantes por el cielo. Viendo cómo se repite idéntica la ceremonia de cortejo, parecida a la de las palomas de mi pueblo. Y la construcción puntual de los nidos, como las garzas de Bustillo. Y la incubación de los huevos, que me recuerda a las cigüeñas de mi tierra. Un rito oscuro y milenario, siempre idéntico a sí mismo, igual aquí que en mi pueblo. Una ceremonia a la que ninguno de ellos puede faltar. Una cita con el orden natural.

Tan abstraído iba en estas cavilaciones que sin quererlo tropecé y caí sobre unos nidos. Entonces en un instante la multitud estalla en un clamor ensordecedor, se despliega como una vela al viento, sube en el cielo y oculta el sol.

Impresionado, Juanillo estaba por retroceder ante aquella legión de ángeles enloquecidos, cuando oye la voz de Cartagena que dice:

—No temas y ven acá. En cuanto te quedes quieto regresarán a sus nidos y se olvidarán de tu presencia.

—Si no es que les tema, señor —digo subiendo los últimos tramos—. Si de muy pequeño me han gustado los pájaros y no había nido en mi pueblo que escapara a mi inventario. Si hasta los revisaba cada día, esperando ansioso el momento de ver nacer los pichones.

—Haz silencio —dice él cortando mi verbosidad con un tono a la vez autoritario y amable.

Ambos nos quedamos mudos. Poco a poco los pájaros regresan a sus nidos. Se agrupan en bandadas según su especie. Cada una parece tener bien delimitado su territorio, pero cada grupo está muy cerca del grupo vecino, y cada individuo, de los de su propia especie; de suerte que el promontorio, y las rocas adyacentes, y la playa, y allá abajo la barra del río, aparecen cubiertos

palmo a palmo de aquel extraño tapiz de plumas que bulle y se agita como si la pulsión de la vida que han venido a perpetuar, se transmitiera de uno en otro en todas direcciones. Y todos aquellos seres palpitaban al unísono produciendo un sonido que no era de este mundo. Sus voces eran de una variedad infinita: semejantes a rebuznos, cloqueos, chillidos como de vieja, graznidos, silbidos, maullidos, gritos entrecortados, gemidos; todos se entrecruzan y se superponen en un coro infernal. Un coro que crece hasta el paroxismo cuando algún intruso merodea entre los nidos.

—Hay algo diabólico en ese clamor —digo—. El suyo es un lamento como de ángeles caídos.

Don Juan se queda pensativo, fijos los ojos en la San Antonio que se mece en el centro de la bahía, mientras un hormiguelo de hombres recorre las cubiertas y la arboladura. Están envergando las velas y al desenvolverlas, flamean y se agitan como grandes alas, y se llenan de luz cuando las alcanza el sol.

—Te diré un secreto —dice Cartagena—, ellos son dioses en este mundo sin Dios.

—Es que esta es su tierra.

—Aun para esos grandes pájaros que jamás se posan en tierra —replica don Juan señalándome un gran albatros que despliega sus alas y, aprovechando el viento, planea inmóvil, volcando ligeramente el cuerpo hacia uno y otro lado, describiendo de cuando en cuando grandes círculos en planos verticales u oblicuos, y deslizándose suavemente por sus líneas hasta cerrarlos—. Míralos allá atrás —dice Cartagena—. Son tan torpes en tierra como las naves fuera del agua. Apenas si pueden desplazarse, porque sus grandes alas se convierten en un estorbo. Como mis muñones —agrega riéndose.

Al mirar sus piernas advierto que tiene un libro en el regazo. Y por salir de mi embarazo, le pregunto qué lee.

—Es solo un libro de aventuras.

—¿Una novela de caballerías, el *Amadís* tal vez?

—Es una antigua novela de aventuras en el mar—dice él con desgana—. Ya sabes: viajes a tierras remotas, peligros sin fin, todo eso.

—¿Me han dicho que escribes sobre los pájaros?

Él asiente con la cabeza.

Creía que eras un guerrero...

—Lo fui. Ahora soy un prisionero, de ahí los pájaros...

—Pero hasta prisionero eres un privilegiado, pues tienes todos los pájaros del mundo.

—Los pájaros del mar. No olvides que también fui un navegante. Y a propósito, ¿cómo van los trabajos en la San Antonio?

—¿Echarás de menos tu nave? —pregunto.

—¿Sabes que estos grandes pájaros del mar jamás mueren en los lugares donde tienen sus nidos? Hay miles aquí, y no verás ni uno solo enfermo, o viejo, y mucho menos muerto. Como si supieran que han cumplido un ciclo y deben emprender su último viaje.

—¿Hacia dónde?

—Hacia ninguna parte. Eso no importa. Simplemente salen a volar, surcando el cielo del océano hasta que caen exhaustos en una playa perdida.

Yo me quedo mudo y pensativo observando los grandes pájaros, él mira las naves.

—Me han contado que embaucas al capitán con fingidas visiones —dice al cabo de un rato.

—¿Deseas oír algo de tu casa?

—No, gracias, guárdate tus patrañas. Esta playa es mi casa.

—¿Sabes?, no eres tan odioso como pensaba. Al menos eres valiente. Lo que es yo, si me fueran a abandonar como a ti en esta playa...

—¿Qué esperabas? ¿Que me pusiera a llorar, a implorar clemencia a los pies de tu amo?

—Yo lo intentaría todo.

—Fíjate en el cura —dice—. Anda como una sombra, contemplando mudo los preparativos en las naves. Parece una de esas locas que hay en los pueblos, de las que todo el mundo se mofa y los niños les arrojan piedras. ¿Prefieres eso? Míralo.

Absorbido por la charla y el alboroto de los pájaros, no había reparado en Sánchez de Reina que con el hábito raído y sucio, y el rostro surcado por profundas arrugas, se mueve como un fantasma, con aire ausente, a pocos pasos de distancia. Tiene el aspecto de una cosa vieja, algo así como la imagen descascarada de un santo en una iglesia abandonada.

—¡Olvídalo —le grita Cartagena—, no vas a regresar a tu parroquia! ¡En ese pueblo tú ya no existes! —Y luego dirigiéndose a mí: —¿Ves allá abajo, en la playa, aquella colonia de gaviotas? Son excelentes voladoras también, y además caminan en tierra con soltura, pero son más cautas que las grandes aves, nunca se alejan demasiado de la costa donde tienen sus nidos. Cortas excursiones, ya sabes; pero nada de grandes viajes.

—Yo cuando sea pájaro seré gaviota —digo.

Don Juan se ríe.

—Ahora déjame leer un poco, quiero terminar este libro cuanto antes.

Yo me alejo en silencio, pero al descender del promontorio hacia la playa, en medio del clamor ensordecedor de los pájaros, escucho la voz de Cartagena que me grita:

—¡Lo lamento por ti, que no estarás para cuando nazcan los pichones!

* * *

Una mañana, después de reunirse con los nuevos capitanes, mi amo dio la orden de prepararse para zarpar.

Las complicadas maniobras se realizaron con un entusiasmo tan infantil que en pocos instantes, mudos y con las bocas abiertas, contemplamos sobre nuestras cabezas el hechizo de las grandes velas desplegadas al viento. Fue como si las naves de pronto florecieran. Aquellas velas eran blancas como pechos de mujer, inmaculadas como las sábanas que cuelgan de los balcones en las mañanas pueblerinas, flamantes y perfumadas como el ajuar de una novia. Pendían del cielo como lunas llenas, flameaban con sonido de banderas allá arriba, semejaban encajes de Flandes primorosamente cosidos a las vergas; y estaban ávidas de viento, desesperadas por hincharse como una recién casada. Jamás contemplasteis, Alteza, un espectáculo igual. Y nosotros no éramos marineros, éramos un puñado de locos, enamorados de las grandes velas. Parecíamos abejas libando entre aquellos enormes pétalos de lienzo blanco. Nada podía escapar a su embrujo, ni siquiera las propias naves. Los aparejos cimbraban y cada madero recobraba la vida, como si la savia volviera a correr por sus vasos al cabo de aquel largo invierno. La Trinidad se escoraba y se estremecía como una mujer rendida. La San Antonio, furiosa, embestía las olas parecida a un toro. La Concepción, que estaba en una parte más resguardada de la bahía, se mecía como una cuna. Y la Victoria rolaba sobre sí misma como una loca.

Entonces don Hernando mandó tensar las jarcias. Chirriaron las poleas y, súbitamente, las velas se hincharon. Hubo una sacudida brusca de los palos. Un crujir de maderas y pernos en todo el casco, y la San Antonio, de vientre negro y alas blancas, salió abriendo la marcha.

El sol comenzaba a bajar sobre aquella playa de arenas negras, buscando alguna cueva en la tierra inmensa y baldía que había detrás, para ocultarse de la noche.

El cura corría como una sombra, hacia uno y otro lado de la playa, como buscando también dónde esconderse. Sobre el sombrío promontorio, don Juan permanecía inmóvil, rodeado de pájaros silenciosos.

Las naves se alejan, y aquel miserable refugio de nuestras penas grandes se empequeñece y se torna irreal, inverosímil. Apenas se distingue la pica en la que queda la cabeza de Gaspar el Hermoso, y parecen de juguete las cruces que señalan el lugar de los muertos que dejamos.

Nos alejamos de todo aquello con el alivio y la angustia con que se sale de una pesadilla.

* * *

A la mañana siguiente, las condiciones para la navegación comenzaron a empeorar. El cielo se cubrió de nubes negras, y un viento fuerte y helado soplaba con furia creciente del sur.

Esa tarde el mar blanqueaba como leche hervida, volaba la espuma en grandes copos y las olas barrían sin cesar las cubiertas.

La Trinidad se cimbraba como una vara de mimbre.

Parecía partirse en dos cada vez que quedaba, por un instante, balanceándose en la cresta de una ola. Pero resistía, y caía en un pozo que no tenía fondo, del que otra vez volvía a emerger, chorreando espuma, como un caballo triunfador en la carrera.

La fuerza del mar aumentaba más y más y ya no había quien gobernara las naves a merced de su furia. Las velas comenzaban a rasgarse y era imposible maniobrar con ellas. Los palos se doblaban como arcos, reventando los obenques y amenazando con quebrarse. Había que encontrar un abrigo o la flota entera se iría a pique. Entonces nos acercamos a la costa y cuando divisamos un gran río, empleamos nuestras últimas fuerzas en poner las proas en aquella dirección.

Al acercarnos, vimos en un monte cercano la cruz que Serrano no sabía a quién dedicar.

Tal vez fue eso lo que decidió al capitán. O quizás solo buscaba un nuevo pretexto para no tener que enfrentarse a la verdad y continuar aferrado a su loco sueño de encontrar un paso al mar del Sur (cosa que parecía imposible a esta altura). No lo sé. Lo cierto es que. A solo dos días. De navegación al sur de San Julián. Y. A solo dos grados del estrecho. (Cosa que, por supuesto, vinimos a saber después.) Decidió hacer. Un nuevo alto. En el triperío mismo. Del invierno.

Ahora decidme, Altísima Majestad, ¿cómo miráis por vuestros súbditos, vasallos y siervos, que permitís que pase una cosa así? Porque otras cosas, como el hambre, la miseria, las guerras y hasta la muerte podrían tolerarse, razonando que son secretos los designios de vuestra alta monarquía y que a la postre todo será para bien; pero permitir que a solo dos días del estrecho nos detuviéramos nuevamente a esperar a que los rigores de la estación se atenuaran, eso no puedo perdonároslo. Y sé perdonar. He aprendido a golpes a creer en la misericordia, la única esperanza que nos queda a los débiles de este mundo. Puedo perdonaros el haber nacido enano y judío, sin padre y de madre puta, y haber visto a una hermanita de meses morir de hambre y de frío, y haber estado toda mi vida a punto de morir por las mismas causas, y hasta el haberme engañado, a mí, pobre desgraciado, menos que una gallina, simple truhán de pueblo, llenándome la cabeza y pudriéndome el alma con un pregón lleno de sueños; pero haber permitido un nuevo alto en la marcha, cuando solo debíamos seguir un poco más, eso no.

¿Acaso podéis imaginaros insensatez mayor? ¿Podéis hacerros una idea de la congoja y el desespero que semejante decisión desató entre los integrantes de la flota? ¿Podéis daros cuenta de lo fundado de nuestra desazón? En mi modesta opinión, no podéis.

Porque Vos nacisteis entre púrpuras y apuesto a que ni siquiera asomasteis a la luz pegoteado y sucio como cualquiera de nosotros, sino inmaculado y soberbio. Y no disteis un berrido cuando el aire de este mundo llegó a vuestros pulmones, sino una orden. Y os abrigaron con armiños, y obligaron al sol a calentar para Vos. Y tuvisteis por nodriza a las arcas más ricas de las naciones de Europa, y erais tan tragón que a poco las secabais y había que conseguir una nueva a la cual concederle el honor. Y de párvulo jugasteis en la sala del Consejo con las coronas y los cetros acumulados por varias generaciones de antepasados. Y vuestros berrinches eran decretos que medio mundo se apresuraba a obedecer. Y en vuestros caprichos, arrasabais o construíaís pueblos con la misma fácil inconstancia con que un niño lo hace con maderitas de colores y figuritas de arcilla. Y ya zagal, hechos los ojos al brillo del oro, y la boca al sabor de las especias, y la piel al roce de la seda, y la nariz al perfume de las cortesanas, y el oído a las voces de sumisión, heredasteis el rebaño que jamás haya tenido pastor alguno y no contento con eso, os disteis a incrementarlo. Y cuando ya viejo, ahítas vuestras ovejas de paz y justicia y bienestar, decidisteis que habíais cumplido, os retirasteis a un silencioso monasterio, blanco y calmado, con un huerto umbrío y una fuente cantarina, y discretos murmullos en latín, y fugaces sombras encapuchadas deslizándose por los claustros, y una mesa sencilla con pan moreno y vino nuevo, y una celda blanca y recatada y como único adorno un crucifijo; a esperar sin sobresaltos el tránsito hacia el otro mundo donde tenéis reservado un lugar a la diestra de Dios Padre para toda una eternidad. Amén.

VI

¿Abrumado, Milord? Pues os daré un respiro, que no es bueno fatigar a aquel de cuya gracia depende nuestro sustento, ni nada malo hay en halagar a quien nos lo proporciona. Así que calmaos y escuchad. Al oído, como en un susurro, os digo: la quieta superficie del mar brilla con el color de las esmeraldas que adornan el cuello de la emperatriz en las grandes ocasiones. ¿Queréis que siga? Os digo: las naves parecen incrustadas en este cristal pulido y plano que se junta con el cielo en un brumoso horizonte. Aquel toro furioso que bramaba bajo nuestras quillas, se ha transformado en una apacible y dulce vaca; muda y enigmática bajo la atenta mirada del sol. Un sol deliciosamente implacable, Alteza. ¿Sigo? Un sol de oro líquido, os digo, vertiéndose como miel caliente sobre nuestros vencidos hombros. Corriendo espeso por sobre el dorso esquelético de cada uno de vuestros argonautas. Penetrando con sus finas agujas de ámbar, la piel marchita y sin color. Hasta derramar su melaza ardiente en la misma médula. Un sol que teje telarañas de luz entre las jarcias. Que pinta los palos del más brillante barniz. Que cuelga de las vergas como faroles en la noche. Que blanquea las velas del color de los jazmines. Que inunda las cubiertas y derrama su almíbar en el interior de las naves. Un sol que penetra en el castillo de proa, allí donde se amontonan, húmedos y pegajosos, los raídos

colchones y las escasas prendas que son todo nuestro abrigo. Que se derrama escotillas abajo, colándose en las bodegas que apestan a madriguera. Que se introduce en la cocina que huele a restos de comida rancia, volviendo locas a las cacerolas con sus destellos y poniendo en fuga a las cucarachas.

Entonces, al contacto con esta miel ardiente que el sol derrama sobre las naves como lo hacía mi madre sobre las torrejás humeantes de los días de fiesta, todo vuelve a la vida, como en los días de fiesta.

¿Que de dónde ha salido tanto sol? Pues si os lo dijera, volveríais a estar abrumado. Así que no insistáis. No quiero perder mi pensión, quiero recuperarla. ¿Por qué no me dejáis que os hable de la falta de vientos? Yo os digo: aquella fuerza que un día nos había arrancado los muelles, y con ellos las madres llorosas, las mujeres solas, los niños y su asombro, los curiosos y su indiferencia. Aquella fuerza que arrastraba cada vez más lejos a las torres resplandecientes y a las banderas de Vuestra Majestad que flameaban sobre ellas. Que se llevaba la gran catedral, los alcázares, las murallas, las cien torres y campanarios de Sevilla la roja. Aquella fuerza que todo lo empequeñecía. Que todo lo desaparecía. Aquella energía celosa y egoísta para la que nada existía excepto las naves. Aquel poder omnipresente del que era imposible sustraerse ni metiendo la cabeza bajo las mantas, porque estaba en el gualdrapeo de las velas, en el chirrido de los goznes y poleas de las jarcias, en el crujir de los palos, en el golpear de las olas contra el casco. Aquella cosa invisible que nos arrastraba, que nos empujaba, que nos impulsaba siempre más allá. Aquella violencia en cuyo seno vivíamos desde nuestra partida. Aquel imperio que gobernaba a su capricho nuestras vidas y de las que éramos esclavos sin escapatoria. Aquello había cesado. Digo que había desaparecido. No hay más. Y al cesar, es como si también cesaran las naves, y la flota vuestra, y el viaje con todas

sus lejanías e incertidumbres. Si hasta este océano inmenso y misterioso queda anulado ahora que el viento ha salido de nuestras vidas. Y se nos antoja familiar. Ha perdido de pronto esa cosa amenazante que tiene todo lo desconocido. Parece como si despertáramos de una pesadilla, os digo. Y la vida parece más real. Se nos antoja más fácil. No sé, pero todo parece más fácil ahora que el viento se ha ido. Si hasta los planes del capitán y los cálculos de Faleiro parecen posibles. Será que el mar, así inmóvil, es tan plácido e inofensivo como un niño dormido, os digo. Será que las velas penden tan serenas como las sábanas en las mañanas de verano, os digo. Y que las naves se mecen como el sillón de mimbre de mi abuela a la hora de la siesta. Y que las jarcias han perdido su tensión y los obenques no son más que torpes líneas destacándose contra el cielo azul, perdido para siempre su aspecto de red pronta a caer sobre la víctima. Y el silencio, Alteza. Será que no se oye ni el más leve ruido, os digo. Que no crujen los cascos. Que no rechinan los palos ni las vergas. Que todo está tan silencioso e inmóvil como en un cuadro.

Entonces estáis muy calmado y yo os digo, al oído, como en un susurro que, desafiando la rutina de a bordo y la tradición marinera, solemos nadar en torno a las naves. Y que el agua fría y transparente aplaca las llagas que el sol abre en nuestra piel, y la sal arde pero cura los tumores con que la humedad ha infestado nuestras espaldas; y todas esas sensaciones calman un tanto los espasmos de las tripas vacías. Y que retozamos como delfines en torno a los grandes cascos y hacemos la plancha a la sombra de las altas popas.

¿Que dónde estamos? Mejor será que lo ignoréis. No me pidáis explicaciones ni detalles, simplemente dedicaos a gozar de esta molicie. Ya os he dicho que de ciertas cosas prefiero no hablar. ¿Acaso olvidáis que vuestro hijo Felipe me quitó la pensión por andar hablando de más? Mirad, si existe un arte es el de

mover a risa, y un artista, aquel capaz de pintar una sonrisa en el rostro más severo. ¿La verdad? La verdad es algo en que solo los tontos y los niños creen. Un espejismo tras el que corren algunos insensatos. La quimera de los débiles. Pero a un poderoso como Vos, qué le importa la verdad. Acaso queréis que os diga que estamos en algún punto del mar del Sur; cerca de la línea ecuatorial a juzgar por el calor. ¿Os dice algo eso? Pues es todo cuanto sé. Es cuanto sabemos todos. Ni el capitán general podría daros más datos.

¿Que cómo llegamos aquí? No me pidáis que os cuente cómo. Órdenes son órdenes, sí. Pero abusáis de vuestra. Si así lo desea Su. Pero, al menos dejadme hablar. Y tened en cuenta que os lo advertí. Vos no querréis oír lo que tengo para deciros. No querréis que os diga que todo empezó en el refugio que Serrano construyó con los restos de la Santiago en el lugar mismo del naufragio. Ni os gustará que os repita que nos detuvimos dos meses allí, pese a que estábamos a menos de dos días de la boca del estrecho; aunque eso nadie lo sabía entonces.

¿Qué refugio? ¿Veis cómo ya montáis en cólera? ¿Qué dejáis entonces para cuando os diga que aquel destartado conjunto de tablones y vigas, tenía en verdad cierto parecido a una nave? Que era como una torpe y burda imitación de. Que parecía construida por niños para sus juegos. Si hasta su arboladura tenía: un trinquete en el que flameaba una bandera desflecada, y el mesana quebrado como un junco recortándose contra aquel lóbrego cielo.

Había también una improvisada toldilla, coronada por un farol aherrumbrado y sin cristales; y allí estaba Serrano, vestido con harapos pero saludándonos con dignidad.

Él y don Hernando se abrazan. Lloran y giran entrelazados de puro contento, como dos niñas que se reencuentran al cabo de los años.

Después nos invita a subir a bordo de la Santiago. Eso dijo. ¿Una broma? No lo creo. Mira, mejor hablemos de. Pues os empenñáis, te diré que el techo era bajo y parecía a punto de desplomarse. Toda clase de maderos formaban su estructura. Los había rectos, con forma de media costilla, dibujando un arco entero. Todos se apoyaban en la parte central de la estructura: una enorme viga que unía ambos mástiles, y estaban fijos al suelo por obenques amarrados a estacas. Desde el interior, el refugio tenía el aspecto de una extravagante catedral, o de un gran esqueleto de ballena.

Ahora, ¿queréis realmente que siga? Pues os diré que estaba oscuro allí y era difícil caminar entre aquel enredo de jarcias y obenques que tenía aspecto de tramoya. Tal vez fue por eso que Serrano nos advirtió: cuidado con los penoles de las vergas bajas. Eso mismo me pregunté yo, Alteza; ¿de qué penoles y de qué vergas habla? Y pronto tuve la respuesta. La parte central de aquella construcción estaba erizada de vergas. Vergas que, quebradas unas y maltrechas todas, cumplían las más diversas funciones. De una colgaba un farol. Otra era utilizada como percha para la ropa de la tripulación. En otra se había colocado una vela a modo de tabique. De aquélla pendían algunas cacerolas. De esta unas pobres cebollas.

«Éstos son los pañoles», dijo Serrano, señalando un rincón donde se amontonaban varias pipas y toneles vacíos. Luego nos invitó a pasar al castillo de popa.

¿Veis cómo ya fruncís el ceño?

Se trataba de una parte del refugio que tenía como techo dos velas cosidas. En el centro había un cabrestante sin los espeques, sobre el que se había colocado una talla del apóstol Santiago. La talla tenía la pintura descascarillada y le faltaba el brazo con la espada, quebrado a la altura del hombro. Serrano se persignó al pasar junto a él y luego, apartando la gavieta que hacía las veces de cortina, nos invitó a pasar a su cámara.

Eso mismo me pregunté yo cuando vi una bitácora sin su brújula y un astrolabio lleno de verdín y, en el centro, una cofa invertida que hacía las veces de mesa y, sobre ella, un reloj de arena vacío y un pergamino deslavado.

Nosotros tampoco sabíamos qué pensar de todo aquello y, mientras tanto, Serrano exponía al capitán sus dudas acerca de quién estaba ahora en el trono de España, y si sería un rey amigo de la empresa.

Entonces, al cabo de un rato, mi amo le corta el coloquio diciéndole que debió marchar hacia nuestro campamento cuando el naufragio. Pero Serrano, disimulando apenas un gesto de contrariedad, sigue hablando de la duda que lo aqueja y reproduciendo los razonamientos que había hecho en ocasión de la frustrada toma de posesión de aquellas tierras en vuestro nombre.

—Era una buena nave —insiste el capitán.

Entonces hay un embarazoso silencio en medio del cual Serrano se pone de pie y hace sonar una campana fija a media viga.

Un instante después entra en el recinto su contraamaestre Tomé y, para nuestro asombro... No, mejor no os lo digo...

¿Qué hizo Serrano? Le preguntó a Tomé si habían examinado las jarcias y embreado los cabos. Después le dijo que se encargara por esta vez de tomar la altura, con todo cuidado, recoméndole; y de anotarla.

¿Qué hizo el capitán? «Era una gran nave la Santiago», repitió. «Lamento lo ocurrido», agregó. Y ¿qué más podía hacer? Estaba estudiando a Serrano. Quizás todavía no se convencía de que aquello iba en serio. Tampoco quería herir a su amigo. Sabía lo que significa para un buen capitán el perder una nave.

Después dijo: «Hay muchas cosas de las que has recogido que nos serán de utilidad. Se diría que el mismo mar que te arrebató la Santiago te la está devolviendo ...». Creo que iba a decir: en

pedazos, o algo así. Pero se contuvo porque en el mismo momento Serrano gritó a Tomé que lanzara la corredera.

Y bien, no querrás ahora que te diga lo que es evidente, que Serrano no solo se negaba a hablar del naufragio sino a admitirlo. Y que la jerga marinera con la que se refería a su refugio y las órdenes que impartía, no eran una broma. Ni una manera de decir que se sentía avergonzado. Sino algo más. Que en realidad creía estar todavía navegando la Santiago.

¿Si estaba loco? Mirad, yo no soy quién para juzgarlo. Cuanto más que casos parecidos he visto a lo largo de mi azarosa vida. Así por ejemplo mi abuela, que hablaba por horas con sus muertos queridos, y era tan sensata en todo lo demás y tan tenaz en eso que yo, a fuerza de oír sus discusiones con los espíritus, llegué a considerarlos como verdaderos integrantes de la familia y a respetar su lugar vacío en la mesa, y su invisible presencia en la silla de junto al hogar. Y saludaba, con cierto temor, lo confieso, a mi abuelo, muerto hacía decenas de años; y hasta le preguntaba cosas a mi tía que había muerto muy joven y era con quien mi abuela más hablaba. Así que la actitud de Serrano, si bien me chocó en principio, se me fue haciendo natural con el paso de los días. Es que a fuerza de escuchar una y otra vez sus recomendaciones de mantener limpia la cubierta, desagotada la sentina, ensebadas las jarcias, lustrados los bronces, y viendo a la gente que corría de un lado a otro cumpliendo sus órdenes, siempre de buen grado, bueno, que no solo se me pegó aquella jerga marinera y acabé por acostumbrarme a aquel simulacro de la rutina de a bordo, sino que hasta comencé a creer que navegábamos en la Santiago. Y os advierto que no fui el único.

No. No nos toméis por tontos, Majestad. Es que cuando uno ya no cree en nada se vuelve tan ingenuo como un niño y acaba por admitir como posible cualquier cosa. Si habíamos creído en tantos espejismos desde que nos unimos a la empresa, que más nos daba ahora creerle a Serrano. A fuerza de golpes

habíamos aprendido a sospechar de las apariencias, así que todo nos parecía posible. Podíamos creer en cualquier cosa puesto que no sabíamos ya cuál era la realidad. Se había mostrado demasiado tramposa, demasiado esquiva, demasiado cambiante. ¡Concordaba tan mal con nuestros sueños, con lo que imaginábamos y creíamos saber! Así que durante aquella interminable espera en el refugio, mientras por las noches el viento destejía aquella mala reproducción que Serrano se empeñaba en tejer durante el día, con las hebras rotas a sus mejores sueños, más de una vez llegamos a escuchar el gualdrapeo de las velas de la Santiago. Y el ruido de las olas estrellándose contra su proa.

Perdón Alteza, pero Vos lo quisiste. Ahora serenaos. Escuchad a Juanillo, vuestro siervo, vuestro hijo, vuestro bebé. Aquí en Bustillo llueve y la lluvia repica en los techos de pizarra con un sonido triste, y los árboles en mi ventana gotean fugaces perlas, y está la calle desierta y la aldea recogida bajo el manto plateado de la lluvia; como escondidita en medio de los campos que se vuelven barro. ¿Llueve también allí, en Yuste? Apuesto a que miráis con melancolía el gran patio desierto en el que la vegetación de los primeros planos reluce como pintada al esmalte, mientras el resto es una masa borrosa y oscura tras la cortina de lluvia; y tiene el conjunto un no sé qué de abandonado. Apuesto a que el agua lava de polvo las columnas y gotea desde los capiteles formando charcos en el claustro. Apuesto a que avanzan como sombras los monjes, arropados en sus hábitos y en su silencio, y Vos los contempláis con desgana, e imagináis al monasterio todo envuelto en el sudario de la lluvia, y al valle de Vera oculto entre vahos, y a la alta sierra de Tormentos perdida en el seno oscuro de las nubes.

¿Que cómo salimos del refugio? Mirad, no tengo ganas de contaros eso. No quiero revivir aquellos meses lánguidos. Quiero

decirme a mí mismo que en nada me afectaron. Que salí intacto de aquel encierro, y con renovados bríos para seguir adelante. Quiero convencerme. Quiero olvidar el frío, el hambre, el miedo. Sobre todo el miedo. ¿Por qué será que es tan difícil olvidar el miedo? Porque lo demás se olvida. El frío pasa y también el hambre, y hasta la incertidumbre, que pesa en el alma como si te colgaran una piedra de ella, desaparece; pero el miedo no.

Pero Vos insistís, ¿verdad? Queréis saber cómo llegamos a ese punto del mar del Sur, donde todo es sol y calma.

Un día don Hernando convocó a una junta de oficiales. Se le notaba impaciente y no abrió la boca hasta que todos estuvieron presentes.

—Serrano —dijo entonces sin preámbulos—, serás el nuevo capitán de la Concepción. La nave de Gaspar es tuya.

Entonces todos los ojos se volvieron hacia él, menos los de Sebastián que, por ocultar la expresión de contrariedad que se pintó en su rostro, bajó la vista.

—Los hombres que integraban la tripulación de la Santiago serán repartidos entre las otras cuatro naves, conforme a sus rangos y oficios —agregó.

Serrano, pálido como un cadáver, pretende decir algo, pero el capitán le sale al paso.

—Desaloja esta pocilga y préndele fuego —dijo.

Serrano, mudo, asintió con la cabeza.

Don Hernando anuncia que Álvaro de la Mezquita, su primo, estará al mando de la San Antonio y es Esteban Gómez quien, contrariado, se vuelve de espaldas a la reunión y se pone a contemplar la talla del apóstol Santiago. Todos notan el gesto, mi amo el primero, pero continúa diciendo que Odoardo Barboza será el

nuevo capitán de la Victoria; y que se preparen para hacerse a la mar cuanto antes, ya hemos perdido demasiado tiempo, dice.

«Y qué rumbo llevaremos», pregunta Esteban Gómez acariciando la talla allí donde le faltaba el brazo, y sin volverse. El capitán contesta que seguiremos a lo largo de estas costas hasta llegar al estrecho o hasta que la tierra se acabe. «Hemos de encontrar la forma de pasar al mar del Sur», dice. Y Esteban Gómez, todavía de espaldas: si cree posible seguir avanzando hacia el sur. Y él, que no retrocederá hasta que las naves se le desaparejen dos veces y después irá en demanda del Maluco con rumbo este, por la vía del cabo de Buena Esperanza. Entonces Esteban Gómez, ahora sí encarándose con él, replica que estamos a más de cincuenta grados y que las condiciones para la navegación ya son casi imposibles. Que se imagine cualquiera lo que pueden ser de aquí en adelante. Si no cree el capitán que es mejor poner proa al este ahora que todavía tenemos víveres como para llegar; después será demasiado tarde. ¿No ve acaso que la gente está débil, diezmada por el frío y la poca alimentación? Qué si nos cogiera un temporal, o si nos quedáramos sin vientos. Que por qué el capitán no se decidía de una vez sobre la ruta que quería seguir para llegar al Maluco. Qué pretendía. Si jugaba acaso con la gente. Que él era piloto de Su Majestad. Que comenzaba a estar harto de tanto secreto y tanto ninguneo. Que primero había enfilado hacia el cabo de Buena Esperanza, y luego había rectificado el rumbo y tomado una ruta desconocida, demasiado al sur, camino de las Indias; y ahora se debatía entre continuar hacia el oeste o volver a enfilarse hacia el cabo, por el este. Que si estaba loco como Faleiro, o qué. Y qué es lo que se trae entre manos, carajo, dice aquel gigantón de Esteban Gómez con el rostro purpúreo por la ira.

¿El capitán? Le toma el pelo, Alteza. Se ríe en la cara de luna del piloto. Que lo nota demasiado nervioso. Si es que tenía miedo.

Y como todos se ríen, más se enfurece Esteban y las venas del cuello se le ponen del grosor de un cabo y él baja la cabeza como un toro la testuz, listo para embestir.

¿Qué pasó? La respuesta a vuestra pregunta, Alteza, es: nada. Esteban se quedó furioso, yendo y viniendo por aquella extraña geografía, sin saber qué hacer.

Y don Hernando se marchó dando por concluida la junta. Pero cuando trasponía lo que podríamos llamar puerta, se detuvo un instante y, sin volverse, dijo:

—Seguiremos hasta los setenta y cinco grados sur antes de rectificar el rumbo. Preparaos para zarpar en tres días.

Entonces todos los capitanes y el propio Esteban quedaron como de piedra. Aquel anuncio temerario les quitó el habla. Se les fue para adentro y se les subió a la cabeza con la facilidad de un mal trago.

Pasaron unos instantes interminables antes que el grande de Esteban comentara como para sí: «Eso es el fin del mundo».

Y nada más. Nadie dijo nada y todos comenzaron a marcharse en silencio. Nadie, no, perdón; que Serrano, contemplando con avidez su barroca construcción, preguntó todavía:

—¿Ustedes creen que debo quemarla?

Pero nadie le contestó.

Entonces, al ver la pasividad de los mandarines, yo, que andaba oculto por allí fisgoneando, que de todo debe estar enterado un bufón, me lancé en persecución de mi amo al que di alcance cuando atravesaba el simulacro de alcázar de Serrano y, cediendo a un ciego impulso, me le aferré con ambas manos a una de sus piernas. Él se detiene y me mira con sorpresa y rabia, y qué cosa quiero, pregunta. Y yo: que a quién buscaba convencer con aquel alarde de seguridad, de determinación, si a los demás o a sí mismo. Que me vaya. Que lo suelte. Que lo deje en paz. Pero yo no. Yo, que debí escuchar a Esteban Gómez. Y que ha ido demasiado lejos

esta vez. Pero él, forcejeando para liberar su pierna, que no, que hace tiempo que no escoge hasta dónde llegar. Así que yo, gimoteando ya, si en serio seguiremos hasta el fin del mundo. Entonces su mano poderosa, enfundada en acero, me toma por los cabellos y me levanta en vilo y me deja caer, y su voz allá arriba de esa torre de hierro dice: «La nave es el mundo»; y continúa su camino.

Yo me tomo la cabeza con las manos y ciego por el dolor le grito todavía:

—¡Déjanos en paz! ¡Eres un loco!

—Creí que deseabas ser conde del Maluco —dice él, perdiéndose en la maraña de cabos y vigas del refugio de Serrano.

—¡El Maluco no existe! ¡Y vuestra vida es una mierda! —le grité yo; pero él ya no estaba, Alteza.

Y ahora, por piedad, dejadme respirar. Pongo tres estrellitas al pie, las Tres Marías (María Isabel, la emperatriz; María Filomena, mi barragana; y otra María, la que Vos queráis), y hacemos una pausa.

¿Que aún no os contesto cómo llegamos a ese punto del mar del Sur, con sol y sin viento? Tenéis razón, como siempre; luego os lo diré. Y por las dudas, no olvidéis repetirme la pregunta luego de las estrellitas.

* * *

¿Aún llueve sobre San Jerónimo, Majestad? Aquí en Bustillo ha llegado la noche y mi ventana es un cuadro negro y ciego.

La noche de Bustillo huele a tierra mojada, al humo de los hogares, a tortillas y a chorizo frito.

¿Y la de Yuste, Alteza? Dejadme adivinarlo. Huele a vapores de la sierra, huele a cal, huele a incienso, huele a santos de mármol.

Pero, sabéis, creo que en el fondo ambas noches huelen igual; huelen a soledad y a silencio.

Solo que no nos importa. A nadie necesitamos Vos y yo, pues nos tenemos el uno al otro. Que llueva y que se agrande la noche que, aunque la humedad nos llegue a los huesos (nuestros cansados huesos), y aunque las sombras crezcan como malas yerbas y nos invadan el alma (nuestras cansadas almas), aquí estaremos esperando juntos el sol de la mañana; yo de este lado y Vuestra Majestad de aquel otro. Yo contándoos cómo fue que llegamos a ese punto en el mar del Sur donde todo es sol y calma, y Vos escuchándome con amorosa atención mientras el resto del mundo desaparece en la lluvia y en la noche.

A la mañana del tercer día zarpamos, tal como había dispuesto don Hernando, y al cabo de una jornada y media de marcha fondeamos en una bahía bien resguardada.

Entonces Andrés de San Martín, el cosmógrafo, fue presa de una terrible ansiedad. Erraba como una loca por las cubiertas y se metía los dedos en la boca vacía sin apartar los ojos del fondo de la bahía, allí donde se abría un ancho canal.

No pudo con la desesperación el astrólogo y reapareció en la cubierta del castillo de popa, llevando al capitán de la mano. Lo arrastraba como un niño caprichoso a su madre cuando quiere enseñarle algo y don Hernando, intrigado, le dejaba hacer.

Andrés de San Martín gesticulaba señalando hacia la costa y se agitaba más y más a medida que mi amo negaba con la cabeza y, con las manos, le decía que no le entendía. Es curioso y creo habérselo comentado, pero por algún extraño mecanismo, todos nos comportábamos con Andrés como si también fuera sordo. Sería que lo sentíamos tan aislado, no sé. El caso es que mi amo le explicaba mediante gestos que no le entendía, y el astrólogo desesperaba y no cesaba de señalar la costa hasta que en determinado momento, tomó la mano del capitán y, abriendo la caverna

vacía de su boca, se metió los dedos en ella. Los dedos de don Hernando, sí, y este se resistía y Andrés luchaba por repetir el gesto. Luego le soltó la mano y señalaba la boca que se abría en el fondo de aquella bahía y luego la suya vacía, y tomaba la mano del capitán y se metía los dedos allí. Don Hernando perplejo le dejaba hacer, hasta que, de pronto, se echó a reír y a decir: «¡Conque era eso, conque era eso! Ahora sí te he entendido –decía–. Quieres decir que debo entrar por esa boca», decía. Y el astrólogo, que sí, con la cabeza y riéndose él también, pero sin sonido.

Apenas despunta el alba las naves se deslizan con paso felino sobre las aguas.

Las naos parecen torres sobre el dorso curvo del océano y, más lejos, dos damas tocadas de altos encajes, bamboleando las cabezas al ritmo de una charla amable y, luego, juguetes que un niño hubiera abandonado al fondo del jardín y al pie de una tapia azul; porque el cielo se levanta del horizonte marino como una tapia azul y las naves desaparecen por un resquicio, una detrás de la otra, con el gesto nervioso de las largartijas en un día de sol.

Son transparentes y frías como el cristal las aguas que jamás ha hendido proa alguna y tienen el resplandor de los espejos, allí donde las alcanza el sol.

Porque, a medida que avanzamos, el interior de los canales se torna más sombrío, y las naves parecen fantasmas bañadas por aquella luz fría, astral.

Entre los valles y en los estrechos encerrados entre altas barrancas, reina una desolación y un silencio como de cosa muerta. Un silencio virginal, más antiguo que el hombre. Que se impone como una lápida en el ánimo de cada uno de tus descubridores.

La gente, demudado el semblante, va con los ojos puestos en los altos picos que cierran por todos lados el horizonte

impidiéndonos anticiparnos a lo que vendrá más allá de ese recodo, al final de este canal, en cuanto surjamos a una nueva bahía.

Y el canal se estrecha y se torna más sombrío y, cuando parece que no dará paso a las naves, se abre de pronto a una ensenada luminosa, de la que surge otro canal, igual al anterior.

Nadie habla, y las naves se deslizan secretamente, como apabulladas por la conciencia de ser intrusas en ese mundo misterioso.

Y los canales se bifurcan y las ensenadas se multiplican, y la poderosa flota vuestra se mueve a ciegas en ese laberinto que parece creado por la imaginación de un dios loco para perder a quien ose penetrar en su escondite, buscando en vano una salida.

Pero se suceden los días y las noches, siempre iguales, y la salida no aparece.

Don Hernando pasa el tiempo inclinado sobre los pergaminos.

Tira líneas siguiendo los radios de las rosas náuticas, hace círculos con los compases y traza nuevos radios, y cuando todo el pergamino es una maraña de líneas entrecruzándose en varios puntos, se queda mirándolo durante horas.

La llama de la candela oscila con el viento, arrojando sombras y manchas de luz sobre aquella complicada trama, y los ojos inquietos del capitán se mueven siguiendo sus bruscas oscilaciones.

Casi no come y se duerme agotado sobre los instrumentos, despertándose de pronto sobresaltado para borrar y empezar de nuevo.

Solo se aparta de su mesa de trabajo para salir a interrogar en vano el cielo.

Solo en medio de la noche, con el astrolabio pendiendo de sus manos como un violín sin cuerdas, intenta reconocer en la

bóveda distante y abigarrada algunas de las pocas estrellas o constelaciones que figuraban en sus mapas celestes. Pero tan pronto cree haber descubierto la posición del Centauro, cuando una observación más cuidadosa le revela que está contemplando el Navío y ya nombra mentalmente algunas de sus estrellas cuando comprende por la declinación que solo puede ser Sagitario; entonces regresa entumecido a su cámara para enfrascarse nuevamente en sus cartas náuticas.

Tan abstraído está en su tarea que nadie osa perturbar su silencio de días y semanas, y la vida continúa replegada sobre sí misma y absurda, en torno a aquel hombre que intenta descifrar unos signos que se le niegan.

El poderoso capitán general se siente ahora como un niño perdido. Como cuando la repentina ausencia de la madre arrastra todas las señales tras de sí. Y el mundo se torna, así de repente, un jeroglífico imposible de descifrar. Porque uno se ha quedado sin claves. En un vacío que crece y se agiganta como generándose sin cesar desde su propio hueco. Que anula todas las certezas. En el que lo inmutable se vuelve efímero y lo efímero inmutable. Entonces, víctima de ese estupor que desarticula el orden natural de las cosas, el niño no sabe adónde ir aunque esté a pocos pasos de su casa, en esa calle por la que ha pasado tantas veces de la mano de su madre, en esa plazuela en la que ha jugado muchas tardes. Y los rostros antes familiares de los vecinos, se le vuelven ajenos, lejanos, desconocidos; son máscaras enigmáticas que nada le dicen. Y él, presa del desconcierto, huye, internándose más y más en su propio laberinto. Vagando como un loco por un escenario absurdo.

Abrumados por un estupor semejante, los oficiales gritan sin convicción sus órdenes y los hombres buscan recovecos donde ocultar su intemperie.

La Trinidad tiene ahora algo de madriguera, llena de cuevas donde se refugian hombres sin rostro. En la penumbra saturada con el aroma del roble, y el olor de la brea, y el tufo salino del mar, solo se ven fragmentos de esos seres, incrustados en la madera como imágenes sagradas en sus nichos. Una mano, dos pies del color del mármol, la mitad de un rostro cerúleo; es todo cuanto enseñan sin saberlo. Porque el único afán de esos hombres es ocultarse. Desaparecer.

Atravesando aquellos pasillos, Juanillo se sentía como cuando niño me deslizaba a escondidas del sacristán en el interior de la cripta que guardaba los restos de los antepasados del conde don Juan, mi primer amo. En el centro de la cripta, tallados en piedra, había un obispo con su mitra, un guerrero enorme con una gran espada sobre el pecho y una niña de rostro angelical. Estaban acostados pero no parecían dormir, sino velar con sus ojos de piedra pulida, tan mansos como los de una vaca. Y luego en las paredes había, metidos en nichos, féretros de mármol de todos los tamaños, cada uno con su correspondiente inscripción latina.

Es curioso, pero yo no sentía miedo al principio, al contrario, me era más bien agradable aquel silencio tan rotundo y aquella atmósfera siempre fresca que olía levemente a humedad. Hasta que un día Ella se adueñó del lugar. La puerta estaba cerrada pero yo me deslicé dentro por un tragaluz. Entonces me pareció advertir cierta inquietud en los rostros, de ordinario inexpresivos, del obispo, el guerrero y la niña. Se oía un zumbido intenso y persistente. No me di cuenta de dónde provenía hasta que mis ojos dieron con un enjambre de moscas verdes agolpadas en torno a la juntura de la tapa de un féretro que no estaba allí la vez anterior. Entonces fue cuando percibí el hedor que se había adueñado de la cripta.

Los instantes que empleé en subirme al guerrero y escapar a través del tragaluz, fueron los más largos de mi infancia.

Ahora, mientras atravesaba la crujía, temía volver a toparme con aquel zumbido que siempre asocié con el hedor de la muerte.

Al cabo de muchos días (ya no llevábamos la cuenta de ellos) de navegar sin pausa, canal tras canal, con la inquietante sensación de movernos en círculos y regresar siempre al mismo punto de partida, surgimos a una ensenada en forma de anfiteatro y notoriamente más amplia que las anteriores.

Allí se abren dos canales, uno en dirección sureste y otro al suroeste, pero idénticos en todo lo demás.

No saben los pilotos por cuál seguir y don Hernando, incapaz de decidirse, opta por dividir la escuadra. Envía a la San Antonio y a la Concepción a reconocer el primero, mientras la Trinidad y la Victoria se internan en el segundo.

Acordamos también encontrarnos en aquella ensenada a los tres días.

Nada nuevo descubrimos en dos de marcha. Ningún indicio que permita alentar la esperanza de encontrar una salida. Nada. El paisaje se repite idéntico. Solo el silencio parece ser diferente. Como más profundo. No sé. Y más nítida la sensación de estar a merced de una voluntad superior que se complace en jugar con las naves, y se divierte insinuando y ocultando sus secretos.

Así que regresamos a la ensenada sin más demora, atraídos por el espejismo de que la San Antonio o la Concepción hayan tenido mejor suerte.

Pero ninguna de las dos está allí pese a que se ha cumplido el plazo acordado.

Los días siguientes transcurren en una tensa espera.

Nadie hace mención de las dos naves perdidas ni de la suerte corrida por sus hombres y ese repentino manto de silencio pesa más en nuestro ánimo que la más sombría de las conclusiones.

No es fácil omitir en nuestras conversaciones a la mitad de la flota; la San Antonio y la Concepción, con sus hombres y sus cosas, siempre han sido parte de ellas y ahora, de pronto, quedan demasiados vacíos en los diálogos, las frases se llenan de agujeros, y la mayor parte de las palabras adquieren una especie de equívoco doble sentido.

Al quinto día éramos una tripulación de hombres mudos, asomados a la borda de estribor y encaramados en los penoles de las vergas, con la mirada perdida en el fondo de la bahía.

El tiempo había mejorado y la visibilidad era bastante buena, así que se podía ver una ancha boca, como de dos leguas, que se perdía tierra adentro entre montañas. Mirábamos aquella boca vacía con la ansiedad de dos amantes que han reñido y poníamos, en secreto, la absurda esperanza de una madre que ha perdido a su hijo y, no obstante, espera verlo aparecer en cualquier instante por esa puerta, y no aparta sus ojos de ella.

Nosotros cambiábamos los vigías en las cofas. Nos turnábamos en aquel vértice desde el que la nave parece tan delgada como el filo de una navaja, y los hombres insectos atrapados en la telaraña de jarcias y obenques, y el mar un espejo cóncavo y azul.

Pero nada se veía. Nada más que el destello de las aguas y la sombra opaca de los montes proyectándose en ellas.

Pero una mañana nos levantamos con el presentimiento de una nave dentro. Nada nuevo se veía, pero se adivinaba su presencia. Como adivina el cazador a su presa oculta, tensos los músculos, aguzados los sentidos más allá de sus límites habituales; él no sabe dónde está exactamente pero sí que en un instante intentará la huida entre un estrépito de ramas y cruzará a la carrera ante sus ojos.

Así nosotros, hasta que se oye un distante chirriar de maderos y un leve rumor de velas, como si un gran pájaro aleteara en algún lugar, estremeciendo el aire. Los sonidos se confunden al principio con los de nuestras propias naves, pero poco a poco se van diferenciando y el presentimiento palpita como un corazón desbocado. Hay hombres de pie, desde las cofas a los penoles de las vergas bajas. Los hay sentados, con las piernas colgando sobre las velas. Colgados como monos de los obenques. En el borde de las amuradas. Apretados y mudos en la crujía, como un rebaño de pacíficas ovejas. Y todos están en suspenso. Atentos a la menor señal.

Entonces, semiocultas por la sombría ladera de un monte, asoman unas grandes velas, las más blancas, las más hermosas que hemos visto jamás; y se deslizan hacia nosotros con la mágica elegancia de un cisne en un estanque.

Don Hernando manda en seguida que disparen una andanada como señal y el estruendo de los cañones de la Trinidad retumba en la ensenada y rueda por los canales hacia otras ensenadas y todo ese paisaje, silencioso desde los comienzos de los tiempos, devuelve el eco de nuestro saludo.

Un instante después, asoma en todo su esplendor, bella como una novia, la Concepción airosa.

El relato de Juan Serrano nos mantiene a todos en vilo. La borrasca los sorprende. El espacio es tan reducido que no pueden maniobrar. Es imperioso recoger las velas pues peligra la arboladura toda. Ha perdido un hombre en la tarea. «Se había atascado una polea y.» Entonces la corriente comienza a arrastrarlos. Un fuerte embate que los empuja hacia el fondo de la ensenada. «Era Lorenzo, y el viento lo barrió como a un pichón de la rama». Incapaces de gobernar la nave, esperan que el desastre sobrevenga, e invocan a Dios porque van a estrellarse. «Se la pasaba

haciendo planes, como un tonto». Y cuando el choque parece inminente, la corriente los arrastra dentro de un canal surgido como de la nada. «Imposible intentar rescatarlo». Y al cabo de ese canal surge una nueva rada donde todo se repite: la corriente que se los lleva, el choque que va a producirse, y otro canal que se abre. «Voló desde una de las vergas más altas». Así durante tres días. Perdido por completo el rumbo. Sin saber adónde los arrastra la corriente. «Era un tonto».

—¿Llegaste al fin de ese laberinto o no? —pregunta el capitán, impaciente.

—No tenía fin —dice el portugués.

—Es el estrecho —dice Odoardo en voz baja, como si temiera el sonido de sus propias palabras.

—Podría ser un río —dice don Hernando.

Todos los ojos están puestos ahora en Serrano, que se ha quedado pensativo.

—No me atreví a seguir —dice finalmente.

—¿Y la San Antonio? —pregunta el capitán.

Serrano explica que empleó dos días en buscarla. Hizo ahumadas. Descargas regulares de artillería. Pero ni rastro. Entonces comenzó a buscar el camino de regreso. Iban plantando cruces y dejando al pie, en cacerolas vacías, algunas indicaciones para los de la San Antonio. Aún no sabe cómo logró hallar el camino para reunirse con nosotros. De la nave que fuera de Cartagena nada sabe, dice.

Don Hernando parece agobiado. Se rasca la cabeza con gesto nervioso y no dice nada.

Serrano se acerca a él y adelanta una mano en suave ademán. La mano del portugués se detiene vacilante sobre el espaldar de la armadura del capitán y luego se decide por la nuca en un gesto rápido.

—Aparecerá —dice.

Hay un largo silencio durante el cual Serrano permanece junto a mi amo en muda expresión de solidaridad.

—No puedo perder otra nave —dice este.

—Siento lo de la Santiago —replica el portugués, y su cabeza se dobla como una flor marchita sobre el tallo, en medio del retintín de los cascabeles de su sombrero.

Don Hernando lo mira con ojos tristes, pero esboza una sonrisa y le aprieta una mano.

—Eres mi mejor hombre —dice.

Serrano con los ojos húmedos va a decir algo, pero el capitán le sale al paso:

—Olvídate de la Santiago, ¿quieres?

—¿Qué haremos ahora? —pregunta el portugués asintiendo con la cabeza.

Entonces se escucha la voz de Sebastián. Él cree que ha llegado el momento de volver. La expedición ya era hartamente audaz para la flota toda, pero ahora con dos naves menos... Además la San Antonio era la mejor abastecida. Una pérdida irreparable en hombres y alimentos. Sí, Esteban Gómez tenía razón, dice. Es tiempo de regresar.

Pero Odoardo no lo cree. Que si no ve que al fin hemos dado con el paso al mar del Sur. Solo hay que adentrarse por el canal del que surgió Serrano. Y en el que se perdió la San Antonio y casi naufraga la Concepción, interrumpe Sebastián; y su tonillo es burlón. ¿Pero es que no ven acaso que esas fuertes corrientes solo pueden originarse en las diferencias mareales de dos grandes masas de agua?, insiste Odoardo ignorando a Sebastián.

Don Hernando parece interrogar con la mirada a Juan Serrano, quien repite:

—No me atreví a seguir. Temía perder otra nave.

Entonces hay un vocerío confuso que cesa cuando el capitán anuncia que esperaremos por la San Antonio.

La esperanza de volver a ver las blancas velas y el portentoso casco de la San Antonio, se va desvaneciendo con los días. Las naves se han transformado en una maraña de palabras alusivas que resuenan con un rumor parecido al de los álamos a la vera de un río, y en las que vamos quedando atrapados como insectos en una telaraña.

Las palabras van y vienen, como ratas hambrientas, como cucarachas enloquecidas. Van y vienen, un poco sin ton ni son, como evitando otras, demasiado rotundas, demasiado definitivas como para que alguien se atreva a pronunciarlas. Y en torno a ellas, sobre ellas, como sobre la desnuda trama de un bastidor, bordamos toda una filigrana de detalles destinados a ocultar la horrible desnudez de la tela.

Borda Cristóbal el interior sombrío de una antigua mezquita convertida en taller, y por las ventanas del alminar penetra en la estancia una luz vieja, del color de las naranjas, que explora los arabescos de los frisos y capiteles antes de posarse sobre un grupo de mujeres que hilan en silencio; mientras que en el patio, circundado de arcos lanceolados y retorcidas columnas, otro grupo se afana sobre los grandes lienzos extendidos al sol. Las mujeres con largas agujas, curvas como cimitarras, se mueven sobre las velas como gorriones sobre una plaza nevada; y la fuente canta en la quietud de la tarde.

Entonces el Sordo, que entiende de carpinterías, toma el bastidor en sus manos y es un nuevo tapiz el que surge, poblado esta vez de hombres con pescuezo de toro y brazos como raíces, tensos los músculos y abultadas las venas en el esfuerzo por morder la madera con las hachas. Resuenan en todo el valle sus golpes y sus voces, el rumor de las sierras arrulla a los viejos en las aldeas, y el humo de las grandes hogueras donde queman las ramas y la hojarasca, satura el aire. Pero de pronto todo se detiene. Cesan los ruidos y todo movimiento queda en suspenso. Los viejos

adormilados reaccionan y concentran su atención en el súbito silencio. Un pastor que sigue a su rebaño se detiene y apoyado en su vara mira expectante hacia la ladera. Hay un breve chasquido y en seguida uno de aquellos árboles, altos y fuertes como torres, se inclina segado por su base y, entre un estrépito de ramas que se quiebran y pájaros que abandonan sus nidos y toda clase de animales que huyen de su caída, golpea la tierra con un estampido semejante al del trueno que el eco multiplica por los valles. Entonces, mientras el polvo dorado por el sol poniente se aquieta, y los animales sin comprender lo que pasa aguardan agazapados, y los hombres con las hachas en la mano se secan el sudor y beben un trago, y los viejos en las aldeas imaginan la nave que ha de surgir de aquel tronco que ya era gigantesco cuando ellos eran niños; el bastidor llega a manos de Juan Serrano, que quizás por ser uno de los capitanes, es el primero en atreverse a pronunciar una de aquellas palabras a las que tanto temíamos. «La San Antonio se ha perdido», dice, y hay que cambiar la tela y empezar de nuevo. Entonces, del bastidor surge la nave de Esteban Gómez buscando en vano la salida de aquel laberinto. Y surgen maderos a los que el tiempo pudre, y velas desflecadas y grises, arrojando su sombra sobre una tripulación de hombres viejos. Surge la nave meciéndose a la deriva, parecida a una cuna abandonada, mientras los lienzos, ya de un color morado, se desprenden de las vergas en jirones y caen como restos de un sudario, sobre una tripulación de hombres muertos. Surge finalmente, varado en una playa desierta, el antiguo casco petrificado por la sal, semejante a un gran esqueleto de ballena.

De esa forma el bastidor va y viene y cada uno borda su propia trama o agrega sus propias hebras a la que ha hecho el otro. Somos como niñas entreteniéndose junto al fuego en una de esas largas y lluviosas tardes de invierno.

Solo don Hernando permanece al margen. No sabe qué pensar y nada le dicen esas palabras con las que tejemos, con las

hebras de nuestros propios miedos, la trama del destino de la San Antonio. Tal vez revuelve en su mente palabras tan rotundas como Naufragio, o Muerte; o tal vez se inclina, en lo más íntimo, por Traición, y teje en secreto su urdimbre.

* * *

¿Aún estáis ahí, don Carlos? ¿Aún veláis con mi crónica entre las manos? ¿Sabéis?, es medianoche aquí, y el tiempo fluye como un río silencioso. Fluye por las calles desiertas de Bustillo, se cuela por debajo de las puertas y por las rendijas de los postigos, fluye por los campos y entre los astros. Nada lo detiene y bajo sus aguas oscuras todo se vuelve memoria. Como este viaje mío, como este instante nuestro, como esa mañana que tal vez sobrevenga.

Pero, perdonad a este tu siervo que divaga, y escuchad el puntual relato con que Juanillo Ponce intenta robar al tiempo lo que es del tiempo.

Dejadme deciros cómo llegamos a este punto del mar del Sur. Dejadme contaros que, olvidados de la San Antonio, porque la vida continúa, nos lanzamos en busca de la salida por aquel canal que había explorado Serrano. Y que más allá del lugar donde el portugués creía haber llegado, se estrechaba tanto que las grandes velas estremecían el follaje de las márgenes con un rumor parecido al del viento. Que podíamos ver como perlas las gotas de rocío en la mañana, y allá en una rama un nido vacío y, a su lado, la argentada trama de una telaraña. Que un día descubrimos una senda que se internaba en el bosque desde la orilla y decidimos seguirla; y la luz era verdosa y el aire olía a musgos, y a hongos, y a tiempo detenido; y la senda terminaba en un claro en el que había flores y otras ofrendas, y varias tumbas abiertas. Pero las tumbas estaban huecas, como esperando a sus muertos.

Y no vimos pisadas, ni ser humano alguno, aunque por las noches se encendían hogueras en los bosques y las buscábamos en vano durante el día. Porque aquél era un mundo vacío. Ni peces vimos. Solo una ballena muerta, varada en una pequeña playa de cantos rodados. Y los fuegos en la noche. Los misteriosos fuegos que nos acompañaron durante todo el trayecto.

Entonces llegamos a un lugar en que el canal no daba paso a las naves y que a juzgar por los picos nevados que lo coronaban, parecía cerrarse por completo. Así que el capitán mandó a seis marineros a explorar el canal en una chalupa. Y que procuren llegar al mar del Sur en un plazo de tres días, porque, afirma, no debe hallarse más lejos, y cumplidos los tres días que vuelvan. Pero pasaron dos y vimos aparecer la chalupa. Primero el ruido de los remos, ya sabes. Y después sus ocupantes, de pie y gesticulando aparatosamente.

Entonces estalla el clamor tan largamente contenido en los pechos. Todo el miedo y la ansiedad acumulados escapan desbordando las palabras. Y las bocas son como compuertas abiertas a un río que se sale de cauce. Y los hombres lloran y se abrazan, como un puñado de locas muy excitadas por algo.

Pero a Juanillo Ponce toda aquella algarabía le resulta patética. Porque nadie parece ser consciente de lo que festejan. Porque habíamos pasado el límite más allá del cual no habría retorno. Porque el capitán había vencido, y su victoria era la derrota definitiva del mundo que habíamos dejado allá. El que nos arrancó el viento.

Y mis ojos buscan ansiosos a don Hernando entre la multitud, pero aquél es su triunfo y él no está allí, sino en el otro extremo. Solo. Al margen del bullicio. Enfundado en su caparazón de hierro y sucio de nieve. Parecido a una de esas estatuas que se yerguen solitarias en las plazas de la madrugada.

Y mientras tanto la Trinidad es una pajarera al despuntar la mañana, y su clamor se expande por la orilla del desolado océano. Y Juanillo tiene ganas de gritarles que se callen. Para que no advierta nuestra insolente humanidad. Nosotros, locos advenedizos, con cuatro maderos, y algunos lienzos maltrechos y sin saber nada de él.

* * *

Os presento inquieto, Alteza. Como si os molestaran el giro de los acontecimientos y la disposición que Juanillo les ha dado en el papel. Porque ya vais echando de menos la acción y su vértigo, y también, la sencilla organización de los hechos comenzando por los más alejados en el tiempo y viniendo, sin sobresaltos, hacia los más recientes. Es que en esta parte de la crónica el autor centra su perspectiva en algún punto del mar del Sur, próximo a la línea equinoccial, en el que la flota ha quedado inmovilizada por falta de vientos durante noventa días. Y desde esa perspectiva, que es como el atalaya de un vigía o la cofa de una nave, os cuenta lo sucedido en el espacio de tiempo que domina. Os narra primero, allá en el confín del panorama que tiene a sus pies, la estadía en el refugio de Serrano, en el extremo meridional del Nuevo Mundo; muy cerca del estrecho que mi amo descubriera y que comunica ambos océanos. Y os dice luego de la travesía del estrecho y de cómo anduvieron errantes por su laberíntica geografía. Y ya casi al pie de la atalaya, apenas unas líneas atrás, os habla del temor religioso que dicho mar y sus misterios le inspiraban. Porque en verdad os digo que ni las cucarachas de las sinagogas abandonadas, ni el pájaro perdido entre los infinitos arcos de una mezquita, ni el niño que un Viernes Santo contempla las imágenes cubiertas por un sudario violeta del que solo asoman los pies de mármol; ninguno de ellos sintió lo que yo sentí ante aquel océano. Que

nadie había navegado antes. Que no figuraba en los mapas ni cartas de marear. Del que desconocíamos todo. Los vientos y las corrientes predominantes. El lugar donde estaban sus confines. Las criaturas que latían en sus profundidades.

Y sin embargo, al cabo de unos días en los que reacondicionamos un poco las naves, don Hernando ordenó zarpar con rumbo norte. Para huir del frío, dijo. Para procurarnos alimentos en alguna de las ricas islas que, él creía, encontraríamos a pocas jornadas. Dijo.

Los primeros días la gente se los pasaba yendo de babor a estribor y de proa a popa, interrogando muda aquel misterio azul. Pero luego se cansaron de ese deambular porque, más allá de la efímera estela que dejaban las naves, todo era igual. Bueno, todo no, ya que a medida que avanzábamos hacia el norte el cielo era más límpido, la atmósfera más luminosa, el aire más templado. Hasta que una mañana nos despertamos como cuando llega la primavera a los pueblos y uno es muy joven y siente en la piel cada uno de los signos y la súbita fragancia y la inesperada tibieza se te mete en el alma y uno está contento y la vida es buena y todo es posible. ¿La primavera irrumpe igual en los palacios? No, Alteza, no es necesario que me contestéis. Apuesto a que a ese laberinto de salas sombrías y helados corredores no llega la primavera. Porque las ventanas, aunque grandes e infinitas en número, siempre están cerradas. Y huelen los corredores a tapicería. Y los salones vacíos, al terciopelo de las cortinas y al polvo de las alfombras y al nogal de los muebles. Y vuestras habitaciones, a sedas y ungüentos aromáticos y yerbas medicinales y, también, a la fragante cotilla hecha de lienzo y barbas de ballena que aquella dama abandonó en su huida y que escondéis debajo de la cama. Y las de la reina, a cirios y a meadas de gatos y a su propia frigidéz. Y las vacías, a muertos ilustres y espíritus aburridos. Y el conjunto todo, a intrigas, ambiciones, celos y maquinaciones

sin fin. ¿Queréis un sano consejo? Decid a Felipe que la próxima primavera haga abrir todas las ventanas del palacio, aunque tenga que emplear un ejército de hombres en ello y le lleve más de un siglo volverlas a cerrar. Que deje penetrar el aire tibio y oloroso de los campos. Que se llenen las salas con el aroma de la menta, el espliego o la albahaca. Que la brisa lleve por los corredores el rumor de las hojas y el de las mieses porrrinas. Que el viento limpie de olor a cirios e incienso las capillas y que huelan estas a establo. Que el sol espante a los muertos ilustres como hace con los murciélagos y que vayan éstos a esconderse en las grutas de la nada, que es como mi madre se refería al Sheol de sus antepasados.

¡Ah Mirífica Majestad, qué distinto sería hoy el mundo si, tan siquiera una vez, hubierais ordenado abrir las ventanas del palacio! Pudisteis hacerlo, teníais el poder suficiente para abrir todas esas ventanas. Ahora, ya nadie lo hará; ni siquiera Felipe, pues el miedo se lo impide. Detesta las ventanas y vive cerrando los pesados cortinajes y asegurando por dentro los postigos, que son tantos que llevará siglos abrir.

VII

Y bien, don Carlos, henos aquí Vos y yo, de nuevo en aquel punto del mar del Sur en el que la flota había quedado atrapada por falta de vientos al comienzo del capítulo anterior.

Todo vuestro bosque de robles secándose bajo este sol de fuego que marchita las velas, raja los palos y revienta las jarcias que cuelgan como las guías resacas de una enredadera. Las naves huelen a madera quemada, a brea derretida, a lienzos calientes, a cueros resacas y a orines. La sentina despide un vaho nauseabundo que ha invadido cada rincón. Y la vida a bordo está restringida al latir de nuestros corazones. Nada más se mueve. Porque no hay nada. No hay brisa. No hay moscas. No hay abejas. En toda esta inmensidad que nos rodea no hay más que silencio. Y el sol en lo más alto del cielo. Sol y silencio. Un silencio que solo don Hernando se atreve a romper con pasos que resuenan en toda la nave, como el tictac de esos relojes de pie en la quietud de la noche.

Así que como no hay nada que hacer, consumimos el tiempo tendidos a la sombra de unas velas que hemos colocado de toldo. Y hablamos. Platicamos todo el día y casi toda la noche. Dormimos poco y hablamos mucho. Como para llenar el gran vacío que nos rodea. Y el propio vacío interior. Y el de las tripas también. Entonces se empeñan unos en recuperar un pasado ya demasiado lejano, siguiendo delicados hilos que acaban por

cortarse o enredarse. Y se afanan otros por anticiparse a un futuro, también demasiado lejano, tejiendo su trama con líneas vacilantes o difusas. Hasta que las líneas de los unos y las de los otros acaban confundándose. Hasta que pasado y futuro es una maraña imposible de desenredar. Y tus argonautas, Penélopes embrollados en sus propias hebras.

Así Gonzalvo de Vigo, mocetón más bien reservado, evocando en voz alta la noche de verano cuando se da al fornicio con su tía la Basilia. En el maizal de la abuela, Alteza, con la Basilia que siempre le ha puesto loco. Y recuerda que era muy pequeño cuando va y le dice a su madre que, cuando sea grande, va a casarse con la Basilia. Y la madre se ríe y se lo cuenta a todos en la mesa y él casi llora de rabia porque se ha puesto colorado y no lo puede evitar. Pero eso no lo cura, y crece sin quitarle los ojos del escote a la Basilia y, toda vez que puede, se tira al suelo fingiendo jugar para mirarle las piernas. Y ella se deja. Se inclina hacia él con la camisa abierta, para enseñarle los senos morenos, con aire inocente. Hasta que Gonzalvo ya no es un niño y pasa lo que tenía que pasar, que era su tía muy dada al anís y entre ambos se beben una botella y empiezan los jugueteos: que yo te toco aquí, que si tú me tocas allí yo te toco allá; y entonces salen al campo y se internan en el maizal de la abuela, Alteza.

—¿Pero hay maíz en tu aldea? —pregunta alguno.

Entonces Gonzalvo vacila un instante y:

—Aquí llevo las semillas para que mi abuela lo plante —dice, enseñando una bolsita con granos que obtuvo en el Brasil y que lleva siempre entre sus ropas.

Todos nos miramos desconcertados y él acaba por sonrojarse, furioso consigo mismo.

—El futuro es un cristal demasiado frágil y puede hacerse añicos cuando uno intenta darle forma —reflexiona Ripart, que ha sido vidriero.

Pero para Gaspar Díaz, dispensero de la Trinidad el futuro es otra cosa. Un espejo quizás. Un cristal azogado en el que quiere atrapar su propia imagen. En esa luna de vidrio se ve a sí mismo como un diablillo de nueve a diez años que, en tiempos de cosecha, se junta con otros de su edad para ir a los campos de un vecino rico y espiar a las jornaleras cuando orinan bajo una vieja encina. Así que surge ante vuestros ojos, don Carlos, un mar de trigo dorado que ondula con el viento, y mujeres vestidas de negro que parecen pájaros entre los rastrojos, y risitas sofocadas y gritos y corridas cuando son descubiertas. Y hay olor a tierra caliente y a mieses y a estiércol y muchas moscas y unas ganas locas de acercarse más a aquella jornalera que con gesto desenfadado les enseña el sexo algunas veces. Hasta que un día Gaspar se decidió. Iba confundido y el corazón le golpeaba muy rápido y muy fuerte dentro del pecho, Alteza. Y las mujeres cuchicheaban y se reían y le gritaban cosas que él no podía oír. Él solo veía a la que lo esperaba con la falda levantada. Imaginaba a sus amigos, espian-do la escena muertos de miedo. Y continuaba avanzando aunque el corazón le latía tan loco que se le nublaba...

—Pero ¡eso es el pasado! —protesta alguien.

Entonces Gaspar se encoge de hombros y se aleja. Y otro toma su lugar, porque como os dije, hablábamos mucho allá en el mar del Sur. No hacíamos más que aguardar los vientos prometidos por el capitán. Comer sin protestar la ración de arroz hervido, que es todo cuanto queda y que se está agotando. Y hablar. Solo callábamos cuando se ponía el sol. Cuando aquella bola de fuego desaparecía en la inmensidad del mar, nos sobrecogía un sentimiento extraño, como religioso. Entonces el silencio era más profundo. Hasta los pasos de don Hernando, que resonaban día y noche por los pañoles vacíos, cesaban. Pero cuando se cerraba la noche y la luna asomaba del lado donde debía estar la tierra, porque en algún lado debía estar la tierra; entonces retomábamos

nuestras pláticas. Sí, hablábamos mucho. Hablábamos tanto que confundíamos los tiempos, y las historias también.

Como Martín el Tonelero, que se ha apropiado de la primera comunión de Lorenzo de Corrat y recuerda los preparativos con tal lujo de detalles que nos aburre a todos. A todos menos al propio Lorenzo, que lo escucha como embelesado.

—Pero, el aroma del chocolate y el de las galletitas y mazapanes, y el tintineo de la vajilla y el bisbiseo de las tías devotas; todo eso pertenece a Lorenzo —reclama alguien.

—No hay cuidado —replica este, sin apartar los ojos de los labios de Martín.

Así que el tonelero continúa escondido detrás de los altos sillones de una sala en penumbras mientras las viejas mumuran chismes y rezos y algún ven acá que te ensucias las rodillas o estás hecho un primor y será un santo, padre, ya lo veréis; ya lo veréis.

También Joan de Acurio, con ser oficial y todo, le ha robado la historia a Zubeleta que es un simple lombardero. Y evoca, el ladrón, la ingenua alegría del niño que lo espera impaciente a su regreso de los campos y corre a su encuentro, y le echa los bracitos al cuello y se pega a su cara; las mejillas sonrosadas por el frío y la respiración entrecortada por la carrera. Y se pierde, el ladrón, en un laberinto de sensaciones y sentimientos prestados, del que no sale hasta que aparece Zubeleta. Entonces se calla, esperando el momento oportuno de repetir aquella escena que no le pertenece y que, aunque él lo ignora, es falsa; inventada por Zubeleta que no ha tenido más familia que los ocasionales compañeros de celda de la cárcel de Valladolid.

Es que hablábamos mucho, Alteza. Platicábamos todo el tiempo. Como para llenar aquella inmensidad de palabras. Como para atiborrar nuestras tripas vacías con palabras. Hablábamos todo el día y casi toda la noche. Y solo callábamos cuando se ponía el sol o cuando aparecían las ballenas. De pronto se rompía

el cristal de las aguas y era como si se elevasen de la nada, como en un sueño, varias catedrales chorreando espuma. Entonces todos enmudecíamos. Pero al cabo de un rato, volvíamos a nuestras pláticas. Sí, es verdad, hablábamos mucho entonces, pero como no había mucho de que hablar, la gente no solo se prestaba o se robaba las historias, sino que también se las intercambiaban a falta de otros objetos de trueque.

Así tenéis a Policarpo, Alteza, que le cede a Severino Segade una tía solterona que le daba dulces si repetía de memoria los versos de Macías o Namorado que ella le enseñaba; a cambio de una tarde lluviosa de otoño. Pero no una tarde cualquiera. Una tarde con sonido de cascos sobre las losas de la plaza, y una tapia ciega, y unos chopos negros asomando por detrás, y un atrio románico donde se refugian las palomas y ante el que se ha detenido el carruaje. El conductor desciende y Policarpo mira correr el agua por las ancas lustrosas de la yegua, y escucha el golpe enérgico de la aldaba, y el rumor de las sierras en una carpintería vecina. Y os habla, César, del olor del huerto escondido tras la tapia del internado (olor a tierra mojada y a humedades vegetales), y del aroma picante del aserrín que se lleva de la plaza cuando traspone la puerta guiado por el celador. El celador que ha puesto llave al portón, dejando del otro a su padre. Y luego percibe el ¡arre! y los cascos de la yegua sobre las losas de la plaza, y le parece que es su infancia la que se aleja con ellos. Pero no es su infancia, Augusto, sino la infancia de Policarpo; si Severino Segade jamás ha sido seminarista, ni ha estado en esa plaza ni ha oído esos cascos ni los golpes de la aldaba ni el rumor de las sierras de la carpintería que hay en los recuerdos de Policarpo. Y por supuesto, jamás ha olido ese huerto, ni se ha llevado de esa plaza el olor del aserrín, ni ha visto las palomas refugiadas de la lluvia en el atrio románico, ni nada; si ni padre tiene. Pero por alguna oscura razón le gusta esa escena, le llena de congoja el alma y, con lágrimas en los ojos,

la siente como suya mientras Severino Segade repite los versos de Macías y se enternece con las atenciones de la tía solterona que nunca tuvo.

Es que como os dije, hablábamos mucho entonces y no había mucho de qué hablar. Pero ¿qué más podíamos hacer en aquel cautiverio sin rejas, mientras esperábamos los vientos que nos condujeran finalmente al Maluco? ¿Qué más para matar el tiempo, para olvidar el hambre, para no imaginar la poderosa flota vuestra como un puñadito de cáscaras de nuez en medio de un océano infinito? Por eso hablábamos todo el tiempo, tendidos a la sombra de las grandes velas. Platicábamos día y noche, y solo callábamos a la puesta del sol, o cuando aparecían las ballenas, o si alguien señalaba el paso de una de aquellas enormes tortugas marinas. Entonces dejábamos la sombra y nos asomábamos a la amurada para ver el lento, majestuoso viaje de aquel ser extraño y sombrío, que parecía incrustado en el cristal de las aguas. Sus movimientos eran tan imperceptibles que daba la sensación de estar completamente inmóvil, como si de pronto el mar se hubiera congelado. Pero avanzaba. Rodeaba indiferente las naves y seguía sin prisa su camino, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo. Nuestros ojos la seguían con tristeza y, cuando ya no se veía, volvíamos a la sombra y reiniciábamos la plática.

—Hablábamos del precio de las ratas, que eran a esa altura, nuestro único sustento. Comentábamos que un macho adulto valía hasta tres quintales de pimienta, naturalmente que a deducir de lo que le correspondiera al comprador una vez alcanzado el Maluco. Y que una hembra preñada, su peso en oro. Es que se habían vuelto muy escasas, Alteza. Y como eran pocas y muy valiosas, se había formado una aristocracia de cazadores que también monopolizaba el comercio. Solo ellos podían autorizar, pago mediante, la caza. Solo ellos podían vender una rata, nadie más. A tales fines se había dividido la nave en zonas perfectamente

delimitadas y, os lo aseguro, nadie invadía el coto del vecino ya que las represalias eran terribles. Así que cuando uno quería una rata, ofrecía primero cuanto tenía y si no alcanzaba (nunca alcanzaba), firmaba documentos cediendo su participación en las ganancias que le reportase nuestro viaje. Se rumoreaba incluso que la cosa venía organizada desde arriba, que había varios oficiales metidos y que la cabeza de todo era aquel Sebastián que Vos nombrasteis Primer Circunvalador del Mundo Todo. En fin, que la organización funcionaba mejor que vuestra propia administración, don Carlos. Estimulados por tan pingües beneficios, los cazadores se deslizaban escotillas abajo armados de un garrote y de un saco y, sin lámpara alguna para no poner en fuga a sus presas, hurgaban como gatos detrás de los toneles vacíos, dentro de los canastos y entre los botijos. Hurgaban en todos los rincones de la nave, excepto donde se guardaban las galletas. Las bolsas apiladas llegaban hasta el techo, y el olor a hogar, a pan caliente, se expandía por toda la bodega. Pero eso era antes. Ahora no quedaba más que un polvillo lleno de gusanos y de excrementos de ratas. Ese polvo inmundo era todo nuestro capital. Con él engordaban las ratas que nosotros comíamos. Gracias a él crecían y se multiplicaban las crías. Por eso la caza estaba rigurosamente prohibida allí. Y dos lombarderos vigilaban el lugar desde que un grumete violó la ley. Lo encontraron devorando a dos manos el polvo de las galletas, y su cadáver estuvo una semana colgando del palo mayor. Sí, Alteza, también hablábamos de él, pero solo al principio; después pasó a ser parte del decorado. Y nosotros a hablar de otras cosas. Porque como ya os dije, hablábamos mucho entonces. Y cuando no había nada de qué hablar inventábamos juegos. Juegos tontos como el que llamábamos «¿Qué es?», también denominado: «Tautología del hambre» o, si lo prefieres: «Maluco-Diálogo sobre la esencia de algunas cosas y de otras no».

—¿Qué es para ti una nave? —dice alguien.

- Un cuenco —contesta otro.
—Un cuenco de vida —dice un tercero.
—Un cuenco de madera —repite el primero.
—Árboles. Todo un bosque.
—Un montón de maderas.
—Una puerta abierta.
—Un ataúd.
—La muerte.
—¿Y qué es la muerte para ti?
—Una nave. La última.
—Otra puerta —dice el capellán Balderrama.

—No podemos saber qué es, hasta haber pasado por ella —interviene Rodrigo, que es muy dado a especulaciones—. Y cuando lo sabemos ya no podemos contarle a nadie. Pero me inclino a definirla como un momento de tránsito; ya sabéis, entre este mundo de prueba y la verdadera vida. Tanto, que se podría decir que la muerte es la vida, ¿no, padre?

—Todo depende —contesta el capellán, estimulado—.

Todo depende. Puede ser la vida eterna o la eterna condenación, que es la verdadera muerte, la del alma.

—¡Oh, vamos! —digo irritado por tanta palabrería—. La muerte es una porquería. Un olor hediondo, el zumbido de las moscas, los gusanos; una porquería.

—Y la soledad —agrega alguien.

—¿Y qué es la soledad para ti?

—Una casa cerrada.

—Una cuna vacía.

—Eso es la muerte —digo.

—Y también la soledad. Son la misma cosa.

—La soledad es una planta que te crece en el pecho y echa raíces tan fuertes que no puedes quitártela.

—Un gesto o un aroma que no podemos recuperar. Un sabor para siempre perdido.

—Un camino que se aleja.

—Eso es una nave.

—No, eso es la libertad.

—¿Y qué es para ti la libertad?

—Una nave.

—Muchas puertas.

—Un animal indómito.

—Un niño jugando.

—El oro y las especias.

—Un río que se abre camino a pesar de los obstáculos.

—La muerte es un río.

—No, la vida.

—¿Y qué es la vida para ti?

—Un cuenco.

—Quedamos en que eso era una nave.

—El aroma de un buen guisado.

—Una mujer que pasa y nos seduce un instante.

—Pues yo creo que es la tierra.

—La semilla.

—El arado y los bueyes.

—Eso es el trabajo.

—¿Y qué es el trabajo?

—Hablábamos de la vida. ¿Qué cosa es la vida?

—El puerto que nos aguarda al final de cada viaje.

—Eso se parece a la muerte.

—La mujer que nos echa de menos.

—Eso también.

—El niño que pregunta por su padre.

—La vida es buena —comenta alguien con ojos soñadores. Y en seguida se pasa la punta de la lengua por las encías inflamadas.

Aunque disimulado, todos reparamos en el gesto y callamos.
—Sigamos con la vida —dice el de las encías inflamadas.
—Es una cama seca y caliente —contesta otro.
—Un sillón junto al fuego.
—La mujer que nos echa de menos.
—Eso es la soledad.
—La soledad es el mar.
—El mar es la muerte.
—El tedio.
—El hambre.
—La locura.
—Un espejo gigante y extraño.
—Un sueño.
—Eso es la nave: un puñado de sueños.
—¿Y qué son los sueños?
—Una mujer que pasa y nos seduce.
—Son como perros de caza idiotas, arrastrando a su amo tras una presa inexistente.
—Como perros que se vuelven contra su amo y le persiguen con ferocidad.
—Que ladran por las noches quitándole el sueño.
—Que rompen todas las cadenas con que se les intenta sujetar.
—Esa es la libertad.
—No, eso son los sueños.
—Una flor que se marchita al contacto con el sol, eso son los sueños.
—Eso es el tiempo.
—El tiempo es un océano cuyos límites nadie conoce.
—Un niño que crece y se nos hace hombre.
—El sol que declina.
—¿Y qué es el sol?

- El sol es una fragua.
- Un hacha de doble filo.
- Una piedra que aplasta las naves.
- Una lápida.
- Eso es la muerte.
- Ese es el sol.
- Eso es el hambre.
- ¿Y qué es el hambre?
- Un cuenco vacío.
- Eso era una nave.
- El hambre es una nave a la espera de vientos que no llegan.
- Un hongo que crece sobre el cerebro.
- Una rata que cava sus galerías en las tripas.
- Una mesa desnuda y en silencio.
- ¿Y qué es el silencio?
- El silencio es una piedra.
- Una lápida.
- Esa es la muerte.
- Eso es el sol.
- El mar.
- El silencio es un viento muerto.
- ¿Y qué es el viento?
- Una nave.
- Una puerta.
- Todas las puertas.
- ¿Y la falta de vientos?
- Un pájaro enjaulado.
- Una lápida.
- Eso es la muerte.
- Ese es el hambre.
- Esa es la flota nuestra.
- ¿Y qué es una flota?

- Todo un bosque.
- Un montón de maderos.
- Un ataúd.
- Un puñado de sueños.

El juego termina siempre con la misma pregunta: «¿Y qué es el Maluco?»

Esa no suscita las rápidas respuestas de las demás. Que es la especiería o el destino de la flota, nos parece demasiado obvio e insuficiente. Así que acabamos por sumirnos en un mar de nuevas preguntas en las que se desvanece el interés por el juego.

- ¿Sabíais que en portugués significa «loco»?
- ¿No creéis que esa palabra tiene un sonido extraño, como mágico?
- ¿Por qué le llamarán así?
- ¿Adónde queda?
- ¿Quién lo sabe? En cualquier parte o en ninguna.
- ¿Dentro de cada uno de nosotros?
- ¿Creéis que el capitán lo sabe?
- ¿Es un sueño?
- ¿Un puñado de sueños?
- ¿Una flota sin vientos?
- ¿Una nave?
- ¿Una lápida?
- ¿Un epitafio?
- ¿Otra puerta?

* * *

En verdad hablábamos mucho, Alteza. Pero en nuestras pláticas, había temas que evitábamos cuidadosamente. Igual que una nave que, sorteando los escollos que se ocultan bajo la inocente superficie de las aguas, navega en círculos, y la gente

va tensa, concentrada en cada maniobra. Así éramos nosotros evitando hablar de la falta de alimentos, o de los días que pasan muertos y de los que hemos perdido la cuenta, o del regreso a casa. Tampoco hablábamos de los enfermos, que cada día eran más. Ni de Gonzalvo de Vigo, quien fue sorprendido dando cuenta del cadáver de Gaspar Díaz. Gaspar se había muerto sin que lo advirtiéramos y Gonzalvo lo escondió en uno de los pañoles vacíos. Allí le pillaron en la actitud del buitre. Pero como os dije, nosotros no hablábamos de esas cosas. El hambre era un problema personal. Un duelo íntimo. Un desafío individual. Innombrable, como el dios de los hebreos. Mentira de tus cronistas que don Hernando prohibiera hablar de la falta de alimentos. Es que nadie quería hacerlo. El hambre era nuestro diálogo con Dios. Y cada uno lo mantenía en secreto. Con la convicción de que hablar de eso sería abatir la última barrera. Más allá de la cual ya no seríamos más que un puñado de bestias, una manada de hienas.

Así que bebíamos en silencio el agua pestilente que nos tocaba y que era cada día más escasa. Y masticábamos con resignación los cueros remojados que eran nuestro único sustento, porque ahora no había ya ratas a bordo. Entonces desnudábamos los palos y las vergas, remojábamos los cueros en el mar durante cuatro o cinco días, y masticábamos aquello por horas. Aunque los dientes dolían, y se desprendían de las encías como los granos de una mazorca en sazón, no nos quejábamos, no hacíamos comentario alguno, simulábamos que comíamos aquello por propia decisión y luego nos adormecíamos en aquella calma grande que nos rodeaba. Bajo aquel cielo sin nubes, sin pájaros y sin moscas. Sobre aquel mar que a veces era de cristal y a veces de piedra, pero nunca de agua. Porque en toda aquella inmensidad no había más que sol y silencio. Y un puñado de vidas que en silencio y con sol se extinguían, dulcemente.

El único que se rebelaba era don Hernando quien, en silencio y con sol, llevaba a cabo todos los días la misma ceremonia.

El ritual comienza al mediodía cuando sube a la toldilla con el astrolabio, pasa el pulgar de la mano izquierda por la argolla, levanta el instrumento a la altura de sus ojos, mueve con su mano derecha el pequeño brazo de bronce y, cuando el furioso sol del mar del Sur queda reducido a un inofensivo punto luminoso en el orificio que remata el brazo, aparta la vista del cielo y lee la altura marcada en el disco de latón. Repite aquella operación tres veces y luego, el astrolabio pendiendo de su mano derecha con el gesto de quien sostiene un zapato roto o un violín sin cuerdas, se queda un rato interrogando el cielo. Después desciende y se encamina a la bitácora. Destapa la caja y la observa largamente, buscando sabe Dios qué signos en aquella aguja imantada. Entonces pasea su mirada por los objetos que se amontonan en el pequeño recinto. Hay una lámpara que en condiciones normales está siempre encendida para que el timonel pueda leer la brújula; la lámpara está fría y cubierta de moho. Hay una piedra imán para cebar las agujas. Varios compases ricamente labrados. Distintas sondas con sus correspondientes plomadas para medir la profundidad. La corredera está, como siempre, prolijamente adujada en su media tina. Están los relojes, algunos en el anaquel, otros caídos sobre la mesa, y un par con la ampolla rota y la arena perdida.

El capitán se revuelve indeciso sin saber a cuál de los instrumentos echar mano y finalmente, incapaz de resolverse, dirige sus pasos por la crujía hasta la escotilla de corta brazola y desciende a la bodega.

No le vemos, pero el sonido de sus pasos se vuelve en el silencio un código preciso mediante el cual desciframos cada lugar y cada gesto de su minucioso recorrido. Entonces, el plano de la bodega que cada uno tiene en la mente, se convierte en un tablero, y don Hernando en la pieza. Pero la pieza avanza sin obstáculos por

los pañoles vacíos y entra sin dificultad en el casillero de la despensa ya que sus puertas de hierro siguen abiertas de par en par, y tampoco se detiene en el calabozo que ahora alberga los toneles de agua que van quedando; y eso es malo, Alteza. Significa que estamos perdiendo. Porque la pieza solo se detiene en la casilla que ocupa la santabárbara, repleta de pólvora, y en la que alberga las chucherías, llena hasta el techo de espejitos y cuentas de vidrio de todos los colores. Y luego sigue avanzando por los conventos más alejados, entre canastos vacíos y toneles llenos de algas, cada vez más rápido. El juego termina cuando la pieza llega al pie de la escotilla desde la que inició el recorrido. Siempre perdíamos la partida, Alteza. Por mucha concentración que pusiéramos, siempre perdíamos. Era como si los dados estuvieran cargados. Pero lo peor no era perder, sino ignorar contra quién jugábamos.

Don Hernando emergía por la escotilla y continuaba el examen por el lado de estribor, hasta el botalón de proa.

Solo él se atreve a penetrar, más allá del cabrestante, en la zona reservada a los enfermos. Porque sanos y enfermos nos hemos dividido la nave, como si la barrera entre ambos mundos significara algo en aquellas condiciones. Y los sanos seguimos nuestra rutina prescindiendo de los enfermos, y ellos su agonía prescindiendo de nosotros. Ambas zonas están perfectamente delimitadas, así que cuando el propio enfermo reconoce los síntomas definitivos de su mal, abandona sin que nadie se lo indique la popa, atraviesa la franja neutral comprendida entre el cabrestante y el palo mayor, y se interna en la de proa. Allá se esconden durante el día. Allá se divisan, en las noches de luna, macilentos perfiles parecidos a sombras. Sombras de lo que fueron. Porque la enfermedad los desdibuja. Los transforma en desconocidos. Los vuelve crueles y egoístas. Y eso consolida la imaginaria frontera entre ambos mundos. Una frontera que solo don Hernando se atreve a franquear en su diaria inspección de

la nave. Solo él, sordo a los insultos que aquellos seres malditos profieren, probando cada una de las poleas que gimen agrietadas por la larga exposición al sol. Comprobando la flexibilidad de las jarcias, que están cada día más rígidas. Tanteando la tensión de los obenques, ya demasiado flojos. Haciendo girar el cabrestante al que la sal ha vuelto más pesado. Revisando minuciosamente el trinquete, pasando las manos por su contorno, arriba y abajo, siguiendo con dedos de amante cada una de las grietas de la madera. Colgándose de los anillos de la mesana para comprobar su resistencia. Accionando la bomba de achique, no sin antes cerciorarse de que nadie lo observa. Golpeando con los nudillos el palo mayor, en amoroso diálogo.

Observando el farol de popa, carcomido por la herrumbre. Hasta que finalmente, como si le pesaran las piernas o el alma, se dirige muy lentamente a su cámara abrumado por el deterioro de la nave y por la falta de vientos. Porque no hay viento ni señales de. Y sin viento no hay nave, porque el viento y la nave son inseparables. Porque, ¿qué es una nave sin el viento que la impulse? Un extravagante conjunto de maderos y cabos y lonas, semejante en todo al ridículo refugio que construyera Juan Serrano. Una pirámide en cuyas secretas galerías se pudren hombres sin futuro y sin fe. Un monumento a los sueños del pasado. Eso piensa mientras nosotros, tendidos a la sombra de las grandes velas, con los dientes que se nos deshacen como arena y las encías hinchadas y ulceradas y la boca toda que es una masa amorfa de carne rosada y hedionda, hablamos sin parar. Platicamos todo el tiempo y nos observamos unos a otros, de modo que el discurso va por un lado y los ojos por el otro. Y de cuando en cuando y en silencio, se levanta alguno y se encamina a la zona de proa, porque le han atacado los terribles dolores en el vientre y es señal de que debe partir. Pero la charla no cesa por eso, y las bocas cárdenas e hinchadas por el escorbuto se abren como rosas en un jardín de primavera.

¿Que cómo terminó todo aquel parloteo inútil en que se había transformado nuestro glorioso viaje alrededor del mundo todo? Sí, Mirífica Alteza, bien sabe Juanillo que estás harto e impaciente, maldiciendo esta crónica de locos parlanchines, y al loco de su autor. Tú quieres ver acción. Quieres ver a tus hombres trepar por los obenques, lanzarse a las vergas, tensar las jarcias y arrojar a la aventura. Quieres oír el gualdrapo de las velas y el estruendo de las olas hendidas por tus proas, y la confusión de gritos, y el tronar de los cañones; que tanta plática como la que he puesto y tanto palabrerío rebosa ya de tus orejas, y te mueres de aburrimiento. Cansado estás del aroma nauseabundo de las naves, y tu nariz imperial reclama el olor picante de la pólvora y el dulzón de la sangre (uno de los olores que aún falta en mi crónica) y, sobre todo, la fragancia de las especias. Y sin embargo yo sigo cinchando con tanto blablablá como si aún no hubieras tenido bastante. Además, Pedro Mártir, y el otro, Pigateta o como se llamase, ¿no despacharon ellos en dos párrafos todo este asunto que me lleva a mí tantas páginas? ¿No bastaba acaso con decir que nos atrapó una calma de meses y que se nos acabaron por completo los bastimentos, y pasamos gran hambruna; y luego meter a los vientos de nuevo y la flota en marcha hacia su destino? ¿Para qué tanto rodeo?, te preguntas. Ya soportaste bastante, te dices, y tu poderosa voluntad quiere ver la escuadra en marcha nuevamente. Y si pudieras me lo ordenarías a gritos, y me azotarías si no te obedezco. Y ya estás pensando en que en esta o en la próxima frase cedo a tu demanda como hacen todos. Pero no. Te equivocas, Majestad. Yo hago oídos sordos a tus órdenes, dejo la flota detenida en el mar del Sur el tiempo que quiera y abro un paréntesis.

Paréntesis, Alteza. Para recordarte que quien escribe estas páginas no es Dios, ni la musa fulana o mengana, ni una quimera

cualquiera; sino Juanillo Ponce, de carne y hueso como cualquier hijo de vecino. Por lo tanto, si el discurso tiene continuidad y te da la sensación de que lo he plumeado de una sentada y sin parar para comer una tortilla o dar una meada a las plantas del huerto, te equivocas. Que es mentira. Puro artificio. Trucos que uno aprende para ocultar sus vergüenzas, disimular sus afanes, disfrazar sus miserias.

Pero ya comienzo a estar harto de tanta simulación. Ganas me dan de decirte que hoy me duelen las tripas, y que desde hace meses está mala la Filomena que es la luz de mis ojos, y que por las noches siento yo también el minucioso avance de la muerte en las caries dentales (como decía un ciego de una aldea vecina a la mía). Y que también lo de la Filomena es falso y la pobre una grotesca máscara detrás de la que escondo, con amoroso pudor, a la que realmente quiero y a la que dedico esta memoria que no tiene dedicatoria sino en el preciso punto en el que estamos, y dice: «Para R., que lo es todo para mí. »

Ganas me dan, aunque eso no te importe, o tal vez te irrite. Aunque estropee mi discurso, o afee mi crónica. o pienses de mí: es un necio. Y eches al fuego mis papeles y entretengas tus futuros ocios con la lectura de los cronistas reales.

Yo no me parezco a ellos. No quiero. Ellos, ocultando prolijamente sus propias desdichas para que gocéis del espectáculo con la conciencia en paz. Mentirosos, farsantes, cobardes que me duelen, eso son los Pedro Mártir de Anglería, y también los poetas y otros que inventan fábulas fingiéndose transparentes como el aire y sabihondos como Dios Padre, para agradaros.

Por culpa de ellos pensáis vosotros que no hay nadie bajo estas máscaras. Y nada os dice la falsa opulencia de los trajes. Ni la mueca que tomáis por risa. Ni el pandero y las cabriolas que interpretáis como alegría.

Pues jodeos, todos vosotros. Porque si vosotros recurrís a nuestro arte cuando os place, cuando tenéis un rato libre, para llenar un momento de ocio, y el resto del tiempo trabajáis, coméis, cagáis, amáis, tenéis hijos, sufrís, puteáis, y morís cuando podéis; pues ¿qué suponéis que hacemos nosotros cuando no estamos dando la función? ¿Qué suponéis que nos ha ocurrido entre la página 35 y la 63? Vosotros que leéis para gozaros y para conciliar el sueño y, cuando el sueño llega, dejáis la crónica en la página tal; cuando don Hernando está a punto de... ¿Qué sabéis vosotros de la historia real de esa página? ¿Cómo sabéis si cuando don Hernando estaba por, el cronista no tuvo que interrumpir porque le han avisado que su madre ha muerto o porque está tiritando de frío y mañana muy temprano tendrá que salir a ganarse el pan que vosotros no le dais? Por eso, Alteza, muchas veces, como ahora, me da rabia la continuidad de mi discurso. Vergüenza me da pensar que la tranquilidad, que la protección que te da esa continuidad, sea a costa de esconder mis llagas, de desaparecer tras la máscara de las palabras, tras los rostros de los personajes, tras las penas inventadas de esos seres fantasmales que se mueven por las páginas que tanto te deleitan o afligen. Por eso, Alteza, a veces me dan unas ganas locas de interrumpir mi discurso como ahora y dejar que se vuelva tan accidentado como la vida misma.

¿Aún estás ahí, don Carlos? ¿Te enfadaste con este tu siervo? Apuesto a que no. Que con olímpica paciencia estás aguardando a que se me pase este arrebato. Que toleraste con la benevolencia propia de los poderosos esta irrupción del Juanillo de carne y hueso en tu crónica, seguro de que al cabo del berrinche volvería a lo establecido. Y tienes razón, tú siempre tienes razón; te pareces a la Filomena en eso. «Porque ¿qué será de ti sin don Carlos?»,

me decía ella. «¿Qué ganarás echándolo al carajo? Nos moriremos de hambre los dos —decía—. Conque, sé dócil. ¿No querrás disgustarme, verdad? Me pondré mala y quizás hasta muera. Así que piensa un poco en mí, ¡so egoísta! No querrás matarme de hambre, ¿o sí?».

—Y ¿qué sabes tú del hambre, bruja tragona? ¿Vas a decirme a mí lo que es el hambre? —le decía yo, que le daba razón pero simulaba lo contrario—. Tú no sabes nada sobre el hambre —le decía—, y don Carlos, Su Alteza, tampoco.

* * *

Mis contactos con el capitán general ya no son tan frecuentes. Él está distante, abstraído. No se interesa en mis cuentos ni presta atención a mis visiones. Hablamos poco y de temas banales. Mis bromas no le hacen gracia y, generalmente, pasa por alto mis pullas.

—A vosotros los cristianos de cuna os crece más rápido la barba —le digo.

Él no contesta.

—Quien me dijeron que tenía una barba terrible era Siqueira, el virrey de Malaca —insisto yo—. Una barba espesa y enmarañada que por los pómulos le llegaba casi hasta los ojos, lo cual le daba el aspecto de una fiera. Dicen que era como un mono.

Don Hernando sigue mirando los relojes que tiene en un anaquel a los pies de su litera.

—Y que, pese a ser hombre de armas, no soportaba el olor de la pólvora ni el de la sangre por lo que, en medio de las batallas, sacaba un pañuelo de encaje de Flandes empapado en perfume y se ponía a olerlo —agrego yo, observando sus reacciones.

Mi amo, aunque se ha formado junto al legendario portugués, no responde.

Seguramente piensa: era un hombre valiente. Valiente y delicado. Y hasta lo echa de menos. Desearía estar bajo su mando y no al frente de esta flota inmóvil. Pero no lo dice. No dice nada. Y tampoco responde cuando yo digo:

—Cartagena también era un hombre valiente y delicado. ¿Crees que aún esté con vida?

Don Hernando no contesta porque sabe que es absurdo preocuparse ahora por el veedor. Su única preocupación son los vientos. Y el número de hombres que le arrebatará el hambre hoy.

—Tienes razón —digo, siguiendo con mi monólogo—. Mejor echar todo eso en el olvido: ese pozo oscuro y sin fondo al que arrojamus las ofensas recibidas y los errores cometidos, para seguir viviendo.

Entonces creo notar un gesto de aprobación, casi imperceptible y, esperanzado, me lanzo por ese camino.

—Cuando era niño sentía una rara fascinación por los pozos —digo—. Me gustaba asomarme al brocal del que había en el patio y contemplar, allá en lo hondo, el quieto espejo de agua.

Él tal vez piensa: este océano es, también, un quieto espejo de agua. Pero no lo dice.

—«¿De dónde viene el agua?», preguntaba. «Del cielo», decía mi abuelo que era rabino y aseguraba que el pozo en cuestión era un aljibe. «De las entrañas de la tierra», insistía mi abuela, que lo tenía por manantial. Nunca se ponían de acuerdo, pero yo prefería la opinión de mi abuela. Porque su explicación confería al pozo una hondura infinita. Así que me desvelaba por las noches pensando en ello. Y me pasaba el día asomado al brocal, aunque mi madre me lo tenía prohibido porque decía que podría caer y ahogarme. Aquella posibilidad excitaba aún más mi curiosidad. Y me imaginaba hundiéndome en aquellas aguas ciegas. Me hundía durante años. Tantos que crecía mientras me hundía, y me transformaba en hombre y llegaba a viejo, siempre hundiéndome;

porque para mí, aquel espejo de agua no tenía fondo. Desde entonces imagino la mente humana igual a esos pozos. Y a Dios, como una de esas tortugas que la gente arroja al fondo de los pozos para que purifiquen las aguas. ¿En tu casa qué había, aljibe o manantial? —agrego.

—No lo sé —contesta con visible desgana—. Nunca me atrajeron los pozos. En realidad detesto los pozos. El agua encerrada. El agua estancada.

Ahora metiste la pata, pienso yo. Si tuvieras toda una flota inmovilizada por casi tres meses, también odiarías las aguas estancadas; y estoy a punto de salir con una broma cuando me digo: pero yo también estoy atrapado. Me va la vida en ello. Y la culpa es suya. Es el culpable de que yo vaya a morir de escorbuto en un punto ignorado que no figura ni en los mapas.

—No quisiera estar en tu lugar —le digo—. Dirán de ti: ese es el que perdió cuatro naves y doscientos hombres sin moverse del mismo sitio. Y lo peor es que tu fracaso arrojará su sombra sobre tus seres queridos. Tu hijo tendrá que tomarse a golpes por defender tu memoria y te odiará en secreto por lo que le hiciste. Porque él se tomará tu fracaso como una ofensa personal; ya sabes cómo son los hijos. Y peleará por ti con la íntima convicción de que eres un malogro. Y cuando esté golpeando a su mejor amigo, no verá su rostro sino el tuyo, y la rabia le hará redoblar los golpes.

—¡Deja ya de hostigarme! —dice él, incorporándose en la litera—. ¿De verdad te crees gracioso? Pues déjame decirte que no lo eres en absoluto. Eres patético. Sórdido. Repugnante.

Entonces yo, consciente de haberme excedido, callo mientras busco desesperadamente otro tema con el que llenar de palabras el vacío que se ha abierto entre nosotros. Y como no se me ocurre nada, digo:

—¿Sabes lo que es repugnante? El olor a sebo de esa candela, ¿por qué no la apagas? Odio ese olor. Me recuerda a las iglesias.

Dios me perdone, pero odio el olor de las iglesias. Cuando era monaguillo del cura aquel, me daba miedo ese olor. Y náuseas. ¿Sabías que vomité la hostia cuando recibí la primera comunión? Fue terrible eso. El cura me puso el cuerpo de Cristo en la boca con sus dedos regordetes y fríos, y yo comencé a paladear aquello y a temblar. Porque aquél era el sabor de la eternidad. Mi saliva disolvía el más allá. Así que me vino la náusea. Sabía que iba a vomitar aquello y ya resonaba en mis oídos el rumor de la asamblea indignada. Y el cura seguía con su letanía, mirándome con aquella su cara de faraón iniciado en los misterios de la vida y de la muerte; empuñando un cáliz de oro que me cegaba con sus brillos. Y junto a él, las caras angelicales de los monaguillos agitando los incensarios. Y a mi lado las de terror de mis compañeros que iban llegando en procesión e hincándose ante el altar con la boca abierta y la lengua afuera, esperando su turno. Y arriba del altar los pies como de muerto de la Virgen, pisando una serpiente. Y las manos de Jesús, sangrando en la cruz, entre enormes cirios. Hasta que ya no pude contenerme. Apenas atiné a ponerme de pie, alejarme unos pasos del altar y largar mi vómito junto a una columna de mármol ante los ojos espantados de la asamblea.

—Debiste sentirte muy mal por eso —dice don Hernando—. Lo siento por ti. Tu niñez debe haber sido muy dura.

Aquel tierno e inesperado comentario, me desarmó. No sabía qué hacer. Así que me puse a reír, de los labios para afuera. Y comencé a agitar los cascabeles que siempre llevaba en la muñeca y a fingir que bailaba.

—¿Por qué haces eso? —pregunta él.

Y yo me quedo callado porque no sé la respuesta. No tenía la menor intención de divertirlo y, de pronto, me sentía en la obligación de hacerlo. Me encontraba representando el papel que me habían atribuido en el reparto. La máscara que yo había adaptado a mi cara para no defraudarlos. Pero es que estaba

muy perturbado por aquella sencilla demostración de afecto. Por aquel súbito interés en mi persona. Me confundía que me tomara en serio.

—El conde don Juan nunca me tomó en serio —digo finalmente—. Gracias a eso me cobró tal confianza que me decía todo cuanto le venía a la cabeza.

—¿No te hacía daño eso?

Ese ese nuestro oficio, tú sabes. Un bufón debe saber guardar secretos. Porque un bufón es como un amigo alquilado, ¿comprendes? Con nosotros puede la gente solazarse y sincerarse sin consecuencias, porque ¿quién toma en serio lo que dice un bufón? A nosotros pueden decirnos cosas que no dirían a sus mejores amigos, y tratarnos como no tratarían a sus enemigos; sin problemas de conciencia, que para eso nos pagan. Por eso digo que el nuestro es, junto con el de las putas, el más antiguo y necesario de los oficios. Y pasa con nosotros lo que con ellas. Que hay hombres que van donde las putas para hacer con ellas cosas que no creen dignas de hacer con su mujer. Y no hablo solo de la cama. Digo que van y les cuentan sus penas verdaderas y les lloran en el hombro que huele a perfume barato y les abren su corazón por una noche y luego: si te he visto no me acuerdo. Conque ya sabes, cuando estés harto de mí, no tienes más que decirlo. Tú eres el que paga.

—Yo te aprecio de verdad —dice él palmeándome una rodilla. Y como yo niego con la cabeza, porque estoy emocionado—: No me gusta lo que has dicho —agrega—. Me he acostumbrado a ti.

—Y yo a ti —digo, balbuceando—. Pero pensé que...

—Cállate ya —dice—. Cuando seas conde del Maluco todos te respetarán. No tendrás que hacerte el gracioso ante nadie. Si hasta tendrás tus propios bufones, y quizás acabes encariñándote con alguno como me ha ocurrido a mí contigo.

—Yo nunca tuve amigos...

—Pues tendrás legiones.

—¿Tú crees que alcanzaremos el Maluco?

La sonrisa se borra de su rostro y, ya sin mirarme, se queda pensativo.

Sé que piensa que no tiene otra salida y, en verdad, no la tiene. Que no puede enfrentarse a los armadores y a la Casa de Contratación con las manos vacías y decirles simplemente: me equivoqué. Las dimensiones que Ruy Faleiro atribuía al mar del Sur nada tienen que ver con la realidad, y lo que en sus mapas y cálculos parecía posible, no lo es. Ese océano es inmenso, quizás infinito, pero yo no lo sabía. Nadie lo sabía. Y tampoco sabía que el Nuevo Mundo se extendía tan al sur y que el estrecho, aunque existía, estaba en su extremo más meridional. Sabe que le preguntarán por qué no regresó cuando comprobó que sus cálculos eran erróneos y que no podrá contestar. Sabe que le echarán en cara haber persistido contra toda opinión sensata y haber perdido tantos (¿cuántos?) hombres y naves. Sabe que le recriminarán no haber escuchado los consejos de los demás capitanes que insistían en volver. Sabe que solo un buen cargamento de pimienta y canela y azafrán y clavo puede lavar de sus manos la sangre de la nobleza castellana asesinada; y no lo tiene. Sabe que lo acusarán de traición y de sedición. Que Esteban Gómez después de haberle arrebatado la San Antonio estará sentado entre los jueces, acusándolo de asesino. Que habrá vuelto a todos en su contra y tergiversado todo cuanto ocurrió antes y después de San Julián. Porque si de algo está seguro es de que la San Antonio regresó. Y que mientras él se consume en la impotencia, habrán confiscado sus bienes y dejado a su familia en la miseria. Sabe que nadie se atreverá a protegerlos, porque conoce bien la cobardía de la gente. Sabe del odio que en cada casa y en cada pueblo se fragua contra él. Él, que es el único responsable de la pérdida de tantas

vidas. De tantos hogares deshechos. De tantas camas demasiado grandes. De tantas mesas mudas. De tantos niños que crecerán odiando su nombre. De tantas mujeres que en el silencio espeso de esas noches que se alargan hasta la desesperación, maldecirán al hombre que les quitó el hijo, el esposo, el novio. No, no puede regresar derrotado. Nadie le perdonará su fracaso. Solo la canela, el azafrán, la pimienta, el clavo, solo las especias pueden hacer algo por él. Y no las tiene. Así que tiene que seguir buscando el Maluco hasta que lo encuentre, así esté en el seno mismo de la muerte.

—Ni muerto me libraré de la venganza —dice, y parece abrumado por un enorme peso—. Mi memoria será escarnecida, perseguirá a mis descendientes como una sombra. Tú mismo lo dijiste.

—No me tomes en serio, lo dije solo para llamar la atención. Además, no tienes por qué ser tan pesimista. Al menos hemos llegado hasta donde nadie antes. Si hasta hemos descubierto el paso del mar del Sur, en el que nadie creía. En cierto sentido se podría decir que hemos triunfado, ¿no crees?

—¿Qué crees tú?

—Que estamos en la ruta correcta y que llegaremos al Maluco y que yo me vendré condazo y dirán de mí: este es conde, este esconde.

—Te advierto que ignoro la verdadera extensión de este océano y no sé cuánto tiempo nos tomará atravesarlo cuando vuelvan los vientos. Estoy tan confundido que ni siquiera estoy seguro que se pueda llegar al Maluco por esta ruta.

—Ya lo sé —le digo.

Él me mira sorprendido.

—Pero no me preocupa, ¿sabes por qué?

Él niega con la cabeza.

—Porque sé que del otro lado de esta línea que llaman horizonte está el Maluco —digo, aparentando una gran confianza.

Él vuelve a negar con la cabeza, pero una sonrisa va asomando en su rostro.

—¿Es otro de tus embustes? —pregunta.

Yo trepo a la litera y le susurro al oído:

—Del otro lado está el Maluco.

Ambos nos quedamos callados. La nave apenas se mece. El sol se hunde en aquellas aguas muertas y las sombras se apoderan de la cámara ocultando brújulas, compases y relojes. De pronto ambos reparamos en la espada apoyada contra la pared.

—¿Sabes? —dice él—, si regresamos victoriosos a casa, te prometo que haré de esa espada una reja para el arado y convertiré los remos en yugos para los bueyes.

—Sabes que no te creo. Pero aun así me gustaría trabajar la tierra contigo.

—¿Tú sabes construir una casa? —pregunta al cabo de un rato.

Aquella pregunta inusitada me deja mudo. No sé qué demonios pensar. Imagino nuestras pequeñas naves detenidas en medio de aquel cristal convexo y azul cuyos límites nadie conoce, y la pregunta se me antoja más absurda aún.

—¿Una casa dónde? —digo al fin para salir del paso y ver hacia qué lado se dispara.

—¿Dónde crees tú?

—¿En el Maluco, tal vez?

—He dicho, una casa. Ahora, ¿sabes o no sabes? ¿Has construido alguna?

Su tono de voz revela tal ansiedad que me da no sé qué decirle la verdad.

—¿Una casa de madera o de piedra? —digo.

—Una casa debe ser de piedra. Deja la madera para construir naves.

—Una especie de fortaleza.

—No, no me has entendido. ¿Es que no sabes lo que es una casa? ¿Si no lo sabes, cómo puedes saber construirlas?

—¿Y tú lo sabes? —digo yo en un tono cortante. Comenzaba a fastidiarme aquella pregunta que tenía por un simple capricho.

—Yo no sé construirlas, pero he estado pensando mucho y creo saber lo que es —replicó él sin alterarse, como absorto.

Había algo en su expresión que me decía que aquel interés, por disparatado que me pareciese, era sincero, genuino.

—Pues creo que hay que empezar por los cimientos. Hay que medir la planta en el sitio escogido y luego cavar los cimientos. La tierra que vas sacando la puedes emplear en nivelar el terreno. Los cimientos han de ser profundos si quieres una casa sólida. Y han de ser de piedra. Puedes apisonar la piedra con tierra o con argamasa.

Yo jamás había visto construir una casa, pero imaginaba que debía procederse de ese modo, y él asentía con la cabeza y parecía tan convencido que me obligaba a seguir inventando.

—Una vez que tienes los cimientos hechos y el terreno nivelado, puedes empezar a levantar los muros —digo.

—¿Qué muros debo levantar primero?

—Los que quieras, eso no importa —le digo, ansioso por llegar al techo y terminar con aquel embarazoso asunto. Lo fundamental son los cimientos.

—Eso es cierto, pero discutamos los muros. Quiero que sean muy gruesos. Que no los penetre el frío, ni el viento, ni los ruidos; que toda la intemperie quede fuera de la casa.

—Bien, levantemos esos muros. Creo que lo mejor será que lo hagas en forma pareja; no puedes levantar uno primero, ¿pues cómo se sostendría? Tal vez haya que empezar por las esquinas

que son el punto de apoyo. Las esquinas del perímetro y donde este se une a las paredes interiores. ¿Las quieres de piedra también?

—Levanta antes que nada los muros exteriores, después ya veremos. Piedra sobre piedra hasta llegar al techo, y luego este, de pizarra.

—Te has quedado encerrado dentro —digo yo con una sonrisa afable en los labios.

Él me mira con furia. Mi sonrisa se torna más ingenua. La expresión de sus ojos menos agresiva.

—Tu casa no tiene puertas ni ventanas —digo.

Ahora es él quien sonrío.

—¿Tanto le temes a la intemperie? —pregunto.

—Lo había olvidado.

—¿Tu casa serás tu nueva armadura? ¿Vivirás encerrado, escondido en su interior cuando cuelgues esos hierros?

—No trates de fastidiarme. ¿Qué te ocurre? ¿Te molesta que te aprecien o tienes miedo?

Yo me quedo pensativo. Quizás tenga razón, me digo. Quizás tenga miedo a defraudar a aquellos que me quieren.

—Al levantar los muros debes dejar las aberturas correspondientes a puertas y ventanas. Deberás servirte de algunas vigas para rematar las aberturas. Sé que prefieres la piedra, pero hay maderas muy duras, tan resistentes como ella, y que facilitan mucho las cosas. Digo, las casas. De lo contrario precisarás un cantero muy hábil. Claro que los hay. Conozco uno en mi pueblo que construye iglesias así que...

—No quiero construir una iglesia —me interrumpe don Hernando.

—Pues no sería mala idea, después de todo. Construir una iglesia, y meternos todos adentro a rezar para que vuelvan los vientos.

—No me haces gracia.

—Hablando en serio, conozco un cantero que...

—Ya no quiero hablar de eso.

—Solo quería decirte del hogar. Imagínate un hogar de ésos que ocupan casi toda la cocina, lleno de trebejos, y tizado. Donde siempre arde la lumbre. Con una gran campana de la que cuelgan las ollas y se secan los chorizos y jamones. En Bustillo no son tan grandes, pero la Filomena, que es gallega, me ha hablado de ellos. Sí señor, un gran hogar en el centro de la cocina, el fuego siempre ardiendo y el puchero echando vapor sobre las trébedes; y un gato dormitando entre los pies de una vieja. Que puede ser tu madre, una tía, o simplemente una criada; la que tú quieras.

—No está tan mal tu casa —dice, sonriendo.

—Haremos una para cada uno. La tuya más grande, claro. Pero debemos mantener el secreto, pues si el ejemplo cunde tendremos muy pronto toda una ciudad sobre el mar. Entonces la llamaríamos Maluco, ¿qué opinas? Y habríamos llegado y regresado a casa, todo sin movernos de aquí ni cuidarnos de la falta de vientos. Tú serás el rey y yo el condazo, y todos en paz.

—Ayúdame con la armadura —dice él incorporándose—. Veré de dormir un rato. Ya he escuchado demasiadas sandeces por hoy.

Estoy aflojándole las correas que unen el peto con el espaldar cuando agrega:

—Puedes quedarte si quieres.

* * *

Yo quería quedarme, Alteza. Quería quedarme porque afuera anda la noche como una oveja negra y ciega, dándose contra todo.

Pero no podía hacerlo, Majestad. Es que, mientras hablábamos, había empezado a sentir aquellos terribles dolores en el

vientre que ya no podía disimular. Había llegado el momento tan temido. También yo estaba enfermo y debería cambiar de zona. Así me lo imponía aquel tácito acuerdo que nadie se atrevía a violar.

Entonces me despedí del capitán y encaminé mis pasos hacia la proa.

Avanzaba a tientas, guiándome por la pestilencia que de aquella parte venía. Y cuando finalmente llegué al cabrestante, me detuve. Más allá de aquella frontera me aguardaba un mundo extraño, del que quizás no hubiera regreso. Nadie se ha enterado, me decía. Tal vez pueda seguir fingiendo unos días más. Ni siquiera el capitán se ha dado cuenta. Pero sabía que era inútil y seguí avanzando. Al verme tan sumiso comprendí que estaba realmente enfermo.

Un momento después, una voz dijo:

—¿Quién vive?

La pregunta se me antojó tan absurda que no pude contestar.

En el silencio tenso que siguió, oía crecer el ronquido de aquella garganta inflamada, cada vez más cerca, hasta que percibí, inconfundible, su fétido aliento.

Entonces traté de huir. Fue solo un gesto muy breve, pero los cascabeles de la muñeca me delataron.

—¿Eres tú, Juanillo? —preguntó la voz.

—Soy Juan Serrano —dije casi sin pensar, acordándome de los cascabeles que adornaban el ala del sombrero del portugués.

—Aquí está Juanillo —dijo la voz.

—No soy Juanillo. Soy Su Majestad Imperial —dije haciendo sonar otra vez los cascabeles.

Pero nadie se rió ni dijo nada.

Una inmensa luna roja comenzaba a surgir de las aguas. En aquella luz rosada y fantasmal, vi insinuarse las primeras siluetas.

Iban cubiertas con trapos hasta la cabeza y se movían lentamente, formando un círculo que se estrechaba poco a poco.

A la luz de la luna, aquellos rostros embozados se acercaron y comenzaron a examinarme. También yo los estudiaba, aunque disimuladamente, buscando una cara o un rasgo conocido. Pero, fuera porque la enfermedad los deformaba brutalmente, o porque la luz era muy mortecina, lo cierto es que no logré aquella noche reconocer a ninguno.

Un rato después, saciada su curiosidad, comenzaron a dispersarse tan lentamente como se habían aproximado.

Yo quedé solo, contemplando el más desolador de los espectáculos. Buscaba un lugar. Un hueco donde echarme. Pero los cuerpos se amontonaban por doquier. Algunos yacían de espaldas. Otros estaban sentados. O en confusos grupos. En el castillo de proa estaban los más graves. En el centro del recinto arde una candela; pero ellos prefieren ocultarse en las sombras. En los rincones se ven solo pies que parecen esculpidos de mármol; el resto del cuerpo desaparece en esos nichos. De vez en cuando alguien pide agua o algo que comer. Pero ya no hay nada que comer en las naves. Ni agua para malgastarla en esos seres condenados. Entonces la voz repite el ruego y todo el coro estalla un instante en el mismo clamor. Después vuelve a reinar el silencio.

Espantado ante aquel cuadro de horror, imagino a Vuestra Alteza probando indiferente los manjares que colman vuestra mesa, discutiendo sobre cuánta pimienta tiene este o si es poco el azafrán de aquél; y siento rabia, mucha rabia. Y luego pena de que ignoréis todo sobre el hambre.

Porque tú, don Carlos, no sabes nada acerca del hambre. Nada. Tú te preocupas más de alimentar de pólvora tus cañones que de llenar las tripas de tus pueblos. Y es lástima grande, Majestad, el que ignores tal cosa. Y pena que ninguno de los adu-lones que llenan de lisonjas y veneno tus augustos oídos, te haya

hablado jamás de ello, y venga a ser yo quien te abra los imperiales ojos. Porque te aseguro que si solamente te hubieran aconsejado privarte alguna mañana del caldo de gallina enriquecido con leche, azúcar y especias que solías gustar al desayuno, mucho más grande por más justo hubiera sido tu reinado. Y mucho más noble tu retiro. Y más dulces tus sueños. Y más apacible tu vejez. Porque un monarca puede ignorarlo todo, menos eso que un poco inocentemente llamamos hambre. El más temible de tus enemigos. Contra el que no pueden cañones ni decretos, porque él se mofa de todo y a todos vence con sus apremios. Él es quien diezma tus ejércitos. Hunde tus naves. Llena de criminales las noches y de pícaros las plazas. Da crédito y poder a los clérigos. Prostituye a las mujeres. Hace viejos a los niños. Él, que es el padre de todos los vicios. Que engendra la adulación. Promueve la traición. Atrae al juego. Somete al vino. Mete los dedos en la bolsa ajena. El puñal en el vientre. El pescuezo en el yugo. Tan grande es su poder que al del mismísimo Dios se iguala. Porque él da la vida o la quita. Decide la suerte de las almas. Hace las guerras. Crea las victorias y las derrotas. Destruye reinos. Descubre continentes. Somete pueblos. Todo lo puede.

Tan cierto es lo que te digo que si la gente pudiera escoger a su rey, en verdad te digo que muchos monarcas serían desplazados del trono por sus cocineros. Que si Bañuelo prometiera llevar a todas las mesas su famosa salsa blanca hecha con agua de rosas, jengibre blanco, almendras, y una rama entera de canela hervida, su poder no se limitaría a la cocina de tu palacio y a las tripas imperiales, sino que se extendería a todas las Españas y al triperío universal. Y algo similar hubiera ocurrido con el maestro Sardinas, cocinero de don Álvaro de Luna; y con el maestro Jotxim, jefe de cocina de tu abuelo Fernando el Católico y a quien el rey le tenía más cariño que a la beata Isabel, que era más reseca que una pasa; y lo mismo con Lopera, que atiborraba de confituras

a tu madre Juana la Loca; y qué decir de aquel famoso Ruperto de Nola, cocinero del virrey de Nápoles y autor del *Libro de guisados*. Tenía doscientas cuarenta y tres recetas, conque imagina el gobierno que pudo haber hecho con solo decretar una cada dos días: «Yo, Ruperto de Nola, Rey por la Gracia de mis Guisados de Castilla, de León, de Aragón, de Galicia, de Valencia, de Granada, de Jerez, de Mallorca, de las dos Sicilias, de Nápoles, de Jerusalem, de los Países Bajos, de las Indias Orientales y Occidentales, etc., etc., teniendo en cuenta los supremos intereses del Imperio y el bienestar de cada uno de sus habitantes, dispongo actuando en Consejo de Ministros que hoy, jueves tal de octubre del año de Nuestro Señor Jesucristo de 1500 y pico, se coma en todas las mesas de mis reinos berenjenas a la cazuela. Para ello se han de pelar las berenjenas y cortarlas seguidamente en tres o cuatro trozos cada una. Luego se han de cocer en un caldo de cordero con dos cebollas. Una vez que las berenjenas estén bien cocidas, cortarlas finamente sobre una plancha, añadir un buen queso de Aragón, rallado, y algunas yemas de huevo; después mezclarlo todo y picarlo finamente como si se tratase de un relleno para cabrito. Aliñarlo con especias finas: jengibre, nuez moscada, perejil. Poner la cazuela al fuego. Finalmente, cuando el plato está bien dorado, retirarlo del fuego y añadir azúcar y canela.

»Los regidores de cada municipio se encargarán de suministrar las berenjenas y el aderezo antes indicado, siendo de estricta responsabilidad de la población el ajustarse a las pautas emanadas del presente decreto para su elaboración.

»Toda trasgresión de las normas aquí expuestas será castigada con severas penas.

»Comuníquese, archívese, etc.».

Imagínate, Alteza, la reacción ante un decreto semejante. Aunque no a todos pluguiera comer ese día berenjenas, que siempre hay quienes están desconformes por norma y tienen por

hábito llevar en todo la contraria, caería entre la mayoría como una bendición del cielo. Y no solo los pobres lo acogerían con entusiasmo, sino también los ricos, que ya no tendrán las duquesas que devanarse el seso pensando qué cosa ordenarán para el almuerzo y, libres de este yugo, podrán dedicar todo su tiempo a acicalarse para mayor esplendor de tu corte. Y además andaría la gente ansiosa y feliz, aguardando qué cosa les deparará el siguiente bando, con lo cual ya no tendrían los pregoneros reales que esforzarse por hacerse oír como ocurre ahora cuando la gente harta de palabras que no comprenden y que se resumen siempre en engaños o palos, pasa de largo ante ellos o sigue en su alboroto con total indiferencia. Porque te digo que está el mundo harto de promesas que se desvanecen siempre y se han vuelto sordos al palabrerío real; pero ¡con qué deleite escucharían todos una buena receta de cocina! Se les haría agua la boca y, con lágrimas en los ojos, agradecerían al cielo por el rey que les ha dado. Amén.

VIII

Y bien, Alteza, ahora Juanillo te imagina. Estás en tu retiro, en Yuste. Estás en tu recámara. Te han puesto sobre almohadones, como a un recién nacido, y junto a la ventana que se abre al interior de la iglesia. Tú mismo mandaste abrir esa ventana en los muros de tu alcoba, y también ordenaste tapiar las otras que daban a los campos y sierras de Extremadura. Desde esa ventana, detrás de las cortinas de pesado brocado que te ocultan a los ojos de los monjes, sigues los oficios divinos que, día y noche, ofreces por el alma de tu madre y por la de tu hermana. Esas dos muertes recientes te acercan tu propia muerte. Y tienes miedo. Todo el pasado se vuelve en tu contra. Te atormenta. Te acusa. Ha perdido sentido. Parece un gran e irreparable error. El portentoso César Augusto, Señor del mundo todo, quisiera ser niño otra vez. Tener una madre, él, que nunca la tuvo. Escondarse en su regazo, él, que tuvo a la suya escondida durante medio siglo. Cerrar los ojos y escuchar los latidos de su corazón. Adormecerse mientras retumba en sus oídos ese ritmo primigenio. Ese lenguaje sin palabras. Dormirse mientras la música fluye de ese viejo corazón como la sangre por las venas. Olvidarse del mundo. Olvidarse de sí mismo. Pero es inútil. No puede recuperar esa música que la muerte le ha arrebatado. Ese corazón es un órgano sin viento. Un órgano con el fuelle pinchado. Con los tubos llenos de tierra. Tal vez lllore por

ella, piensas, oculto tras la cortina de brocado. Pobre madre mía, piensas. Desgarrada por las luchas entre su padre y su esposo. Dividida entre aquellos dos hombres que se la disputaban. Peleaban por Castilla, no por Juana, pero Juana era el campo de batalla de un duelo encarnizado. El duelo de dos hombres que creían amarla, y que quizás la amaron. Y Juana sufría en secreto. Su salud se resquebrajaba en muda protesta. Siempre estaba enferma tu madre y yo no sabía por qué. Siempre postrada. Echada como un pájaro herido. Con aquella misma expresión de cansancio infinito. Pobre madre mía, piensas, mientras el sonido del órgano de la iglesia se apodera de todo. Ahora tus recuerdos flotan en su música que es como un río que fluye: la muerte de tu padre cuando tenías seis años, casi no lo conocías, y todo había ocurrido en un reino muy lejano al que llamaban España; pero igual lloraste. Y te dio rabia llorar. Por fin tu madre se ocuparía de ti. La tendrías para ti solo. Pero ella lo había amado demasiado. Siguió siendo suya. Culpó a tu abuelo Fernando que nada tuvo que ver. Y tu abuelo al verse rechazado redobló su furor. Vagas noticias de la guerra entre ambos. Rumores de que la habían encerrado. Loca y desgredada. Aferrada a una criaturita muerta que no le podían quitar y a la que quería amamantar. Ululando en la sala desnuda donde estaba confinada. Hablando con el fantasma de tu padre como una niña con su muñeca. Después supiste la verdad. Ella no estaba loca, pero a todos les convenía creerlo. Odiaste a tu abuelo por eso. Pero no tuviste el valor de afrontarlo. Tú querías ser rey. Emperador. Ella era un escollo. La dejaste encerrada mientras duró tu reinado. Dejaste que el pueblo se burlara de ella: Juana la Loca, loca de amor. Ahora, con diferencia de apenas unos meses, tu madre ha muerto y tú has abdicado. Estamos en paz, piensas mientras suben hasta tu ventana los rezos de los monjes, Pero en el silencio de las noches sientes que tu madre te llama. Todas las noches escucha Su Alteza la voz de su madre. Y el corazón le da un

vuelco. El viejo corazón del rey late un instante con pueril alegría, porque es su madre quien lo llama. La madre anulando el pasado. Ahuyentando la muerte. Pero todas las noches la voz de su madre le dice lo mismo: «Tuve un sueño horrible; soñé que un gato gigante y monstruoso, blanco como el armiño, me devoraba las entrañas.» El solo recuerdo de ese sueño te llena de angustia. Entonces cierras los pesados cortinajes y, trabajosamente, aferrándote con tus manos deformadas por la gota al bastón, encaminas tus pasos hacia la sala de trabajo. Las paredes del aposento están tapizadas de negro y los cortinajes de terciopelo del mismo color cubren todas las aberturas. En la habitación vestida de luto no hay más adornos que un crucifijo, un gran crucifijo de marfil, de tamaño natural; y los cuadros. Las telas del Tiziano de las que Su Alteza no se separa nunca. Hay un retrato de Felipe, de cuerpo entero. Uno de la emperatriz Isabel y un tercero de tu hermana Leonor. De los tres, el de Leonor es tu preferido. Y don Carlos se detiene una vez más ante la tela. Levanta con dificultad la cabeza agobiada por los años, y posa su mirada gris, casi vacía, en el cuadro. Leonor luce un vestido de brocado azul en cuya trama las hebras de oro y plata briscados dibujan sobrias guardas de arabescos. Un collar de cuentas de coral y un par de pendientes del mismo material, engarzado en plata, completan su sencillo atuendo. El collar, de una sola vuelta, cae junto con una hebra de cabello oscuro que escapa de la nuca hasta la cintura, realzando la blancura del busto y el rojo del coral. Lleva el resto del cabello recogido y sujeto por unos cordones del color del vestido. El sombreado de la nuca produce un raro efecto, y lo mismo las pecas, casi imperceptibles, que el artista ha pintado en el pecho. Pero lo que atrae a Su Alteza con una fuerza irresistible, es la expresión que el maestro ha logrado dar a los ojos. Hay una profunda y mansa tristeza que es como un abismo, que le provoca vértigo. Que hace que su prominente labio inferior se agite en un temblor.

Entonces la música del órgano vuelve a adueñarse de la iglesia contigua y, aunque amortiguada por los pesados cortinajes negros, llena toda tu habitación. La música fluye como un río, arrastrando viejas culpas y antiguos recuerdos. Y don Carlos evoca cuando, en un matrimonio negociado por cuestiones de Estado, entregó a su hermana al rey de Portugal. Una mujer que se abría como un capullo. Un rey viejo y contrahecho. Una brillante jugada que aseguraba Portugal para el Imperio. Una hija. Una viuda. Una hermana de regreso de España. Una hija única, dejada en prenda de paz. Una madre que no volvería a ver a su pequeña. Un negocio redondo. Una viuda y un capullo, una madre separada de su hija, una mujer para Francisco, un presente para probar su buena voluntad y sellar la paz definitiva con Francia. Una jugada maestra. No un hijo, no un hermano, un ajedrecista. Ahora, sosteniéndose apenas sobre sus piernas gracias al bastón y frente al retrato, quisiera rescribir el tiempo. O mejor, arrancarle todas sus páginas y empezar de nuevo. O mejor aún, ser pieza antes que ajedrecista. Un simple peón. Un alfil a lo sumo. En adelante, será su hijo el que mueva las piezas. Entonces, algo aliviado, seguirá su camino hasta el aposento de trabajo. Lenta travesía por la habitación de luto. Entre gigantescos mapamundis que ya nada significan. Sin prestar atención al órgano portátil que lo había seguido en todas las campañas. Hasta llegar al sillón. Allí vuelve a detenerse. Trepa trabajosamente, como un niño; aferrándose con sus dedos deformados por el reuma al dosel de terciopelo negro. Se le cae el bastón. Busca apoyo en el respaldo. Finalmente logra acomodarse. Sobre la pila de almohadones y bajo el dosel negro, parece el retrato de un recién nacido. Uno de esos príncipes enfermizos cuyas vidas se extinguen en la cuna. Cuyo retrato, de colores graves y tristes, pasa a engrosar alguna galería olvidada. Junto a otros, igualmente anónimos. Tiene el alma oprimida. Contempla mudo las paredes negras. El humo del incienso que llega desde la iglesia y se cuele a

través de las cortinas de su única ventana, le hace toser. Siente que se ahoga. Saca un pañuelo de entre sus ropas y se enjuga la baba que le moja la barba. Doy asco, piensa. Todos los viejos dan un poco de asco, piensas. Y reprimas un gesto que te impulsa a coger el espejo con mango de plata que hay sobre la mesa y mirarte en él. Ahora tus ojos buscan otra cosa en medio del desorden de papeles y libros que hay sobre el escritorio. Se mueven ansiosos y, de pronto, un destello de luz los aviva. Tu mirada se ha posado en el voluminoso manuscrito de Juanillo. Te estiras entonces, con dificultad, y lo coges con manos temblorosas. Tus dedos deformados revisan las páginas buscando aquella en la que suspendiste la lectura varias horas atrás. Al contacto con ella, el celeste de tus ojos se hace más intenso, se vuelve del color del océano. Y en tus pupilas gastadas se dibujan tres minúsculas naves. Entonces cierras los ojos. Tu nariz se dilata porque crees percibir en el aire muerto de tu habitación, un leve estremecimiento. El olor oprimente del incienso, y el dulzón de los terciopelos, y el de los vahos de hierbas y ungüentos medicinales; todos son barridos por una ráfaga de viento marino. Un tufo salobre se apodera de la habitación. La brisa agita los cortinajes. Sientes su caricia fresca en la piel marchita. Una extraña confusión de voces y sonidos se apodera de tus oídos. Ya no escuchas la letanía de los monjes. No se oye el órgano. Su música ya no fluye desde el pasado. En tus oídos retumban ahora las voces de mando, los gritos de los hombres ejecutando las maniobras, el estruendo con que se despliegan las velas al viento, el chirrido de las poleas, el crujir de los maderos desde las cuadernas hasta los palos, el eco en las bodegas vacías. Entonces Su Alteza abre los ojos. Pero los ojos de Su Alteza ya no ven las paredes enlucadas, ni las telas del Tiziano, ni el sillón de junto a la ventana, ni la ventana que da a la iglesia, ni el órgano portátil que lo acompañó en todas sus campañas, ni los mapamundis que nada significan, ni el gran globo terráqueo que alguien colocó junto a la mesa

de trabajo, ni la mesa de trabajo con su desorden de papeles, ni el voluminoso manuscrito que tiene entre las manos, ni las manos deformadas por la gota. Lo que Su Alteza ve es otra cosa. Ve a los hombres que se lanzan a las vergas, que trepan por los obenques, que tensan las jarcias, que sueltan las velas. Ve la Trinidad, que parece un hormiguero roto. Que se encabrita como un potro. Porque en todos los mástiles siguen estallando velas. De formas ya casi olvidadas. Y toda la nave es una blanca pirámide, balanceándose sobre las olas. Y si se coloca Su Alteza los anteojos que guarda como la más preciada joya en su cofrecito de oro y piedras preciosas, verá a los hombres mudos; contemplando azorados aquel despliegue. Como si fuera la primera vez. Con místico arrobamiento. Cual sacerdotes admirando el rostro resplandeciente de su dios. Sin que uno solo mire el océano. El que vamos a desafiar con ellas. Todos víctimas de aquel hechizo al que ni Su Alteza Imperial puede escapar. Porque al cabo de tres meses de espera, el viento ha vuelto a soplar. La flota está en marcha. El relato se acelera. Se llena de viento. Por obra y gracia de Juanillo Ponce, conde del Maluco; tu bufón, tu siervo, tu amigo, tu bebé. Tu madre. El único que puede descolgar los terciopelos que enlutan las paredes. Abrir las ventanas tapiadas. Inundar de salitre y de sol la tumba que habitas. Sacarte de tu retiro. Llevarte muy lejos. Anular el pasado. Ahuyentar la muerte. Mientras te dé la vista. Mientras me dé la vida. Mientras dure esta música.

* * *

Marginados de los acontecimientos. Porque todos ellos se fraguan y se desarrollan en la zona de popa. Y nosotros al margen. Silenciosos. Furtivos. Expectantes. A que del otro lado, desde el otro extremo de la nave, corran como reguero de pólvora. Y prendan en alguna de las bocas enfermas. Y se conviertan de este lado

en un rumor. Deforme. Ininteligible. Como el anuncio de que pasamos cerca de dos grandes islas. Cipangu, la perla del Oriente. Sumbid, o algo así. De esta manera suena en esa boca cárdena. Lo ha dicho el capitán. Dicen. Citando a un viajero veneciano. De apellido Polo. Cipangu. Dicen. La más oriental de las islas del mar de la India. La primera que debe aparecer. Dicen. Y cargaremos víveres. Y agua. Se acaba el hambre. Porque avanzamos setenta leguas cada día ahora que ha vuelto el viento. Y el Maluco está a un paso. Lo ha dicho el capitán.

Pero nada. Tres días apostados en la borda. Y nada. Colgados de los obenques como muñecos de trapo. Pendientes de la menor señal que pueda venir de las cofas. Donde anida, como un pájaro, uno de la otra zona. Escudriñando el cielo en busca de aves. Y el mar de otros signos. Y nada.

No vemos las islas, No sabemos si de verdad existen. Cipangu. Sumbid. Si estamos en el rumbo. Si es cierto el rumor. Si se burlan de nosotros. Allá del otro lado. Cipangu. Sumbid.

Pero una tarde, sí. Nos estamos espiando unos a otros. Por ver quién sigue con vida. Y algo golpea la proa. Y alguien va y se asoma. Y de su boca que es como una granada abierta escapa un sonido. Que es como el de la risa. Así que vamos todos. Apoyándonos unos en otros. Arrastrando a los más débiles. Para quedarnos extasiados contemplando aquella rama. De hojas todavía verdes. De frutos turgentes. Así un rato, hasta que uno va hasta la barrera. Tambaleante. De enfermedad y de alegría. Todo junto. Y hace señas a los de la otra zona. Hasta que más allá del cabrestante se juntan varios. Que nos miran perplejos. Y se van acercando. Poco a poco. Pero al llegar a la barrera se detienen. Se miran indecisos. Se están un rato así. Y luego el más atrevido pregunta qué pasa. A gritos. Qué pasa. Pero nadie se atreve a contestarle. Por no enseñar las bocas. Porque hemos perdido la voz. Por la curiosidad que hay en los ojos de ellos. Porque se

van acercando cada vez más. Así que vamos retrocediendo. Poco a poco. Vamos a ocultarnos en el castillo de proa. Con nuestro secreto. Con la rama de hojas todavía verdes. Con los frutos turgentes. Arrepentidos de haber llamado la atención. Poco a poco. Avergonzados. Pero antes de que nos retiremos, se oyen voces en el otro extremo de la nave. Y el grupo de curiosos ya no avanza. Se detiene. Nos dan la espalda. Porque las voces se suman y pronto es un clamor en la parte de popa. Así que volvemos a ganar espacio. Poco a poco. Hacia el cabrestante que marca la línea divisoria. Y un poco más allá. Que es mucho el bullicio y queremos ver qué pasa. Todos se están abrazando allá, en la popa. Y mirando el cielo. Así que nosotros miramos el cielo también. Y hay gaviotas, Alteza. Revoloteando en torno a los mástiles. Alborotando detrás de las naves. Entonces nos abrazamos nosotros también. Pero no gritamos, como ellos.

Nos quedamos mudos. Mirando, sí. Hasta que cae la noche. Silenciosos. Furtivos. Hasta que cae la noche y las gaviotas se van. Se oyen sus últimos gritos y luego se van. Entonces viene el silencio. Que esa vez dura un instante. No más. Y luego las voces de nuevo. Voces que hablan del clavo y la canela. De lagunas de un verde turquesa. De límpidas aguas en las que nadan como joyas los peces del arrecife. Y el coro crece. Más allá del cabrestante. En la zona de popa. Bajo un cielo indiferente. Frío. Sin resonancia. Y a nosotros nos llegan frases rotas. Palabras sueltas. Sonidos aislados. Ecos que se pierden en la inmensidad del océano.

Esa noche, excitados por la proximidad de la tierra, también nosotros soñamos.

Silenciosos. Furtivos. Soñadores.

Y el resplandor lívido del alba nos sorprende soñando.

En esa luz vacilante del amanecer vemos, por primera vez en cuatro meses, el negro contorno de unas islas. Ásperas siluetas contra un cielo blanco. Altas y agudas cumbres. Con jirones

de niebla enredados, como babas de la noche. Un paisaje sombrío. Desolado. Que no concuerda con nuestros sueños. Así que aprovechando las prerrogativas que se conceden a los enfermos, cerramos los ojos otra vez. Volvemos a nuestros sueños. Hasta que el sol está alto. Y las naves más próximas. Y vemos la barrera del arrecife. Las olas que rompen en un festón de espuma. Gigantesco. Tronante. Un festón inmaculado. Que respira agua salada. Como una enorme agalla. Que resopla vapor. Como una gran ballena. Como todo un grupo de ballenas. Y mar afuera las aguas son azules. De un azul violento. Profundo. Pero más allá de la barrera tienen el suave color turquesa que les hemos adjudicado durante la noche. Y en nuestros sueños.

Lo que no aparecía en nuestros sueños es lo que ocurre después. Y es que de cada nave parte una chalupa con hombres fuertemente armados. Y rema que te rema pasan el arrecife. Y se acercan a la playa. Han ido por alimentos. Dicen. Si matáis gente traed sus intestinos, decimos nosotros. Y a iniciar los contactos para conseguir las especias. A cambio de nuestras baratijas. Porque desde las cofas han visto una aldea en la playa. Desde acá no. Pero hay una aldea, dicen. Así que agua fresca para nuestras bocas afiebradas. Dicen. Los intestinos frescos son buena medicina para el mal que padecemos, insistimos nosotros. Pero ellos: frutas del país, jugosas y dulces. Y el hambre es como un hierro candente en el estómago. Así que hay que pensar en otra cosa. Matar el tiempo muerto de la espera. Pero no se puede, no. ¿Cómo se hace?

Un rato después, el alboroto estalla de nuevo. Más allá del cabrestante, en la zona de popa, están todos mirando hacia la playa. Están señalando. Gesticulando. Pegados a la borda. Nosotros podemos verlos mirar, pero no mirar lo que ellos miran. Porque la nave está de popa a la playa. Vemos, sí, un humo negro y espeso que sube desde la playa. Se pierde en la barrera vegetal que se alza

donde termina la arena. Vuelve a surgir por encima de los árboles y se va al cielo, muy blanco. Y en medio de aquella masa negra como la pez. Al borde de la laguna turquesa. Vemos también las llamas color púrpura, lamiendo el cielo. Pero no vemos qué es lo que se quema. No sabemos lo que está pasando allá. Porque nadie habla con nosotros. Hablan entre ellos. Señalan. Gesticulan. Pero a nosotros, nada.

Así pasa el tiempo y de repente: el ruido de los remos rompiendo con violencia el cristal de la laguna. Y algunos estampidos de arcabuz también. Entonces vemos las chalupas que regresan. Y a Serrano de pie en la proa de una de ellas. Tintas en sangre las manos. Y las de algunos remeros, pegoteando los remos. Todos mudos. Todos graves. Y Serrano y los de la Trinidad suben a la capitana. Y los demás se van. Y nadie habla. Un silencio raro. Y nosotros de este lado de la barrera sin poder ir hacia allá. Sin preguntar. Matando el tiempo muerto de la espera. Aguardando que algún rumor atravesase estas rejas invisibles.

Un rato más tarde vienen dos hombres con un balde. Un balde con agua. Fresca. Límpida. Que huele un poco a tierra. A tierra fértil. A mantillo. A raíces. A cantos rodados. Y que sabe a agua. No el agua negra y maloliente de los toneles. No la que sabe al sarro de los toneles. Un cubo de agua verdadera. Eso dejan sobre el cabrestante. Como una ofrenda. Y yo, antes de que se marchen: ¿de dónde es esta agua? Y ellos: de la isla. Y yo: ¿qué ha pasado allá? Aunque me da vergüenza enseñar mi boca así. Igual: ¿qué ha pasado allá? Y ellos, sin mirarme: que nada. Que no ha pasado nada. Y vuelven con otras cosas y no ha pasado nada. Y se hace la noche y no ha pasado nada. Y las llamas iluminan la playa y no ha pasado nada. Y nos damos a la vela porque el Maluco está a un paso, y no ha pasado nada.

Así isla tras isla de aquel archipiélago. Y de cada nave parte una chalupa con hombres fuertemente armados. Y en el fondo

de cada chalupa los sacos con espejitos y cascabeles y otras bagatelas. Y reman que te reman y pasan el arrecife. Y se acercan a la playa. Que han ido por alimentos. Dicen. Y a iniciar los contactos para conseguir las especias. A cambio de nuestras baratijas. Y de algunas vuelven con pescado. Con naranjas. Con nueces de coco. Con aceite. Con vino de palma. Con bananas. Con algunas gallinas. Y también con un puñado de clavo de olor. Una pizca de canela. Una nada de pimienta. Señal de que estamos muy cerca del Maluco. Dicen. Y el capitán general se pasea ansioso por la cubierta. Porque está cada vez más cerca de su meta. Hace dos años que anda errante por los mares. Más ciego que un ciego con los cálculos de Faleiro. Pero ahora ya está cerca.

Así isla tras isla de aquel archipiélago. Y de algunas vienen con comida. Y de otras vienen sin nada. Con los brazos manchados de sangre hasta los codos. Dejando tras de sí en las playas, un humo negro y espeso que se pierde en la mar vegetal. Y las llamas color púrpura, lamiendo el cielo. Pero no ha pasado nada. En ninguna pasa nada. Aunque los rumores corren como regueros de pólvora por la nave. Que en tal isla nos arrebataron el esquife que iba atado a popa. Y que el capitán irritado quiere darles una lección. Así que salta a tierra con cuarenta hombres armados. Y quema cuarenta casas. Que son todas las que en la isla hay. Y también las canoas. Y muchos de los habitantes. A los que no alcanzaron a huir a la selva. Porque la selva es impenetrable. No se adentran en ella. Y yo, cuando traen la comida: si es cierto lo que cuentan que ha pasado en tal isla. Y ellos: que no. Si no ha pasado nada. Aunque a veces las llamas iluminan la playa por la noche. Y Serrano se lava las manos en el agua límpida de la laguna antes de subir a platicar con el capitán. Y las manos de Serrano tiñen de rojo el verde turquesa de la laguna. Y solo se oye el sonido de los cascabeles que adornan su sombrero y el crepitar de las llamas.

Así isla tras isla. Y en ninguna pasa nada. Dicen. Pero en ninguna yo sé que no, porque en una de ellas deserta Gonzalvo de Vigo. El que llevaba entre sus ropas la bolsita con semillas de maíz. Se queda Gonzalvo, que ha enloquecido. Dicen. Desde que comió del cadáver de Gaspar Díaz, el despensero de la Santiago. Dicen. Pero no está loco, no. Es que el aire es tan suave. Y tan blanca la playa. Y las palmeras tan enhiestas. Y hay frutas tan dulces y jugosas. Por todas partes. Al alcance de la mano madurando al tibio sol. Y está el rumor del agua brotando de entre las peñas. Siempre fresca. Que forma remansos donde ellos llenan las pipas.

Ahí puede quitarse un hombre toda la sal de los mares. Dicen. Así que él se despoja del peto y del morrión y de la raída camisa y de los calzones, y sin hacer caso a nadie se mete allí. Porque quiere quitarse la sal de los mares. Aunque ellos le gritan: «¡Vamos, vamos!». Con los ojos puestos en la selva impenetrable que circunda aquel pozo. Y Gonzalvo con el agua al cuello, se mira los pies, muy blancos allá en el fondo. Y se sonríe. O mira los pececitos que nadan junto a él. Y todos: «¡Vamos, vamos!». Retrocediendo ante la muralla vegetal que, sienten, los empuja hacia la playa. Donde los aguardan las chalupas. En las que regresan a las naves. Pero él no quiere regresar. Así que unos lo amenazan. Y él se ríe, como se ríen los locos. Y otros le hacen promesas. Y él se mira los pies, muy blancos allá en el fondo del pozo. O le hablan de la Basilia y del maizal de su abuela. Y él juega con unos guijarros que suelta en la superficie y sigue en su caída a través del agua transparente.

Así pasan un rato hasta que llega Serrano, quien conduce esas acciones y ordena retirarse y dejarlo. Todos le obedecen a Serrano, que tiene las manos pequeñas como las de una niña y tintas en sangre. Y el rostro tiznado bajo el ala negra del sombrero, y el sortilegio de los cascabeles que la adornan. Y allá queda

Gonzalvo, desnudo y sonriente. Enjuagándose la sal de los mares en el agua transparente del pozo.

¿Qué suerte corrió el pobre en semejante lugar? ¿Habría logrado sobrevivir? ¿Qué fue de él?

Esas mismas preguntas me hice durante años, Alteza. Y por buscar respuestas a ellas y a otras semejantes, sufrí persecución, y se me encerró en las mazmorras, y se me quitó la pensión.

Conque, si quieres saber qué fue de Gonzalvo de Vigo, averígualo tú mismo, que Juanillo lo que sabe se lo calla, que juró no saber nada.

* * *

El episodio siguiente transcurre en Zubu y, como nuestras primeras tres semanas allí, tiene un tono reposado, de frase larga.

Es que, al cabo de veinte meses desde que iniciáramos el viaje en Sevilla, y de las muchas penurias que os conté, y de las otras que me callé, por primera vez entrábamos en contacto con un mundo parecido al nuestro. Un mundo cuya naturaleza y valores creíamos comprender. Menos cerrado que los que habíamos vislumbrado antes. Menos hostil y esquivo. Más predecible.

Al menos eso creíamos durante las primeras tres semanas, porque después...

Pero el después te lo cuento luego, Alteza.

Ahora es domingo siete de abril y estamos, al comienzo del episodio, entrando, muy temprano en la mañana, en el puerto de Zubu.

Las naves se deslizan sobre la superficie de las aguas como lo hacen los cisnes en los estanques de tus palacios, surcan en silencio la quieta laguna que forma el arrecife, avanzan en fila por un canal natural que los pilotos distinguen por el color, se acercan lentamente a la playa, agitan el penacho de las palmeras con el

aire que desplazan las velas, proyectan su sombra sobre la aldea dormida y, cuando las sondas indican que la profundidad no alcanza, giran majestuosas sobre sus panzas y se quedan formando un apretado círculo.

Callados, los hombres sueltan las jarcias y recogen las velas. Las poleas no se quejan. Las vergas no gimen. El cabrestante gira en silencio. Las anclas rompen sin estrépito el cristal de las aguas y, apenas se acuestan sobre la arena del fondo, son rodeadas por nubes de peces, confiados y curiosos.

Las naves flotan. La luz crece.

Cumplidas las maniobras, el capitán ordena izar los pabellones y disparar en descarga cerrada toda la artillería.

Entonces los lombarderos se preparan. Sin decir palabra aprontan las piezas. Echan una última mirada a la laguna quieta, a la playa desierta, a la aldea dormida y, mudos, encienden las mechas.

Instintivamente todos nos tapamos los oídos, pero el trueno estalla igualmente.

La selva se sacude en un espasmo breve. Las balas hacen añicos la laguna. Las gaviotas vuelan despavoridas. Los papagayos escapan de entre la maleza. La villa dormida parece ahora un hormiguero roto.

Un rato después, cuando la escena parece quietarse, don Hernando manda a su esclavo Enrique en calidad de intérprete.

Enrique era natural de Sumatra y hablaba la lengua malaya, lengua que, al parecer, esos pueblos comprendían.

Va el que te dije tan ricamente ataviado que parece un príncipe moro, y lleva vistosos presentes para el rey y sus esposas.

Lleva también una mirada tan taimada que me hizo pensar tenía otras intenciones.

Y las tenía, Alteza, pero no las pudo poner en práctica sino más adelante.

Mientras aguardaba su regreso, cavilando sobre por qué esta vez no había ido Juan Serrano, y si volvería Enrique con las manos manchadas de sangre, como el portugués, me entretuve contemplando la laguna.

Era tan cristalina pese al tinte turquesa de las aguas, que desde la borda podía ver el fondo y las formas que se movían o reposaban en él.

No quiero abrumarte con un catálogo completo, cuanto más que ambos tenemos poco tiempo ya; pero debo mostrarte algunas pues así me lo imponen las reglas que rigen esta y cualquier narración. ¿De qué otro modo podía darte la sensación del tiempo que transcurre mientras Enrique va y viene?

Había esponjas tan negras como el terciopelo que tapiza tus aposentos en Yuste, y otras del color y el aspecto de las naranjas que hay en tu palacio de la Alhambra.

Había también grandes cangrejos, de tintes azulados, como espadas a la luz de la luna; y sus movimientos eran breves y nerviosos, como espadas a la luz de la luna. Y corales, Alteza. Blancos como la nieve. Como los árboles de las plazas en las madrugadas de invierno. Rojos como los labios de Bárbara de Blomberg. Como los árboles de los campos de batalla de Túnez.

Pero lo que captó mi atención fueron los peces, Majestad. En mi vida imaginé formas y colores más caprichosos y llamativos. Eran como joyas, don Carlos. Joyas que harían empalidecer de envidia a la mejor vestida de las mujeres. Joyas como jamás lució la emperatriz o adornaron tus coronas. Joyas creadas por el delirio del más grande de los oribes reales. Para las que no habría joyelero encargado de guardarlas. Ni joyero capaz de copiarlas. Joyas del francés: *joie*. Y del latín: *iocus*, juego. Joyas de infinitos quilates. Y de infinitos materiales preciosos. De malaquita verde. De azurita pulida. De lapislázuli intenso y duro como el océano. De jade moteado. De ámbar. De cornalina roja como la sangre. De amatista.

De jaspe vetado. De pórvido, como el vaso en el que guardas los perfumes. De cristal. De sardónica, en suntuosas monturas. De nácar. De ébano. De amaranto. De oro. De diamante azul y de diamante rosa. Peces como peces, los menos. Y peces como joyas, los más. Peces de mosaicos bizantinos. Como vitrales de Reims. Como bronces italianos. Como esmaltes de Venecia, con dibujos dorados sobre fondo azul y blanco. Como esmaltes de Limoges, con sus relieves sobre fondo azul. O grises, realzados con oro. O de reflejos amarillos y encarnados, como los moriscos. Peces como las lozas de Faenza con sus pinturas grotescas. Y del suave color de la nata, como las de Florencia. Peces como esos marfiles romanos que representan los animales del Paraíso. Y otros más delicados y sutiles, como los marfiles de París. Peces en forma de dragón. De camafeo veneciano. De pieza de ajedrez. De ángeles de bermejo. De unicornio. De quimera. De grifo alado. De aguamanil musulmán. De prendedor. De pendiente. De águila imperial de dos cabezas. Y de cetro de oro. De joyas para un día de joya.

La laguna toda es un joyero, un estuche precioso y turquí, una caja líquida para una joya líquida. Y también el retablo de una historia que nadie quisiera contar. Y un relicario de más significación para tu reinado que el que guarda el brazo con el que Carlomagno manejaba su espada la Joyeuse.

¿Que no entiendes nada? Ya comprenderás de qué os hablo y será tarde entonces, como lo es ahora. Así que cállate y escucha, que Enrique ha vuelto de su embajada.

* * *

La embajada de Enrique fue un éxito, Alteza. El rey de Zubu deseaba que fuéramos sus huéspedes. Deseaba también abrazar la fe cristiana y estaba ansioso por reconocerte como su soberano. Además, podía situar con exactitud el Maluco que estaba a

menos de un día de navegación. Él mismo nos conduciría luego que repusiéramos fuerzas en su isla.

Don Hernando estaba muy contento. Abrazó a Enrique delante de todos. Le llamó: mi fiel y dulce amigo. Y le regaló el turbante y la capa de terciopelo que había lucido ante el rey de Zubu. Dijo también que en cuanto regresara a España haría de Enrique un hombre libre y respetable.

Todos los presentes festejaron con alborozo las noticias. Todos menos Basco Gallego, que había sido de la embajada como escolta de Enrique.

Aquel hombre grande y rubio que olía siempre a leche de vaca, desconfiaba de la gestión del moro. Y como era franco y directo hasta la brutalidad, andaba diciendo a voz en cuello que Enrique y el rey de Zubu tramaban algo en contra de nosotros. Pero nadie le creía.

Contaba Basco Gallego que a cierta altura del encuentro, nuestro intérprete había dejado de traducir y se había enfrascado en una larga charla con el rey. Hablaban en su lengua y ellos, los de la escolta, no entendían nada; pero no se animaban a interrumpir.

Cuando terminó la embajada y antes de que abordaran la chalupa para regresar a las naves, Basco se le acercó y le recriminó su actitud. «¿Qué le has dicho al rey?», preguntó. Y Enrique: que si quería la paz tendría paz, pero si estaba pensando en la guerra, arrasáramos la isla en menos de lo que canta un gallo. «¿Solo eso?», insistió. Y como el otro aprobara con la cabeza: «¿Y para eso se precisan tantas palabras en tu lengua?». Y el otro, imperturbable: que sí. Entonces Basco: ¿y por qué tantas sonrisas y miradas cómplices? ¿Acaso las sonrisas y las miradas cómplices no valían igual en todas las lenguas? Y el otro, impenetrable: que no. Y que lo dejara tranquilo pues a él, a Basco, no le debía ninguna explicación.

—Eres un bellaco —le decía Basco, bajito, mientras caminaban por la playa hacia la chalupa—. Eres un bellaco y un tuno.

Ya de regreso en la nave, repetía aquella historia a todo el que quisiera oírlo. Pero nadie le hacía caso.

Así que, como era de genio rápido, se calló la boca. No dijo una palabra más y, en adelante, se comportó como si hubiera aceptado la versión oficial.

Tuviera o no la razón –nada sabía entonces y nada puedo adelantarte ahora– el caso es que Enrique volvió sin la mirada tan taimada que había llevado junto con los presentes. Cuando subió a la nave, traía puesta otra vez su máscara de esclavo manso y sumiso. Una expresión tan rígida e inexpresiva como la de esas máscaras chinas de porcelana. E igualmente impenetrable.

A la mañana siguiente, muy temprano, el capitán envió al capellán Balderrama con varios marineros a que preparasen lo necesario para officiar una misa.

Un rato después, las chalupas empezaron a llevar la gente a la playa. Todos iban con las armaduras puestas.

En las naves solo quedaron los enfermos y un puñado de hombres encargados de cubrirles las espaldas o la retirada.

Era una mañana radiante y, cuando todos estuvieron reunidos en el lugar escogido por el capellán, el sol estaba alto. Comenzaba a hacer calor.

El rey usaba la misma máscara china que usaba Enrique.

Recibió sin inmutarse los presentes que mi señor le ofrecía: una túnica de seda amarilla y violeta, un gorro rojo, varios collares de cuentas de cristal y dos tazas de vidrio dorado. No hizo demostración alguna.

Tampoco demostró nada cuando don Hernando ordenó a tres hombres que le dieran sablazos y puñaladas para demostrar al rey que era invulnerable en su armadura.

El de Zubu contempló impávido el espectáculo y, cuando terminó, dijo a Enrique que un hombre así podía vencer a mil de los suyos.

Enrique se lo hizo saber al capitán, quien sonrió satisfecho.

Terminada la misa explicó al rey el significado de la cruz y la misión que le había confiado su emperador de plantarla allí donde pisase. También hizo preguntar al rey si deseaba una alianza con el emperador y si estaba dispuesto a abrazar la fe cristiana. Que si así lo deseaba, él mismo lo instruiría en historia sagrada y le explicaría los dogmas de nuestra fe. Que cuando hubiera entendido todo aquello, procedería a bautizarlo, lo que lo haría igual a nosotros.

El rey, sin quitarse la máscara, asentía a todo.

El capitán, agradecido, le hizo decir que si tenía enemigos, él los combatiría gustoso; que esa sería otra de las ventajas de hacerse cristiano.

El rey respondió que le agradecería hacerse respetar de cierto monarca de una isla vecina que rehusaba obedecerle.

Entonces el capitán le prometió que él mismo se encargaría de darle una lección. A cambio, solo solicitaba dos cosas: que el rey se convirtiera de corazón al cristianismo, y que le indicara con toda precisión dónde estaba el Maluco.

El rey, sin quitarse la máscara, asentía a todo.

El capitán dijo entonces que, puesto que estaban en un todo de acuerdo, haría desembarcar a su gente que estaba muy maltrecha del largo viaje que habíamos tenido. Que tenía a bordo varios enfermos que necesitaban cuidados y una alimentación especial. Y un muerto o dos a los que quería dar cristiana sepultura.

El rey contestó que seríamos sus huéspedes por el tiempo que quisiéramos.

Entonces el capitán se adelantó dos pasos y le besó.

El de Zubu no hizo la menor demostración de afecto o de rechazo.

Don Hernando retrocedió dos pasos, dijo que este era un día de júbilo para ambos pueblos, giró sobre sus talones y dio dos pasos en dirección a la playa.

Enrique lo detuvo. El rey quería saber si el adorar la cruz lo haría invulnerable, como era el capitán.

Don Hernando giró sobre sus talones y, sonriente, dijo que sí.

Luego volvió a girar y se alejó comentando que el de Zubu lo había impresionado como un hombre de fiar y muy sensato. Y todos lo siguieron comentando lo mismo.

Todos menos él, Basco Gallego, que desconfiaba del rey pero no abría la boca.

Me lo contaba a mí porque quizás yo pudiera abrirle los ojos al capitán. Pero si no quería hacerlo, a él le daba igual. Ya les había advertido acerca de la embajada de Enrique y nadie lo había escuchado. ¿Qué más podía hacer? Una sola cosa sabía: él no caería en la trampa. A Basco Gallego no le pillaban dormido, decía.

Yo no sabía qué pensar de todo aquello. Quizás era solo otra idea que se le había metido en su cabezota de gigante. Pero me gustaba escucharlo. Me sentía bien a su lado. El olor a leche de vaca que despedía su corpachón, me apaciguaba. Despertaba en mí una extraña ternura.

Además, él era mi único nexo con cuanto estaba ocurriendo. En los días que siguieron, mientras me recuperaba lentamente de los estragos que la enfermedad había hecho en mi cuerpo, trabamos una estrecha amistad. Todos los días al atardecer venía a verme, me traía frutas y otros alimentos, y me contaba los principales sucesos de la jornada. Yo esperaba con ansiedad su diaria visita.

Nos acomodaron en una barraca amplia y fresca, rodeada de palmeras. Estaba a pocos pasos de la playa y al abrigo de una lengua de tierra cubierta de espesa vegetación, que se adentraba en el mar.

Junto a la puerta de la barraca crecía un árbol que daba flores enormes, de pétalos blancos y carnosos y de exquisita fragancia.

Bajo aquel árbol esperaba todas las tardes a Basco Gallego.

El resto del día lo pasaba observando la laguna turquesa y escuchando, absorto, el tronar del arrecife lejano.

La laguna cambiaba de tonalidad todo el tiempo. El verde se apagaba o se avivaba, caprichosamente. A veces se ponía lechosa, como el ajeno. O viraba al gris y era del color de la tristeza de los niños. De pronto se volvía casi negra, como el dolor de los mayores. Pero las más de las veces, era cristalina y turquí, como en los sueños.

El que no cambiaba nunca era el mar, siempre de azul intenso tras la barrera del arrecife.

Cuando la sombra de las palmeras comenzaba a estirarse iba a sentarme bajo el árbol que estaba junto a la puerta de la barraca. Allí, mientras me embriagaba con el aroma de sus flores y sentía la brisa fresca que venía del mar, aguardaba a Basco.

Surgía de entre la selva como un elefante, quebrando las ramas a su paso, enredándose entre las lianas, y se detenía, ceñudo y amenazante, al borde del claro en el que se levantaba la barraca. Entonces me buscaba con los ojos, pese a que yo estaba siempre en el mismo lugar y, al verme, cambiaba su expresión. Se concedía un instante para la transformación, como un actor buscando meterse en la piel de su personaje. Y luego avanzaba, sonriente y con aire despreocupado. La sonrisa era forzada y el aire de indolencia no le iba, pero él entendía que era la forma adecuada de presentarse ante el amigo enfermo, y yo apreciaba su esfuerzo.

Sin decir una palabra ponía junto a mí su presente de cada día: arroz, o carne de cerdo, o naranjas, alguna calabaza, un puñado de ajos, o un cuenco con miel; y estudiaba mi reacción.

Yo tenía que devorar aquello aunque no tuviera apetito, fingiéndome ajeno a su mirada expectante. Y cuando terminaba, con la sonrisa todavía prendida en los labios, me palmeaba.

Entonces comenzaba a relatar los sucesos de la jornada, y se relajaba y volvía a ser, paso a paso, el Basco Gallego que todos conocíamos.

No se andaba con rodeos y encaraba los temas tan directamente como la vida; dando además por descontado, que me interesaba oírle.

Con el consentimiento del rey, habían destinado la plaza principal de la villa a cementerio.

El de Zubu dijo a Enrique que puesto que el capitán podía disponer de su vida y de la de sus súbditos, con más razón podía disponer de la tierra.

Enrique se lo contó a don Hernando quien sonrió satisfecho y ordenó plantar una cruz primero, para consagrar el campo.

Habían enterrado a dos y luego a un tercero que se había muerto en una de las bodegas de la Victoria sin que nadie se percatara.

Estaba podrido y tuvieron que sacarlo envuelto en una vela vieja.

Dijo que había restos en todas las bodegas. Así que los metieron en unos sacos y abrieron una cuarta fosa.

El problema era que los de Zubu seguían utilizando el camposanto como plaza. Vendían y compraban productos de la tierra, esclavos que hacían por ahí, y otras mercaderías. Las mujeres cocinaban. Y los niños jugaban, entre las tumbas.

Habían encontrado un puerco hozando en una sepultura, así que el capitán ordenó que construyeran un muro de piedra.

Ahora los tenía todo el día picando piedra. Con toda la madera que había. Era un trabajo inútil. Pero más inútil era quejarse.

El capitán se pasaba las mañanas enseñando historia sagrada al rey. Le hablaba de Moisés y el faraón de Egipto, de las siete plagas, de Job, de Jacob, de Jonás, de Sodoma y Gomorra, de Lot y su mujer.

El rey, sin quitarse la máscara, asentía a todo.

Don Hernando, sonreía satisfecho. «Este será un buen vasallo», decía.

Le habían dicho que en estos mares hay unas aves grandes y negras, semejantes a los cuervos pero más corpulentas, que siguen a las ballenas y cuando estas abren la boca, se lanzan garganta adentro y les arrancan el corazón para comérselo. Los de Zubu habían visto varias de esas aves sobrevolando la Trinidad.

Las mujeres eran muy bonitas y casi tan blancas como las europeas; pero no tan remilgadas. Todos habían probado más de una. Ellas los preferían a sus maridos, que eran de miembro pequeño. Estaban todas emputecidas, y ellos también. Había llenado de leche a varias. Leche en el coño. Leche en las tetas. Y hasta en la cara. Al principio no se acordaba qué se sentía. ¡Hacía tanto tiempo! Pero enseguida le tomó el gusto de nuevo y no podía parar. No pensaba más que en eso. Y en descubrir la traición que se tramaba en contra nuestra. Pero de eso no hablaba con nadie más que conmigo.

Andrés de San Martín también andaba inquieto, demudado el semblante. Había pedido papel y tinta a varios oficiales y se lo habían negado. El capitán le había puesto dos guardias que lo seguían. Andaban tras él borrando las cosas que escribía con un palito en la arena o con una navaja en la corteza de los árboles. Así que el astrólogo se paseaba mudo por la orilla del mar. Y de cuando en cuando se detenía y dibujaba signos en la arena con los dedos de los pies. Signos que la ola borraba antes de que llegaran sus perseguidores.

A él le habían asegurado que todas las noches, los pájaros negros de los que me había hablado, venían a sobrevolar las casas o a posarse sobre los techos. Esa era la razón por la que los perros aullaban a la luna. Ladraban hasta el alba cuando los pájaros regresaban al mar, dejando las casas impregnadas de un olor extraño, repulsivo. Y todo el pueblo estaba contaminado de ese olor.

Me lo decía: algo estaba pasando o iba a pasar. Pero a él no lo tomaría desprevenido. No a Basco Gallego. Me lo prometía. Y mientras tanto a disfrutar de las mujeres. Me traería una en cuanto estuviera mejor. Eso acabaría por sanarme.

Decían que Juan Serrano andaba con una de las esposas del rey. Era joven y bella, vestida por completo con una tela blanca y negra, y tocada con un sombrero de hojas de palma en forma de quitasol. Llevaba las uñas y la boca teñidas de un rojo muy vivo, lo que la hacía más atractiva. Era la más atractiva de cuantas él había visto. Y el portugués dormía con ella. Con su sombrero de cascabeles puesto. El rey lo sabía, pero no se quitaba la máscara que siempre llevaba sobre el rostro.

Escuchaba todas las mañanas al capitán, que le hablaba de los misterios de la fe. De la Santa Trinidad, de la Resurrección de los Muertos, del Juicio Final. Y asentía a todo.

Cuando don Hernando consideró que había asimilado sus enseñanzas procedió a bautizarlo.

Antes, para darle una prueba de los beneficios de su conversión, les mandó destruir una aldea en la isla vecina de Matán. La isla pertenecía a Cilapulapu, quien se negaba a obedecer y pagar tributo al rey de Zubu.

Quemaron la aldea y plantaron una cruz. Sebastián dijo que debíamos plantar una columna de piedra para representar el endurecimiento de su corazón. Era lo que se hacía con los moros, dijo. Pero Juan Serrano, que estaba al mando, se resistió. El portugués tenía los brazos pegoteados de sangre hasta el codo.

Se entretuvieron mucho porque era una aldea populosa, por esa razón había venido tarde a verme el día que me trajo de regalo un collar.

El rey de Zubu dijo a Enrique que estaba muy contento y ansioso de convertirse al cristianismo.

El capitán mandó pregonar que todos cuantos quisiesen adoptar nuestra fe, debían destruir sus ídolos en la plaza principal y adorar, en adelante, solo la cruz.

A la mañana siguiente había una inmensa montaña de ídolos rotos. Entonces don Hernando hizo construir un tablado y vestir de blanco al rey. Se llamaba Humabón, pero le pusieron Carlos, en honor de Vuestra Alteza. Luego se bautizó a la madre del rey, a la que le dieron el nombre de Juana la Loca. El capellán explicó que la Loca no era un nombre y que debíamos llamarla simplemente Juana. A la de los labios pintados y el sombrero en forma de quitasol, le pusieron Isabel. Juan Serrano que estaba a su lado en el estrado, le obsequió una pequeña imagen de la Virgen con el Niño Jesús en brazos. Ella se enterneció mucho con el regalo y dijo que la pondría en el lugar de sus ídolos.

Luego las dos mujeres se sentaron sobre sendos cojines de seda bordada y el capitán, muy galante, las roció a ellas y a su séquito con agua de rosas almizclada.

Aquel día bautizaron a más de ochocientas personas.

Al que no pudieron bautizar fue al hermano del rey, quien tenía fama de gran adivino y era considerado el hombre más sabio de la isla; pues había enfermado de un mal misterioso.

Había empezado a decir cosas sin sentido, que nadie entendía pese al visible esfuerzo que hacía el anciano por comunicarse. Más tarde, el mismo día de nuestra llegada, comenzó a emitir sonidos en una lengua extraña, que no era la de ellos. Y tampoco la nuestra. Cuatro días más tarde, agotado por el esfuerzo y desesperado, había enmudecido. Ahora, además, estaba paralizado.

Muchos interpretaban lo sucedido al anciano adivino como una señal, pero no sabían de qué.

También él, Basco Gallego, creía que la presencia de los pajarracos negros, que ahora se habían concentrado sobre el techo de la barraca del capitán, encerraba algún sentido oculto. Pero se callaba la boca. Ya había hablado una vez, cuando la embajada de Enrique, y no le habían creído. Ahora era problema de ellos. Lo que es a él, Basco Gallego, no lo pillarían dormido.

Pasaba horas sentado bajo el árbol que estaba junto a la puerta de la barraca en la que nos tenían confinados.

No había más que selva en torno al terreno desbrozado en el que se levantaba la barraca y un sendero que llevaba a la playa.

En la selva había extraños pájaros y monos que jugaban en las copas de los árboles.

A veces los monos se agitaban, corrían nerviosos por las ramas, saltaban de una en otra y chillaban enloquecidos, delatando la presencia de algún extraño. Curiosos los más, que venían a espiarnos para saber si fulano o mengano aún vivía.

Otras veces, a la barahúnda en las copas seguía un crujir de ramas y hojas por el suelo, anunciando la llegada de algún visitante.

Una vez apareció en el claro Andrés de San Martín. No irrumpió llevándose todo por delante, como Basco Gallego, sino casi imperceptiblemente. Como un ciervo abriéndose paso en el bosque. Y se quedó parado, indeciso, listo para huir al menor peligro.

Contempló el lugar con aquellos ojos que tenía, grandes y aterciopelados como los del ciervo; y comenzó a desplazarse en círculo, pegado a la pared vegetal. Daba dos pasos tímidos, casi temblorosos, y se detenía. Miraba hacia un lado y otro, con gesto nervioso, y continuaba.

Sabía que si lo llamaba o me mostraba, huiría, así que me hice el dormido.

Él dio toda la vuelta y, cautelosamente, comenzó su avance hacia el árbol.

Cuando estuvo debajo de la copa, se estiró con cuidado sobre la punta de los pies para coger una de aquellas flores, blancas y del tamaño de una paloma, que daba el árbol. Arqueó la rama y, cuando ya tenía la flor entre los dedos de la mano con el gesto de quien sostiene una copa de precioso licor, se le escapó, perdió apoyo y cayó de bruces casi a mis pies. Sabía que ahora iba a huir, así que me di a conocer.

Él me miró con cara de espanto, pero al reconocermelo me dedicó la más espontánea y expresiva de las sonrisas. No cabía duda de que se alegraba de verme. Quizás fue eso lo que quiso decirme, todavía en el suelo. Pero abrió la caverna vacía de su boca y no pudo articular sonido. La desesperación se pintó en su rostro. La sonrisa se borró. Entonces dejó caer la cabeza en el polvo.

Yo lo ayudé a levantarse y le indiqué que se sentara a mi lado.

Estuvimos un largo rato recostados contra el mismo árbol simulando ignorar la presencia del otro.

Él no podía hablarme y yo no quería por temor a sumirlo en la impotencia de su mudez, apenas atemperada por algunos gestos y miradas.

—Parece que ahora sí llegaremos al Maluco —dije finalmente—. Me han dicho que el capitán está muy contento. Pronto estaremos de regreso a casa. Seremos ricos. El viaje valía la pena. Seré conde.

Hablaba rápido, sin pausa entre una frase y otra, evitando cuidadosamente las preguntas y los matices interrogativos.

De pronto me detuve. Me levanté, busqué un palito, se lo di y alisé la tierra con las manos.

El rostro se le iluminó y una alegría infantil apareció en sus ojos, habitualmente triste.

Estaba dibujando las primeras letras cuando surgieron de la selva dos hombres armados. Apenas los vio dejó la ramita. Alisó la tierra donde había escrito: «Don Hern ... » Se puso de pie. Me dedicó una mirada desvalida y se marchó. Se internó en la selva de donde había surgido, seguido a poca distancia de aquellos dos hombres.

Un mediodía de fuego hacía yo la siesta a la sombra perfumada de aquel gran árbol, cuando creí percibir, entre sueños, una presencia extraña. La selva estaba en silencio y solo se oía el zumbido de los insectos, pero algo que no podría explicar me indicaba que había algo o alguien merodeando.

Pensando que se trataba de algún animal, abrí los ojos y procuré no moverme.

Atravesando el claro con paso felino, avanzaba Sebastián. Había surgido de la selva con la cautela de un tigre. Se había deslizado por la espesura con movimientos de seda. Ni los monos habían descubierto su presencia. Y ahora cruzaba la explanada en dirección a la barraca, deteniéndose a cada paso, volviendo la cabeza a uno y otro lado, antes de dar el siguiente. Igual que un tigre acechando su presa.

Cuando llegó a la barraca la rodeó con la misma cautela, observó hacia el interior por la ventana y luego por la puerta, volvió a rodearla y se agachó cerca de una de las esquinas de la construcción. Husmeó en el sitio. Miró hacia uno y otro lado y entonces, con la facilidad de un tigre, separó las hojas de palma que formaban las paredes y metió un brazo. Hurgó un rato, como buscando algo a tientas; deteniéndose a cada instante para mirar hacia atrás y hacia ambos costados. Después retiró la mano y acercó la

cara. Parecía hablar con alguien a través de la pared. Después se apartó, miró otra vez alrededor antes de ponerse de pie, y comenzó a alejarse con la misma cautela con que había llegado hasta la barraca.

Dirigió sus pasos hacia el árbol. No era alto, pero era macizo y fornido. Sus movimientos, calculados y medidos, sugerían una energía muscular capaz de estallar ante el menor peligro. Como un tigre, Alteza. Parecido que acentuaba la cara redonda y ancha, los bigotes dorados y una cabellera corta y tupida color oro viejo.

Cuando le vi venir me hice el dormido, espionando sus movimientos con los ojos entrecerrados.

Él, apenas descubrió mis presencia, se detuvo. Se quedó inmóvil. Parecía que ni respiraba. Me observó atentamente y se alejó, dándome sin duda por dormido.

Un instante después, vi salir a Juan Carvajo de la barraca.

Desde que su hijo enfermara, vivía el piloto con nosotros, para hacerle compañía. Hijito, como ya sabes, era la luz de sus ojos. Y Carvajo: padre, madre, y todo para el niño. Por eso nunca se separaban. Y vivían pendientes el uno del otro. Así que cuando Hijito enfermó, Carvajo dijo al capitán que renunciaba a la empresa pues para él no la había más importante que la vida de su hijo.

Don Hernando, a quien enternece la relación entre ambos, le dio licencia para que se ocupara del muchacho.

Carvajo le cuidaba con el celo y la delicadeza de una madre, y no se apartaba un instante de su lado.

Y sin embargo ahora, atravesaba la explanada bajo el sol implacable del mediodía y se dirigía hacia donde lo esperaba Sebastián.

Ambos parecían inquietos y, mientras hablaban en voz baja, lanzaban miradas hacia la barraca y hacia la selva circundante.

La curiosidad me devoraba las entrañas. Me roía los sesos. ¿De qué podían estar hablando esos dos? ¿Qué tenían en común

ahora, cuando la mayor parte del viaje se habían odiado? ¿Qué tramaban?

Pero no podía moverme sin que me vieran y estaba demasiado lejos como para oír lo que decían.

Buscaba la forma de acercarme a ellos cuando se oyó una voz aguda, infantil, que gritaba: «¡Papá! ¡Papá!».

Juan Carvajo salió a la carrera hacia la barraca y Sebastián desapareció en la selva. Yo aproveché la situación para ir tras los pasos de Carvajo.

Lo encontré acariciando a su hijo y tratando de interesarlo en una pequeña nave de juguete que le había construido durante nuestro encierro en San Julián, y que ofrecía un aspecto tan maltrecho como el resto de las naves.

—¿Qué ha pasado? —dije, acercándome a ellos.

Él pareció sorprendido y vaciló, como si dudara del sentido de la pregunta.

—El muchacho se despertó y al no ver al padre a su lado, como siempre, se asustó —dijo Antón que yacía junto a Hijito—. Tratamos de calmarlo pero fue en vano —agregó.

Carvajo no apartó los ojos de su hijo ni abrió la boca.

A medida que pasaban los días, la vida muelle, la buena alimentación y el clima sin mayores rigores de la isla, me iban devolviendo a la vida.

Caminaba por la playa. La arena era blanca y menuda. Juntaba conchas y caracoles de formas prodigiosas y raros colores. Recogía huevos de tortuga y me los comía a la sombra de las palmeras.

También me bañaba en la laguna. El agua era tibia y transparente. Flotaba inmóvil y los peces como joyas venían a curiosear. Eran tan mansos que los podía agarrar. Los sacaba del agua un instante para verlos brillar como gemas al sol y dejarlos ir.

A veces me internaba un poco en la selva. Admiraba las enormes hojas, húmedas y brillantes. Los troncos retorcidos. Las plantas trepadoras que los rodeaban en un abrazo de serpiente. Las orquídeas que tapizaban las paredes de roca en los lugares más húmedos.

Luego me sentaba bajo el árbol que estaba junto a la barraca para esperar a Basco Gallego.

Un día, cuando ya casi estaba bien del todo, vi surgir de la selva a don Hernando.

Enfundado en su armadura, avanzaba lentamente y con dificultad por aquella senda que le resultaba estrecha. Las ramas le golpeaban el rostro que llevaba descubierto, las grandes hojas se doblaban a su paso, los troncos podridos se quebraban bajo su peso, las lianas se enredaban en las articulaciones de su coraza; pero él avanzaba indiferente, con la obstinada determinación de esas tortugas marinas que salen a desovar en la playa.

Cuando salió al claro, el sol del atardecer se reflejaba con tonos rojizos sobre el peto acerado.

Hijito, que ya estaba repuesto, le salió al paso arrastrando de un cordel su barco de juguete por el polvo.

Don Hernando se detuvo, le sonrió, le acarició la cabeza y le susurró algo al oído. El muchacho se rio y se alejó, arrastrando tras de sí la nave de juguete.

Entonces me acerqué.

—¡Vaya, si tenemos aquí al conde del Maluco! —dijo sonriente—. ¿Cómo estás? —agregó con un tono jovial que no le conocía.

Su expresión había cambiado desde la última vez que le viera. Ya no era el hombre taciturno y esquivo que había conocido. Lucía feliz. Radiante. Casi eufórico. Era evidente que había

logrado alejar de sí todas aquellas dudas que lo atormentaran durante la travesía.

—Celebro verte bien —dijo, palmeándome con fuerza.

Noté, con sorpresa, que no llevaba puestos los guantes de cota. Sus manos me parecieron suaves y delicadas.

—¿Quieres hablar? —pregunté.

—Caminemos.

Salimos a la playa. Yo iba cohibido. Percibía el cambio pero aún no sabía cómo tratarlo.

Caminábamos junto al mar.

—Hijito ha sanado. Me alegro por él y por Carvajo. El pobre padre se hubiera vuelto loco. Tú sabes lo unidos que son. El muchacho será un buen piloto. Ha crecido en el mar.

—¿Y tu hijo? ¿Será piloto él también?

Antes, la sola mención de su hijo lo hubiera desazonado. Enseguida lo habrían asaltado las dudas y los remordimientos.

—Espero que sí. Lo traeré en el próximo viaje —dijo sin vacilar.

—¿Quieres decir que habrá un próximo viaje?

—Habrá muchos más. Ya lo verás.

—Ni por pienso. No cuentas conmigo. Mejor hablemos de otras cosas. He vuelto a tener visiones, ¿sabes?

—Dentro de cuatro días zarparemos hacia el Maluco. Daremos una fiesta antes, en honor del rey. Te necesitaré para que nos diviertas con tus gracias.

—Pues veré si aún me queda alguna. ¿No quieres que te hable de tu mujer y de tus hijos?

—El rey se ha comprometido a conducirnos. Ha designado un práctico a esos efectos. Su hermano menor también vendrá con nosotros.

—Tu sueño se ha cumplido. Será por eso que ya no te interesa hablar de ellos. ¿O es que temes mis visiones?

—No empieces, ¿quieres? No has cambiado.

—Pero tú sí. Pareces otro.

Él se detuvo.

—Si vas a fastidiarme, terminó la visita —dijo.

Yo incliné la cabeza con gesto humilde.

—Es que te he echado de menos —murmuré.

—También yo —dijo, palmeándome nuevamente.

—Habla de lo que quieras. Y si no quieres hablar, pasearemos en silencio. Es agradable la brisa que viene de la laguna, ¿no crees?

Él echó a andar nuevamente. El peso de los hierros, y la arena menuda y suelta, dificultaban sus pasos.

Yo caminaba a su lado. Pisando su sombra.

—Si lo deseas podemos hablar del regreso. De cuando entramos a puerto cargados de especias —dijo.

—Será grandioso. Ya lo verás. Fondearemos en la bahía de Sanlúcar, pues las naves estarán tan cargadas que no podremos llegar a los muelles.

»Esa mañana, los habitantes de la ciudad despertarán atónitos. Confundidos. Las casas ya no huelen a tortilla fría, ni a cacerolas sucias, tampoco a humedad, o a meada de gato, ni a sueño, ni a sudor agrio o sábanas sucias.

»Por la noche, el aroma del clavo y la canela ha invadido la villa. Se ha colado en el interior de las habitaciones. Se ha metido en los sueños.

»Y os digo que se volverán locos. Saldrán a la calle a medio vestir. Se precipitarán en tropel hacia el puerto. Se quedarán como bobos en los muelles, contemplando las naves recortarse contra el cielo azul.

»Las verán brillantes como gemas. La flota es una diadema. Las verán más grandes que el castillo de Medina-Sidonia. Nunca

vieron velas más blancas. Ni tan puras. Ni hombres como los que se mueven en cubierta, así de grandes.

»Un rato después llegará el duque en persona. Viene con una comitiva de cincuenta pajes, vestidos de raso y de brocado amarillo limón. Y los arneses de las cabalgaduras, todas negras, son del mismo color.

—El viernes iremos a destruir a los rebeldes de Matán —dice él—. Le daremos una lección a Cilapulapu, su rey, y nos congratiremos con el de Zubu, quien desea someterlo. Le daré gusto. Le traeré la cabeza de su enemigo en una bandeja de plata. Entonces nos conducirá al Maluco.

»El rey de Zubu cree que todo nuestro poder radica en estos hierros. Así que le demostraré lo que podemos hacer sin ellos. Iré yo mismo al frente. Y ni siquiera llevaré la armadura puesta.

»Él no intervendrá. Será un simple espectador.

—¿Quieres decir que irás a enfrentarte a sus enemigos sin la armadura?

—No temas. Será un gran espectáculo. Quiero que estés presente.

Yo callo y contemplo la laguna que el sol poniente tiñe de rojo. Pienso en Basco Gallego. En los pájaros negros, que según él, anidan por las noches sobre la barraca del capitán. En Andrés de San Martín dibujando letras en el polvo.

—Háblame de cuando entremos en Sevilla —dice.

—Estoy cansado —respondo—. Será mejor volver.

—Sentémonos un rato a disfrutar del fresco —dice él, hincándose con dificultad en la arena.

Yo me siento a su lado. Él coge puñados de arena con las manos y la deja escapar, lentamente, entre los dedos.

—Vamos, ¿a qué esperas? —dice—. Háblame de Sevilla. ¿Qué ocurrirá allá?

—Eso será el cielo y el paraíso —digo, haciendo un esfuerzo.

—Sigue. Deja volar tu imaginación. ¿Qué ves?

—Estará la corte en pleno. Puedo ver al rey. Tiene la corona puesta y, sobre los hombros, la capa de armiño. Está sentado bajo un palio en el que luce, sobre fondo negro, el águila de dos cabezas. Y a su lado está la reina. También tocada de armiño y con un sombrero en consonancia. El sombrero está adornado con triple hilera de perlas que realzan su belleza morena.

—¿Y las naves?

—Las naves asoman ahora tras el último recodo del río y la ansiedad crece en los ojos azules de don Carlos. Su prominente mandíbula inferior se estira en un gesto nervioso. La nariz aguileña se distiende y palpita, pues acaba de captar el aroma a especias que precede a las naves.

»Entonces comienza el Tedeum oficiado por el mismísimo obispo de Burgos. La música del órgano rivaliza con la de las orquestas improvisadas que animan las fiestas en las calles. Toda la ciudad es una jauja. Se baila en las plazas. Se ama en los portales. Se corren toros. Se encienden fuegos de artificio a pleno día. Las fuentes de vino que Su Alteza ha mandado construir para la ocasión, manan sin cesar.

»La multitud se desborda como un río. Fluye bajo los arcos de triunfo que, unidos por guirnaldas de colores, señalan el camino del puerto al palacio. Se agolpa en el campo de Marte donde han de medirse, en combate simulado, tres mil veteranos de los tercios españoles con una caballería mora. Rebose las tribunas, hechas a imitación de nuestras naves.

»De pronto el rey se pone de pie. Alto como una torre. Grande como una catedral. Luminoso como el sol. Blanco como la nieve.

»Hace una seña y el órgano enmudece. Cesan las músicas. Los gritos. Las corridas. Los besos en los portales.

»En un instante, el alboroto se extingue. Nadie se mueve. El silencio se apodera de la multitud. Amordaza todas las bocas. Y mil rostros expectantes se vuelven hacia el río.

»Ahora las grandes velas llenan el cielo. Ocultan el sol. Pasan como una sombra sobre la muchedumbre que se estremece. Y sueña.

»La Trinidad se acerca al muelle y se lanzan los primeros cabos. El rey se muestra tenso, la gran mandíbula proyectada hacia adelante. Está de pie y mira la cubierta. Como buscando algo o alguien.

—¿Me busca a mí? ¿Estoy yo allí?

—No soy adivino. Además estoy cansado. Dejemos esto.

—No te irás ahora. Dime qué ves.

—Veo a don Carlos que da un paso al frente. Y a la reina que, inquieta, se come las uñas sin darse cuenta.

»De pronto el rey se quita la corona y la ofrece en saludo. Como hacen los toreros. Te ha visto sobre el castillo de popa.

»La multitud estalla. Los cañones del alcázar saludan a la flota. Los de la Trinidad retumban en toda la ciudad. Los músicos tocan bajo el estrado. El órgano resuena en la catedral.

»¿Estás conforme ahora?

—Has cometido una falta imperdonable —dice—. No has puesto a Beatriz y a los niños en el estrado.

—Creí que no deseabas hablar de ellos, por eso no los puse.

—Pues ponlos ahora.

—Déjame ir. Aún no estoy bien del todo. Me canso con mucha facilidad.

—Vamos, ponlos aunque sea un instante —suplica.

—Está bien —digo—. Beatriz está junto a la reina. Tiene un traje de brocado, azul como el mar. Tiene el rostro arrebatado por la emoción y los ojos, húmedos, fijos en la Trinidad. A su lado hay un niño como de tres años que juguetea en el estrado. Se acerca

a la reina y, con gesto pícaro, le golpea las rodillas con su manita. Isabel sonrío y estira la mano enjoyada para acariciarlo, pero él huye. Se coloca junto al emperador que está de pie. Examina los bordes de la capa de armiño. Mira aquella montaña nevada que sube hasta el cielo. Y cuando el emperador se vuelve, huye otra vez. Corre a refugiarse en el regazo de su madre que intenta una muda disculpa. Don Carlos esboza una sonrisa. Entonces sus ojos descubren a Beatriz. Sin duda la encuentra atractiva, pues su expresión cambia; ya sabes lo faldero que es. Una amplia sonrisa se pinta en su rostro, en general adusto. Dedic a tu mujer una mirada seductora y estira la mano al niño, con un gesto tierno. La reina le mira un instante con ojos glaciales y luego se vuelve y sigue mirando el río. Don Carlos toma al pequeño en brazos para que salude a su padre.

—¿Y Rodrigo?

—Qué, ¿no le ves allí, de pie entre su madre y la reina?

—¿Qué hace? Dime.

—Observa cuanto está sucediendo, el pecho henchido de orgullo. Fíjate en su rostro. Es evidente que lucha por dominarse. Se ha propuesto no derramar una sola lágrima. Él cree que los hombres no deben llorar. Yo también seré navegante, piensa.

—¿Así que puedes ver hasta lo que piensa el muchacho?
—dice él.

—Ya sabes lo embustero que soy. Y tú ¿qué harás? ¿Vas a reírte o a ponerte a llorar? Mejor me voy, no soporto a los llorones.

Cae la noche y una inmensa luna roja, sanguinolenta, asoma más allá del arrecife.

—Ayúdame a ponerme de pie —dice—. Estos hierros me agobian.

—¿De verdad vas a combatir sin ellos?

Don Hernando no contesta. Se sacude la arena y se aleja caminando hacia el borde del agua. Va dejando una suerte de surco

en la arena. Un surco parecido al que dejan las tortugas marinas cuando, después de desovar, regresan al océano.

Luego se detiene un instante a contemplar la luna y emprende el regreso por la orilla. La marea ha subido y el agua borra sus huellas.

¿Sabéis, Alteza, que aún lloro cuando recuerdo la escena que sigue?

Si me parece que aún sostengo su cabeza entre mis manos, y él me mira como desde el fondo de un pozo y, la verdad, don Carlos, que no sé por dónde empezar. Porque él está ahí, tirado, y sus ojos me dicen que no puede creerlo. No, esto no me está pasando a mí, dicen sus ojos. Es un sueño y tengo que despertar. Pero ¿por qué no puedo? Dicen. Todo es tan absurdo que no puede ser más que un sueño. Pero nada es tan absurdo y él está tendido allí, y le nacen astillas del pecho desnudo, huesudo. Toscas astillas de madera verde. Madera olorosa del clavero. Que parece fueran a retoñar. Que hunden las raíces en su pecho para beberle la savia. Que desprenden su fragancia entre el olor de la pólvora y el de la sangre. Porque hay sangre, sí. Pero no es su sangre, no. No puede ser mi sangre, dicen sus ojos. Y no hay espanto en ellos. Solo incredulidad. Y la sangre tiñe el agua de la laguna que es de un verde turquesa. Y la vida se le va en esa mancha roja que hace sombra en la límpida arena del fondo. En esa mancha que se diluye y pierde color y en la que nadan como joyas los peces del arrecife.

Es tan absurdo eso que no puede ser su sangre. Pero es su sangre, sí, y es él el que está tendido en las aguas de la laguna. Solo que las aguas de la laguna son tan mansas que a él le parece un sueño. No puede ser verdad con esas aguas tan mansas y límpidas. Quizás más allá del arrecife, donde brama el mar, piensa. Pero aquí no. Tengo que despertar, dice. Y no puede. Pero si hay una brisa tan suave y tan tibia, y las palmeras se mecen tan dulcemente. Y no puede. Pero si huele el aire como a magnolias, y

también al clavo y la canela. Pero sobre todo al clavo. Y se mira el pecho y todo es tan absurdo que no puede ser. Así que levanta sus ojos asombrados y ve como en un espejo sucio el rostro de Serrano. Pero no es Serrano, no, porque está llorando y él jamás ha visto a Serrano llorar. Y además lo mira tan fijamente como se mira a un muerto. ¿Por qué lo mira Serrano así y no le dice nada? Porque no es Serrano ese ni este soy yo, sino todo un sueño. Y ese de más atrás que parece Odoardo y que me mira igual que este que parece Serrano, y está como clavado al fondo, como si quisiera avanzar y no pudiera. No es Odoardo, no. Siempre tan decidido. Pero ¿por qué se muerde una mano, y me mira así? Todo es tan absurdo, piensa. Tengo que despertar. Y aquel que me mira por encima del hombro de Odoardo, muy inclinada la cabeza, y que sostiene el morrión en las manos con un gesto casi religioso. Y el otro que se toma la cabeza entre las manos, como si no quisiera ver, y está en cuclillas detrás de Serrano. Por qué hacen eso, dicen sus ojos asombrados. Tengo que despertar. Entonces hace un esfuerzo por incorporarse. Pero no puede. Y quiere pedir ayuda, pero no puede. Y todos lo miran inmóviles en la misma posición. Tengo que poder, dicen sus ojos en los que asoma el brillo de una absurda determinación. Entonces su brazo busca apoyo en la arena del fondo, y arquea un tanto el tronco y levanta la cabeza. Su mirada encuentra la playa y la rechaza y busca el arrecife donde se estrella el mar y más allá las naves. Su mirada se detiene un instante en las naves y luego su cabeza cae para atrás como un peso muerto y rompe la quieta superficie de la laguna. Yo me apresuro a levantarla y a colocarla otra vez en mi regazo. Porque él está tendido ahí y yo sentado en la laguna sosteniéndole la cabeza. Y en el gesto brusco suenan los cascabeles de mi brazalete y él dice: «¿Eres tú, verdad?». Pero yo me quedo callado, porque no sé qué contestarle. Entonces sus ojos me buscan, un poco a tientas, y yo tengo ganas de esconderme para que no me encuentren. Pero me

encuentran. Y él se sonríe y mueve los labios, como queriendo decirme algo que no quiero escuchar. Entonces acerco una de mis grandes orejas a sus labios y siento un hálito frío y su voz que dice: «Ayúdame a despertar». Pero no puedo ayudarlo porque le nacen astillas del pecho desnudo y la sangre tiñe de rojo las aguas de la laguna que son de un verde turquesa y la mancha crece y la vida se le achica. Así que me quedo mudo; viendo la duda debatirse en sus ojos. Porque él está tirado ahí, pero sus ojos han visto las naves más allá del arrecife, así que no puede ser más que un sueño. Si puede hasta oír el gualdrapeo de las velas ahora que hay tanto silencio. Y cómo va a morirse él si puede oír el gualdrapeo de las velas. Pero, por qué hay tanto silencio que todo parece ocurrir como detrás de un vidrio. Por qué han cesado tan súbitamente las voces, los gritos, los estampidos. Por qué están todos tan callados. Por qué tanto silencio. Y por qué tanta quietud. Por qué han cesado, así tan súbitamente, las carreras frenéticas de un lado a otro. Y por qué están todos tan quietos. Y el agua tan mansa. Y la brisa tan suave y fragante. Qué era lo que estaba ocurriendo antes que no puede recordarlo. ¿Otro sueño? Pero si no puede recordarlo es que ha despertado, y eso no puede ser, porque esto tiene que ser un sueño. Pero no es un sueño, no. Y él está tendido allí, y le nacen astillas del pecho, y la mancha ha desaparecido, y el agua ha vuelto a ser cristalina, y la arena del fondo a brillar sin mácula. No era sangre, no, dicen sus ojos ya más serenos. Menos incrédulos. Porque nadan como joyas los peces del arrecife, y por la arena del fondo, como una porcelana china se mueve un caracol. Y una palmera inmóvil proyecta su sombra. Y la laguna es de un color turquesa muy puro. No hay sangre, no. Todo ha sido un sueño. Todo. Pero no es un sueño, no. Porque ya no hay más sangre en la laguna. Porque se le ha ido toda con la corriente hacia el mar. Y solo se oye el gualdrapeo de las velas. Y nada más. Entonces veo que sus labios se mueven, y me inclino, y él me dice al oído: «Ya ves

como todo era un sueño». Y yo: «Que sí señor, sí, capitán. Todo es un sueño. Y cuando despiertes iremos al Maluco. Y cargaremos toda la pimienta del mundo. Y tú me harás conde. Recuerda que me lo prometiste. Y si no llegamos al Maluco, no importa. Lo pasaremos bien igual. Qué nos importa el Maluco. ¿Sabes lo que deberíamos hacer? Tirar al fuego todos los pergaminos y agujas y cuadrantes y relojes, sobre todo los relojes; y navegar libremente. A nuestro antojo. Por el simple placer de navegar. Sin ir a ninguna parte. Sin buscar nada. Sí, capitán, no es más que un sueño. Ya lo verás. Construiremos una gran casa de piedra. Toda de piedra. Y con un gran hogar. Y trabajaremos la tierra. Haremos arados con los remos. Y compraremos una buena yunta de bueyes. En Bustillo los hay de la mejor calidad. Grandes y mansos. Verás que es solo un sueño. Sí, señor; sí, capitán. Todo es un sueño ¿me escuchas?» Pero él ya no me escucha, Alteza. No me oye, no. No está. Se ha ido. Solo la laguna turquesa e inmóvil, donde no hay sangre, no. Solo los peces como joyas. La laguna toda es un joyero. Un estuche precioso y turquí. Una caja líquida para una joya líquida del color del rubí. Que se ha ido hacia el mar.

* * *

¿Cómo ocurrió? Sabía que apenas os diera un respiro me haríais esa pregunta tonta. Todos me la hacían. Las damas en sus palacios, entre cojines de seda y perfumes de Oriente. Los arrieros en las ventas, mirando crepitar el fuego con ojos embotados por el vino. Los niños, en las plazas con olor a pescado y a coles podridas.

Todos me preguntaban lo mismo, como si fuera importante. Como si no estuviera implícito. Como si no se pudiera saber presutando la debida atención a ciertos detalles que salpican mi discurso. Como si no fuera mejor imaginarse el resto que saberlo todo.

¡Pero qué torpe sois! Y yo, qué flojo, que accedo a la demanda y os digo, muy sumiso, lo que queréis oír; que es lo que sigue.

Que habíamos salido a medianoche y antes habíamos comido y bebido en abundancia, y que hubo tambores y bailes, y también voces y risas por doquier (y no aquel silencio de la escena anterior).

Que hubo gran jolgorio aquella noche pero después nos pusimos serios, y también nos pusimos los cascos y las corazas porque iríamos contra los tagalos al alba.

El capitán dijo que haría tres pelotones. Que Juan Serrano mandaría en el flanco izquierdo, donde irían los mosqueteros, y Sebastián en el derecho, donde estarían los ballesteros. Él avanzaría por el centro. Y que cada cual escogiese a su gente.

Él escogió veinte para sí y entre los veinte estaba Basco Gallego, que no dijo nada pero me guiñó un ojo que decía: a mí no me pillarán. También estaba en el grupo Andrés de San Martín que quería decir algo pero de su boca vacía no salía palabra alguna.

Cuando los pelotones estuvieron formados él habló de la importancia de la empresa que acometíamos. Debía ver el rey quiénes éramos para que no se atreviera a engañarnos. Había que borrar de la faz de la tierra a los de Matán, para que supiera el de Zubu que si mentía acerca del Maluco, haríamos lo mismo con él.

Lo decía todo con una voz muy suave que quedaba flotando como un murmullo en el aire quieto y fragante de la noche.

Entonces Juan Serrano le preguntó si pensaba combatir sin la armadura. Lo hizo a voz en cuello y delante de todos.

Y él dijo que sí, para probar su valor al de Zubu.

Partimos a medianoche, guiados por el de Zubu que iba en su balandra, y al llegar a Matán esperamos el día mar afuera pues no pudimos hallar un paso que permitiera a las naves sortear el arrecife.

Hasta que finalmente llegó el día que, a mí me parece aún, fueron muchos días; porque no puede haber un día tan largo. A menos que haya sido un día soñado. Pero no fue un sueño, no.

Apenas aclaró, comenzamos el avance por la laguna, con el agua hasta los muslos.

El agua era transparente y uno podía verse los pies. Y también los peces como joyas, que venían a curiosar.

Y anduvimos por el agua y todo estaba muy quieto. Tan quieto que allí nadie podía morir. Tan apacible que nada podía suceder.

El aire era diáfano. La luz, pura. La playa, inmaculada. Las palmeras, esbeltas. Nada podía pasar.

Así que cuando empezaron a llover las primeras lanzas no les prestamos atención. Seguimos avanzando muy confiados mientras las flechas volaban en enjambres y las nubes de piedras oscurecían el sol.

Pero la distancia era mucha y nuestros cascos y corazas nos protegían.

Así que al principio todo transcurrió en silencio. Era un cuadro mudo, lleno de cascos inclinados y rodela en alto, erizado de picas y enhiestos pendones, con manos de gigantes sobre el pomo de una espada o el asta de una lanza, con muecas de dolor y ojos con miedo en los rostros borrosos, deformados por la cautela.

Me daba la impresión de estar contemplando uno de esos grandes tapices que adornan las galerías de tus palacios con guerreros inmovilizados en la trama del tejido y batallas silenciosas a las que va velando el polvo.

Pero de pronto fue como si alguien sacudiera el polvo acumulado durante siglos y un viento helado agitara el tapiz.

Lo primero fue el rostro bañado en sangre de alguien que combatía a mi lado y que había sido alcanzado por una piedra. Un instante después vi desplomarse al primer hombre. Fue como si

se estrellara contra un muro invisible. Cayó violentamente hacia atrás y quedó flotando con una flecha clavada en la frente.

Entonces sobrevino el caos. Voces de mando. Gritos de furia. Alaridos de dolor. El estampido de los mosquetes. El estruendo de las bombas. El chasquido de las ballestas. El zumbido de avispa de las flechas. El vuelo silencioso de las lanzas. El olor picante de la pólvora. El dulzón de la sangre. El acre de los aceros. El del cuero de los arneses y el del sudor de los cuerpos. El de los excrementos de algún herido. Y la tibieza del agua en las piernas. Y el gusto a sangre y a vísceras en la boca. Y el regusto ácido de la comida de la noche anterior. El ardor en el estómago. El dolor en las tripas. Las ganas imperiosas de evacuarlas. Y la gente que corre. Que se atropella. Que pisotea a los heridos. Que pasa en tropel sobre los muertos. Que comienza a huir despavorida porque nada ha resultado como ellos creían. Como el capitán había dicho.

¿Qué más quieres que te diga, Alteza? ¿Que en medio de aquella terrible confusión yo buscaba a Basco Gallego, pero Basco Gallego no aparecía? ¿Que me abría paso entre las filas preguntando a uno y otro pero que nadie me respondía? ¿Que finalmente lo encontré nadando de bruces y burlándose de todos, el gran Basco Gallego? ¿O que no estaba nadando? Que tenía el pecho partido. Que olía a leche de vaca todavía. Pero a leche agria. Que había caído en una trampa. Que lo habían cogido por sorpresa, a él, tan avisgado. Que de verdad lo habían pillado. ¿Qué quieres que te diga?

Eso ocurrió temprano en la mañana, antes de que Sebastián se replegara. Gritaba que eran muchos. Que debían ser más de mil y nosotros solo sesenta. Y que éramos un blanco fácil aquí en la laguna. Mientras que ellos eran invisibles, ahí escondidos en la selva. Le gritaba al capitán. Y a sus hombres: que se retiraran.

Don Hernando estaba furioso. Que no se llevara los balles-teros, decía. Que era un traidor, decía.

Pero Sebastián igual: que se dieran prisa, que se dieran prisa.

Entonces el ataque arreció sobre el flanco derecho y el primero en caer fue Andrés de San Martín, que había quedado solo en aquel extremo. Estaba azorado. Paralizado por el miedo como un ciervo asustado. Hasta que vino una lanza en vuelo silencioso y lo dejó clavado al suelo. Le atravesó el pecho y la punta se clavó en la arena. Así que él quedó de pie, ligeramente inclinado hacia atrás. Lo sostenía el asta de la lanza que lo atravesaba. Así apuntalado, con su sombrero de copa y su capa negra, parecía un espantapájaros abandonado en un rastrojo. ¿Qué más quieres que te diga? ¿Que tenía la cara vuelta hacia el cielo que tantas veces había interrogado, y los ojos igual a los de esos ciervos que después de muertos colgabas en tu palacio como trofeos de caza?

Eso fue a media mañana, cuando el sol ya estaba alto. Pero a mí me parecía que era otra mañana. Porque en una misma mañana no podían pasar tantas cosas.

Entonces Juan Serrano al ver lo que estaba ocurriendo dijo al capitán que debíamos replegarnos. Que sus mosqueteros de nada servían porque no tenían blanco sobre el que apuntar. Que el blanco éramos nosotros. Un blanco fácil.

Y don Hernando mira hacia el arrecife y contempla un instante la balandra del rey de Zubu y se niega a retroceder.

—Será mejor que te pongas una armadura —dice Serrano—. Hazlo antes de que sea demasiado tarde.

Pero no ha terminado de decirlo cuando ya es demasiado tarde.

Una flecha atraviesa el muslo del capitán y lo deja mudo, mirándose la pierna, sin saber qué decir.

Entonces Juan Serrano toma la iniciativa. Dice que nos retiremos en orden. Y que hagamos señas a los de las naves para que cubran nuestra retirada con fuego de bombardas.

Pero la gente al ver a su guía herido, se desbanda. Huyen dando la espalda al enemigo. Se precipitan en todas direcciones. Arrojan las armas y los escudos. Se quitan los cascos y las corazas para poder correr más rápido. Y apenas escapan del alcance de los de Matán, caen víctimas del fuego de nuestras propias bombardas que, por estar demasiado lejos, no alcanzan a la playa y sí a los que huyen hacia las naves.

Entonces el ataque se concentra sobre el pequeño grupo que rodea al capitán. Y todos se baten como leones, en desigual combate. También don Hernando que ha salido de su estupor, se ha arrancado la flecha del muslo y lucha en primera fila.

Pero no nos dan tregua. Y las municiones se acaban y las fuerzas también. Así que él empieza a dar voces: que nos retiremos. Que lo dejemos solo. Si no vemos que tiene una pierna y un brazo inservibles. No quiere ser un lastre. Que nos pongamos a salvo. Que vayamos por más gente y municiones. Que le hagamos caso. Él es quien manda todavía, si no está muerto aún.

Y Juan Serrano: que no. Que no lo dejará. Y Odoardo Barboza: que no. Que no lo dejará.

Entonces Juan Serrano arroja las armas y, tomándolo por los sobacos, comienza a arrastrarlo con desesperación. Y Cristóbal Rabelo va a cogerlo por los pies cuando algo lo detiene. Se ríe con una risa extraña y tonta. Mira fijo los pies de don Hernando. Y cae hacia un costado con una flecha clavada en la base del cráneo. Así que Rodrigo Nieto va a tomar su lugar y se vuelve para decir algo pero no puede, pues otra flecha le atraviesa el cuello.

Ahora solo quedamos cuatro: Filiberto el Marica, que víctima de una crisis nerviosa llora como una niña; Serrano, que se empeña en arrastrar a don Hernando fuera del alcance de las flechas; Odoardo, que trata de ayudarlo; y Juanillo, que está temblando del susto y no sabe qué hacer.

—¡Cubridnos! —gritó Serrano, furioso.

Entonces el capitán trató de ponerse en pie apoyándose en ambos portugueses.

Eso fue al mediodía. El sol estaba muy alto y la laguna era un espejo que nos cegaba con sus reflejos. Así que nadie pudo ver el buitre tallado en la madera del clavero que le buscaba el pecho.

Don Hernando cayó para atrás con una expresión de sorpresa infinita en el rostro.

¿Que más quieres saber, don Carlos? ¿Que nos quedamos como de piedra, mudos ante lo que ocurría frente a nuestros ojos y sordos a cuanto ocurriera más allá del estrecho círculo que formábamos? ¿Que de pronto habían cesado las voces y los gritos lejanos y el estampido de los últimos arcabuces? ¿Que no se oía ni el rumor del mar, ni el murmullo de la brisa meciendo las palmeras, ni nada?

¿Que éramos como estatuas en un parque abandonado? Como esas figuras de granito que adornan las tumbas de los reyes. Como esos séquitos en mármol que hay en los sepulcros de los papas.

Yo sostenía la cabeza de don Hernando en mi regazo. Serrano lloraba en silencio. Odoardo quería acercarse pero no podía. Y Filiberto, muy inclinada la cabeza, tenía el morrión entre las manos con gesto casi religioso.

Serrano fue el primero en reaccionar. Se quitó el sombrero y con extrema delicadeza, lo colocó sobre el rostro de don Hernando. Los cascabeles del ala sonaron como a cristal roto en medio de aquel silencio colosal.

—Nadie debe enterarse de lo ocurrido —dijo al incorporarse. Y como nadie respondiera, agregó—: Buscaremos el momento propicio para comunicárselo a la gente. Pero no ahora, después de nuestra primera derrota. Ni ante el rey de Zubu, que ha visto lo vulnerables que somos y podría aprovecharse de la situación.

Además los castellanos podrían intentar recuperar el mando de la escuadra. Nadie debe enterarse por ahora —repitió.

—¿Qué haremos? —preguntó Odoardo sin apartar los ojos llorosos del cadáver de don Hernando.

Serrano comprendió la pregunta. Se acercó y le pasó un brazo por los hombros.

* * *

Ahora Su Alteza se quita los anteojos y, con dedos temblorosos, los coloca con cuidado en su cofrecito de oro.

Luego coge con las manos huesudas, deformadas por la gota, el pesado manuscrito y lo hace a un lado.

Entonces contempla con angustia, como quien regresa de un sueño, el mundo que lo rodea. Los papeles que se amontonan sobre su mesa de trabajo, el gran globo terráqueo, los mapamundis que nada significan, el órgano portátil que lo acompañó en todas sus campañas, las telas del Tiziano colgando de las paredes enlutadas, el sillón de junto a la ventana, la ventana que da a la iglesia.

Todo le resulta extraño. Vagamente irreal. Como el olor a incienso que impregna la habitación. Como la música del órgano que crece desde la iglesia contigua. Que fluye desde el pasado.

Entonces se estira con dificultad sobre la mesa para coger el espejo con mango de plata.

Ahora contempla su rostro en el pequeño óvalo:

La piel marchita, de color cetrino. La boca desdentada. El belfo tembloroso. El hilo de baba que escapa de la comisura derecha de los labios y se pierde en la barba entrecana. El mentón prominente, aguzado por la edad. El pelo blanco. Y los ojos. Los ojos que ya no tienen el celeste turquesa de la laguna. Que ya casi no tienen color. Las pupilas sin brillo en las que ya no hay tres

naves sino un retrato oval. Una pintura descascarada. Casi una miniatura. Un camafeo, quizá.

Don Carlos deja el espejo. Lo coloca bocabajo y extrae de entre sus ropas un pañuelo, con el que se enjuga la barba.

«Doy asco —piensa—. Todos los viejos dan un poco de asco.»

Con el alma oprimida, don Carlos contempla las paredes negras de la estancia. El humo del incienso que llega desde la iglesia y se cuele a través de las cortinas de su única ventana, le hace toser. Siente que se ahoga. Entonces, aferrándose con sus dedos deformados por el reuma al dosel, trata de alcanzar el suelo desde lo alto de la pila de almohadones en que lo han colocado, como a un niño.

Finalmente logra ponerse en pie apoyándose en el respaldo del sillón.

Ahora se da un respiro antes de emprender la larga y lenta travesía por una habitación que se le antoja inmensa, como le ocurre a los niños, pero que no lo es.

Lenta travesía por la habitación de luto. Entre gigantescos mapamundis que ya nada significan. Sin prestar atención al enorme órgano portátil que lo acompañó en todas sus campañas. Campañas que no intenta enumerar. Que ha olvidado.

Hasta llegar al retrato de Leonor que, por primera vez, le parece demasiado grande. Le cuesta reconocer esa figura de un tamaño colosal. Y sigue su camino apoyándose en el bastón.

También la emperatriz le parece agigantada en su tela. ¿Por qué el Tiziano hace esos retratos tan grandes?, se pregunta. En cambio el de Felipe se ha achicado. Él lo recordaba más grande. Pero no lo es. En realidad es pequeño. Casi una miniatura. ¿Por qué el Tiziano lo pintó tan pequeño?, se pregunta.

Desconcertado atraviesa el tramo final. El órgano ha callado un instante y en el silencio de la noche, don Carlos aguza sus

sentidos. Su cansado corazón se acelera porque piensa que su madre hablará. Escuchará su voz, como todas las noches. «Tuve un sueño horrible –le dirá una vez más–. Soñé que un gato gigante y monstruoso, blanco como el armiño, me devoraba las entrañas.»

Pero esa noche la voz de su madre no comparece. Él aguarda un instante más y, cuando el órgano vuelve a sonar, da los últimos pasos que lo separan de la ventana que se abre al interior de la iglesia. Él mismo mandó abrir esa ventana y tapiar las otras que daban a los campos y sierras de Extremadura.

Agotado por el esfuerzo, se encarama al sillón que hay junto a la ventana. Sobre la pila de almohadones y encogido por los años, don Carlos semeja el retrato de un recién nacido.

Entonces con mano temblorosa separa apenas las pesadas cortinas de brocado que lo ocultan a los ojos de los monjes y trata de concentrarse en el oficio divino que, día y noche, ofrecen por el alma de su madre y por la de su hermana.

«Mañana ordenaré un réquiem diario por mi alma», piensa.

Luego la música del órgano fluye y lo envuelve y lo lleva lejos, muy lejos de allí.

IX

¿Aún estás ahí, don Carlos? ¿Llueve sobre San Jerónimo de Yuste? Aquí en Bustillo repican las gotas sobre los tejados. Es un ritmo triste, ¿no crees? Es que Bustillo es un pueblo triste. Los tejados son pardos y se cubren de un musgo verde apenas llega el otoño. Porque llueve mucho aquí en Bustillo. Llueve durante semanas y meses enteros. Y la vida va desapareciendo de las calles y muere. Los vecinos se convierten en sombras, embozadas y fugaces bajo los soportales. Y son las calles desiertas. La lluvia lamiendo las piedras de la calzada. No se oye el sonido melancólico de los cencerros ni el chirrido monótono de los ejes de las carretas. Y son los campos vacíos. Nada más que la tierra y la lluvia. Todo es silencioso entonces. Un silencio grande y viejo. Indiferente al sonido de unos pasos que se alejan presurosos, o al de una campanada solitaria que, de tiempo en tiempo, rueda y se pierde en la comarca desierta.

Sí, Alteza, Bustillo es un pueblo triste. Pero no lo era cuando yo estaba niño y la luz tan rotunda que exasperaba los colores y diluía en brillos los contornos de las cosas. Como si emanara del alma de las cosas. Que parecían nuevas. Como si no las hubiera visto antes. Y en ese descubrimiento pasaba las horas, con la indolencia de cuando éramos niños. Porque tú y yo fuimos niños. Al menos yo, en Bustillo. Un niño un poco triste, tal vez. Pero que

correteaba por las calles y jugaba en las plazas. Son estrechas las calles de mi pueblo, y pequeñas y sombrías sus plazas. Pero para mí, entonces, eran anchas y soleadas. Y yo las recorría a mi antojo y en aquellos vagabundeos solía llegar hasta una tienda que había bajo los soportales de la principal. La tienda olía a encajes y puntillas, pero también a orines de gato y a comida rancia. Y el tendero era viudo y tenía una hija larguirucha y triste que se pasaba el día mirando la plaza a través de los cristales polvorientos. Ella fue mi primera novia, aunque nunca lo supo. Me pasaba horas mirándola mirar porque, aunque sus ojos estaban fijos en la estrecha franja enmarcada por dos gruesas columnas, era evidente que veían más allá. Eran pájaros de alto vuelo sus ojos. Viajaban muy lejos de allí. Y rara vez se posaban sobre los objetos o las personas que tenían delante. Pero si lo hacían, había que aguardar el lento regreso desde sabe Dios qué remotos lugares. Mientras ella permanecía ausente, su padre revisaba sin cesar unas libretas muy manoseadas donde llevaba las cuentas de cada uno de sus clientes y murmuraba para sí: «Veamos lo que tenemos. —Agregando luego—: Ya sabes, Isabel, no hay como un balance hecho a tiempo».

Pero Isabel no lo escuchaba, pues volaba muy lejos de allí.

Un día voló tan lejos que ya no supo cómo regresar. La tienda permaneció unos días cerrada por duelo. Después alguien quitó el cartel, pero siguió cerrada. La gente decía que Isabel había muerto. Yo nunca lo creí. Imaginaba que alguien había dejado la puerta de la tienda abierta y ella se había volado. Como un pájaro. Desde ese día, yo también quise volar. Irme muy lejos de aquel pueblo que empezaba a ser un pueblo triste para mí.

¿Y tu pueblo, don Carlos? Sabes, me cuesta imaginar tu pueblo. Y más aún me cuesta imaginarte niño. Dime, ¿los reyes son niños? ¿Juegan con otros niños reyes? ¿Les ponen penitencia? ¿Se escapan por la ventana hacia los campos, a la hora de la siesta? ¿Fuman a escondidas? ¿Hacen porquerías debajo del puente?

¿Tienen novias sin que ellas lo sepan? ¿Se vuelan como pájaros esas novias?

Lástima no habernos conocido entonces. Imagínate, dos solitarios como nosotros. Dos niños un poco tristes, correteando juntos, enamorándonos los dos, en secreto, de alguna niña mayor.

En fin, don Carlos-Carlitos; ya nada se puede hacer. Ni tú con todo el poder que tienes puedes volver el tiempo atrás, así que ya ves, ¿de qué sirve ser rey?

Conque mejor me callo y me vuelvo a lo mío, que es terminar esta crónica antes que alguien deje el ventanuco abierto y yo me vuele también.

* * *

Es la tarde de aquel día demasiado largo para ser un solo día. Una tarde tibia y serena en la que los sucesos de la horrible mañana parecen un sueño nada más. Una tarde tan apacible que los rezos por el alma de los caídos suenan como el zumbido de las abejas en una tarde de verano con parral. Una tarde con una brisa tan suave que los votos para que el capitán se restablezca, suenan como las hojas de los chopos mecidas por la brisa primaveral.

Una tarde que no ha tenido mañana. A la que no seguiré la noche. Una tarde nada más.

Una tarde para no creer en nada. Para no creer que Odoardo esté mandando a Enrique a la isla para pedir permiso al rey y enterrar allá los muertos. Una tarde sin muertos. ¿Entiendes a lo que me refiero, Alteza?

Una tarde para creer en todo. Para creer a Odoardo cuando le dice a Enrique que no debe molestar al capitán, si quiere que se ponga bueno.

Enrique quiere ir por la capa y el turbante que le ha regalado don Hernando cuando su primera embajada a Zubu. La capa y el

turbante están bajo la litera del capitán. El capitán descansa y se repone de sus heridas sobre la litera. Cada cosa en su lugar.

Una tarde para creer a Enrique cuando insiste en ver a su señor, y a Odoardo cuando le promete que lo verá a su regreso de la isla.

Una tarde en la que no hay lugar para la voz estentórea y amenazante de Odoardo, preguntándole a Enrique qué diablos quiere del capitán.

Una tarde en la que suena un poco rara la voz de Enrique diciendo que el capitán le había prometido la libertad cuando regresaran a España o cuando lo alcanzara la muerte.

Una tarde en la que la palabra muerte suena a hueco. Tal vez eso es lo que molesta a Odoardo que, saliéndose de la tarde, trata a Enrique de negro de mierda y jura que jamás será libre porque él mismo lo entregará a Beatriz el día que el capitán falte y verá que sirvan, él y sus descendientes, a los descendientes de don Hernando.

Una luz tan suave como las palabras de Juan Serrano diciendo que el capitán se queja de que los gritos de Odoardo no lo dejan descansar.

Suave como la sombra del ala del sombrero sobre el rostro curtido del portugués. Como el tintineo de los cascabeles que adornan el ala de su sombrero. Como las palabras que susurra a los oídos de Odoardo. Como el gesto amistoso con que tranquiliza a Enrique.

Una tarde quieta como el rostro de Enrique. Cristalina como el agua en la que flotan las naves. Tan lenta como el ritmo con que rema el esclavo, alejándose de las naves. Absorta, como la expresión de Enrique en sabe Dios qué abismos.

Una tarde detenida en el tiempo. Como el sol en el cielo. Como los muertos en la bodega de la Victoria. Como Enrique en la isla. Como Hijito dormido en el regazo de su padre.

Una tarde sin voces. De hablar quedo sin motivo. De murmurar al oído. Como Serrano a Odoardo. Como Sebastián a Carvajo. (Como una serpiente al acecho.)

Una tarde redonda como una naranja. Honda como un vaso de vino. Lujosa como un cáliz de oro.

Una tarde que lleva una noche dentro pero que no quiere morir, don Carlos.

Porque la noche es otra raza, ya sabes. En la noche los perfiles y relieves de las cosas crecen de una manera caprichosa y sin regla. Se hacen huecos. Se levantan muros. Se abren puertas que no existían.

La noche es otra planta, Alteza. Una planta rara. Carnosa. Viscosa. De grandes hojas llenas de anfractuosidades y vellosidades.

Entonces huyo para no ver morir la tarde y me refugio en la cámara del capitán.

Pero he llegado tarde, Alteza. Ya está instalada en la cámara. A la noche nadie la llama y viene. Es como la muerte, que lo cambia todo. Hace frío en el pequeño recinto. Huele a hongos y a humedad, no a la fragante madera de la Trinidad. Como quien penetra en una tumba sellada hace miles de años. Llena de objetos que, de pronto, han perdido su sentido. Se han vuelto inútiles. Enigmáticos. Como vestigios de una antigua civilización. Los relojes sobre la mesa son extrañas ampollas de vidrio rellenas de arena, piezas de un misterioso ajedrez, simples adornos. Los compases labrados son como restos dispersos de algún raro artefacto, de algún loco proyecto; agujas de algún tipo de reloj que aún no se ha inventado. El astrolabio es una joya, un arma, un espejo de latón para uso de remotas damas. Y la armadura a un costado, un traje absurdo que nadie puede haber usado jamás.

Bajo la litera del capitán están sus pantuflos vacíos. Sobre la litera, está Serrano inmóvil. Es de noche. Nada está en su lugar.

Deberemos hablar, pero ninguno se atreve a violar el antiguo silencio que reina en el recinto.

Además, es de noche. Y una palabra cualquiera en la noche puede conducirnos a donde no pensábamos ir. Puede abrir puertas que creíamos cerradas. No es como durante el día, ya sabes, Alteza. Las palabras terminarán volando solas en la oscuridad. Serán como murciélagos revoloteando asustados en una caverna. Nos empujarán hacia abismos cada vez más profundos. Nos perderemos en laberintos de los que no podremos salir hasta que llegue el alba.

Así que, en silencio, buscamos una frase concreta. Que sea una guía segura en esta oscuridad. Una frase precisa como una linterna. Que ilumine solo nuestros pasos y deje en la sombra lo demás. Más que una frase, un madero. Al que podamos aferrarnos para no sentir la noche que nos envuelve ni el mar que hay bajo nuestros pies.

Pero yo solo tengo preguntas, don Carlos, y él, solo dudas con que responder.

De manera que permanecemos mudos y absortos, como dos jugadores ante un tablero de ajedrez. Meditando nuestra primer jugada, procurando anticiparnos a la que hará el otro, imaginando la siguiente y la que desencadenará luego. Así hasta el infinito.

Yo podría preguntarle qué hace aquí. Pero sé su respuesta. Podría intentar otra jugada (ya clásica en mi repertorio), y decirle:

—Solíamos tener largas pláticas con el capitán, ¿no quieres que hablemos?

Él no lo arriesgará todo en el primer movimiento diciendo que sí. Será más cauto. Dirá, tal vez:

—¿De qué quieres hablar?

Sé que puedo anular esa jugada. Pero también puede moverse en otra dirección y responder:

—Tengo cosas muy importantes que resolver.

Un movimiento como ese puede arrastrarme a su propio plan de juego.

De pronto me encontré pensando en las mismas cosas que él. En que tenemos a don Hernando muerto. En que tenemos ocho muertos más que ahora están velando sobre la cubierta de la Victoria (la luz de los grandes cirios da a la nave un aspecto fantasmal). Y aunque lograra atraerlo al mío, diciéndole por ejemplo:

—Tu padre se sentirá orgulloso cuando te vea llegar al mando de una flota cargada de especias después de haber dado la vuelta al mundo. Debió de ser un gran navegante también.

Y aunque él se largue en pos de mí y diga que su padre jamás conoció el mar. Que pasó toda su vida tras un escritorio atiborrado de papeles polvorientos. Aunque me diga que fiscalizaba la recaudación de impuestos en una provincia perdida. Yo seguiré pensando que entre los muertos que velan en la Victoria está Andrés de San Martín, el cosmógrafo. Que con él muerto no hay nadie capaz de relacionar la lectura de los astros con los cálculos llenos de lagunas que hizo Ruy Faleiro. Que no habrá nadie capaz de descifrar sus mediciones ahora que el capitán se ha llevado al cielo las pocas claves que podía tener. Que no habrá nadie capaz de conducir la flota hasta el Maluco, porque el rey de Zubu no va a cumplir su promesa. Que tal vez lleguemos al Maluco, y no lo reconoceremos y seguiremos buscándolo, isla tras isla, durante años hasta que las naves se desfonden con su tripulación de hombres viejos. Sin poder regresar a España porque no hay nadie capaz de conducir la flota de regreso a España ahora que el capitán ha muerto y Andrés de San Martín, que era el cosmógrafo de la escuadra, también.

Entonces tal vez deba hacerle el juego. Decirle por ejemplo:

—Sin duda tu padre gozaba del favor del rey.

Y oír que para su padre el rey era un simple retrato que colgaba de la pared sobre su cabeza y al que, cada muchos años, era

necesario sustituir por otro. Los rostros de los reyes no cambiaban, pero sus nombres sí. A su padre no le importaba el detalle pues él hablaba siempre de: El Rey. Le gustaba darse importancia con El Rey. Convertía la más anónima y seriada instrucción que llevara su firma, en un mensaje personal, en un ruego amistoso, en una confesión íntima. Y de cuando en cuando sustituía un retrato por otro. A veces tardaban tanto en llegar que sustituía el de un muerto por otro. Pero eso él no lo sabía. O no le prestaba atención.

Así era su padre. Pero él no quería parecerse a su padre.

Entonces será mi turno. Me moveré en su mismo sentido. Diré por ejemplo:

—Yo sí quería. El problema era que no sabía quién era mi padre. Y andaba un poco como tu padre con los reyes. Cualquier hombre de los muchos que desfilaban por mi casa era: Mi Padre. Mi madre los sustituía con la misma indiferencia con que tu padre cambiaba los retratos de los reyes, pero para mí todos tenían el mismo rostro: el rostro de Mi Padre.

Una jugada como esa puede que invierta la partida. Como si cambiáramos de lugares y él jugara con las negras y yo con las blancas. Así, mientras yo desenrollo el rollo de mi orfandad tratando de conmoerlo y fijar el diálogo en ese escaque, él estará pensando en las cosas en que pensaba yo; moviendo las piezas que yo movía en mi mente un instante atrás.

En que tenemos como nuevos gobernadores de la escuadra a él mismo, Juan Serrano, y al bueno de Odoardo Barboza. En que tenemos a Sebastián conspirando con otros oficiales castellanos para arrebatarles el mando. Sebastián no cree que don Hernando vaya a ponerse bien y está dispuesto a todo para conseguir la capitánía general.

Y aunque yo le diga cómo mi madre hacía hijos con esos caballeros que la visitaban en casa, y luego nadie sabía dónde iban a

parar esos hijos que eran mis hermanos; igual él seguiría pensando en que tiene a don Hernando muerto y debe hacer creer que está vivo. En que no sabe por cuánto tiempo lo logrará, ni qué pasará después. En el rey de Zubu, que debe estar pensando en cómo deshacerse de nosotros porque ahora sabe que sin los hierros somos tan vulnerables como el que más. En el de Zubu, Alteza, que está planeando una celada. En él mismo, Juan Serrano, y en cómo debe proceder. En Enrique, que no le merece confianza, pero al que necesita como intérprete. En el entierro de mañana. En el convite del rey, que ha prometido revelar el lugar donde se encuentra el Maluco. En si debe concurrir. En que debe estar presente ya que ahora es el nuevo capitán general. En las mentiras que le dirá al rey sobre don Hernando porque si lo cree muerto no cumplirá su palabra. En que tal vez ya sepa que está muerto. En que los de Matán tal vez hayan encontrado el cadáver que fondeamos con piedras. En el cadáver, tan pequeñito y tan blanco sin su armadura y sin su vida. En que tal vez no lo reconozcan de haberlo encontrado. En que quizás nadie lo reconocería, y en que eso era lo mejor; no quería que aparecieran de pronto con el cadáver de don Hernando. En que solo yo, Odoardo, y él, Juan Serrano, estábamos al tanto de la verdad. El marica Filiberto había muerto y eso era una suerte porque dicen que los maricas son grandes habladores. Pero sabe que puede confiar en un bufón. Y también en su amigo Odoardo.

En cosas como esas pensamos mientras el silencio se espesa en la cámara y cada vez es más difícil encontrar la frase adecuada para romperlo en pedazos.

Pasamos horas así, hasta que de pronto, Serrano hace la jugada más audaz de todas.

—Ayúdame a ponerme la armadura de Hernando —dice.

Al oírlo, un frío helado me corre por la médula y quedo como petrificado.

—Ya nada se puede hacer. Anda, ayúdame.

Yo contemplo los hierros amontonados a un lado de la mesa de trabajo del capitán: un montón de chatarra que la luna blanquea.

—Me enseñó muchas cosas —digo.

Serrano me escucha.

—Me enseñó la importancia de un sueño. Un imposible por el que vivir. Y yo alenté los suyos.

—Entonces estáis en paz. Yo te enseñaré otras cosas.

—Con todos los respetos, nunca será lo mismo.

—Tú lo conociste bien. Sabes cómo me apreciaba —dice Serrano.

Yo observo los trastos que llenan la cámara. Miro los relojes, los compases, el astrolabio, las cartas de marear, los pantuflos debajo de la litera, Serrano arriba. Nada está en su lugar. Y dudo de haberlo conocido. Dudo que haya existido. Temo que haya sido un personaje inventado por mí. Pero no digo nada. Tal vez cuando llegue el alba esa sensación desaparezca.

—Tú eras su preferido —digo.

—Y tú también —dice Serrano—. Te apreciaba de verdad.

Ambos volvemos a sumirnos en el silencio.

Yo contemplo la armadura sin decidirme y él me mira expectante.

—Te ayudaré —digo, al cabo de un rato.

Entonces me pongo en pie y, con un gesto rápido, cojo el peto. Al hacerlo, el montón de hierros se desmorona con un sonido metálico y Serrano, como sobresaltado, se sienta bruscamente en la litera.

Yo observo la pieza, plateada a la luz de la luna, y la huelo.

—¿A qué huele? —pregunta él.

Yo quisiera decirle que huele un poco a mar, a brea, a lienzo de las grandes velas. Y también a especias. Y otro poco a la flor del manzano. Pero huele a orín y a viejo.

—A nada —respondo— A nada. Pero tendremos que limpiarla y lustrarla un poco.

—Deja eso para después. Solo quiero probármela.

—¿Te la pondrás completa? —pregunto, buscando la cota con mangas de malla de acero. La prenda, abandonada debajo de la mesa, parece la muda de piel de una poderosa serpiente—. ¿Sabías que las serpientes mudan de piel en primavera para poder seguir creciendo? Cuando era niño solía juntar aquellos tubos de escamas transparentes que quedan entre las breñas. Las cogía con temor pues no podía evitar imaginarme al peligroso animal que había abandonado aquel traje para lucir uno más nuevo y más brillante a la luz del sol. Pero al rato el temor desaparecía y yo jugaba con esa cosa muerta e intentaba rellenarla para asustar a los demás.

Bajo el ala del sombrero los ojos de Serrano han vuelto a adquirir la expresión maliciosa de siempre.

—Tuviste suerte de no equivocarte y coger una viva —dice.

—No hay cómo confundir una muda con una serpiente.

—También pudo ocurrirte que mientras te entretenías con la muda, viniera la serpiente con su piel nuevecita y te clavara sus colmillos. Piensa en eso.

—Dejemos ahí la cosa —digo yo—. ¿Vas a ponerte la cota?

Él asiente con la cabeza y, sentado al borde de la litera, estira hacia mí los brazos.

—¿No vas a olerla antes? —dice.

—Sé a lo que huele. Huele a sudor ácido. Y a la arena de esos relojes —respondo pasándosela por la cabeza.

—A mí me huele a especias.

—También a especias —digo al cabo de un momento ajustando las correas que unen el peto con el espaldar.

Luego le ofrezco los guantes.

—¿Te pondrás las grebas?

Él asiente estirando las piernas para que yo proceda.

—¿También el yelmo?

Serrano se quita el sombrero. Yo avanzo hacia él llevando el yelmo con el gesto de un sacerdote con el cáliz entre las manos.

Cuando lo tiene puesto cala la visera y, con esfuerzo, se tiende horizontal sobre la litera.

A la luz mortecina de la luna, me recuerda al guerrero tallado en piedra de la cripta.

Yo siento que el tiempo gira y se repite. Que la noche se estira y se confunde con otras noches iguales. Que la mañana no llega.

—¿Sabías que el capitán guardaba en la Concepción tierra de Oporto para que cubrieran sus restos con ella? —digo para retener algunas coordenadas. Para no perderme del todo.

Pero Serrano ha desaparecido dentro de la armadura y nadie contesta.

Entonces decido arrojarme al abismo. Me siento cual amorosa madre a sus pies y le digo:

—¿Quieres escuchar un romance? Quizás te venga sueño y puedas descansar un rato.

Yo comienzo a desgranar los versos del infante Arnaldos:

*... las velas trae de sedas,
la jarcia de oro torzal,
áncoras tiene de plata,
tablas de fino coral.
Marinero que la guía,
diciendo viene un cantar,
que la mar ponía en calma,
los vientos hace amainar;
los peces que andan lo hondo,
arriba los hace andar;*

*las aves que van volando,
al mástil vienen posar.*

—Hernando cometió una estupidez —dice Serrano sin dejarme terminar—. No debió arriesgarse a ir sin la armadura. Debí ser más precavido.

—No se la quitó en todo el viaje —digo yo.

—Precisamente. Fue una estupidez.

—Cualquiera comete un error. Un descuido.

—Un solo error y eres hombre muerto.

—Es verdad. Es verdad —digo mientras el alba se insinúa en el horizonte lejano y el lúgubre casco de la Victoria se recorta contra un cielo de porcelana.

Ahora es el alba, Alteza, y de la cubierta de la Victoria están bajando los muertos de la pasada jornada.

El alba es la hora de los muertos, don Carlos. La hora definitiva de la no resurrección. De la resignación de los deudos. Esa hora fría y cruel en la que los muertos ya son cosas y el olvido va borrando sus pasos, sus gestos, el sonido de su voz, el olor de su piel, el calor de sus manos; todo.

Es un alba incierta, como la expresión de los muertos. Callada como el ir y venir de los vivos preparándose para el entierro. Dura como la cara de Sebastián observando el ajeteo de Serrano. Marmórea como la de Carvajo espiando por el rabillo del ojo a Odoardo, mientras con manos tiernas acaricia los cabellos de Hijito que duerme entre sus piernas arropado con su capa y ajeno a todo.

Un alba que se desliza entre las negras naves con paso furtivo, como Enrique por la cubierta.

Que emana de los muertos como un aura fría. Que vuelve irreales a los vivos.

Los vivos con los ojos legañosos y las bocas malolientes, cargando a los muertos en las chalupas. Embarcándose como sonámbulos en las chalupas.

Un alba de cristal, como la superficie del agua que van rompiendo los remos. Breve como el movimiento de los remos entrando y saliendo del agua. Sutil como el aroma a flores que viene a la costa.

Un alba como una crisálida, con un sol dentro. Un sol que asoma y despliega sus alas de oro y azul, como una mariposa. Un sol que resplandece como el rostro de Hijito ahora que se ha despertado y mira a su padre y sonrío con candor.

Un sol para los vivos. Oscuro y negro para los muertos. Que los ahuyenta como la luz ahuyenta a los murciélagos que vuelan a lo hondo de sus cavernas.

Y ya están en la costa los vivos, abriendo las cavernas de los muertos, mientras continuamos llegando y vienen los de Zubu que se mantienen algo alejados, como diciendo: éstos son sus muertos.

Un sol lleno de promesas, Alteza. Como todos los soles. Como la mirada que Serrano dirige a la reina de Zubu. La reina de Zubu, ardiente y sensual, como la mañana que promete este sol. Insinuante, como la mirada que Carvajo dirige a Sebastián, de pie junto a una tumba. Cómplice, como la que Sebastián devuelve a Carvajo. Traidora, como la que Enrique dirige al de Zubu que observa a Serrano. Maliciosa como la sonrisa del rey cuando pregunta por nuestro capitán general y dice admirarlo por su valentía y hace votos para que pronto se restablezca. Mentirosa como la respuesta que Serrano da a Enrique para que la transmita al rey.

Un sol que despierta murmullos de pájaros en la selva y de latines en la plaza donde el capellán ora por el alma de los muertos, colocados cada uno junto a su tumba.

Que comienza a proyectar la sombra de la alta cruz que don Hernando hizo plantar en aquel punto y a iluminar las paredes de las sepulturas sin llegar al fondo. Allí donde están bajando a los muertos entre tristes clarinadas y furiosos chillidos de monos.

Los bajan con cuerdas, como quien saca agua de un pozo. Y ponen mucho cuidado al hacerlo, como si estuvieran vivos. O más tal vez.

Entonces el capellán bendice las tumbas desde lo alto, sin asomarse a su interior. Luego cesan todos los ruidos. Solo se oye el rumor sordo de las palas y la tierra que cae sobre los muertos como cae la arena en un reloj, en absoluto silencio.

La tierra cubriendo los ojos de ciervo embalsamado de Andrés de San Martín. Sumiendo en la negrura a Filiberto, que tanto le temía a la oscuridad. Llenándole la boca a Cristóbal Rabelo, que era tan hablador. Inmovilizando a Rodrigo Nieto, siempre tan inquieto. Cubriendo el olor a leche de Basco Gallego con el del mantillo que huele a estiércol y a hojas viejas. Ensuciando la rubia cabellera de Francisco Espinoza, que tanto se la cuidaba pues creía, el muy tonto, que le daba cierto parecido con Gaspar de Quesada, a quien mucho había admirado por su belleza. Tapándole la nariz a Nuño, que se jactaba de tener el mejor olfato de toda la flota. Metiéndosele en las orejas a Antón de Goa, que andaba siempre escuchando lo que no debía y después temblaba como un ratón sin animarse a contar a nadie lo que sabía.

La tierra llenando de sombras las sepulturas y el sol llenando de luz la tierra. Tapiando las cavernas de la noche. Desplegando las velas del alba. Convirtiendo la vida en una mañana de sol.

Porque ahora es de mañana, Alteza, y los muertos se han ido por fin. Ahora es el tiempo de los vivos y no hay lugar para más.

Una mañana alegre, don Carlos. Plena de inconsciencia, como el rostro de Hijito. Despreocupada como la manera en que arrastra su barco de juguete entre las tumbas recién cubiertas. Amorosa como la mirada que le dedica su padre, mientras habla en voz baja con Sebastián.

Una mañana para estar contento. Para estar de fiesta. Para recibir regalos. Para comer mucho. Para emborracharse bien. Para excitarse con la reina y las damas de su séquito. Para escuchar de boca del rey, el lugar preciso donde se halla el Maluco.

Solo la oficialidad, que son veinticuatro, asistirá al convite del rey; el resto ya nos estamos volviendo a las naves contentos con la mañana.

Una mañana luminosa como las aguas de la laguna vistas desde la borda de las chalupas. Una mañana brillante como una joya. Refulgente como un diamante. De vivos colores, como los peces de la laguna turquesa. Inmaculada como la arena de la playa donde ha quedado el grupo de invitados departiendo con el rey. Quieta como las palmeras y como las naves ancladas muy cerca de la costa. Límpida como el cielo, muy azul. Fragante como un mercado por la mañana. Que huele a flores, a peces, a frutos maduros y a mar. Una mañana como esas que siguen a una noche de pesadillas.

Una mañana para estarse quieto, sentado al sol sobre la cubierta. Para hablar tonterías. Para soñar en silencio mientras el sol se achica y sube en el cielo y el tiempo pasa sin que se note su andar. Como si fluyera lejos de aquí. Al margen de nuestra ruta.

Una mañana para no darle importancia a nada. Ni a lo que hablamos. Ni a lo que soñamos. Ni a Sebastián ni a Carvajo que han vuelto a la Trinidad y miran con ojos ansiosos hacia la isla como si hubiera algún motivo de intranquilidad. Como si algo pudiera romper el tibio cristal de la mañana. Como si esos gritos que ahora se oyen pudieran ser de horror. Como si pudieran salir

de las bocas de nuestros oficiales. ¿Acaso no se iban a defender a tiros si los estaban atacando?

Y sin embargo alguien ha dado órdenes y hay gente que se sale de la mañana y está haciendo girar el cabrestante y aprestándose para dar vela. Y están los lombarderos aprontando las bombardas. Y las naves moviéndose lentamente hacia la costa.

Entonces sí que se raja el cielo de porcelana, Alteza. Entonces sí que se rompe el cristal de la mañana y el de las aguas quietas de la laguna y el aire límpido huele a pólvora y no a flores y están ardiendo las casas porque estamos disparando contra ellas y en medio del humo negro y las llamas vemos que conducen a Juan Serrano herido y que grita que cesen las bombardas porque lo matarán.

El fuego de artillería cesa y le sigue un silencio grande como de cosa muerta en el que solo se percibe el estruendo del mar estrellándose en el arrecife y los gritos de Serrano diciendo que no disparen más porque lo matarán.

Así que también yo me salgo de la mañana y me acerco a la borda de estribor y, a gritos porque la mañana ya no me importa nada, le pregunto qué ha pasado. Y él, forcejeando con sus captores: que les han tendido una celada. Que a todos los han degollado, dice, poniendo roja la mañana. Que ha sido Enrique quien los ha traicionado. Y también que quieren un rescate a cambio de su vida.

—¡Traigan una chalupa llena de espejitos y algunas armaduras! —grita Serrano.

—¡Debemos consultar al capitán! —responde Carvajo.

—¡Decídelo tú! —grita Serrano— ¡Te lo estoy ordenando!

Pero Carvajo no se inmuta e insiste que no puede arriesgar más gente sin el consentimiento del capitán. Y lo mismo piensa Sebastián, que aprueba moviendo la cabeza.

—¡Ahora vosotros gobernáis la flota! —insiste Serrano—. ¿No me dejaréis aquí? ¡Pagad el rescate, por Dios! ¿Acaso vais a dejarme así?

Carvajo tiene una plática demasiado larga con Sebastián. Demasiado larga porque ahora el tiempo vuela. Se ha concentrado aquí y es como el ojo de un huracán. Están muy calmos los dos mientras en torno suyo el viento deshace todo. Mandan virar y alejarnos a toda vela y el viento se lo lleva todo. Se lleva las palabras de Juan Serrano que, ora implora, ora maldice a Juan Carvajo rogando a Dios que el día del juicio final le haga pagar su crimen. Se lleva el humo de las casas que arden y el de la cruz que don Hernando había plantado. Se lleva las casas, las palmeras, la playa; que son más pequeñas a medida que nos acercamos al arrecife buscando el canal de salida. Se lleva a Juan Serrano que parece un muñequito. Se lleva las naves que ya están mar afuera. Que siguen desplegando velas hasta que la isla se pierde de vista.

También se lleva a Juan Carvajo, que corre desesperado por la nave llamando a su hijo sin que nadie lo pueda calmar. Su padre lo hacía jugando en la nave pero ha quedado en la isla adonde no podemos volver. Alguien recuerda haberlo visto alejarse tras su barco de juguete. El barco iba escorado, como navegan los barcos de juguete. Lo impulsaba una suave brisa e Hijito, feliz, corría tras él.

* * *

Apuesto a que aún llueve en todo el valle de Plasencia. Que se pierden entre negras nubes las cumbres de las montañas de Extremadura. Que el barro hace intransitables los escarpados senderos de mulas que conducen a Yuste. Que el agua corre sobre los techos de pizarra del pueblo de Cuacos. Se empoza en el claustro del monasterio vecino. Lava los santos de piedra del atrio de la iglesia. Aviva los perfumes de tu jardín colgante. Rivaliza con

las fuentes. Mantiene inmóviles a los pájaros en las grandes pajarreras. Da un no sé qué edénico a los naranjos y limoneros traídos de Bizancio. Acentúa el aspecto triste de las higueras de Corinto. Intensifica el rojo de los claveles de la India. Golpea los cristales de la puerta que da al huerto. Repica sobre los tejados y corre por las canales de piedra hacia la cisterna y el aljibe. Llega como un rumor lejano a tu estancia. El terciopelo negro de las paredes amortigua el sonido y cuanto ocurre afuera parece muy distante. Remoto en el tiempo y en el espacio.

Apartado del mundo, en el centro de la sombría habitación, don Carlos se empeña en una solitaria partida de ajedrez.

El tablero, regalo de algún monarca persa, es de cristal y en los casilleros hay diminutos guerreros, minúsculas torres y caballos en miniatura.

Inclinado sobre las piezas que ya casi no distingues, recuerdas otros tiempos cuando entretenías tus ratos de ocio librando encarnizadas batallas, sobre el tablero, con reyes tan poderosos como tú.

Eras invencible entonces. Nadie movía las piezas con más astucia. Te apasionaba el juego. Saboreabas cada movimiento que te conduciría a la victoria final. Te divertía ver la cara de asombro de tu competidor. Te halagaban las exclamaciones y los aplausos de quienes seguían durante horas el juego. Y aguardabas ansioso el momento de estrechar con fingida modestia la mano del derrotado.

Ahora es distinto. Casi no ves las piezas y tienes que pegar tu nariz al tablero para poder contemplar las figuras diminutas, encerradas en sus casilleros. Además te aburre jugar solo. Sin competidor ni observadores. Cambiando trabajosamente de sillón para pensar jugadas que sabes de memoria. Que nadie va a aplaudir. Para alzarte con una victoria que es derrota a la vez. Que no es nada y que te da lo mismo.

Tu solitario pasatiempo termina siempre igual. Barres con una mano las piezas y golpeas, ya sin fuerzas, el tablero con la otra.

Entonces te quedas mirando el terso cristal en el que se refleja tu rostro cansado, y luego te inclinas, pegas los ojos al tablero y miras las minúsculas figuras.

Hay guerreros caídos, torres inclinadas y caballos al revés. Mañana tu ayudante de cámara volverá a poner cada uno en su lugar. Y cuando estés de nuevo harto del juego, volverás a desbaratarlo todo de un golpe.

Pero tu aliento empaña el tablero y tus ojos ya no responden y todo se confunde. Aquel guerrero caído bajo el cristal te recuerda a don Hernando yaciendo en la laguna turquesa. Y aquel otro, volcado sobre la pared del casillero como si quisiera escapar, a Juan Serrano. Y el que se mantiene en pie, a Sebastián. Y ese caballo al revés se te antoja una nave.

Entonces te derrumbas sobre el cristal, ya agotado, y piensas que el ajedrez es un juego tonto y que ya no volverás a jugarlo.

* * *

Sabed, Majestad, que después de Zubu anduvimos varios días errantes, al arbitrio de los vientos y de las corrientes.

Sabed, Alteza, que en aquellas dos aciagas jornadas perdimos muchas vidas y también perdimos la escasa confianza que allí habíamos recuperado y, además, la poca cordura que nos quedaba.

Sepa el Emperador que nos encontrábamos perdidos en un laberinto de islas todas iguales y que se nos antojaban igualmente peligrosas que Zubu.

Sepa don Carlos que fueron días de una tremenda confusión y que aún hoy, tantos años después, me cuesta ordenar los

hechos, y aun saber cuáles ocurrieron fuera de mí y cuáles son meras proyecciones de mi atribulado interior.

Porque, como te digo, fueron días de una terrible confusión. Sebastián estaba al mando de la flota porque Carvajo nunca recuperó la razón y pasaba los días sentado al pie del palo mayor, contemplando con ojos extraviados el cielo o tallando en un trozo de madera otro barco de juguete. Pero Sebastián había surgido de la nada y la muerte de los principales oficiales en la celada de Zubu había dejado, por repentina y brutal, huecos que él no podía llenar. La gente hablaba de los muertos como si estuvieran vivos. Conjugaban mal los verbos y luego se rectificaban con aire atónito, entonces se abría un espacio negro en la frase que se quedaba por la mitad. Se empeñaban en no nombrarlos y construían frases sin sujeto. Pero el predicado, por cauto que fuera y sobre todo el verbo, siempre en condicional, los delataba. Es que necesitábamos tiempo para habituarnos a sus súbitas ausencias y a considerarlas como definitivas. Eso era lo más difícil. Habíamos compartido durante veinte meses el estrecho territorio de las naves. Y el más estrecho del miedo y del hambre. Y el aposento sin ventanas de la incertidumbre. Y el calabozo de la angustia. Y el pozo de la desesperación. Todos juntos en ellos. Y de pronto hay espacios en blanco, como en un cuadro en esbozo. Simples contornos en los que aparece la trama de la tela al desnudo. Pero además ten en cuenta que esos huecos correspondían a los oficiales. A la gente que nos daba las órdenes. A quienes estábamos acostumbrados a obedecer. Y en quienes, a veces y más por necesidad que por convicción, creíamos. El propio Sebastián y algunos oficiales sobrevivientes también eran víctimas de aquella confusión, así que nadie daba órdenes ni tenía claro el paso siguiente ni el rumbo que había que seguir. La flota obedecía a los vientos, y a algún ocasional y desordenado golpe de timón en la Trinidad, que abría la marcha, lo que obligaba a que en las

demás, cualquiera que advirtiera el cambio de rumbo, moviera el timón para seguir a la capitana. Pero eso era todo. Nadie indicaba qué velas emplear. Nadie se cuidaba de la tensión de las jarcias. Ni de leer la aguja imantada, ni de llevar las anotaciones correspondientes, ni de arrojar las sondas o la corredera. Solamente huíamos. Lo más lejos de Zubu posible. No tanto para dejar atrás los peligros como para poner distancia entre nosotros y los terribles acontecimientos que allí habían tenido lugar. Y navegábamos a tientas, sin rumbo y sin control, como quien se pasea por su casa en medio de la noche para olvidar una terrible pesadilla, y anda y anda pues teme que el sueño lo venza y caiga otra vez en las mismas redes. Para aumentar la confusión, el archipiélago por el que nos movíamos parecía ser infinito en cuanto al número de islas, islotes y arrecifes. Todos muy parecidos entre sí. Tanto que bien podríamos estar navegando en círculos sin salir jamás de allí. A nadie se le ocurría usar el astrolabio y no sabíamos si estábamos al norte o al sur. Además, cualquiera de esas islas podía ser el Maluco, pero a nadie se le ocurría buscarlo ni acordarse de él todavía. Pero en el centro de todas aquellas situaciones equívocas que creaban el clima de confusión en el que vivíamos inmersos, estaba la de la muerte y no muerte de don Hernando. En torno a este asunto se dieron las situaciones más absurdas. Sebastián por ejemplo, que, pienso, nunca había creído en la mentira de Juan Serrano, se irritó mucho al comprobar la verdad, pero optó él también por mantenerlo vivo como respaldo. Así que iba y venía a la cámara vacía y se llenaba la boca con frases que le había dicho el capitán y que nadie le creía. Porque ya no tenía sentido seguir guardando el secreto y la noticia corrió como reguero de pólvora. Pero no todos la creyeron, o no la asimilaron. Había muchos que seguían hablando de las heridas del capitán y que, cuando se pusiera bien, todo se iba a arreglar. Esa actitud se propagó como una peste y pronto, aunque todos

sabían que era mentira, seguían fingiendo que don Hernando estaba vivo. Tanto así era, Alteza, que hasta yo mismo terminé por creérmelo y tuve que ir una noche a su cámara para acabar con el engaño. Su presencia en el pequeño recinto parecía más real, más tangible que en los días en que Serrano se empeñaba en hacer creer que estaba vivo. Parecía que los relojes habían vuelto a ser relojes, y los compases, compases, y el astrolabio igual, y los pantuflos debajo de la cama, y hasta la armadura arriba. Ya no eran los objetos que habían sobrevivido a un hombre. Ya no vestigios de una civilización perdida. Era como si ese hombre simplemente hubiera salido y pudiera volver. Esa sensación fue la que me animó. Me senté en la litera junto a la armadura y la contemplé un rato. Después toqué el yelmo con la punta de los dedos. Después acaricié las piezas. No las olí porque pensé que quizás Serrano hubiera dejado su olor en ellas y temía no ser capaz de distinguir el de don Hernando. Pero me probé una. Y luego otra. Y así, poco a poco, vestí la armadura completa. Os confieso que, pese a mi tamaño, no me quedaba demasiado grande. No me puse el yelmo pues temía sofocarme. Tenía la impresión de que podría quedar atrapado en él. Que, si me calaba la visera, el mundo desaparecería a mi alrededor. Que en esa oscuridad como de muerte habría quizás, algo de saliva, aún húmeda, del capitán. Algún cabello o algún pelo de la barba enganchado en una articulación de hierro y todavía vivo. Que algún resto de aliento tibio debía palpitar aún allí. Que el yelmo era una calabaza y su pulpa las ideas y sentimientos de don Hernando, y sus semillas tal vez sus sueños o el germen de otras ideas que no se llegaron a desarrollar, de otros sentimientos o sensaciones que no había llegado a vivir. Tendido en la cama, pensando en esas cosas, la idea me fue tentado poco a poco y sin darme cuenta. Cuando me percaté, traté de rechazarla, pero ya estaba completamente seducido. Supe que iba a ceder a la compulsión y a toda prisa me quité la armadura y huí de la

cabina. Corrí por la cubierta, me tropecé con Carvajo que estaba, como siempre, sentado al pie del palo mayor, y me precipité en el castillo de proa sin mirar para atrás.

Sepa Vuestra Alteza Imperial que la situación que describo líneas arriba solo duró unos días, aunque no puedo precisar cuántos, y que luego cambió.

Sepa que Sebastián, justo es decirlo, fue poco a poco ganando terreno sobre los muertos y haciéndose dueño de la flota.

En esto fue decisivo el arrojado que puso en tomar una resolución para todos dolorosa. Al salir de Zubu iba tan menguada la tripulación de la escuadra que no había hombres suficientes para navegar las tres naves. A medida que pasaban los días se iba haciendo evidente que sobraba una, pero nadie tenía el valor de decirlo y ni siquiera de admitirlo para sus adentros. Es que las naves eran el único vínculo posible que nos unía a España. Eran el cordón umbilical que nos mantenía unidos a aquella placenta. Cortarlo hubiera sido como renunciar para siempre al mundo al que pertenecíamos. Y abrir finalmente los ojos a este otro, frío, ajeno, distante. Las naves eran nuestra puerta de regreso. Eran animales españoles. Habían nacido en nuestra misma tierra. Habían dejado allá sus raíces al sol, como nosotros. Las habían arrancado de la tierra y arrojado al mar, como a nosotros. Habían resistido cuando nosotros habíamos flaqueado. Y aunque estaban tan maltrechas como nosotros, eran mejores y más importantes que nosotros. Además, ya habíamos perdido dos. Así que nadie podía pensar en deshacerse de otra. Nadie. Pero Sebastián, sí. Dijo que sobraba una y que era preferible tener solo dos bien abastecidas de gente y de las otras cosas. Entonces estalló la discusión. El primer día todos se opusieron a una idea que juzgaban no solo descabellada, sino además, brutal. Se levantó un clamor de desaprobación que corrió de nave en nave y duró hasta muy entrada la noche. Pero la semilla había quedado plantada. Dos o

tres días más tarde, como si nada hubiera ocurrido, Sebastián dijo que había que ponerse de acuerdo en qué nave abandonaríamos. El alboroto fue esta vez entre partidarios de una u otra. Hubo agrias discusiones y también peleas a puño. No hubo acuerdo, pero la semilla germinaba y crecía. Pocos días después se reunieron los oficiales que quedaban, con Sebastián. Cada uno dio un informe sobre su nave, pero no fueron imparciales. La sesión se disolvió sin que se hubiera adoptado una resolución. Finalmente, Sebastián dio a Francisco de Albo, piloto mayor, su sentencia.

Conservaría la Victoria porque era la más ágil. Mantendría la Trinidad, porque al fin y al cabo era la nave capitana. Pero quemaría la Concepción.

—¿Quemarla? —preguntó Albo.

—Encárgate de escoger lo que nos pueda ser útil y que lo transporten a las otras dos. Y distribuye la gente donde sea más necesaria —fue la lacónica respuesta del otro.

—¿No podríamos salvarla? —insistió Albo quien decía no estar de acuerdo con Sebastián.

—Cuando la veas te convencerás —repuso aquél.

Sepa Su Majestad que Juanillo se sumó, en calidad de curioso al reducido grupo de expertos que fue con Albo a examinar la nave.

Sepa que íbamos en el esquife, hablando de lo que se podría hacer y mirando a lo lejos el navío con ojos de: aquí no pasa nada.

Y sepa que no habíamos dado una vuelta completa en torno al casco, cuando todos enmudecimos.

Aquello no era un casco. Era una roca. Un promontorio invertido, emergiendo del mar. El roble, de tanto absorber la sal de los mares, se había petrificado. No se distinguía ni la unión entre los maderos, ni los tarugos, ni las cuñas, ni los clavos de bronce.

El viejo casco era el soporte de un extraño mundo de algas y pequeños animales que se habían adherido a él durante la travesía. Había grandes balanos, rosados como la mejilla de una niña, pero invulnerables cual guerreros, dentro de su coraza. Había también de los que se fijan al caparazón de las tortugas y de los que se encuentran sobre la piel de las ballenas. Había inocentes lapas, tienen forma de sombrerito, y son las más difíciles de despegar en la carena. Había percebes, aferrados al casco como un cruzado a su fe. Y los había blancos o negros, como las piezas de ajedrez. Había pequeños cangrejos. Había tantas estrellas como no las hay en el cielo de Bustillo. Y había por supuesto de esos gusanos que llaman broma de la madera porque practican en ella profundas y laberínticas galerías. Mientras arriba la nave se aturde de viento, bajo el agua, por esas secretas galerías, avanza minuciosa la muerte. Pero lo que más había eran algas. Algas verdes y pardas. Pequeñas y rizadas como lechugas recién nacidas. Hirsutas como barbas. Carnosas y oscuras. Grandes y ondulantes, insinuando su sombra sobre la arena del fondo. Poniendo una nota tenebrosa al conjunto.

La Concepción estaba escorada y aquel recóndito y singular mundo marino, se extendía sobre el casco que le servía de asiento, prolongándose hacia el lado en que este se inclinaba; sin más frontera que la línea de flotación.

Sepa Vuestra Alteza que nadie dijo nada y, en silencio, subimos a bordo.

Era difícil desplazarse en aquel plano inclinado, pero los tripulantes de la nave, sin duda acostumbrados, se movían por él con sorprendente naturalidad.

Cuando pudimos sostenernos sobre nuestros pies, contemplamos aquel extravagante escenario.

El follaje crecía por doquier. Las enredaderas en flor asomaban por las escotillas. Invadían las cubiertas. Trepaban por los

palos y se extendían por las vergas. Tapizaban el castillo de popa y buscaban el abrigo de las troneras.

En medio de aquella maraña vegetal, las jarcias pendían flácidas, semejantes a esos bejucos que crecen por doquier en la selva. Los hierros y los bronces desaparecían bajo una costra verdosa. Y las velas, perdidas para siempre su blancura, estaban infestadas de hongos.

Todo el conjunto tenía el aspecto de un parque abandonado en el que solo faltaba la fuente muda y la estatua rota.

¿Cómo pudo suceder?, me preguntaba en silencio. Yo mismo había sido testigo de la orden de don Hernando cuando, en la bahía de Santa Lucía, había hecho arrojar al mar las plantas que amenazaban con arrebatarle la nave.

Yo mismo había visto relumbrar las naranjas bajo el agua. Encendidas por la suave luz del atardecer, parecían más maduras, aunque ya estaban muertas. Los limones, en cambio, eran más pálidos sobre la arena del fondo. Pero las aceitunas brillaban como rubíes engarzados en las ramas grises de los olivos, erguidos en sus barricas bajo el casco.

De modo que cuanto estaba ocurriendo no podía guardar relación con aquel huerto flotante que una vez fuera la nave de Gaspar de Quesada.

Además, ya no era el aroma de un patio de Sevilla lo que mi judía nariz percibía. Era una fragancia menos sutil y más penetrante la que embalsamaba la quieta atmósfera de las cubiertas.

Entonces vi los pájaros de las islas, entrando y saliendo de las bodegas a través de las escotillas. Vi los insectos arremolinándose en las troneras y vi las abejas construyendo sus panales en la boca de los cañones. Sentí crecer el zumbido y los aleteos en los paños vacíos. Y me acordé de la tierra de Oporto.

La tierra que el capitán había mandado conservar, esparcida por los pájaros, fecundada con las semillas que contenían sus propios excrementos, y con el clima húmedo de aquellas islas, y con el sol que las hacía germinar, y con el polen de extrañas flores que los insectos traían en sus patas, era la causa de aquel milagro.

La Concepción había reverdecido. Había recuperado su condición vegetal. Era un extraño y fragante vegetal. Que obedecía a otras leyes. Que ya no se sometería a la nuestra.

Sin embargo no tuve una idea cabal de lo que estaba ocurriendo hasta que bajamos a inspeccionar las bodegas.

Reinaba allí el más completo desorden. Los toneles vacíos habían roto sus amarras y flotaban o rodaban a su antojo causando estragos. Uno de ellos se había incrustado en el pañol donde se almacenaban los espejos y otras chucherías, haciendo añicos la mayoría. Había compartimentos donde el agua de mar nos llegaba a la cintura. La bodega entera olía a algas podridas y a orines que subían de la sentina. Pero la vida bullía en aquella sórdida penumbra. Los pájaros anidaban sobre los espejos rotos y entre las cuentas de colores. Revoloteaban entre las vigas. Se apareaban sobre los toneles caídos. Y picoteaban por todos los rincones, buscando viejas semillas. Semillas perdidas que habían escapado a las hambrunas. De cuando en Sevilla cargaran las naves. Que habían caído de algún saco roto. O llegado adheridas al barro de las suelas de algún calafate. Antiguas y preciosas semillas que luego irían a esparcir por las islas.

¿Que cómo no habíamos notado antes toda esa transformación?

Tú sabes cómo es el hombre, Alteza, que mira sin ver; sobre todo si pone amor en ello. Y si no, fíjate en mi caso. Yo siempre tuve a mi madre por lo más guapo que había en Bustillo y no me

percaté de lo fea que era hasta que la vi muerta. La fuerza de la costumbre, que le dicen, don Carlos. Estoy seguro de que a ti te pasó lo mismo con la reina. O que fuiste el más sorprendido de todos cuando viste a Felipe convertido en un rey de verdad. Apuesto a que hasta ese momento, le veías como a un niño. Y que aún hoy te cuesta imaginártelo de otra manera.

Pues lo mismo nos pasó a nosotros con la Concepción. Solo Sebastián, que era un hombre frío, pudo verla como era. Y para que ya no dudáramos, mandó quemarla.

La nave que había sido de Gaspar de Quesada primero y de Juan Serrano después. La que había llevado en su seno la bucólica de don Hernando con sus vacas y sus gallinas y sus naranjas y sus berenjenas. La que había servido de prisión y escondite para las vírgenes. La que conservaba en un pañol a proa, un poco de la tierra con la que el capitán quería que cubrieran sus huesos. La Concepción, Alteza, con su bonito nombre, iba a ser quemada. Como una bruja o un hereje. Por una serie de razones prácticas. Y porque se había rebelado a la voluntad de sus constructores para plegarse a la de otras fuerzas, con esas docilidad que solo tiene la madera.

El día escogido fue de duelo para todos. Sebastián señaló un arrecife en el que la hicieron encallar y luego, sin desguazarla siquiera, tal como era, tal como estaba, le prendió fuego.

Al principio creímos que iba a resistir, pero luego vimos surgir las llamas por las escotillas y apoderarse de las velas.

La Concepción ardía como un gran fuego de artificio. Se consumían las velas y caían en jirones encendidos. El fuego corría por las vergas dibujando la arboladura y subía voraz por los palos. El castillo de popa era una masa incandescente y el de proa se había desplomado propagando el incendio por la cubierta. Era la

hora de la virazón y el viento, que tantas veces había hinchado sus velas, que era su razón de ser, avivaba la hoguera.

Un rato después, el fuego consumía el casco. Convertía en brasa los maderos y corría como pólvora encendida por las secretas galerías de la carcoma. Un humo negro y espeso que olía al alquitrán con que Sebastián había iniciado el incendio, pero que también exhalaba aromas ocultos en la madera: fragancias de antiguos bosques, de lejanos puertos, aromas salinos y un vago olor a azahares, envolvía la nave y subía al cielo oscureciendo el sol.

Entonces ya no pude más. Miré a mi alrededor y solo vi hombres mudos, contemplando el espectáculo con lágrimas en los ojos. Y corrí a refugiarme en la cámara del capitán.

Me tiré en la litera y cerré los ojos para no ver el resplandor rojizo de las llamas. Pero el crepitar del fuego crecía en la oscuridad. Se hacía ensordecedor. No podía tolerarlo.

De pronto aquella idea volvió a mi mente. Esta vez no me resistí. Tomé el yelmo de don Hernando, me lo puse y calé la visera.

Al principio fue la negrura total. Tenía miedo, y el corazón me golpeaba con fuerza en el pecho y multiplicaba sus latidos en las venas del cuello. Me costaba respirar dentro de aquellos hierros. Me sofocaba. Estaba seguro de ahogarme y morir. Pero un instante después, mis ojos comenzaron a habituarse. A través de las ranuras de la visera veía fragmentos de la cámara, bañados por aquella luz rojiza. Veía la mesa y la ventana en franjas. Veía medio reloj, la punta de un compás, el borde de un astrolabio. Y si movía con cuidado la cabeza, veía la otra mitad, la madera labrada que precedía a la punta, medio disco de latón. De esa forma fui, poco a poco, reconstruyendo todos los objetos; aun los que tenía más cerca, que eran los más fragmentados por las barras protectoras de la visera. Reconocer la cámara me calmó un poco. Recuperé el control sobre mi respiración y el miedo fue cediendo. Al menos, no iba a morir sofocado dentro del yelmo. Entonces

comencé a explorarlo con mis cinco sentidos. Por fuera era como la cabeza de un grifo y mis manos rechazaron el roce frío del metal. Pero por dentro era tibio. Mi nariz percibía el aroma neutro, como de agua fría, del hierro; y eso me desconcertaba. Muchas veces había atribuido aquel olor a don Hernando. Pero ¿a qué olía él en realidad? El sabor, en cambio, era acre y pegajoso. Como el de cualquier trozo de hierro.

Ahora ya no tenía dudas: don Hernando no estaba allí.

Así que, con el yelmo puesto, me tendí en la litera y cerré los ojos.

«¿Quieres que te hable de ellos?», dije. Nadie me respondió pero yo seguí reproduciendo uno de aquellos diálogos que solíamos tener, hasta que me asaltó una visión.

Vi a una mujer vestida de luto y que en nada se parecía a la Beatriz que yo había imaginado para él. Estaba desgredada y tenía en la mirada una extraña fijeza. Como la de los locos. Estaba en una inmensa sala desnuda. Una sala demasiado grande y demasiado desolada para tratarse de una casa. Estaba sentada en el centro de aquella enorme perspectiva y se balanceaba como acunando una criatura invisible. De cuando en cuando, un niño como de tres o cuatro años atravesaba aquella perspectiva. Jugaba tal vez, pero en todo caso, era un juego triste el suyo, desganado.

De pronto se abrió una puerta. Un haz de luz rectangular se proyectó sobre el piso, que, ahora lo descubría, era de baldosas blancas y negras; como un tablero de ajedrez. Sobre aquel rectángulo de luz que parecía agigantar la perspectiva, se dibujó la silueta oscura de un soldado. El niño corrió desde el fondo y tardó mucho en llegar hasta la puerta. Entonces la sombra le alcanzó una escudilla. El niño se la arrebató con gesto rápido y atravesando la enorme sala, fue a refugiarse en un rincón. La silueta avanzó hacia la mujer en un trayecto interminable y colocó con cuidado, junto a la mujer, otra escudilla y una jarra. Ella sin mirarlo dijo:

—¿Ha regresado la flota?

La sombra no contestó. Pero se quedó inmóvil, de pie junto a la mujer.

—¿Aún no hay noticias de la expedición al Maluco? —preguntó otra vez, ahora en un tono más cortés.

El soldado no contestó pero, inclinándose, le tocó los cabellos grises con un gesto breve.

—Cuando regrese mi esposo le diré que habéis sido muy bueno con nosotros. Es un hombre muy importante y muy rico, él sabrá recompensaros —dijo sin mirarlo.

—Debería comer —dijo la sombra.

—¿Habéis oído hablar del Maluco? —replicó ella.

Él hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Ella, con los ojos fijos, no lo percibió. Agregó:

—El Maluco es... —pero no terminó la frase.

—Debería comer —insistió el soldado—. Aunque sea por el crío —agregó mirando los brazos vacíos de la mujer.

Ella levantó los ojos y miró a la sombra por primera vez. Le sonrió.

—Ya tiene casi dos años —dijo— Come cualquier cosa.

—¿Necesita algo más? —preguntó él.

Hubo una larga pausa y cuando aquella figura de pie comenzaba a retroceder, ella dijo:

—Lo de siempre. Que me aviséis cuando llegue la flota. Tendré que arreglarme. No puedo ir al puerto así. Estará Su Alteza y toda la corte.

La oscura figura continuó retrocediendo hacia la puerta. Se detuvo un instante en el haz de luz rectangular que iluminaba el piso y echó una última mirada a la mujer que había vuelto a mecerse.

—Ya verás cuando tu padre regrese... —decía mirando al niño que había corrido desde el fondo y estaba comiendo de la escudilla de la mujer.

La sombra desapareció y cerró tras de sí la pesada puerta, cortando la frase. Solo se oyó el ruido de los cerrojos y la enorme perspectiva volvió a ser tan silenciosa y desolada como al principio de la visión. Solo que ahora no había nadie dentro.

—Hay una plaza de Sevilla y una mujer que camina llevando un niño en brazos y otro de la mano. Un perro ladra en una esquina y el mayorcito se aferra asustado a la falda de su madre que sonrío y.

Pero era inútil. No tenía ningún motivo para mentir porque nadie me escuchaba. Entonces vino otra vez a mi mente la idea aquella de la calabaza con sus semillas y me quité el yelmo.

Cuando salí a cubierta el sol se había puesto y la Concepción era una fragua ardiente sobre el arrecife.

* * *

Aunque el episodio que acabo de narraros fue una sacudida que templó en algo nuestros ánimos y afirmó la autoridad del nuevo capitán general, su efecto no fue muy duradero.

La Trinidad y la Victoria seguían perdidas en aquel laberinto de islas, todas iguales entre sí.

En cada una de ellas bajaba un pequeño pelotón, fuertemente armado. Siempre igual. Nunca se oían voces, solo el estampido de los arcabuces. Nunca traían noticias del Maluco, solo las manos tintas en sangre. Siempre igual.

Al principio se las lavaban antes de regresar a las naves, pero era inútil, porque quedaban huellas en los remos o en la borda del esquife.

Después ya no se preocupaban y andaban con sangre seca debajo de las uñas o entre los pelos de los brazos.

En general traían la boca muda y los ojos raros, así que nadie les preguntaba nada. A veces no volvían todos, pero nadie nombraba al ausente; solo se le sustituía.

Lo que nunca traían era noticias del Maluco.

Así que los espacios que habían dejado los muertos empezaban a notarse otra vez; en especial los de los capitanes. En aquellos pozos sin fondo naufragaba a cada rato la autoridad de Sebastián. Él se esforzaba por llenar todos los huecos, pero en vano. Aquellos espectros estaban por todos lados y el tiempo, el peor enemigo de Sebastián, corría a su favor.

Poco a poco, a lo largo de varias semanas, se fue instalando en el alma de cada uno la sensación de que el viaje había tocado a su fin.

No nos extrañó, pues, que una mañana, al cabo de muchos meses de andar errantes, los del pelotón regresaran con las manos limpias y sin que se hubieran oído descargas de arcabuz, diciendo que estábamos en Castilla.

Después de todo, don Hernando siempre había dicho que el mundo era redondo y que navegando hacia el oeste, regresaríamos al mismo punto del que habíamos partido.

—Pero ¿cómo sabéis que estamos en Castilla? —preguntaba Sebastián, pasándose con gesto nervioso la mano por los cabellos, antes rojizos.

Y los del pelotón, siempre tan mudos, hablaban todos a la vez y no se les entendía bien.

Ellos llegan a la playa y casi enseguida aparece aquel grupo. Eran como moros. Entonces, como siempre, les dan la voz de alto. Eran más parecidos a los de las islas que a moros de verdad. Y se muestran muy amistosos. Y ellos: que cómo se llama esta tierra. Que era lo que preguntaban siempre, por ver si se trataba

del Maluco. Además había un niño como de diez años. Ese sí con la piel como la de cualquiera de nosotros. La tierra se llamaba Castilla. El niño, Serrano, y traía una carta para don Hernando. La tenía envuelta en una gamuza.

—En estos tiempos es tan intenso el tráfico a las Indias que bien podría tratarse de gente traída por algún navegante para exponer a la curiosidad de los europeos —decía Pigafeta con su aire doctoral.

Pero nadie le escuchaba pues todos estaban pendientes de las palabras de los del pelotón que habían quedado flotando en el silencio, como dura la fragancia del jazmín después que el jazmín se ha marchitado.

Todos mirábamos hacia la costa que, al principio, no se parecía en nada a la de España pero que a medida que repasábamos mentalmente algunas palabras, se asemejaba más y más.

Entonces cree uno reconocer el lugar, muy cercano a su pueblo. Y asegura el otro que aquello que asoma a lo lejos es el campanario del suyo. Y recuerda un tercero cuando pescaba con su tío, encaramado a esas mismas rocas. Y está el de más allá preocupado por su aspecto. Y aquél ensayando en silencio una sonrisa que no le sale. Y el otro preguntándose qué dirá. Y todos muy compuestos y medidos, como esperando una señal. Mirando la costa y mirando a Sebastián que es quien debe darla pero parece indeciso, confundido.

Hay una pausa, larga como todo el viaje y, al final, la voz de Sebastián que dice sin énfasis alguno:

—Hemos llegado a casa.

Entonces estalla el alboroto. Hay gente abrazándose y danzando. Hay gente llorando. Hay gente muda de asombro. Y hay otros bajando a toda prisa las chalupas. Y están los lombarderos preparando la artillería para anunciar al mundo que aquí estamos.

Ahora dime, Alteza, ¿puedes imaginar acaso lo que sentíamos en aquel momento?

No, don Carlos, la verdad es que no puedes. Porque, para empezar, tu casa es el mundo entero; y esto lo digo con pena, pues es como no tener casa. Para ti todas las ciudades son iguales, porque siempre las ves engalanadas con guirnaldas y arcos de triunfo y dioses romanos. Y también sus habitantes, agitando banderas y dando vivas al rey con su mejor cara de fiesta hasta que pasa el cortejo. Entonces cada cual vuelve a su rutina de siempre. A sus cacerolas vacías, a sus disputas domésticas, al niño que llora, o al gato que le aguarda amodorrado junto al fuego. Y está contento de estar allí porque, pobre y todo, ese es su lugar bajo el cielo, y le basta cerrar la puerta y dejar la intemperie afuera para sentirse mejor; más dueño de sí.

En cambio a ti, Alteza, al final de la larga perspectiva de guirnaldas de papel y arcos de triunfo de cartón, te aguarda un palacio vacío. Un palacio igual a todos los palacios. Con demasiadas ventanas. Con pasillos interminables. Con puertas siempre cerradas, detrás de las que no hay nada. La gente alaba la magnificencia exterior, pero tú odias esas laberínticas construcciones en las que, desde niño, sientes terror de perderte para siempre.

Por eso es que no puedes imaginar lo que sentimos cuando Sebastián dice sin énfasis: «Hemos llegado a casa».

Y tampoco la emoción que nos embarga a medida que nos acercamos a la playa. Ni la sensación de firmeza que nos da el pisar esa tierra y no otra. Ni la decepción que, cual lento veneno, comienza a hacer su efecto embotando las mentes. Porque a Sebastián le están explicando, en un mal español, que el rey nos espera desde hacía años y que, en nuestro honor, había cambiado el nombre de su isla, dándole el de Castilla. Hablaban un mal español y sería por eso que al principio no entendíamos. Y que algunos se alejaban distraídos y otros lloraban a escondidas. O

sería que no querían escuchar las preguntas que Sebastián hacía. Ni las respuestas que le daban. Que sabían de nuestra llegada por un tal Francisco Serrano, un portugués amigo de nuestro capitán don Hernando. Nueve años vivió allí, sirviendo al rey de Ternate. Dirigiendo sus ejércitos y su comercio. Él sabía de nuestro arribo porque así lo había combinado con nuestro capitán general. Hacía muchos años de eso. Habían naufragado juntos, después de someter al sultán de Malaca. Iban en busca del clavo cuando la nave se les hundió. Don Hernando le había salvado la vida. Y había prometido conseguir dineros para armar una escuadra y volver. Pero habíamos llegado tarde porque Serrano había muerto unos meses atrás. Había dejado dos hijos, una niña del color de la gente de la isla, y un varón que era del de su padre. Serrano les había enseñado el español cuando se enteró que veníamos con bandera de Castilla. El niño tenía nueve años. Y también una carta para el capitán general.

Mientras ellos daban sus explicaciones, la gente se iba dispersando por el lugar, con aire ausente. Unos caminaban por la playa. Otros lo hacían en círculos. Algunos se asomaban a los senderos de la selva. Marcos de Bayas, barbero de la Trinidad, se internó en el mar, diciendo: ¿qué hace un barbero aquí?; y nunca más volvió.

Poco a poco, Sebastián iba quedando a solas con el niño. Se esforzaba en explicarle que don Hernando había muerto, al igual que su padre, y que él era el nuevo capitán general; así que le entregara la carta, por favor. Y el niño le enseñaba un envoltorio de gamuza y se negaba a dárselo.

Cansado de oír siempre lo mismo, porque todas aquellas palabras que se decían tenían un solo significado: que no estábamos en casa, yo también me alejé. Anduve un poco por aquí y por allá, sin saber adónde dirigir mis pasos, y luego me puse a examinar un gran árbol que se destacaba del resto de la vegetación. Su tronco

era del grueso de un hombre y la copa formaba una especie de pirámide. La corteza era de color aceitunado y las hojas parecidas a las del laurel. Pero lo que me llamó la atención fue que las ramas más jóvenes terminaban en una suerte de clavos, de color rojizo algunos y negros los demás.

Entonces cogí uno de aquellos clavos y me lo llevé a la boca. Tenía un sabor tan fuerte que al masticarlo se me adormecía la lengua. Y arranqué un puñado y los olí.

Era un clavero, Alteza. Era el árbol del clavo y, hasta donde alcanzaba mi vista, la isla estaba llena de ellos.

No podía creerlo, pero junto a mí estaba Joan de Acurio, con sus manos grandes y tibias como palomas, llenas de clavos de olor. Tenía una expresión de desconcierto en el rostro y un gesto como de no saber qué hacer con ellos, en las manos.

Entonces me volví hacia Sebastián.

—Pregúntales cómo se llama la isla —grité.

—Maluco —contestó el niño— Mi padre la llamaba Maluco.

* * *

Ahora don Carlos se sobresalta. Alguien le habla, pero él se ha quedado dormido sobre el tablero de ajedrez y emerge lentamente de entre las brumas del sueño. Con la frente apoyada en los brazos, abre los ojos y se queda inmóvil. A través del cristal empañado, casi no se ven las diminutas figuras, prisioneras en sus casillas. Pero don Carlos sabe que están allí. Que hay guerreros caídos, torres inclinadas y caballos al revés. Y que mañana su ayudante de cámara volverá a ponerlas en pie.

Entonces hace un esfuerzo por levantar la cabeza. Pero siente que la baba le corre por la barbilla y le da vergüenza; así que permanece en la misma posición.

Sabe que el camarlengo está a su lado y que rígido como una cariatíde, sostiene en sus manos la pesada bandeja de plata. Puede percibir el olor a sudor rancio que exhala el traje de terciopelo del criado, pero es incapaz de saber lo que contiene la bandeja humeante. En otros tiempos Su Alteza rastreaba, con el olfato de un perro de caza, cada aroma; combinando en su imaginación los distintos sabores sin equivocarse jamás de plato. Solo él, en toda la corte, era capaz de percibir el perfume sutil de la nuez moscada. De identificar el del jengibre. De distinguir la pimienta blanca de la negra y discutir la receta sin haber probado el plato. Cualquiera podía decir si contenía canela, pero solo él acertaba la proporción exacta. Y lo mismo con el anís, el comino, el agraz, el almizcle, el sándalo con que perfumaba el vino blanco, y hasta el ámbar molido. De todas las especias, la que le gustaba menos era el clavo de olor. Le empalagaba su aroma y encontraba su sabor algo vulgar y demasiado dominante. Despreciaba los platos con clavo y los cocineros se guardaban muy bien de incluirlo en sus recetas. Pero eso era antes. Ahora ya no le hacen caso. Y si protesta y arroja el plato al suelo, lo tratan con aire condescendiente; como se trata a un niño malcriado.

Don Carlos levanta la cabeza ya ofuscado y, con un gesto que quiere ser majestuoso pero que resulta pueril, indica que le dejen la bandeja sobre el tablero.

El camarlengo obedece. Deja la bandeja y sin más le anuda una gran servilleta al cuello, Entonces se retira sin decir palabra.

El rey con manos temblorosas descubre una fuente de loza con forma de pescado, en la que humea un rodaballo dorado al ajo, y aderezado con pimienta y anís. Antes era de sus comidas preferidas, pero ahora le repugna. Prefiere los postres. Sus ojos sin brillo se encienden un instante al ver el rojo subido de una pequeña tarta de cerezas. Pero el destello de alegría se transforma en ira. Un grueso festón de clavos de olor adorna la tarta y,

para colmo, han puesto un negro puñado en el centro. Las cerezas frescas, infestadas con el hedor empalagoso y dominante del clavo, es más de lo que el Monarca puede soportar. Así que el viejo rey empuja con las manos deformadas por la gota la pesada bandeja hasta que llega al borde del tablero y cae con estrépito sobre la alfombra. Luego contempla un rato su obra. La fuente de loza se ha roto. Hay cerezas esparcidas por doquier y los ridículos bastoncitos de clavo llegan hasta el pie de bronce del enorme globo terráqueo. Ufano de su obra, don Carlos hace sonar la campanilla. Pero nadie acude. El órgano ha vuelto a sonar en la iglesia contigua a la recámara. Será que no se oye, piensa. Y luego se queda en blanco. Quiere concentrar su mente en algo, pero no puede. Quisiera dormir, pero no tiene sueño. Ahora dormita a ratos y a cualquier hora, y pasa las noches en vela. Son largas y vacías sus noches. Vuelve a fijar la turbia mirada sobre la bandeja caída. Recorre los restos sobre la alfombra y se detiene en un puñado de clavos de olor mezclados con una masa informe de cerezas. Entonces recuerda la crónica de Juanillo. Hace un esfuerzo por evocar lo que ha leído a la mañana, pero todo le resulta borroso, como un paisaje visto a través de un cristal sucio; como los guerreros en sus casillas, bajo el tablero empañado. No obstante, no se da por vencido. Sabe que el recuerdo de mis páginas es cuanto tiene a mano para atravesar la noche. Podría acudir directamente a ellas, pero están en el otro extremo de esa habitación que cada día se le antoja más grande, y no se siente con fuerzas para llegar hasta allá. Además, esa larga travesía apoyándose con ambas manos en el bastón, le da miedo. Tendrá que volver a pasar junto a los retratos y no podrá evitar detenerse ni preguntarse por qué el Tiziano los hizo tan desmesuradamente grandes. Tendrá que apoyarse en el órgano portátil que llevó a tantas campañas; campañas cuyos nombres y fechas ya no recuerda. Tendrá que inclinarse un instante ante el Cristo de marfil y después, para

incorporarse, tendrá que aferrarse a los cortinajes de terciopelo negro sobre los que cuelga. Además va a ensuciarse los pies y el vuelo del hábito con los restos de la bandeja. Así que prefiere quedarse ante el tablero y evocar mi crónica. No puede recordar mis palabras, pero quizás pueda recuperar algunos hechos o revivir alguna sensación. Recuerda que al salir del Maluco y a causa de la gran carga que llevaba, se abre una importante vía de agua en la Trinidad. Recuerda que aquellos tontos, en el afán de salvarla, arrojan al agua buena parte del cargamento. Del precioso cargamento. Y que otra parte la malgastan cambiándola por comida, de la que ya iban muy escasos. Especies por comida, los muy tontos, se dice. Recuerda que dejamos la Trinidad abandonada y que Juanillo no quería hacerlo y se refugió en la cámara. Recuerda que quería llevarse la armadura del capitán y que no se lo permitieron por el mucho peso que tenía. No recuerda ahora cómo se llamaba el capitán, pero tal vez más tarde le venga a la mente. Recuerda sí, que Juanillo se puso el yelmo otra vez, pero fueron vanos todos sus esfuerzos por evocar, como decía que hacía, a la mujer y al hijo de aquel capitán suyo. Recuerda que navegamos aguas portuguesas porque la nave no estaba en condiciones de hacer la misma ruta de ida, y considera eso una gran imprudencia. Recuerda que llevaban pocos víveres para dejar más lugar a las especias, y que el hambre les mató a más de veinte. Recuerda que íbamos tan desmoralizados que. Pero no puede pasar del que. De pronto ya no recuerda más. La mente vuelve a quedarle en blanco. Agobiado, apoya la frente en el tablero y siente la fría caricia del cristal en la piel. Sus ojos hurgan en vano en las casillas. Sabe que allí están los guerreros caídos, las torres inclinadas, los caballos al revés. Pero no puede distinguirlos. El aroma del clavo satura la estancia y le provoca náuseas. La música del órgano, horror. Con dedos temblorosos agita la campanilla y aguarda. Pero nadie acude. Entonces se decide. Va a emprender la travesía. Cruzará la negra

habitación. Se sentará en su mesa de trabajo. Tomará en sus manos mi crónica y ya no la dejará hasta el final.

* * *

Juanillo va en la cofa del palo mayor, como un pajarraco en su nido, cuando divisa a lo lejos un promontorio azulado que se distingue de la línea monótona del horizonte.

Al principio no le da importancia. Él no está allí como vigía. Hace tiempo que nadie cumple esa función. Está allí para alejarse de la miseria que reina en cubierta. Desde ese alto punto, los hombres que deambulan como sombras por la nave, parecen muñecos en un retablo.

Juanillo se entretiene pensando que la cubierta es un teatro en el que un puñado de actores ensayan sus papeles, antes del espectáculo. Y se admira de lo bien que simulan tener miedo algunos, hambre otros, desesperanza todos. Y observa sus disfraces. La mayoría lleva varias prendas, una encima de la otra e igualmente raídas. Y algunos hasta se ponen encima de sus andrajos un peto abollado y verduoso para acentuar su aspecto ruin. También han compuesto sus rostros de un modo admirable. La compañía entera los lleva pintados de un blanco opaco, casi gris. Y ojeras violáceas que acentúan las órbitas de los ojos, dándoles un aspecto cadavérico. Pero no es solo el aspecto de esos comediantes, logrado con afeites y disfraces, lo que hace convincente su actuación. Como buenos actores que son, cuidan mucho los gestos. Son verdaderos maestros en el arte de insinuar tristeza, indiferencia, miedo o confusión. Y van por el tablado ensayando y repitiendo esos gestos una y otra vez, porque la pieza es muda, no tiene diálogos.

Entregado a esos juegos de la mente en el punto más alto de la nave, Juanillo no vuelve a prestar atención al promontorio hasta que están mucho más cerca.

Entonces cree que sus ojos lo engañan o que su mente le traiciona, y trata de pensar en otra cosa. Pero la imagen todavía borrosa del promontorio vuelve a asaltarlo una y otra vez. Finalmente se pone de pie. Es difícil mantenerse erguido en la cofa ya que la nave va escorada, pero se aferra al mástil y contempla largo rato el peñón. Al atardecer se han acercado tanto que no tiene dudas: es el peñón de Gibraltar dibujándose a lo lejos como una madre que espera a sus hijos en la puerta de su casa.

Así que se pone a gritar y señalar a babor. Pero nadie presta atención a sus gritos. Nadie hace caso de sus señales. Nadie parece notar aquella enorme masa pétreica que crece y se agiganta a medida que pasa el tiempo.

Juanillo baja deprisa a cubierta y al primero que encuentra le dice:

—¡Es el peñón de Gibraltar!

Pero Juan de Santander, grumete de la Santiago, sigue jugando con una cuerda sin mirarlo siquiera.

Entonces corre por la crujía y se topa con Miguel de Rodas.

—Maestro, el peñón —dice—. ¡El peñón de Gibraltar!

—Déjate de juegos —contesta el otro— Mira que no estamos para bufonadas.

Juanillo insiste. Pero él se aleja murmurando. Así que busca a Sebastián. Está acodado en la banda de babor, observando el peñón.

—Ahora sí hemos llegado —dice Juanillo.

Sebastián le mira con cara de no comprender.

—Es Gibraltar, ¿verdad? —pregunta Juanillo.

Es parecido, sí —replica Sebastián con gesto amable.

—Qué parecido ni parecido, es el peñón —insiste Juanillo.

—Quisiera que lo fuera tanto como tú —dice Sebastián dedicándole una sonrisa afable.

Juanillo siente deseos de insultarlo, de exasperarlo y sacarlo de sus casillas para borrar esa estúpida sonrisa, pero lo observa un instante y se contiene. Sebastián ya no es el mismo. Ha envejecido años en estos últimos meses. Está casi calvo y tiene las mejillas hundidas a causa de la falta de dientes.

Con la misma sonrisa afable, Sebastián le explica que no puede ser Gibraltar pues las cartas e instrumentos indican que no lo es. Admite, sí, que es muy parecido, pero ha pasado decenas de veces junto al peñón y sería el primero en reconocerlo.

—No te preocupes —agrega—. Ya aparecerá el verdadero.

Juanillo no contesta. Se queda mudo viendo cómo la nave sigue su curso y el promontorio se aleja.

Una hora más tarde se divisa un poblado en la costa.

Entonces Sebastián, en cuyo cerebro han hecho estragos las fiebres del trópico y el mal de Job, dice que suelten el ancla. Por la noche tomarán por asalto el pueblo. Se abastecerán de agua y de comida para seguir viaje. España no tardará en aparecer.

—Pero estamos en España —protesta Juanillo.

Nadie le responde.

Un rato después, habla con Joan de Acurio al que tiene por hombre sensato.

—Aquél era el peñón y esta la costa española —le dice.

Pero Joan de Acurio tampoco es el mismo de unos meses atrás. Hasta sus manos, grandes y tibias como palomas, se le han puesto huesudas y frías a causa del reuma. Así que se queda perplejo, como buscando qué decir. Pero no dice nada.

Cuando cae la noche se acercan a la costa hasta donde la prudencia indica y, luego, una chalupa que hace agua por todos lados los lleva a tierra.

Descalzos y harapientos, parecen espectros moviéndose en la sombra. Cada uno toma su lugar de acuerdo con el plan preestablecido y aguardan en silencio la señal de Sebastián.

La espera es absurdamente larga, como si el capitán no se decidiera y, mientras tanto, la luna sube en el cielo y baña con su luz el pueblo dormido.

El pueblo es blanco y las casas tienen puertas y ventanas azules. El campanario proyecta su sombra sobre los tejados y las callejas de piedra reflejan la luna.

Juanillo busca a Sebastián que, emboscado e inmóvil, contempla el caserío.

—¿Te convences ahora? —le dice.

Sebastián asiente moviendo la cabeza.

—Es una colonia portuguesa —dice—. Será mejor que nos retiremos.

(Tengo para mí, Alteza, que ni cuando llegamos a Sanlúcar, ni después en Sevilla, ni aun cuando le rendisteis honores en Valladolid, se convenció Sebastián de que estaba en España. Estaba tan obsesionado con los portugueses y una supuesta conjura para arrebatarle las especias que, en su fuero interno, creía que todo era una farsa montada por ellos. Hasta tal punto que, cuando cuatro años más tarde le confiaste el mando de una nueva expedición al Maluco, confesaba a sus íntimos que todo era un ardid suyo para poder llegar finalmente a España.)

Unos días después de aquel absurdo desembarco vimos dibujarse, inconfundible, el castillo del duque de Medina-Sidonia y, a su sombra, el caserío blanco de Sanlúcar de Barrameda.

Nadie dijo nada y sin ponernos de acuerdo, nos dimos a la tarea de aligerar la nave. Porque sepa Vuestra Alteza que la Victoria estaba tan maltrecha que cada día avanzaba menos y era

un milagro que se mantuviera a flote. Además, iba tan escorada y con las velas tan en jirones que se había vuelto ingobernable.

Así que a la vista del puerto de Sanlúcar, empleamos nuestras últimas energías en desguazarla. Talamos el trinquete y el mesana. Arrojamus por la borda el cabrestante y abandonamos el ancla. Nos deshicimos de los relojes, del astrolabio, de los compases y hasta de las cartas de marear. Antes nos habíamos deshecho de los toneles vacíos, de las literas de los oficiales, y hasta de los colchones y las mantas del castillo de proa. En la nave quedaban solo los sacos de pimienta, de clavo y de canela, abarrotando las bodegas.

Al atardecer de aquel día, la Victoria parecía un bosque talado, un tronco hueco, un tablado abandonado después de una fiesta.

Pero no avanzaba una pulgada.

En un último esfuerzo nos dimos con frenesí creciente a desarmar los castilletes mientras la noche caía y Sebastián se paseaba indiferente o nos observaba con una sonrisa burlona y Sanlúcar parecía tan distante e inaccesible como antes.

Pero nuestra tarea no fue solo vana. La Victoria, liberada de los castilletes, acabó por ladearse del todo y comenzó a hundirse, lentamente, a poca distancia del puerto.

Nuestra única esperanza era que alguien notara su presencia y mandaran auxilio, pero aquellas figuras diminutas que iban y venían por las calles y los muelles no se percataban de nada. Éramos tan ajenos a su mundo, tan extraños a su rutina que nos habíamos vuelto invisibles.

Para colmo habíamos abandonado el esquife y la chalupa, así que no teníamos otro remedio que rezar y esperar un nuevo día con la esperanza de que los vientos o la corriente nos hicieran derivar hacia la costa.

Agotados por el esfuerzo, vimos cómo se apagaban las últimas luces del pueblo.

Hacia la medianoche se levantó una brisa bastante fuerte del lado del mar.

Entonces el viento esparce el aroma del clavo y la canela por las calles y plazas de Sanlúcar. La fragancia penetra por las ventanas abiertas. Se cuela por debajo de las puertas. Se estanca en los patios. Invade las casas. Perfuma la noche. Se apodera con sus efluvios de la comarca entera.

Un instante después hay luces en todas las ventanas de la villa. Hasta el castillo del duque, de ordinario sombrío, luce iluminado como para una fiesta. Las campanas repican todo el tiempo. La gente se lanza a las calles y una multitud se agolpa en los muelles a la luz de las teas.

Pero la Victoria, indiferente a todo, se hunde lentamente.

Entonces tomamos la decisión que habíamos desechado siempre y pospuesto hasta un final que nunca creímos posible.

Había que arrojar aquel cargamento de especias que tanto nos había costado conseguir. Por el que habíamos soportado toda clase de penurias y tormentos. Por el que habíamos navegado durante tres años. Por el que habíamos dado la vuelta al mundo. Y en el que teníamos puestas nuestras últimas esperanzas de que todo no hubiera sido en vano.

Sé que os parecerá absurdo, Alteza, pero no hay otro remedio. La Victoria se hunde sin esperar la mañana. Todo va a perderse igual. Se va a ir al fondo del mar con ella. Al menos de este modo, salvaremos la vida. No es mucho, pero es mejor que nada.

Así que nos damos a la tarea de vaciar la bodega y arrojar los sacos al agua.

Nadie habla. Algunos lloran en silencio. Sebastián se ríe con una risa triste y loca. Acurio se guarda, disimuladamente, un puñado de clavo en el bolsillo.

A medida que vamos arrojando los sacos, la gente va retirándose de los muelles y se apagan las primeras teas.

Cuando terminamos ya está cerca el alba. El viento sigue soplando en la misma dirección, pero ya no huele al clavo y la canela. Los últimos curiosos se dispersan. Las luces se apagan. Todo se acaba. Como si hubiera sido un sueño.

Aliviada de su carga, la Victoria se recupera un poco y, con la ayuda de los vientos que le son favorables, entra al puerto de Sanlúcar con las primeras luces.

Un rato después, dieciocho sobrevivientes de un total de doscientos cincuenta hombres que formaban la tripulación de las cinco naves, recorren las calles vacías de Sanlúcar.

Al paso de aquel grupo de desharrapados que apenas pueden tenerse en pie y que van apoyándose unos en otros, en apretado núcleo, se van cerrando todas las ventanas y se oye el ruido de los cerrojos en las puertas.

La villa ha quedado desierta, como si hubiera entrado en ella un ejército de leprosos.

Nadie sabe adónde nos dirigimos, pero seguimos deambulando por las calles, sintiendo que nos espía una multitud de ojos ocultos tras los visillos.

Necesitamos ayuda, pero no nos atrevemos a golpear ninguna puerta. Y continuamos errando de un lado a otro con la esperanza de que alguien nos la ofrezca.

De la Victoria, amarrada al muelle, viene ahora un olor nauseabundo, pestilente y brutal.

Al día siguiente, muy temprano, partimos hacia Sevilla sin haber visto un solo vecino de esa villa de Vos.

El viento esparce ahora por la comarca desierta el olor de la nave.

La nave huele a madera podrida, a cabos resecos, a bronces carcomidos por la herrumbre, a velas infestadas de hongos, a

bodegas vacías, a orines y a excrementos. Huele también a sueños rotos. A islas lejanas. A la sal de muchos mares. Y a rabia, a miedo, y a desesperanza.

El río se torna más y más sinuoso, corriendo entre colinas y olivares, y Trebujera ventosa asoma a lo lejos entre las salinas.

Más adelante son los campos de tierras rojas y polvorientas. Un labrador arando tras los bueyes. Un grupo de esbeltas palmeras meciéndose en la brisa. Un pastor que saluda.

Después, La Puebla umbría, en la confluencia del arroyo del Repudio, asomando tímida entre sauces y chopos. Y un perro que corre y que ladra a las naves, y un hombre joven que inmóvil junto a la puerta del casino, contempla el paso de la flota y, luego, el río vacío.

Coria rica en palomas, queda atrás sin que nadie se asome a vernos pasar. Solo el arrullo ensordecedor de las palomas, el río que busca el mar, y la negra nave deslizándose como una sombra a pleno sol.

El viento hincha las velas, la corriente atrapa el navío y las imágenes de pueblos y yermos se suceden con la rapidez de un sueño.

Después otra vez los campos y algún ganado disperso, y más adelante, Gelves la blanca, sobre la banda de babor.

Pasamos tan cerca a causa de unos bajos que casi podríamos tocar sus paredes y sentir la fragancia de la que están llenas las habitaciones y cargados los armarios.

Las velas mueven el aire quieto y su sombra corre contra los muros y penetra en las estancias.

Era como si la nave se deslizara por la calle polvorienta, de casas bajas y blancas, con macetas sin flores.

Pero no había nadie allí para saludar nuestro pasaje, a excepción de un grupo de viejos que toman el sol junto a la tapia de un corralón.

Hay una vieja de negro que pela habas amontonando el fruto en su regazo y dejando caer la vaina en un canasto. Su mirada sigue por un instante la nave sin que sus manos interrumpen la tarea.

Hay dos viejos, uno tocado con una gorra de paño berbí y el otro con un sombrero de cordobán descolorido. Están sentados frente a un tablero. Y hay un tercero que dormita, apoyado en la pared. Ninguno de ellos parece percatarse de la presencia de la Victoria pasando a pocos metros de su lugar de descanso.

Casi podríamos rozarlos con solo estirar los brazos, pero seríamos incapaces de penetrar en su mundo cerrado, clausurado.

Luego, tras un recodo del río, se pierde Gelves, la blanca.

San Juan de Alfarache en viñas abundosa, asoma ahora a babor.

Parece desierta, a excepción de unos niños que pescan encastrados a las ruinas de un antiguo puente moro.

Al paso de la nave dejan sus cañas y de pie sobre uno de los contrafuertes, nos saludan con los brazos en alto.

Permanecen un rato en esa posición y luego vuelven a sus cañas, y se les ve jugar, y reírse, despreocupadamente.

En las viñas, en las afueras del pueblo, los hombres cargados con enormes canastos se detienen un momento para vernos pasar. En una cuba cercana a un cobertizo, tres mocetones que pisan la uva, sin interrumpir su tarea, levantan los brazos saludando.

De entre las filas se levantan una a una las mujeres con los ojos puestos en el río, y al instante, aquellas figuras de negro con pañuelos blancos que semejan pájaros sobre el surco abierto, vuelven a inclinarse sobre las parras.

El río se desliza ahora bajo la nave y la tierra gira.

Se suceden los campos yermos, los olivares polvorientos, la tierra arada. Una palma solitaria se mece al viento.

Luego, tras el último recodo del río, asoma la catedral, los alcázares, las cien torres y campanarios de Sevilla la roja.

Entonces, por un instante, todo pareció detenerse, Alteza.

El río dejó de correr. El sol de subir en el cielo. Las nubes de pasar.

* * *

Y bien, don Carlos, ahora pondera todo lo que te he contado, que no ha sido más que la verdad, y dime si hay o puede haber en el mundo un truhán, un albardán, un chocarrero, un morrión, un bobo, un burlón, un tragón, un loco, un susurro, un enano, o, como dicen los franceses, un bufón, que haya prestado más grandes servicios a tu reino que Juanillo Ponce, conde del Maluco.

¿Acaso la bufona Felipa, esa vieja borracha y viciosa que diste a tus hijas, puede comparásemme? ¿Acaso doña Lucía, la loca que tuvo Diego de Rojas en la época de tus abuelos los Reyes Católicos? ¿Acaso Davihuelo, truhán de la corte de Juan II de Castilla, a quien denostó con toda razón el poeta Alfonso Álvarez de Villasandino por los ridículos versos con los que pretendía pasar por hombre docto?

¿Acaso el tragón Borra, de Aragón, que atormentó con sus pullas de mal gusto a la corte de Martín el Humano; y que fue apuñalado en la sala del trono por un asesino a sueldo? ¿Acaso don Guzbet, que vaciando las arcas de sus señores y sustituyendo el oro y las joyas por arena, se compró un mar de tierras que lindaban con el monasterio de Sahagún? ¿Y aquel otro, Martiñiano, que folgaba con su señora cada vez que el conde salía a campaña, y hasta cometió la estupidez de dejarla preñada? Pero a qué hablar de los truhanes del pasado si también los de hoy hacen que uno se avergüence de esta noble profesión de nos cuando es encarada con dignidad. Y si no reparad en Perico de Ayala, albardán

del marqués de Villena, muy amigo de tu favorito Francesillo de Zúñiga. A este sí que colmaste de honores y regios presentes, siendo como era un vulgar chocarrero; circunciso también. Pues os digo que ambos a dos eran de la misma calaña y prueba de ello es cómo terminaron. ¿Y Gabriel, criado de tu primo don Fadrique? Mira, no sé si viva o muera, pero si se cruza en tu camino cuídate los bolsillos, que es tan torpe en el difícil arte de mover a risa como diestro en el de meter los dedos en las bolsas ajenas. ¿Y qué de Valdesillo, bufón –así gustaba llamarse a sí mismo– de Gonzalo Pizarro? Se dilapidaba el oro de las Indias a tus arcas destinado, con horrible impudicia, como buen enano vicioso y glotón que era.

¿Acaso alguno de éstos puede compararse con Juanillo Ponce en los servicios rendidos a tu causa imperial?

Y sin embargo, ¿qué he recibido yo en recompensa? No tengo tierras ni títulos, a excepción del que me confirió mi amo y al que por nada renuncio, ni he conservado regios trajes, ni vajillas de plata, ni nada; si ni siquiera figura mi nombre en las crónicas y se me ha borrado de la lista de sobrevivientes de aquella expedición al Maluco por la que tanto hice, que en las navegaciones como en los hechos de armas, unos ponen el ánimo y otros la espada; y para colmo de males, tu hijo Felipe me ha quitado la pensión que Vos acordasteis por mi participación en aquella grande empresa.

Pues bien, don Carlos, te diré lo que haremos. Tú vas a llamar a Sepúlveda. Le hablarás de esta crónica mía, y le dirás que averigüe cuánto hay de verdad en lo que os he narrado y dicho. Y si Sepúlveda te dice que no miento, vas a escribirle a Felipe, diciéndole que me restituya la pensión.

Entonces, cuando yo la reciba, iré a verte a Yuste y de allí nos iremos tú y yo, a recorrer mundo juntos. A cualquier parte. Con un morral al hombro y adonde nos lleven nuestros cansados pies.

Y una venta aquí, un camino allá, una aldea y un pinar, un mesón con cocido y buen vino. Verás cómo lo pasaremos a lo grande.

Solo que debes darte prisa. Mira que estamos ambos llenos de achaques y, pronto, ni el bastón podrá sostenernos en pie por esos caminos de Dios que vamos a recorrer.

Mira que nos verán con desdén, y los niños se reirán de nosotros, y todos comentarán:

—Ahí van esos dos. Uno se cree conde y el otro emperador. ¡Vaya facha tienen Sus Majestades!

Pero a nosotros no nos importará, desde que vamos a descubrir mundo juntos.

APÉNDICE

A su Alteza Imperial Carlos V, por la gracia de Dios Rey de Castilla, de León, de Aragón, de Navarra, de Granada, de Jerez, de Galicia, de Valencia, de Mallorca, de las dos Sicilias, de Nápoles, de Jerusalem, de las Indias Orientales y Occidentales e de muchos reinos más.

De su humilde y leal servidor, Juan Ginés de Sepúlveda.

Muy alto y poderoso señor:

En respuesta a la suya de fecha 20 de agosto, donde Su Majestad requiere mi modesta opinión acerca de varios asuntos relacionados con la primera expedición al Maluco o islas de la Especiería y, con la tranquilidad de haber hecho cuanto a mi alcance estaba por satisfacer de un modo honrado la sana curiosidad de tan glorioso Príncipe, digo:

1) Que efectivamente mandó y financió Su Alteza una expedición al Maluco que partió de Sevilla el 10 de agosto de 1519 y regresó al mismo puerto el 8 de septiembre de 1522.

2) Que dicha expedición tenía por objeto demostrar que el citado Maluco caía en la demarcación de España conforme al acuerdo hecho en Tordesillas.

3) Que dicha expedición fue confiada a un tal Hernando de Magallanes, natural de Oporto.

4) Que dicho Magallanes afirmaba poder alcanzar al Maluco navegando hacia el oeste pues conocía, según él, la existencia de

un paso o estrecho al sur de las Indias que le permitiría llegar y regresar sin violar los tratados de demarcación suscritos años ha entre los reinos de España y Portugal.

5) Que a esos efectos le confió Su Alteza una flota compuesta por cinco navíos y a bordo de la cual viajaban doscientos treinta y siete hombres.

6) Que el nombrado Hernando de Magallanes encontró, al parecer, el paso que antes habían buscado otros. Al menos así lo afirma fray José de Acosta, hombre docto, en una Historia natural y moral de las Indias que escribe por estos días. Sin embargo, admite el mencionado fraile que son tantos los riesgos que por su situación y características representa a la navegación, que el referido paso ha caído en el olvido a tal extremo que se duda de su existencia; cundiendo la opinión de que se ha cerrado a causa de algún accidente de mar o terremoto. Así lo cree don Alonso de Ercilla y Zúñiga, gran conocedor de la zona quien, en un poema que lleva inédito y que titula La Araucana, escribe:

*Por falta de pilotos, o encubierta
causa quizá importante, y no sabida,
esta secreta senda descubierta
quedó para nosotros escondida.*

7) Que respecto a la suerte del Maluco, me permito recordar a Su Majestad que por capitulación hecha en Zaragoza, Su Alteza Imperial vendió al rey de Portugal el objeto de tantas contiendas, pues, como dice Sandoval: «Los gastos que el Emperador había hecho en las guerras pasadas y los que eran necesarios y forzosos para las que se esperaban, y su jornada imperial en Italia para la coronación eran tales y tan grandes, que las rentas reales y servicios que se le habían hecho no bastaban y se hallaba muy alcanzado, y así hubo de empeñar la especiería de las Molucas por

trecientos cincuenta mil ducados que le dio el rey don Juan III de Portugal.»

Y también que, como dice Antonio de Herrera en sus Décadas (IV, lib. 5, cap. 10), y no yo: «Ni uno ni otro entendieron lo que daban ni lo que tomaban».

8) Que respecto al interés que manifiesta Su Alteza en la suerte corrida por determinados integrantes de la expedición así como de otras personas a aquéllas vinculadas, esto es lo que he podido averiguar y que sigue:

9) Que el citado Ruy Faleiro o Rodrigo Falero, fue efectivamente el autor de la derrota de la escuadra y de los cálculos y mediciones necesarios para su cumplimiento.

Que, al parecer, todos sus cálculos resultaron a la postre fantásticos, tanto por las verdaderas dimensiones del mundo, como por la incidencia que su ignorancia de aquéllas tuvo en el tiempo estimado de navegación.

Que según Barros, autor de unas Décadas que puso a mi disposición pese a que aún no las concluye, Faleiro no fue con la escuadra porque, como astrólogo, pudo prever el fatal destino de la expedición, fingiéndose loco para no ir y evitar entregar todos sus secretos; pero la locura se le hizo verdadera» (Dec. III, lib. 5, cap. 8).

Que por su parte Gonzalo Fernández de Oviedo en su Historia de las Indias (parte I, lib. 20, cap. I), dice: «Ruy Faleiro, como era sutil y muy dado a sus estudios, por ellos o porque Dios así se lo permitiese, perdió el seso y estuvo muy loco y falto de razón y de salud, y el César lo mandó curar y tratar bien; pero no estuvo para proseguir en el viaje y así quedó solo en la negociación el capitán Fernando de Magallanes.»

Al parecer, el citado Faleiro quedó preso en la casa de los locos de Sevilla, donde murió rabiando. Así lo indican, Ellescas en su Historia pontifical (parte II, lib. 6, cap. 4, pág. 534), y Juan

Francisco de San Antonio en su Crónica de los descalzos de San Francisco en Filipinas (parte I, lib. 2, cap. 4).

Que sobre el referido Ruy Faleiro pude encontrar los documentos que detallo a continuación:

a) Carta fechada en Sevilla el 22 de marzo de 1523 en la que suplica a Su Majestad le mande pagar su salario de capitán. Dice que le han hecho propuestas para que se vuelva a Portugal y pide licencia para enviar a las Indias, por su cuenta, una o dos naos, «de cuyo producto, la tercera parte será para el rey».

b) Real cédula, fechada el 13 de febrero de 1523 en Valladolid, disponiendo que se saque al enfermo Ruy Faleiro de la Casa de Contratación, donde está aposentado, y se le busque una casa a propósito para su residencia.

c) Real cédula fechada en Granada el 9 de noviembre de 1526 disponiendo que la Casa de Contratación pague a Eva Alonso, mujer de Ruy Faleiro, el sueldo que este tiene señalado, «siempre que venga a vivir con su marido que está mentecato y fuera de su juicio natural en las atarazanas de Sevilla. Dice dicha Eva Alonso, que se halla su esposo en poder de su hermano Francisco Falero, quien se lleva los cincuenta mil maravedís que tiene de la Casa el dicho bachiller cada año».

d) Siete piezas de autos del pleito entre Francisco Faleiro y su cuñada Eva Alonso sobre la curaduría de Ruy Faleiro, rotulados «Probanza», y fechados en Sevilla el año de 1527.

En la referida Probanza, Francisco Faleiro se defiende de las imputaciones de su cuñada a quien acusa de haber abandonado a su hermano y de querer aprovecharse de su sueldo. Allí, entre otros datos de interés, se establece en el numeral 17: «Citen si saben los testigos que muchas veces el dicho comendador Ruy Faleiro está tan loco e furioso, que son menester cinco o seis personas para vestirlo y desnudar.»

Los testigos declaran afirmativamente y uno de ellos dice que algunas veces hay que darle la comida armados de escudos porque les tira ladrillos y una vez le dio un ladrillazo a uno del que estuvo muy malo.

10) Que sobre el citado Hernando de Magallanes, he podido saber que se vino a España en 1517 y se casó con doña Beatriz Barbosa. En 1519, año en que partió la expedición al Maluco, dejó autorización escrita a su mujer para que cobrara su sueldo, y un testamento fechado el 24 de agosto; documentos ambos que tuve en mis manos y doy fe de su existencia.

En el referido testamento señala que la Gobernación y Adelantamiento que le concedió Su Majestad recayese, después de su muerte, en primer lugar en su hijo Rodrigo, a la sazón de seis meses; en segundo lugar en el hijo o hijos que su mujer, preñada en aquel entonces, pariese; en tercero en su hermano Diego de Sosa y, por último, en su hermana Isabel de Magallanes.

En el mismo documento lega parte de lo que por contrato le correspondiere a los monasterios de Santa María de la Victoria, de Santa María de Montserrat, y de Santo Domingo, en Oporto. Lega también un real de plata a la Santa Cruzada y destina otro a la liberación de un prisionero cristiano de manos de los infieles. Dispone también que en el día de su entierro se vista a tres pobres, dándose a cada uno un traje de género gris, un gorro, una camisa y un par de botas, para que rueguen por su alma. Desea también que en ese día se dé de comer no solo a estos tres pobres, sino a doce más, para que también ellos imploren por su alma; y que se done un ducado de oro como limosna a favor de las almas del Purgatorio. Da así mismo la libertad a su esclavo Enrique, de 26 años, e indica que le destinen 10.000 maravedís para socorrerlo. Le asigna y asegura esa herencia porque se ha convertido al cristianismo y a fin que ore a Dios por el bien de su alma.

Sobre el dicho Magallanes encontré además los siguientes documentos:

a) Real cédula del 5 de mayo de 1519, fechada en Barcelona, en la que se dispone que mientras Hernando de Magallanes se encuentre ausente, se pague su sueldo a doña Beatriz Barbosa de Magallanes.

b) Carta del obispo de Burgos a los oficiales de la Casa de Contratación de Sevilla, fechada en aquella ciudad, en mayo de 1521. Es respuesta a una en la que los mencionados oficiales, le avisan de la llegada de la nao San Antonio, perteneciente a la escuadra que viaja al Maluco. Allí indica el obispo: «Primeramente y por la mejor manera que os pareciere, se ponga a muy buen recaudo a la mujer e hijos de Hernando de Magallanes y, aunque no se ponga en parte deshonesto, se tenga sobre ellos muy buen recaudo, de forma que en ninguna manera se puedan ir a Portugal hasta que veamos qué ha sido esto y hasta que Su Alteza otra cosa mande».

c) Supe por un oficial de la Casa que efectivamente estaba embarazada doña Beatriz Barbosa cuando partió la flota, pero que mal parió. También que su hijo Rodrigo murió en 1521, hacia julio de ese año, en prisión; y que la infortunada le siguió en 1522.

d) Por último cito a Su Majestad un documento rotulado: “Autos fiscales con Jaime Barbosa y sus hermanos, como herederos de Hernando de Magallanes», en los que solicitan se cumpla la capitulación que con él se hizo antes de que partiera la escuadra al Maluco.

11) Que en relación a la suerte corrida por Juan de Cartagena y el cura Sánchez de Reina, abandonados en la costa de la Patagonia según consta en carta que Juan López de Recalde dirige al obispo de Burgos desde Sevilla con fecha 21 de mayo de 1521, en la que le informa del arribo de la nave San Antonio, solo

puedo decir a Su Alteza que se tomaron algunas disposiciones, aunque ignoro si se cumplieron o no.

Así, en carta de don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos, y que es respuesta a la antes aludida, se lee en el párrafo 4º: «Yo pienso que será menester enviar alguna carabela a buscar a Juan de Cartagena, por esto conviene que de los cinco mil pesos que han venido agora de la isla de San Juan, toméis alguna parte a ese fin».

Por su lado, el historiador portugués Barros, en su obra D'Asia, da a entender que ambos fueron recogidos por la San Antonio cuando esta regresó a España desertando de la flota que iba rumbo al Maluco al mando de Magallanes.

Si Su Majestad quiere saber mi opinión al respecto, yo diría que ninguno de los dos regresó. Me apoyo, al pensarlo, en una real cédula del 10 de octubre de 1537 por la que se dispone se paguen a doña Catalina de Cartagena, hija y heredera de Juan de Cartagena, 48.217 maravedís a los que aquél tenía derecho por haber sido parte de la expedición al Maluco.

12) Que en cuanto a Juan Serrano, Su Alteza dispuso por cédula real del 4 de abril de 1526, que la Casa de Contratación diese a su viuda 5.000 maravedís de socorro por hallarse en gran necesidad.

También dictó Su Majestad una real cédula fechada en Ávila el 24 de julio de 1531, ordenando se entregasen a la mujer de Juan Serrano, veinte ducados como limosna, «pues, hasta saber si es vivo, no se le debe pagar cosa alguna de su sueldo».

13) Que en relación al mencionado Sebastián Elcano, a quien Su Alteza dio, como seguramente recordará, el título de *Primus Circumdedisti* me para que lo utilizara como divisa en su escudo de armas, supe que luego de un breve reposo en su villa natal de Guetaria, ya que al parecer se hallaba malo, se hizo nuevamente a la mar el 25 de julio de 1525 con destino al Maluco.

Fui informado asimismo que el 26 de mayo de 1526 pasó nuevamente el estrecho y murió en pleno océano Pacífico poco después, siendo arrojado al mar su cadáver.

Supe también que antes de morir, sintiendo próximo su fin, dictó al tabeli6n que iba en la escuadra un muy curioso testamento.

14) Que en lo que respecta a un tal Francisco Serrano, amigo de Hernando de Magallanes y que residiera nueve años en el Maluco, afirma Barros (Décadas III, lib. 5, caps. 7 y 8) que murió emponzoñado en Ternate, el mismo día que Magallanes moría en Matán.

Al parecer, se encontró entre los papeles que dejó Serrano y mandó recoger Antonio de Brito, una carta de Hernando de Magallanes en la que promete reunirse pronto con él, ya fuese por la vía de Portugal, como por la de Castilla; encareciéndole que le esperase.

15) Que en lo que atañe a las naves mismas, solo puedo informar a Su Alteza lo que sigue:

a) La Santiago naufragó en la Patagonia, cerca de un río de nombre Santa Cruz, salvándose la gente y la carga.

b) La San Antonio llegó al puerto de las Muelas el 6 de mayo de 1521. Su capitán venía engrillado y la nave al mando de Esteban Gómez. Álvaro de la Mezquita, que así se llamaba el primero, fue acusado de haber promovido los ajusticiamientos que Magallanes hizo en San Julián y entregado a los oficiales de la Casa de Contratación que le iniciaron proceso y embargaron sus bienes; ordenándosele que diese lo necesario para su sustento mientras durase la referida causa.

c) La Concepción fue quemada en la isla Bohol.

d) La Trinidad, al salir del Maluco hacía agua por la quilla y fue necesario descargarla y carenarla para proceder a su reparación. Ignoro Alteza, qué destino le cupo luego.

e) Y en cuanto a la Victoria, entró en Sevilla el 8 de septiembre de 1522. Tan malo era su estado que nada se pudo rescatar de ella, por lo que se permitió a los pobres hicieran leña.

Finalmente y en lo que atañe al autor de esa memoria que tanto interés ha despertado en Su Alteza, demostrando el mismo espíritu inquieto del que hizo gala en su reinado para provecho y bien de todos; digo:

16) Que ni el puntual cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, quien tuvo ocasión de reunirse con los sobrevivientes de la citada expedición, ni Juan Bautista Ramusio que escribió sobre ello, ni ninguno de los historiógrafos que trataron el asunto, mencionan la presencia en las naves de bufón alguno. Y que tampoco aparece mencionado en la lista oficial de los citados diez y ocho sobrevivientes.

17) Que no se menciona en esta a ningún Juanillo Ponce, a quien tampoco refieren los citados cronistas.

18) Que no obstante, es posible que haya sido de la partida alguien con ese nombre pues existen varias listas de quienes integraron la expedición y en casi todas ellas difieren los nombres y lugares de origen adjudicados a cada uno; habiendo gran confusión sobre el punto.

19) Que nada pude averiguar sobre la afirmación del referido Juanillo Ponce, respecto a que se dio de baja su nombre de las listas y se le quitó la pensión que le correspondía; aunque ya sabe Su Alteza cuán reservado es el Tribunal del Santo Oficio en estos asuntos.

20) Que por todo esto no puedo afirmar ni negar con certeza que el dicho Juanillo Ponce haya servido en la armada al Maluco en calidad de bufón o a cualquier otro título.

21) Que no obstante hace notar a Su Alteza que tanto las fechas y los nombres, como el itinerario y la mayoría de los hechos que incluye en su crónica, coinciden con lo que sabemos de la citada expedición; aunque bien pudo inventarlo todo basándose en alguna de esas crónicas o en el testimonio directo de algún sobreviviente que pudiera conocer.

En cualquier caso debo admitir, Majestad, que el autor, quienquiera que sea, ha pasado grandes trabajos para escribir su crónica y, si se me permite una opinión personal, grande placer me ha causado con ella y bien merece la pensión que solicita.

En Sevilla, a 21 de septiembre de 1558, de su humilde y leal servidor que vuestros pies y manos besa.

JUAN GINÉS SEPÚLVEDA

EPÍLOGO

Este prólogo a *Maluco, la novela de los descubridores*, de Napoleón Baccino Ponce de León, reconocida obra que tiene por tema central la hazaña de Fernando de Magallanes y Sebastián de Elcano, conductores de la primera expedición marítima que dio la vuelta al mundo, más que a analizar la novela lo dedico sobre todo a intentar hacer una rápida síntesis y una necesaria evaluación del viaje de ambos grandes navegantes peninsulares y de la tripulación que los acompañó en el logro de esa hazaña.

La novela de Baccino Ponce de León, que recibió el Premio Casa de las Américas en 1989 y que ha sido traducida a varios idiomas, es considerada, al lado de muchas otras importantes novelas latinoamericanas del último cuarto del siglo XX, como representativa de lo que el crítico estadounidense Seymour Menton ha descrito en un minucioso estudio como Nueva novela histórica de América Latina, que él distingue de la novela histórica latinoamericana a la que califica de tradicional, y en la que descubre rasgos como lo paródico y carnavalesco, derivado de Bajtin; la presencia constante del narrador mediante comentarios propios; la distorsión consciente de la historia; y

la ficcionalización de los personajes históricos que aparecen en las obras. Sin duda mucho de esto puede apreciarse en *Maluco*. Su protagonista es un bufón ficticio que sirve para darle a buena parte del relato una dimensión burlesca, carnavalesca y hasta vulgar, que contrasta con la descripción de la hazaña histórica casi sobrehumana que tiene lugar al mismo tiempo. La historia es distorsionada en forma consciente con frecuencia, y algunos elementos se ocultan, minimizan o sobrevaloran. Y los personajes resultan ficcionalizados en muchas cosas y descritos a través de opiniones e imaginarias lecturas concretas de los otros personajes, igualmente históricos y ficcionalizados, lo que ocurre sobre todo en el caso de Magallanes.

De modo que la razón principal por la que en lugar de centrarme en el análisis de la novela prefiera centrarme en el fondo histórico del relato y en el contexto político y cultural en que transcurre el viaje de Magallanes y Elcano, tiene mucho que ver con la estructura y la forma de abordaje del tema que es propio de la novela de Baccino Ponce de León. Lo digo porque, por razones que no vienen ahora al caso exponer, no siendo la historia del llamado descubrimiento de América y de su conquista por españoles y portugueses a lo largo de la primera mitad del lejano siglo XVI el fuerte de muchos de nuestros lectores, creo que no está de más dar una idea del mismo, ya que quienes no conocen bien este fondo histórico con el que la novela juega en diversos planos para enriquecer el relato, al verse envueltos por el lenguaje, el juego temporal y las digresiones que forman parte sustancial de la misma, podrían con facilidad perder en buena parte esa dimensión histórica (aunque no sé si en realidad es ese el objetivo del autor) y hasta tomar la novela prácticamente por una obra exclusiva de ficción.

El viaje de Cristóbal Colón fracasó en lo inmediato en brindarle a España la prosperidad que ésta esperaba derivar del mismo. Colón llegó ciertamente a las Antillas en 1492 y su

viaje sirvió de punto de partida para otros viajes de navegantes al servicio de España, los cuales dieron inicio a lo que pronto se constituyó al mismo tiempo en exploración y conquista de la Tierra firme que se hallaba un poco más allá de esas Antillas. Tierra firme que al ser explorada por el propio Colón y por esos otros tempranos viajeros resultó ser un enorme continente, y al que la difusión en Europa de los mapas resultantes de la exploración del sur del mismo por Américo Vespucio sirvió para que en 1507 se la bautizara en honor a éste como América.

Pero en esos primeros años América resultó para España más un estorbo que una fuente de provecho. La razón era clara. Desde la segunda mitad del siglo anterior, el siglo XV, España y Portugal, abiertas al Atlántico, se habían empezado a revelar como potencias navales y habían iniciado en ese océano viajes y exploraciones. Esos viajes y exploraciones, que en el caso de Portugal pronto se tiñeron de apetencias coloniales y de tráfico de esclavos, nacían de la necesidad de abrir un nuevo camino, marítimo en este caso, hacia las lejanas tierras e islas asiáticas de las especias, productoras de canela, pimienta, comino, jengibre y clavos de olor, que eran entonces tan valiosas como lo son hoy el petróleo y otras materias primas. Hasta poco antes, cuando los turcos llegaron a controlar las rutas asiáticas y a apoderarse de lo que quedaba del viejo Imperio bizantino, las especias, mediante largas caravanas, llegaban por vía terrestre o marítima a Europa, a Venecia; y a partir de allí los venecianos poseían el monopolio de su venta. Pero deseosos de evitar tanto a los turcos como al comercio monopólico veneciano, golpeado seriamente por aquéllos, portugueses y españoles comenzaron a buscar un camino directo por vía marítima hacia esas lejanas islas, situadas hacia el este; islas que ellos ubicaban confusamente en torno a la India. Se trata de las actuales Molucas, a las que, entre otros nombres, se les solía llamar entonces Maluco e islas de la Especiería.

Esa búsqueda tenía desde el principio como base geográfica el conocimiento de que la Tierra no era plana, como se había pensado en la Europa cristiana temprana, sino esférica, como se sabía ya desde el siglo XIII. Pero los portugueses, que comenzaron primero, tomaron pronto clara ventaja sobre España porque siguieron la ruta que, aunque complicada, resultaba la más natural: la de navegar hacia el este. En realidad, primero debieron navegar hacia el sureste, para ir contorneando el África, y después hacia el este para, luego de bordear la península arábiga, seguir hasta la India y buscar allí las islas de la Especiería al mismo tiempo que sus flotas bien armadas iban sometiendo a los pobladores de esas tierras y tomando posesión de puestos estratégicos en las costas del camino. Ante esto, a los españoles no les quedó otra alternativa que seguir la ruta contraria, ruta totalmente inexplorada, a través del Atlántico; esto es, buscar las Indias y las islas de las Especies no por el este sino por el oeste.

Es esta la idea que sustenta el viaje de Colón, quien consigue para el mismo el apoyo de los Reyes Católicos y zarpa del puerto de Palos con tres naves en 1492. Pero Colón está equivocado en los cálculos geográficos que le sirven de base porque cree que el océano que debe atravesar es menos ancho y el Asia mucho más extensa de lo que uno y otra son en realidad. Y lo que lo salva del inevitable desastre es tropezarse con las avanzadas geográficas de ese continente inesperado y desconocido para los europeos que hoy llamamos América, continente del cual en ese viaje él “descubre” apenas unas islas, las Antillas, a las que cree parte del Asia que busca, y a las que identifica al principio con tierras vecinas de la China y el Japón. Mientras tanto los portugueses, que han doblado el Cabo de Buena Esperanza en 1486 para dar la vuelta al África, han seguido rumbo a la India, a la que Vasco de Gama llega en 1498, y le siguen Afonso de Albuquerque y Francisco de Almeida, ya con expediciones de conquista, en

1503 y 1505. Y de paso, cuando los viajes siguientes de Colón y los de sus seguidores como Yáñez Pinzón, Alonso Niño, Alonso de Ojeda, Juan de la Cosa y Américo Vesputio, comienzan a mostrar que más allá de esas islas caribeñas hay un verdadero continente y que el tamaño de éste aumenta hacia el norte y hacia el sur con cada exploración, los portugueses se aprovechan de la confusión inicial para hacerse con un trozo del sur de esa Tierra firme americana que en principio debía corresponderle sólo a España, pequeño trozo que es el germen de ese gigante territorial que es hoy Brasil.

Aquí es fundamental tener en consideración dos cosas.

La primera es que para resolver las disputas provocadas por la competencia surgida entre España y Portugal luego del primer viaje de Colón, el Papa, que se consideraba dueño del mundo entero, lo había declarado, en 1493, dividido en dos mitades, una para cada uno de los dos rivales, encomendándoles a ambos, como potencias cristianas que eran, que al conquistar las tierras que les tocaban impusieran en ellas la fe cristiana. Descontentos con esta primera partición, los portugueses, mediante un tratado firmado meses después en Tordesillas, fuerzan a los españoles a correr la línea divisoria 370 leguas hacia el oeste, lo que les permite luego apoderarse de la costa del actual Brasil. Pero si la línea divisoria era clara del lado de América y del Atlántico no lo era en cambio del otro lado, del asiático, quedando en las décadas siguientes muchas cosas por aclarar en cuanto a lo que estaba a izquierda y derecha del meridiano que separaba en esa otra parte del mundo los territorios españoles de los portugueses. Y, cosa muy importante, entre lo que quedaba por definir se encontraban las islas de la Especiería, el Maluco, aunque los portugueses, una vez que llegaron a la India y a Indonesia, lo consideraban de hecho como propio y empezaron así a controlar el tráfico de especias.

La segunda es que desde temprano, desde mediada la primera década del siglo XVI, los españoles comienzan a buscar un paso, un estrecho, que les permita atravesar la hasta entonces estorbosa barrera americana para alcanzar al fin el objetivo que no alcanzó Colón: llegar por occidente a las ansiadas islas de la Especiería. El problema es que, aunque están seguros de que existe ese paso o ese estrecho, todavía no tienen idea de dónde se halla.

El estrecho es buscado hacia el centro, hacia el norte y hacia el sur. Y los viajes de exploración pronto reducen el espacio en el que debe hallarse. En medio de sus fracasos, el propio Colón había mostrado en su cuarto viaje que no había tal paso por la actual América central. La expedición de Yáñez Pinzón y Juan Díaz de Solís hacia el norte y la de Juan Ponce de León a la actual Florida mostraron que no había tampoco paso por allí, por el actual Golfo de México, y que de haberlo sólo podría ser ya demasiado al norte, por la inaccesible región ártica. Empero, en la América central se descubrió algo importante, porque en 1513 el conquistador Vasco Núñez de Balboa avistó en el actual Panamá, del otro lado, el oriental (suroriental en este caso) del continente americano, un gran piélago, al que llamó Mar del Sur. Es el océano al que más adelante Magallanes bautizó como Pacífico. Y lo importante del hecho es que mostró que hacia el oriente, del otro lado de América, y más allá de ella, había otro océano, otro inmenso mar. A partir de entonces la búsqueda se orienta sólo hacia el sur.

Pero el sur de América se revela como muy extenso. Vesputio lo había explorado tempranamente, primero al servicio de los portugueses y luego de los españoles, y había descendido mucho, hasta la zona templada, casi fría, y había intuido la existencia del paso sin hallarlo, de modo que el estrecho debía encontrarse aún más al sur. En 1516, buscando con más precisión

ese paso, Díaz de Solís entra al estuario del Río de la Plata y termina muerto y comido por los indígenas tupi-guaraníes de la zona. No se trata del estrecho buscado sino de la ancha desembocadura de un gran río; y lo que demuestra el trágico viaje de Solís es que el estrecho sólo podía encontrarse más abajo, todavía más cerca del helado sur.

Y es en este contexto que aparece Magallanes.

Magallanes es portugués, nacido en 1480. Su nombre real es Fernão de Magalhães, y desde temprano participa como militar y como marino en las expediciones portuguesas hacia oriente, visitando las costas del sur de la India, de Sumatra, de Malaca, y obteniendo informaciones directas acerca de las Molucas, gracias a un camarada suyo instalado en ellas, el portugués Francisco Serrão. Tras quejarse en vano ante sus jefes portugueses de algunas injusticias y de haber sido enviado a Marruecos, donde en una batalla es herido en una pierna y queda cojo, Magallanes regresa a Portugal; y en 1515 le pide una entrevista a su rey, Manuel el Afortunado. El objetivo de la entrevista no está claro. Se sabe que reclamó una pensión mayor que la que se le pagaba y algunos creen que le pidió al soberano apoyo para llevar a cabo una expedición que se dirigiría a las Molucas desde occidente, por la vía que venían explorando los españoles, los cuales seguían buscando el estrecho que les permitiera cruzar la barrera americana. Esto parece poco probable porque un proyecto semejante carecía de interés para Portugal siendo éste — como ya era — el dueño de la ruta más rentable y más segura: la que le había permitido llegar a la India y a las ansiadas islas de la Especiería. Lo que sí se sabe es que Manuel rechazó lo que Magallanes, que era hombre duro y de trato nada fácil, le pedía, llegando hasta a autorizarle, si así lo deseaba, para pasar al servicio de España.

El marino portugués se traslada entonces a Sevilla. Allí españoliza su nombre, y asociado con otros dos portugueses que

han pasado también a servir a España: el cartógrafo y astrólogo Rui Faleiro, y el comerciante y armador Cristóbal de Haro, logra que la Casa de Contratación, la que organiza y controla los viajes, lo autorice a emprender el suyo, el cual es financiado en lo esencial por su amigo Haro, mientras él y Faleiro se malquistan y este último renuncia al viaje. Parece además que Magallanes estaba convencido de que existía el buscado estrecho, basándose para ello en un reciente mapa del famoso cartógrafo alemán Martín Behaim, el cual lo ubicaba casi al extremo sur de América; que no tenía idea clara de la enorme extensión de ese llamado Mar del Sur; y que, basado en los cálculos de su amigo Serrão, ubicaba las Molucas del lado español del meridiano que marcaba la división del mundo hecha por el papado entre España y Portugal.

La expedición de Magallanes, que es el tema de la novela de Baccino Ponce de León, y que constituye sin duda una de las más grandes hazañas de la historia humana, se inicia el 20 de septiembre de 1519 saliendo de San Lúcar de Barrameda con cinco naves, de las que sólo una: la *Victoria*, logra completar el viaje alrededor del mundo, bajo la dirección de Elcano; y con alrededor de 250 tripulantes de diversa procedencia de los que sólo 18 alcanzan a regresar a San Lúcar casi tres años después, el 6 de septiembre de 1522, luego de pasar por las más terribles vicisitudes. La expedición, cuyo objetivo no era dar la vuelta al mundo sino llegar a las Molucas por occidente luego de atravesar la barrera americana, arranca cargada de problemas latentes que van estallando en el camino. Las rivalidades entre españoles y portugueses, incrementadas por la actitud cerrada, soberbia e intolerante de Magallanes, alientan conspiraciones, hacen estallar un motín y provocan una deserción. El motín estalla cuando por orden de Magallanes la flota, que ya ha perdido un barco, el *Santiago*, debe permanecer varios meses, hasta que pase el invierno, en la costa sur de Argentina, en el Golfo de San Julián,

en medio de un clima inhóspito, para reanudar la búsqueda del escondido estrecho al iniciarse la primavera y mejorar el clima. La rebelión es reprimida por Magallanes en forma rápida y brutal pero efectiva, evitándose así que la expedición fracase. Lo que el navegante portugués no puede evitar es que cuando al fin encuentran el estrecho y lo exploran buscando la salida al otro océano, al que Magallanes bautiza poco después como Pacífico, una de las naves, la *San Antonio*, la que lleva como piloto al portugués Estebão Gómes, aprovecha la bruma y la confusión para devolverse y regresar a España.

Luego de atravesar el Pacífico, al llegar a las Filipinas, que él bautiza como islas de San Lázaro, y recuperarse su tripulación en ellas de la espantosa travesía de ese océano infinito que al menos no los castigó con un temporal capaz de hundir la flota, Magallanes muestra en esas islas tropicales de las que intenta tomar posesión para España, la cara colonialista de su expedición. Lo hace mostrando el poder militar de sus barcos, sus cañones y sus hombres bien armados, cristianizando al timorato rey de Cebú mediante amenazas combinadas con demostraciones de amistad, e involucrándose en forma arrogante y racista en las luchas internas entre este rey y algunos jefes locales rebeldes, para mostrarle a todos la superioridad absoluta de los europeos. Es así como se produce el ataque sobre la isla rebelde de Mactán y la batalla en la que muere Magallanes, que sí usaba su coraza ese día, y que quería demostrar a todos los filipinos, amigos o enemigos, que con su valor y sus armas un puñado de europeos bastaba para aplastar la rebelión de una multitud indígena no importando para nada su tamaño.

Magallanes fue vencido y muerto en la playa de Mactán por un ejército de indígenas rebeldes. Los españoles y portugueses huyeron. Y Lapulapu, el valiente jefe local que a la cabeza de su pueblo lo derrota y mata no es un “insecto humano”, como, en

forma despectiva y arrogante, con su visión racista y colonialista europea, afirma Stefan Sweig en su conocida biografía del navegante portugués, sino un héroe filipino que defiende su tierra, su libertad y su cultura contra el prepotente invasor europeo que quiere imponerle a su pueblo su religión y su dominio colonial. La derrota y muerte de Magallanes en Mactán estimula además la traición del rey de Cebú cristianizado casi a la fuerza; y es el decepcionado Enrique, el esclavo malayo de Magallanes al que se le ha negado la libertad que le había prometido su amo muerto, quien sirve de vehículo comunicativo para esa traición, que produce la muerte de varias decenas de expedicionarios y lleva a los otros a escapar vergonzosamente de las Filipinas, quedando así su prepotencia colonialista bien maltrecha.

Aunque los expedicionarios se reaniman y recuperan en las Molucas, a las que llegan al fin, y en las que, escamados como están, no intentan otra conquista, limitándose en los meses que allí pasan a comerciar comprando y adquiriendo especias mientras disfrutan de ese exuberante paraíso tropical. Pero las naves se van quedando en el camino. Una, la *Santiago*, zozobró ya en Brasil; otra, la *San Antonio*, desertó ya en el estrecho; la tercera, la *Concepcion*, zozobra en Filipinas; la nave capitana, la *Trinidad*, debe ser abandonada en las Molucas porque hace aguas; y sólo les queda para el regreso la *Victoria*, que después de otra angustiosa travesía llega a San Lúcar y a Sevilla cuando está a punto de hundirse con lo que le queda de su tripulación y de su carga. Y los tripulantes también se quedan en el camino casi todos, la mayor parte en el fondo del mar, en el Pacífico, y unos pocos en tierra, en las islas. A los muertos, salvo los que perecen en combate, los mata el hambre, la desesperación, el escorbuto, el agua podrida, los alimentos en mal estado; y todos los relatos del viaje citan la cruda descripción del cruce del Pacífico con su espantosa secuela de hambre y muerte que nos dejara en su famoso *Primer viaje en*

torno al globo, el cronista oficial de la expedición, el vicentino-veneciano Antonio Pigafetta, a quien debemos, pese a sus fallas y omisiones, lo que es el más completo e interesante relato de esta hazaña, de la que fue uno de los 18 sobrevivientes.

Elcano, designado jefe de la expedición luego de la muerte de Magallanes y del fracaso del incapaz jefe electo que lo precede en el cargo, es quien decide completar la vuelta al mundo, pues el objetivo de Magallanes era llegar a las Molucas sin que se hubiese definido por cuál ruta se llevaría a cabo el regreso. Elcano consulta. Nadie quiere regresar por el Pacífico y se prefiere entonces terminar el viaje completando la circunnavegación del planeta pero evitando el peligro de costear, para no caer en manos de los portugueses, ya que éste era el medio mundo que el papado les había asignado en forma exclusiva a ellos.

Logran el objetivo de regresar eludiendo accidentes y peligros de captura, aunque ya casi al final del viaje, al tratar de aprovisionarse de agua y vituallas en las islas de Cabo Verde, los portugueses dueños de las islas intentan apresarlos y deben escapar. Pero además, los marinos de la nave *Victoria*, al contactar inicialmente a los habitantes portugueses de las islas, descubren, sin entenderlo muy bien, que en su viaje de circunnavegación del globo terráqueo han ganado un día porque aunque su Diario de navegación, en el que se han marcado día tras día las fechas con el mayor cuidado, dice que es jueves, las gentes de Cabo Verde les aseguran que el día en que están no es jueves sino miércoles.

Y habría que decir, por último, que pese a la grandeza de esta hazaña, a los españoles el viaje de Magallanes y Elcano no les sirvió de mucho. El cruce por el estrecho resultó poco útil por ser demasiado peligroso. Un viaje similar que se intentó en 1526, en el que participó y murió Elcano, lo logró, pero fracasó por completo en el difícil cruce del Pacífico. Y para remate, al tener que calcular con más exactitud, por presión de Portugal, la ubicación

de las Molucas, quedó claro sin lugar a dudas que las apetecidas islas se hallaban del lado portugués del meridiano que marcaba la división, y no del lado español, como había creído Magallanes. Por suerte para los españoles, que se quedaron con las Filipinas pero que debieron olvidarse de las Molucas, América había dejado para esas fechas de ser un costoso estorbo de dividendos limitados y se revelaba cada vez más como una inmensa e inagotable fuente de riquezas para ser saqueadas en beneficio de España. En 1519 Hernán Cortés había iniciado la conquista y el saqueo colonial del mundo azteca en México; y poco más tarde, en 1532, Pizarro iniciaba a partir del Perú la conquista y el saqueo colonial del mundo incaico.

VLADIMIR ACOSTA

Caracas, noviembre de 2012

BIBLIOGRAFÍA DE NAPOLEÓN BACCINO PONCE DE LEÓN

Horacio Quiroga: Itinerarios. Montevideo: Biblioteca Nacional, 1979.

Maluco. La novela de los descubridores. Barcelona: Seix Barral, 1990 (Primer finalista del Premio Internacional Rómulo Gallegos, 1991).

Horacio Quiroga/Todos los cuentos/ Edición crítica. Nanterre, France: ALLCA XX, Université Paris X, Centre de Recherches Latinoaméricaines, 1993.

Un amor en Bangkok. Montevideo: bp editores, Montevideo, 1994. Plaza y Janés, Barcelona. 1997

El arte de perder. Montevideo: bp editores, Montevideo, 1995.

Aarón de Anchorena/ Una vida privilegiada. Montevideo: Presidencia de la República, 1998. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1999.

Bolsa de valores. Montevideo 1867-2000/ Una visión de la historia económica del Uruguay. Ediciones Javier Irureta Goyena Gomensoro, Montevideo, 2000.

El regreso de Martín Aquino. Montevideo: Los Nuevos / Casa Editora, Montevideo, 2003.

La fraternidad de la palabra: antología. Ediciones Trilce, Montevideo, 2005.

ÍNDICE

I.....	7
II.....	31
III.....	63
IV.....	103
V.....	147
VI.....	193
VII.....	223
VIII.....	259
IX.....	309
Apéndice.....	363
Epílogo de Vladimir Acosta.....	373
Bibliografía de Napoleón Baccino Ponce de León.....	385

Maluco. La novela de los descubridores
Digital
Fundación Editorial El perro y la rana
Caracas - República Bolivariana de
Venezuela





Maluco, la novela de los descubridores

Narra los acontecimientos vividos por la expedición, ocurrida entre 1519 y 1520, de Fernando de Magallanes y Sebastián a las islas de la Especies (Indonesia). El bufón Juanillo Ponce, mientras entretiene a los marineros con cuentos picarescos o licenciosos, escucha los sucesos por debajo de la mesa. Ya viejo, escribe el relato a manera de epístolas dirigidas al rey Carlos V. Por haber vivido en carne propia los contratiempos, se considera el más indicado para hacer una crítica social de las instituciones y personajes de su época, sobre todo porque los cronistas lo omitieron de la historia oficial. Como en la picaresca española, el bufón narra los hechos de manera confesional y humorística, indicando que algunas veces introduce mentiras a la narración para hacer su lectura más entretenida.

NAPOLEÓN BACCINO PONCE DE LEÓN (Montevideo, 1947). Profesor de literatura y especialista en filología moderna. Ha sido Catedrático de Narratología en la Universidad Católica del Uruguay y director del departamento de Letras del Ministerio de Educación. Cuando ocurre la dictadura en Uruguay (1973-1984) tuvo que abandonar la docencia. En esos años escribe su primera y más importante novela: *Maluco, la novela de los descubridores*, que recibió numerosos premios, entre ellos Casa de las Américas en 1998. También escribió un estudio sobre la obra de *Horacio Quiroga: Itinerarios*, 1979. Entre 1993 y 1994 fue corresponsal para América Latina del diario *Zero hora* (Brasil). Ha publicado en las revistas internacionales *El Universal* (Colombia), *Folha* (Brasil) y *Economía hoy* (Venezuela).

